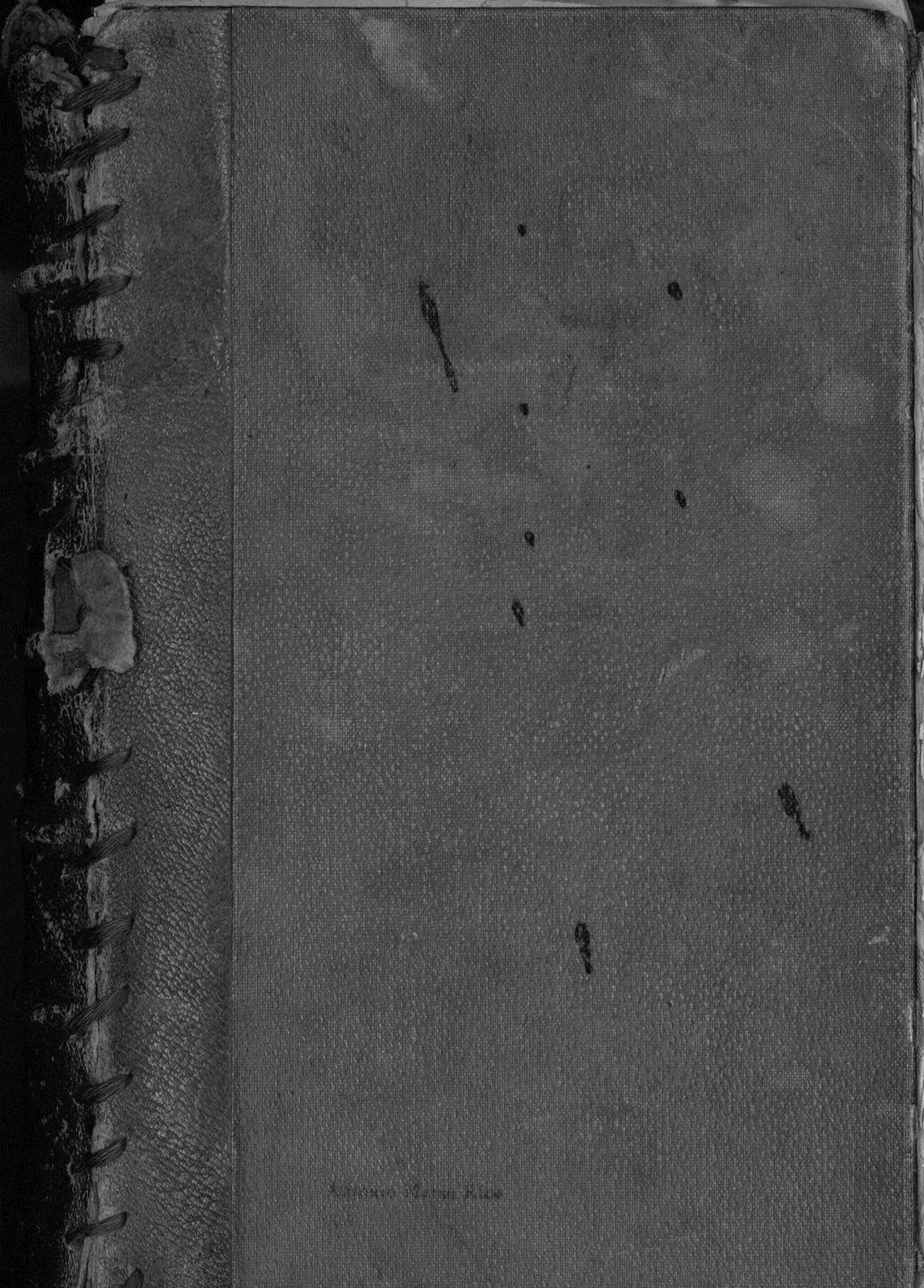

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XLVI.

TOMO XLVI.

COLECCION DE VOLÚMENES ESPECIALES

OBRAS ESCOGIDAS

DE

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

TOMO III.

COLON. — EL DRAMA UNIVERSAL.

Única edición autorizada para el extranjero.

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

—

1886.

ÍNDICE.

COLON. Poema.

	Pág.
PRÓLOGO	3
CANTO I. Salida de palos	14
„ II. Záida y marchena	17
„ III. El Cielo	22
„ IV. El Infierno	26
„ V. Historia de Colon	32
„ VI. Beatríz Enríquez	42
„ VII. Vientos Alísios	45
„ VIII. Amor y celos	50
„ IX. Historia de España	54
„ X. La Atlántida	71
„ XI. Desafío	79
„ XII. Las núbes	83
„ XIII. Insurrección	93
„ XIV. ¡Tierra!	98
„ XV. Muerte de nuño	105
„ XVI. Juicio del mundo	107

EL DRAMA UNIVERSAL. Poema en ocho jornadas.

JORNADA PRIMERA.

PRÓLOGO	125
ESCENA I. La Aparición. — Lugar de la escena: *El jardín de un convento.*	130
ESCENA II. La Redención. — Lugar de la escena: *El Gólgotha*	133
ESCENA III. La Fuente del Olvido. — Lugar de la escena: *Un bosque.*	137

Pág.

ESCENA IV. La Transmigración á un mármol. — Lugar de la escena: *Un cementerio* 142
ESCENA V. La Penitencia. — Lugar de la escena: *Un cementerio* 145
ESCENA VI. La Idolatría. — Lugar de la escena: *Un cementerio* 148

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA VII. El cuerpo y el alma. — Lugar de la escena: *Las cinco partes del mundo* 152
ESCENA VIII. La Transmigración á un árbol. — Lugar de la escena: *Un cementerio* 158
ESCENA IX. Lo que dicen los árboles. — Lugar de la escena: *Un cementerio* 160
ESCENA X. El alma desterrada. — Lugar de la escena: *El cielo*. 163
ESCENA XI. Castigo de Dios. — Lugar de la escena: *Entre el cielo y la tierra* 167
ESCENA XII. La lluvia de esperanzas. — Lugar de la escena: *Delante del sol* 170

JORNADA TERCERA.

ESCENA XIII. La transmigracion á un águila. — Lugar de la escena: *En las núbes* 174
ESCENA XIV. Lo que cantan las aves. — Lugar de la escena: *En todas partes* 176
ESCENA XV. La verdad de lo que se dice. — Lugar de la escena: *Encima y no léjos del mundo* 180
ESCENA XVI. La verdad de lo que se hace. — Lugar de la escena: *El mundo á vista de pájaro* 184
ESCENA XVII. La verdad de lo que se piensa. — Lugar de la escena: *Debajo y cerca del cielo* 187
ESCENA XVIII. Justicia popular. — Lugar de la escena: *Una catedral* 192

JORNADA CUARTA.

ESCENA XIX. La transmigración á un hombre. — Lugar de la escena: *Diócesis del obispo Palaciano* 196
ESCENA XX. El bien y el mal. — Lugar de la escena: *El cuerpo humano* 199
ESCENA XXI. Vivir es recordar. — Lugar de la escena: *Dentro del alma* 203
ESCENA XXII. Recordar es vivir. — Lugar de la escena: *El corazón del hombre* 206
ESCENA XXIII. Fin de recuerdos y vidas. — Lugar de la escena: *En una catedral, ante el sepulcro de Palaciano* 210
ESCENA XXIV. El himno de Pitágoras. — Lugar de la escena: *La bóveda estrellada* 215

JORNADA QUINTA.

ESCENA XXV. El pecado de la Pereza *(Primera parte)*. — Lugar de la escena: *Un astro volcanizado* 219

Pág.

ESCENA XXVI. El pecado de la Pereza *(Segunda parte)*. . . . 222
ESCENA XXVII. El pecado de la Pereza *(Tercera parte)*. . . . 226
ESCENA XXVIII. El pecado de la Avaricia. — Lugar de la escena: *Un astro de oro* 229
ESCENA XXIX. El pecado de la Gula. — Lugar de la escena: *Un astro despeñado* 234
ESCENA XXX. El fin de un mundo. — Lugar de la escena: *Un astro moribundo* 239

JORNADA SEXTA.

ESCENA XXXI. El pecado de la Impureza *(Primera parte)*. — Lugar de la escena: *Un sol putrefacto* 243
ESCENA XXXII. El pecado de la Impureza *(Segunda parte)*. . 247
ESCENA XXXIII. El pecado de la Impureza (*Tercera parte*). . 253
ESCENA XXXIV. El pecado de la Impureza (*Cuarta parte*). . . 256
ESCENA XXXV. El pecado de la Impureza (*Quinta parte*) . . . 259
ESCENA XXXVI. Las almas en pena. — Lugar de la escena: *De los cielos á la tierra* 262

JORNADA SÉPTIMA.

ESCENA XXXVII. El pecado de la Envidia. — Lugar de la escena: *Un astro paradisíaco* 266
ESCENA XXXVIII. El pecado de la Ira (*Primera parte*). — Lugar de la escena: *El cadáver de un astro* 271
ESCENA XXXIX. El pecado de la Ira (*Segunda parte*). 275
ESCENA XL. El pecado de la Soberbia. — Lugar de la escena: *Una estrella nebulosa* 279
ESCENA XLI. La creación de un mundo. — Lugar de la escena: *En un vacío del cielo* 284
ESCENA XLII. El primer idilio del mundo. — Lugar de la escena: *Un astro embrionario* 287

JORNADA OCTAVA.

ESCENA XLIII. La conversión de las Hadas. — Lugar de la escena: *El jardín de José de Arimathea* 295
ESCENA XLIV. El santo Advenimiento. — Lugar de la escena: *El seno de Abrahan* 302
ESCENA XLV. Descendió á los Infiernos. — Lugar de la escena: *In inferis* 307
ESCENA XLVI. María de Bethania. — Lugar de la escena: *La tumba de Lázaro* 312
ESCENA XLVII. La última Cuenta. — Lugar de la escena: *El valle de Josafat* 317
ESCENA XLVIII. El poder de una lágrima. — Lugar de la escena: *El monte Olivete* 323

COLON.

POEMA.

PRÓLOGO.

PREGUNTA. — ¿Es Campoamor un filósofo profundo, ó es más bien un poeta delicioso?

RESPUESTA. — ¿Y por qué no ha de ser las dos cosas? — Si no temiera dar á este prólogo la intolerable entonación que los prólogos tenían en edades no remotas, había de entrar ahora en la famosa tésis de lo especulativo y de lo práctico, con cuya ocasión trazaría el mapa del mundo espiritual donde constaran los confines de la imaginación, los linderos del raciocinio, las vertientes de la fantasía, y los mares, en fin, del pensamiento.

Probablemente nada entenderían los lectores de mi gongorismo filosófico; y cómo los lectores de este prólogo no son de aquellos que declaran sábio lo que no entienden, por el hecho de no entenderlo, tengo por más llano hablar como Dios quiere y manda llamando las cosas por su nombre y huyendo de imitar á los sábios *doublé*, que en fuerza de términos hacen pasar por oro de ley el *doublé* de su sabiduría.

Campoamor ha escrito esta frase: «en literatura no hay nada digno más que lo sincero?» hablemos, pués, y escribamos siempre con sinceridad, si no ha de convertirse la vida en un carnaval continuo.

Yo bien sé que aquí vendría de molde una disertación sobre la naturaleza del talento, y de cómo éste es capaz de manifestarse en diferentes esferas, y de cómo se puede á la vez rendir culto al austero númen de la Filosofía y á las musas juguetonas; me valdría primero de argumentos de razon, probando que es una la verdad, una la bondad, y una la belleza, y que todas tres perfecciones, irradiando de un mismo centro, de Dios, perfección infinita, se comunican al hombre por maravillosos medios, y desarrollan en su espíritu facultades y afectos en que descansan las ciencias y las artes; acudiría á las pruebas históricas, y desde Salomón, autor de al gran filo-

sofía de los Proverbios, y autor del dulcísimo Cantar de los cantares, pasando por multitud de filósofos griegos y romanos, que á la vez fueron poetas, me detendría ante Fray Luis de León, y el de Granada, en quienes compitieron la ciencia y la poesía; y dirigiendo luego á mis lectores un apóstrofe propio de cualquier alumno de retórica, fingiría que me cargaba de razon, exclamando: «ahí tenéis al sesudo autor de la *Política de Dios* y de *La cuna y la sepultura:*» ese mismo es el chispeante autor de la *Historia de las calaveras* y del *Alguacil alguacilado;* y si mis lectores no quedaban aterrados con la cita, les fulminaría este otro rayo de erudición en forma de interrogante: ¿véis si eran filósofos Balmes y Donoso Cortés? Pués tambien hicieron versos.

Es una desventura que cada autor no pueda oír las respuestas que da el público á las preguntas que en sus libros se permite hacerle: á todo el párrafo precedente, con sus pruebas de razon, y sus pruebas históricas, y sus nombres propios, que á tener algun texto latino haría llorar á las piedras, estoy seguro de que contestan mis lectores: «bien: ¿y qué?»

Nada, lectores míos, yo no pienso hacer esas demostraciones ni ir por cotufas al golfo: para saber que hay filósofos poetas y poetas filósofos, no basta por hoy conocer á Campoamor.

Si me preguntáis cuál condición resalta más en este escritor si la de filósofo ó la de poeta, os responderé que lo ignoro; y prefiero daros esta respuesta franca y categórica á enredaros, para ocultar mi ignorancia, en un laberinto de palabras sobre las fuentes del conocimiento y el principio generador: solo puedo deciros que Campoamor no es de aquellos autores que estando dotados, por su dicha, de talento vario, cuando escriben en un tono prescinden de todos los demás, y parece que solo para aquél hayan nacido. En esto hay positivamente algo de violencia, porqué equivale á cerrar todas las ventanas del espíritu, excepto aquella por donde se asoma el indivíduo. Campoamor, dotado como ellos de un talento vário y recto, no es de esos autores: escribe y habla en plena lúz, con todas las ventanas del espíritu abiertas de par en par; jamás se disfraza para asomarse por ellas á la vista pública; dice que los hechos deben irradiar todo lo expansivo, todo lo personal, todo lo espiritual del autor; afirma que un libro que se tarda meses en escribirlo, es menester que revele lealmente todas las oscilaciones de nuestra alma, la gravedad y la ligereza, la sencillez y la ironía, la flojedad y la inspiración, y negando por último, que el estilo sea el hombre, como ha dicho un autor, concluye con esta humorística sentencia: «el estilo es un comediante.»

Definidas así las condiciones científico-literarias de Cam-

poamor, no causará extrañeza la proposición en que á mi juicio se sintetiza su genio: Campoamor trata como poeta los asuntos filosóficos, y trata como filósofo los asuntos poéticos. Esto exige un talento especial; y es en verdad especial el talento de Campoamor.

Dos libros principales sirven de prueba á la proposición asentada: *El Personalismo* y el tomo de las *Doloras*: en el *Personalismo* habla el filósofo que es además poeta: en las *Doloras* canta el poeta que es además filósofo. En uno y en otro están perfectamente determinadas las dos entidades del autor; pero hay un tercer libro en que esas dos entidades aparecen tan perfectamente confundidas, que no es posible decidir si en él se muestra Campoamor más filosófo que poeta, ó si, por el contrario, se muestra más poeta que filósofo.

Por eso á la pregunta con que comienza este prólogo, he respondido con otra pregunta, inocente recurso de los que no saben ó no quieren responder.

— ¿Que cuál es ese tercer libro? — Lo tienes sobre tu mano derecha, lector: es un poema titulado COLON.

Su historia creo yo que puede contarse en estas cuatro palabras: nació y murió en Valencia en 1854. Su cuna fué magnífica: la casa del gobrierno, que el autor ocupaba como jefe de aquella provincia; vióse envuelto desde luego en delicados pañales, pués la edición hecha por Ferrer y Orga es lujosa y esmerada; tuvo excelentes padrinos, pués á su elogio se consagraron escritores de justo crédito; desapareció por último á los pocos meses, pués de las librerías públicas pasó á las de los particulares sin que un solo ejemplar quedase de venta. Los graves acontecimientos que por aquella época se iniciaron en España, cayeron como una inmensa lápida sobre multitud de cosas; y entre esas cosas enterradas puede contarse el poema de Campoamor: hoy sale de nuevo á lúz, vestido más modestamente, como que se trata de una segunda visita á un público por demás benévolo y enemigo de mentirosos cumplimientos: y al presentarse por segunda vez, usando ya de la confianza que da el trato, se toma la libertad de venír acompañado de un prólogo, porqué ya va siendo moda en nuestra España, que no viaje libro alguno sin su correspondiente *avant-propos*.

Bajo este punto de vista no ha podido caber al COLON mayor desgracia: porqué es el caso, que alcanzándoseme algo de lo que debiera ser el prólogo de éste libro, me abruma una pereza intelectual tan caliginosa, y me siento tan débil para realizar la obra, que habré de limitarme á delinear, ó á lo más á consignar alguna frase gráfica, como ahora dicen los eruditos, acerca de la bellísima obra de Campoamor.

Yo podría demostrar que he leido los preceptistas del arte,

exponiendo las doctrinas relativas á la epopeya desde Aristóteles hasta Hermosilla: hablaría del plan del poema, del fondo, de la forma, del estilo, del tono, de la versificación; sé que vendrían de molde algunas nociones acerca de los episodios y de la máquina, y con un párrafo docto terciando en la polémica de si el verso es ó no indispensable á la poesía, convertiría mi prólogo en un pequeño manual ilustrado con textos de Eurípides y de Virgilio, de Dante y de Fenelón. Tampoco sería inoportuna para asentar mi baza de prologuista, una pequeña parada en que apareciesen rigorosamente formados en línea Balbuena con su *Bernardo*, Ercilla con su *Araucana*, y Villaviciosa con su *Mosquea;* alguna que otra remisión á la *Ilíada*, cuatro dísticos de la *Eneida* y la primera octava de la *Gierusalemme* producirían quizá brillante efecto; pero hé aquí un bien á que es preciso renunciar á sabiendas. De nada me servirían las respetabilísimas autoridades enunciadas; inútil fuera la excursión á mis amados estudios clásicos: y estoy seguro de que cuando Campoamor empezó su poema no tuvo la atención de consultar con Aristóteles, ni de hojear tal vez el arte poética de Horacio: en su mente de filósofo y en su fantasía de poeta se agitaban los elementos de una obra que él no sabía si caminaba á clásica, de una obra que había de constar de pensamientos magníficos engarzados en hermosas octavas y consagrada á cantar una de las mayores hazañas y uno de los héroes mayores que la historia registra y la humanidad venera.

Ese es Palos. — Callad. — No oigan que aprisa
Tres buques zarpan que la noche vela.
— Es viernes. — Dan las tres. — Sopla la brisa
Y la más torpe de las naves vuela.
Ya más allá de Saltes se divisa
Una... dos... la tercera carabela.
—¿Que quiénes son? — Dejad que hasta mas tarde
Yo, cual las sombras, el secreto guarde.

Así comienza el poeta. ¿No tiene invocación este poema? Calma, señores críticos; la invocación viene después: seguimos con las carabelas:

. . . . . .
— ¿Qué á donde van? — Dejad que el sol lo cuente
Cuando os muestre su lúz por el oriente.

Todavía continuará con dudas el lector acerca de los navegantes:

— ¿Qué quiénes son? — Nadie su nombre ha oído.
— ¿Qué á dónde van? — Adonde nadie ha ido.

Entre los navegantes hay uno que sirve de guía y jefe á la tripulación.

— ¿Qué á dónde va? — No sé. — ¿Quién es? — Tampoco.
Unos dicen que un sábio, otros que un loco.

En esa octava aparece por primera vez el nombre de Colon, nauta atrevido, cuyo pensamiento esculpe Campoamor en estos versos:

— ¿Os espantáis? Yo en vuestro espanto abundo:
Marchá á borrar los límites del mundo.

Que pruebe otro ingénio á sintetizar el colosal proyecto de Colon en frase mas felíz y más exacta: ¿quereis conocer al héroe? Oíd:

Dulce es su faz, ¿no es cierto? aunqué es severa,
Majestuosa actitud, ropa sencilla.
Tez blanca. Entre su rubia cabellera
Ya la corona de los años brilla.
La vista clara, viva y altanera,
Largo el rostro, saliente la mejilla,
Convence ó encanta cuando mueve el lábio:
Tal es el loco, ó si quereis, el sábio.

Magnífica es la empresa; arriesgado el proyecto; nadie ha surcado los mares á donde se lanza Colon; el terror se apodera de los pechos más serenos, y el poeta les dice:

Casi tenéis razon: es necesario
Ser muy audaz para mirar sin miedo
El sepulcro á los piés, encima ambiente,
Pena en el corazón, y nada en frente.

Va á comezar la invocación y á concluír el primer canto

¿Qué hace en tanto Colon? Un libro abriendo
— «En el nombre de Dios...» traza su mano,
¡Buen principio! A ese nombre ya comprendo
Que doblegue su fúria el océano.
Y yo, que el curso proseguir pretendo
De un varon tan valiente y tan cristiano,
Cantando audáz mi musa su grandeza,
De Dios en nombre, cual Colon, empieza.

¡En el nombre de Dios! Canto la gloria
De un nauta osado inteligente y pío
Que de los sábios nubla la memoria,
Que de los héroes oscurece el brío.
¡Nauta felíz que eclipsará en la historia
Todo el valor, la ciencia y poderío,
Que en seis mil años con jactancia vana
Fastuosa acumuló la espécie humana!

¡En el nombre de Dios! canto al que osado
Aventó con su soplo omnipotente
El palacio de sombras encantado
Donde dormía el sol en occidente.
Canto al que el ánsia hidrópica ha saciado
Del codicioso y viejo continente,
Dando á su afán en perenal tesoro
Sobre islas de coral montañas de oro!

Así termina la invocación y con ella el canto primero.

Prometo la enmienda; ya no copiaré trozo alguno, ni aún octavas del poema, porqué casi todas son copiables, y no hay motivo para hacer mención especial de unas con abstracción de las otras. Cuentan de un apasionado de Homero

que se propuso sub-rayar todas las expresiones bellas que contiene la *Ilíada*, y así lo hizo: al acabar el último canto había sub-rayado todo el libro; ¿iré yo á hacer lo mismo con el COLON?

Estamos en el mar; ¡bendito sea Dios! Tres carabelas para conquistar un mundo, ¡y se arman hoy escuadras formidables y ejércitos numerosos para conquistar un palmo de terreno!

¿Por dónde comenzaría un clásico rigorista después de la invocación? Probablemente por la narración; Campoamor comieza por un episodio interesante, por una historia de amor, la historia de Záida; y cómo él mismo dice con admirable exactitud:

¿Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
Una historia de amor, aún siendo ajena?

¡Qué bella, qué tierna y qué elevada es la carta de Marchena! Colon al embarcarse ha mirado hácia adelante; Marchena le da noticia de lo que dejaba detrás; le describe la escena de su despedida, y así resume el juicio que el vulgo formaba del inmortal navegante:

Si la tierra no halláis, loco profundo:
Si halláis la tierra, redentor de un mundo.

Adviértase que Campoamor no canta el descubrimiento de la América; canta el viaje de Colon á través de ignotos mares: la escena pasa en el océano; está, pués, asegurada la unidad de lugar; pero Colon y sus marinos bogando día y noche no prestan los elementos vários de que ha menester un poema; y ya pasaron los tiempos en que pueda el poeta surtirse de personajes en el olimpo ó llamar en su auxilio algunas ninfas para departir con ellos y con ellas, ó hacer que ellas y ellos departan amistosamente ínterin se prepara la máquina y se arregla todo á gusto del autor. ¿Pecará el COLON de monotonía? No, porqué el autor es poeta, y poeta vale tanto como creador; él creará en efecto recursos, personificará no génios mitológicos, sino virtudes cristianas: la FÉ, la CARIDAD y la ESPERANZA intervienen: descríbese el cielo, del cuál dice el autor:

Como nada en sí el alma allí sepulta,
No hay secreto placer ni gloria oculta.

Bellísimos cantos han consagrado al cielo los poetas cristianos; pero dudo que se haya dicho nada mas conceptuoso ni más expresivo que los siguientes versos:

«Hermano,» á todo cuanto adoran llaman:
Allí los seres se aman porqué se aman.

Encareciendo la felicidad de las almas que

En perspícua mudez se hablan mirando,

dice el autor:

Con un beso mental en sí encarnando
Cuanto ha criado Dios de alegre y bueno,
Las horas son de su existencia pura,
Horas de fiesta en dias de ventura.

La idea que el poeta forma de las tres virtudes teologales consta en estas felicísimas expresiones.

A la FÉ:

Feliz mil veces tú, feliz la gente
Que tras tu pié inerrable va marchando,
Ciega que ves sin que te alumbre el dia,
Que tanto ves, como que Dios te guia!

A la CARIDAD:

Modesta emperatríz del orbe entero
Que al orbe entero sirve como esclava,
Reina que el fausto del dosel no goza
Y que espía el dolor de choza en choza.

A la ESPERANZA:

Fiera que matas sin fruncir el ceño
Y á quién perdona la bondad humana
El que nos dés infiél mil amarguras
Por ser tan fiél en prometer venturas.

Las tres virtudes, acercándose con cariño á Colon

Tocaron con la boca dulcemente
Su corazón, sus lábios y su frente.

El intrépido almirante, fortalecido con tan poderoso auxilio, exclama:

«—¡Vamos pués! Los misterios de occidente
No los creerá, como hoy, la edad futura
Fantásticos prodigios de un demente.
. . . . . .
. . . . Y si la suerte me es impía
La voluntad de Dios será la mia.»

¡Al remo, al remo! estamos ya frente al pico de Tenerife.

He reincidido en el desliz de copiar versos: de nuevo prometo la enmienda.

Después de haber animado el Pico de Teide y haber lanzado fantasmas por el cráter del volcan, y haber descrito el infierno, *maldito lugar donde no se ama*, lugar donde

No sabe qué querer la fantasía;
Solo sabe lo que *ódia* y lo que *hastía*;

después de haber destruido, por fin, el Pico y hecho desaparecer á Satanás, el viaje continúa: pero aquellos marinos que saben de dónde vienen y no saben adonde van, aquellos seres vivientes, átomos de la creación suspendidos entre el cielo y el agua, hablan; y hablan á voces; el poeta los oye. Colon lleva la palabra y está contando su propia historia; más la historia de Colon no se limita á la dolorosa serie de desaires

que recibió en Portugal, y en Génova, y en Venecia, y á la repulsa de Salamanca, y al afecto de Marchena; si los estudios profundos han coronado de nieve la cabeza del nauta genovés, los rigores de un amor infortunado hirieron su corazón; y de esa herida brota sangre todavía. No sé por qué secreta simpatía; pero tengo á Beatríz Enriquez por una de las figuras más interesantes del poema: ¡Qué ternura hay en aquella carta que

«A dos leguas de Córdoba traida,
Y en un castillo con rigor guardada,
Amando más la muerte que la vida,
Hoy te escribe, Colon, tu prenda amada.»

La historia *lacerante* de Beatríz es, segun Colon,

. . . . . «La oculta historia
Que á la historia de España unió mi suerte.»

Beatríz casada secretamente con Colon, es madre: y le han arrancado el hijo de sus entrañas: ¡cuánta poesía hay en estas palabras que el autor pone en labios de la infortunada esposa y madre!

«¡Solo un beso le di, tan solo un beso!
¡Adiós vida de amor, sueño de gloria!
Solamente en fantástico embeleso
Desde hoy lo besaré con mi memoria;
Pués para dos que se aman es sabido
Que los recuerdos son besos sin ruido.»

Prosigue Colon su historia: traza un magnífico retrato de doña Isabel I y un bosquejo no tan bello de don Fernando V, de quién dice con serena desenvoltura y franqueza:

«Será mucha su fe, grande su maña;
Pero aunque algunos me apelliden loco,
Su alteza nuestro rey me gusta poco.»

La historia de Colon narrada en preciosas octavas alcanza hasta la salida de la Gomera.

¡Adelante! de nuevo al mar: tras los días de calma comienzan las tribulaciones: el infierno brama y los huracanes se desencadenan: la Caridad suspira, y una brisa dulce viene á acariciar las naves. ¡Magnífico espectáculo! la inmensidad del océano; la inmensidad del firmamento: sobre la primera inmensidad flota una pobre embarcación que va á realizar un pensamiento que vale un mundo: sobre la segunda inmensidad flota en piélagos de azúl el astro de la noche,

Campo de cita adonde en manso vuelo
A verse van los que en ausencia lloran,
Anillo universal que en paz amiga
Los vagos cuerpos de las almas liga.

La soledad es imponente: reina un silencio sepulcral, interrumpido solo por el murmullo que á veces se percibe de una escena de amor: ¡felices los que se aman!

El silencio se prolonga, y el terror se acrecienta á vista de los destrozados restos de un buque: quién había osado surcar aquellas aguas, en ellas encontró la sepultura; Colon necesita distraer á sus marineros de esta tristísima consideración, y en vez de convocarlos para narrarles un cuento de gigantes y de endriagos, de dueñas y de disfraces, les lée las glorias de España desde los celtas hasta el suspiro del moro: hé aquí un episódio verdaderamente útil, instructivo é interesante; ni un solo hecho notable se omite; ni de un solo rey se deja de consignar el juicio crítico: el canto IX es todo un compendio histórico galanamente formado. A otro órden pertenece el que le sigue. *La Atlántida* es el canto quizá más trascendental del poema: éste es su defecto, en mi juicio; ser demasiado trascendental; en él se descubre plenamente un filósofo razonando en octavas reales. Me declaro sin talla para alcanzar á esas regiones del éter filosófico desde las cuales deben descubrirse maravillas según el tono y la manera en que hablan los que tienen esa dicha: tratándose de la creación, no admito más sistema que el relato de Moisés, verdad inspirada por el mismo Dios; tratándose de Filosofía, no quiero conocer otra que la que parta del principio católico, único principio fundamental de la sana filosofía, tal como ésta debe entenderse hoy, á la esplendorosa lúz del siglo XIX, del siglo de Chateaubriand, de Balmes, de Lacordaire, de Ozanam y de Valdegamas. Probablemente Campoamor para sensibilizar más y más las grandes evoluciones que consigna en ese vigoroso canto, adopta, como elemento poético, la doctrina alemana: no hemos de cuestionar ahora sobre este punto, que nos llevaría á inoportunos é interminables debates; después del canto en que brilla el erudito y del canto en que brilla el filósofo, resuena, trás un ligero episódio, el canto en que brilla el poeta; el canto de *las nubes*.

¿Quién no ha soñado despierto alguna vez contemplando el panorama de la naturaleza? El gorgeo de las aves, el aroma de las flores, el murmurio de la fuente traen á nuestro espíritu no sé qué misteriosa conmoción, no sé qué encanto secreto ó secreta pena; los poetas que pasan por adivinos, no han podido adivinar ese fenómeno y se limitan á continuar soñando.

En tarde serena de otoño ó en apacible noche del estío se ve flotar, perdida por el espacio, una blanca nube cuál ténue gasa agitada por una mano invisible; y aquella nube produce no sé qué efecto en el alma del que ama, ó del que espera ó del que padece; pero es lo cierto que los ojos siguen el curso de la vaporosa viajera del espacio, ora con pesar, ora con gozo, ora, en fin, con esa dulce mezcla de gozo y de pesar que llaman melancolía. Colon y sus compañeros

están sobre cubierta; debajo de ellos y en derredor de ellos, no hay ni un solo objeto que altere la monotonía del océano: en cambio sobre ellos se mueven las nubes; pero en tan variado giro y extrañas formas, que ellas van á ser el tema de su erudito é interesante delirio:

Haciendo aplicaciones á la historia
Leían en las nubes lo pasado,
Como si fuesen sus flotantes velos
Alfabetos moviles de los cielos.

Nada en verdad más poético y más original que descubrir en dos bellas sombras á los Amantes de Teruel, en una negra nuba á Nabucodonosor; allí á Semíramis; más lejos á Platón, á Augusto y á Juana de Arco, á Sócrates y á Mahoma; hay en este entretenimiento histórico-fantástico rasgos de primer órden y un sintetismo admirable.

Las naves siguen bogando, bogando; las alternativas de esperanza y de temor se suceden rápidamente; el vuelo de algun pajarillo errante trae tesoros de alegría; la yerba aparece y desaparece; las aves se acercan y se alejan; el mar se levanta, y los marineros murmuran, y nace el motín. ¡Qué magníficamente está representada en esas circunstancias críticas la persona de Colon! ¡Con qué oportunidad se desenlaza el episódio amoroso! ¡Qué belleza en la descripción de la lucha del bien y el mal hasta que suena como sublime exclamación la palabra TIERRA!

La devoción, la gratitud, la alegría, dominan aquellos corazones y aquellas inteligencias; es preciso leér estas octavas para comprender la poesía que encierran.

El último canto JUÍCIO DEL MUNDO, pertenece al género científico poético; comienza en la China, y pasando por la India, la Grecia, Italia, Francia, España, y todas las demás naciones del globo, y después de precipitarse en el infierno la Ignorancia, la Envidia y la Idolatría, y de volar al cielo la Fé, la Caridad y la Esperanza, se despide con el siguiente epitáfio del sistema solar de Ptolomeo:

Fué entonces cuando el orbe vió espantado
Rodear el globo al cetro de Castilla,
Como un grano de arena abandonado
Que en lo infinito del espacio brilla.
Y entonces fué cuando observó admirado
Copérnico, del Báltico á la orilla,
Que un inmóvil poder al sol aferra
Y que en torno del sol gira la tierra.

Así termina el poema: comenzó arrojando al agua las naves de Castilla, y concluye fijando el sol en medio de los espacios. COLON ha hecho felizmente su travesía por el océano; ha abierto las puertas de un nuevo mundo. Tambien Campoamor ha hecho una difícil travesía; su poema representa un viaje

venturoso para el mundo de las letras. De todos era conocido el Colon de la historia; pero á Campoamor se deberá el Colon de la epopeya. Su obra no es perfecta, como que jamás lo son las obras de los hombres; pero es una obra verdaderamente notable: el fondo aparece siempre digno del asunto, y la forma no deja nunca de ser digna del fondo. Aún bajo el punto de vista de las reglas, debe reconocerse que Campoamor se ha mostrando esta vez dócil á la voz de los preceptistas, por más que yo siga creyendo que no los consultó al comenzar, ni le hubiera causado vivo remordimiento el apartarse de su magistral autoridad.

El poema Colon no contiene solamente la maravillosa historia, las varias vicisitudes del viaje más arriesgado que se ha emprendido en la serie de los siglos; en el Colon del poema puede verse la humanidad, ilustre navegante del océano de la vida, contrariada por el huracan de las pasiones, protegida por el influjo felíz de las virtudes.

¡Tierra! es el grito del Colon-poema ¡Cielo! es el grito del Colon-humanidad.

Madrid, 1º de agosto de 1859.

Severo Catalina.

CANTO PRIMERO.

SALIDA DE PALOS.

RESÚMEN.

Parten el 3 de agosto de 1492 de la barra de Saltes, en el puerto de Palos de Moguer, media hora ántes de la salida del sol. — Nombres de los buques. — Quién es Colon. — Nombres de los que le acompañan. — Retrato de Colon. — Terror de los marineros. — Cómo empieza Colon su diario. — Invocación.

1.

Ese es Palos. — Callad. — No oigan que aprisa
Tres buques zarpan que la noche vela.
— Es viernes. — Dan las tres. — Sopla la brisa,
Y la más torpe de las naves vuela.
Ya más allá de Saltes se divisa
Una... dos... la tercera carabela.
— ¿Qué quiénes son? — Dejad que hasta más tarde
Yo, cual las sombras, el secreto guarde.

2.

Año noventa y dos. — ¡Arrécia el viento! —
Tres de agosto. — Es de noche todavía. —
Siglo quince. — ¡La brisa va en aumento!
¡Gran siglo! ¡año felíz! ¡glorioso día!
Sigue la flota en blando movimiento
Del mar de Atlante la ignorada vía.
— ¿Qué á dónde van? — Dejad que el sol lo cuente
Cuando os muestre su lúz por el oriente.

3.

¡Tal marcha, vive Dios, parece huida!
Menos llanto, mejor, menos estruendo:
Como en Palos ignoran su partida,
¡Cuánta lágrima el sol verá en saliendo!

¡Buen navegar! De la primer corrida
Ya la zona visuál van trasponiendo...
— ¿Qué quiénes son? — Nadie su nombre ha oido.
— ¿Qué á dónde van? — Adonde nadie ha ido.

4.

Canta un ave. — Se extinguen los luceros.
¡Bien! Ya los buques ilumina el día:
Pinta y *Niña* se llaman los primeros,
Y el que marcha detrás *Santa María.*
Ya los veis quiénes son; aventureros:
Un tal *Colon* se llama el que los guía.
— ¿Qué á dónde va? — No sé. — ¿Quién es? — Tampoco;
Unos dicen que un sábio, otros que un loco.

5.

¡Loco! Tambien cuando una inmensa idea
Lanza á Alejandro al Ásia victorioso,
Por loco el orbe su proyecto afea,
Y al orbe todo sometió glorioso.
¡Tal vez Colon como Alejandro sea!
Más que Hannon y Nearco valeroso,
— ¿Os espantais? — yo en vuestro espanto abundo,
Marcha á borrar los límites del mundo.

6.

¿Vamos con ellos? — Sí; dejad el puerto:
Aquél que ame la gloria que me siga.
— ¿Qué es largo el viaje? — un poco largo es cierto,
¡Pero sopla la brisa tan amiga!...
¡Ved cuál corren con ellos de concierto,
Sin vaivén, sin esfuerzo, sin fatiga,
El sol que luce, el mar que se despliega,
El viento que anda, el buque que navega!

7.

Vamos, pués. ¡Son valientes compañeros!
Junto á *Rodrigo Sanchez* que está enfrente
Los tres prácticos lucen más certeros,
El buen *Niño*, *Roldan*, *Ruiz* el valiente.
Van soldados, grumetes, marineros;
Pedro Gutierrez... ¡toda brava gente!
Son ciento y veinte entre almirante y tropa.
¡Ay! ¿cuántos de ellos volverán á Europa?...

8.

Van los *Pinzones*, jente veterana,
Que uno la *Niña*, otro la *Pinta* guía:

Rodrigo de Escobedo, *Alonso*, *Arana*;
¿No os lo dije? ¡excelente compañía!
Va allí, tambien, *Rodrigo de Triana*,
Cuya historia de amor sabréis un día:
¿Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
Una historia de amor aún siendo ajena?

9.

Con un *Jimenez* de fatal agüero,
Los *Porras* ved que, casi los maldigo,
El día diez de octubre venidero
Conocerá el lector por qué lo digo.
— Continuamos del sol el derrotero
Con una dicha sin igual... — Prosigo:
— ¿Sabéis ese quién es? — No. — Yo tampoco:
Ese es el sábio; esto es, ese es el loco.

10.

Dulce es su faz ¿no es cierto? aunqué es severa,
Majestuosa actitud: ropa sencilla.
Tez blanca. Entre su rubia cabellera
Ya la corona de los años brilla.
La vista clara, viva y altanera:
Largo el rostro, saliente la mejilla.
Convence ó encanta cuando mueve el lábio.
Tal es el loco, ó si quereis, el sábio.

11.

¡Santo Dios! ¡Ya en el aire se evapora
La amada España de recuerdos llena!
La patria siempre ingrata, ¡cómo ahora
Parece cuál ninguna hermosa y buena!
¡Ya no se ve! — ¿Y hay quién por eso llora?
¡Voto al llanto sin fé! No os cause pena
El que uno ú otro con dolor profundo
Diga en su corazón: — «¡ay, adiós mundo!»

12.

¡Muy justo adiós! Un mar tan solitario
En cuantos pechos hay hiela el denuedo;
Parece que en su fondo, tumultuario
Retumba el huracan, quedo!... muy quedo!...
Casi tenéis razon; es necesario
Ser muy audaz para mirar sin miedo
El sepulcro á los piés, encima ambiente,
Pena en el corazón, y nada enfrente!

13.

¿Qué hace en tanto Colon? un libro abriendo
—«En el nombre de Dios...» traza su mano.
¡Buen principio! A ese nombre ya comprendo
Que doblegue su fúria el Oceano.
Y yo que el curso proseguír pretendo
De un varon tan valiente y tan cristiano,
Cantando audaz mi musa su grandeza,
De Dios en nombre, cual Colon, empieza:

14.

¡En el nombre de Dios! canto la gloria
De un nauta osado, inteligente y pío,
Que de los sábios nubla la memoria,
Que de los héroes oscurece el brío.
¡Nauta feliz que eclipsará en la historia
Todo el valor, la ciencia y poderío,
Que en seis mil años con jactancia vana
Fastuosa acumuló la especie humana!

15.

¡En el nombre de Dios! canto al que osado
Aventó con su soplo omnipotente
El palacio de sombras encantado
Donde dormía el sol en occidente!
Canto al qué el ánsia hidrópica ha saciado
Del codicioso y viejo continente,
Dando á su afán en perenal tesoro
Sobre islas de coral montañas de oro!

CANTO SEGUNDO.

ZÁIDA Y MARCHENA.

RESÚMEN.

Llegada de Záida á la flota. — Historia de Záida. — Nuño. — Prime amor de Záida. — Muerte de don Mendo. — Záida sigue hasta Palos á Rodrigo de Triana. — Carta del padre Marchena á Cristóbal Colon.

1.

Y sucedió que, al declinar el día,
Navegando un esquife á remo y vela,

A la flota siguiendo con porfía
Abordó la postrera carabela.
Llegó el esquife al buque. — ¿Qué quería?
Nadie lo sabe. Luego con cautela
Dos pasajeros por babor dejando,
Volvió otra vez al puerto orzando... orzando...

2.

¿Quiénes eran los tardos pasajeros?
En la flota su nombre se ignoraba.
Mostraban ser apuestos caballeros,
Si bien faz más gentil uno ostentaba.
Que fuesen, entre vários marineros,
Dos espías del rey se susurraba.
— ¿Quiénes eran por fin? — Al almirante
Le habla así aparte el de gentíl semblante:

3.

— «Yo soy *Záida*. Ese es *Nuño*. Mi apellido
Con el orígen de mí sér se ignora:
En mi niñez no sé qué historia he oido
De un gran señor y una princesa mora.
De madre, la de Nuño me ha servido:
Más el secreto que mi pecho llora,
Con celo lo guardó tan indiscreto,
Que murió la infeliz con el secreto.

4.

«Quedé huérfana y rica. Tiernamente
A su hijo Nuño encarga me dé ayuda
Mi nodriza al morir. ¡Cumple fielmente!
No siento pena que á templar no acuda.
Por esto que una vez estando ausente
Me escribió Nuño, inferireis sin duda
Con qué respeto ven, con qué cariño,
Sus ojos por mis ojos desde niño.

5.

«— *Sin ser amor mi amor, te miro inquieto:*
Te hablo de mi respeto, y te enamoro;
Causa de admiración, de amor objeto,
Tu pasión quiero y tu virtud adoro.
Siendo igual mi cariño á mi respeto,
Si es amor ó amistad mi afecto ignoro:
Amante real, amigo en la apariencia,
Es el culto amistad y amor la esencia. —

6.

«Niña, á un don Mendo, á quién amar creía,
Fría mi lengua le juró constancia:
Mi pobre corazón nada sabía,
Dormido aún en brazos de la infancia.
Fué don Mendo á la guerra en que servía.
Quedé yo expuesta al tiempo y la distancia.
Yo, sin amor; él, segun fama, amando,
Marchó don Mendo, y me quedé esperando.

7.

«Crecí. Lo que sentí en mi edad temprana
Mis ojos os dirán, que nunca mienten;
¡Se ama tanto en la tierra sevillana
Que allí, señor, hasta las piedras sienten!
Me amó y amé á Rodrigo de Triana
Tanto!... que no hallo voces que lo cuenten.
¿Pero y don Mendo, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, más no volvía.

8.

«Pero, aunqué mucho amé, siempre conmigo
Llevaba de mi fé la confianza,
Pués nunca el nuevo amor, creéd lo que os digo,
En mi antígua palabra hizo mudanza.
Fiel á don Mendo, nunca dí á Rodrigo,
Muriéndome por él, ni una esperanza.
¿Don Mendo en tanto, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, más no volvía.

9.

«Voló Nuño en su busca al fin, queriendo
De mi lazo infantil verme librada.
Va, inquiere, viene... y me contó volviendo
La triste suerte que sufrió en Granada.
¡En un rebato pereció don Mendo!
¡Siempre fiel, aunqué nunca enamorada,
A no saberse de él, día tras día
De mi vida hasta el fin le esperaría!

10.

«Más, dueña ya de mí, busqué á Rodrigo:
¡Ah! ¡no hay placer para el amor entero!
Sin esperanza y sin contar conmigo,
Que os acompaña sé de aventurero.
En traje varonil sus huellas sigo.

Con Nuño, de mis males compañero,
Quiero morir, si halla él por mí la muerte:
¡Que quepa á un mismo amor la misma suerte!

11.

«Le seguí. Vine á Palos. Ví á *Marchena*,
Me contó vuestra marcha, y á mi ruego
Fletó un buque, dolido de mi pena,
Y al partir, para vos me dió este pliego.
Llegué aquí al fin. De confianza llena
En vuestras manos mi destino entrego.»
— «¡Bien! la dice Colon. ¡Bien, hija mía!» —
El pliego de Marchena así decía:

12.

— «¡Salud, Colon! Llevando á la dadora,
A la que arrastra del amor el fuego,
Sale un esquife tras la flota ahora:
Que con bondad la recibáis os ruego.
Seis horas hace que rayó la aurora;
Y en esta carta que con llanto riego
Os envío otra vez, por si os alcanza,
Mi bendición, mi afecto y mi esperanza!

13.

«Salió hoy el sol! qué confusión! ¡qué ruido!
Al ver la flota huyendo á toda vela
Se alzó en el puerto un general quejido,
Que aún su recuerdo el corazón me hiela.
«*¡Que se van! ¡que se marchan! ¡que se han ido!*»
Grita la gente que corriendo vuela.
¡Cuán bien la flota sin oir seguía
El *¡que se van!* que el viento repetía!...

14.

«¡Cuanto más pienso en lo árduo de este caso
Más la duda cruel mi alma lacera!
¿Se unirán el oriente y el ocaso?...
¿Será circunvalable nuestra esfera?...
¡Oh! ¡cuánta gloria nos espera acaso!
¡Cuánto dolor tal vez ¡ay! nos espera!
Si lo grande del hecho me entusiasma,
Lo aventurado el corazón me pasma!

15.

«¡Pobre pueblo!... ¡os estaba contemplando
En el mar con terror los ojos fijos,

Todos, cuál más, cuál menos, exhalando
En lúgubre tropel ayes prolijos!
Y yo también lloraba, al ver llorando
Las pobres madres de los pobres hijos
Que burla pueden ser del mar y el viento!...
¡Dios nos perdone el mal por el intento!

16.

«Conforme os alejábais, los cuitados,
Sin ver que más sus ánsias encendían,
Subiéndose á las cimas y collados
Los pañizuelos con dolor movían.
«*¡Adiós!... ¡adiós!...*» Y hasta los más osados
«— *¡Todo para ellos se acabó!*» — decían,
Por sus ojos lanzando en ancha vena
Cristalizada en lágrimas la pena!

17.

«¡Ya de ira se arrastraban por el lodo
Los hijos, las esposas, los hermanos!
¡Ya adioses daban de diverso modo,
Con ojos, lengua, corazón y manos!
¿Y las madres? Las madres sobre todo
Me desgarraban con sus ayes vanos,
Al recordar la pena que tendría
Por tal dolor, y en caso iguál, la mía!

18.

«*¡Fraile maldito!*» — Con amargo acento
Una gritó en mi rostro el rostro fijo:
¡Era esposa!... perdono su ardimiento,
¡Aunqué hasta el día en que nací maldijo!
Y á algunas que con lúgubre lamento
Me gritaron — «*¡piedad!*» — otra les dijo:
— «*¡No esperéis compasión de esa alma odiosa*
Que nunca el nombre oyó de hijos ni esposa!» —

19.

«Más no importa; ¡valor! ¡Cruzad los mares,
Compadeciendo al infeliz Marchena!
¡Pronto volved á vuestros patrios lares,
O pronto ¡ay Dios! me matará la pena!
Si morís... bien: ¡hé aquí vuestros pesares!
¡Ay del que á duelo eterno se condena!
¡Quién pudiera, cambiando nuestra suerte,
Mi impaciencia trocar por vuestra muerte!

20.

«¡No puedo más!... suplid lo que no os digo:
Os encomiendo á Dios, y que él os guarde!
Parte el esquife... ¡Con el alma os sigo!
¡Ánimo, pués!... ¡Para temer ya es tarde!
¿Sabéis qué os llamará, querido amigo,
La ruín posteridad, fiera ó cobarde?
SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO:
SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.»

CANTO TERCERO.

EL CIELO.

RESÚMEN.

Día 4 de agosto de 1492. — Invocación de Colon. — Descripción del cielo.— Aparición de las virtudes teologales. — La Fé. — La Caridad. — La Esperanza. — Se funden en la lúz las virtudes teologales. — Continuación del viaje.

1.

Del mar, Colon, las olas contemplando
Muy de mañana, en el segundo día,
Dice, en su empresa colosal pensando:
— «¡La voluntad de Dios será la mía!»
Luego al cielo los ojos levantando,
No sé si con más pena que alegría,
En la ilusión que su cerebro inflama
Con alma, vida y corazón exclama.

2.

— «¡ Ayudadme en mi empresa sobrehumana,
Peregrinas virtudes teologales!
¡Guiadme, FÉ, lumbrera soberana,
Que oscurecéis las luces eternales!
¡Valedme, CARIDAD, graciable hermana
Del más mísero y vil de los mortales!
¡Alentadme, ESPERANZA bendecida,
Ultimo aliento de la humana vida!» —

3.

¡Cuán bueno es Dios! A esta oración tan pura
Abrió el cielo sus puertas de repente,

Viendo al punto Colon tanta hermosura
Con ojos del alma claramente.
¡Muy bueno es Dios! Por eso con ternura
Se hace la gloria á la virtud patente,
Y si del cielo es el candor modelo,
Eco es tambien de la inocencia el cielo.

4.

Todo reina allí en paz aunqué es activo.
Nunca allí la embriaguez raya en demente.
Como es, de cuanto hay santo, ejemplo vivo,
Es de lo bello inagotable fuente.
Todo cuanto allí nace es expansivo.
Todo cuanto allí existe es inocente.
Como nada en sí el alma allí sepulta,
No hay secreto placer ni gloria oculta.

5.

Amorosas las almas en el cielo,
Todo, unas de otras al través, lo miran;
Y unas de otras en pos, con fiel desvelo,
Cuál mútuas sombras cariñosas giran:
El amor de los niños en el suelo
Las almas trasladar al cielo aspiran:
«Hermano,» á todo cuanto adoran llaman:
Allí los séres su aman porque se aman.

6.

Las almas su presente van pasando
Como un recuerdo de delicias lleno,
En perspícua mudez se hablan mirando.
Siente en voz alta su patente seno.
Con un beso mental en sí encarnando
Cuanto ha criado Dios de alegre y bueno,
Las horas son de su existencia pura
Horas de fiesta en días de ventura.

7.

Sienten las almas el placer del llanto
Cuando atraviesa el pecho enternecido
La santa pena del recuerdo santo
Del lícito placer por siempre huido:
Más, aunqué deja con lloroso encanto
Algún dulce recuerdo del pecho herido,
Son del cielo las lúgubres endechas
Piedra que aguzan del placer las flechas.

8.

Las almas entristece dulcemente
El miedo de perder el bien que adoran
Porqué no es su virtud más inocente
Su faz las tintas del pudor coloran:
¡Ah! no sintáis por la que dulce siente;
¡Ah! no lloréis por las que tiernas lloran;
Cómo el dolor que con placer se canta,
Allí el dolor, aunqué enternece, encanta.

9.

Feliz mansión donde se está gozando
Con la fé, la razón y el sentimiento.
El tiempo que á momentos va pasando,
Eterno se acumula en un momento.
Grande la voluntad va ejecutando
Cuanto apetece grande el pensamiento.
Siempe el deseo sobre el gusto flota.
Nunca al placer la saciedad embota.

10.

De improsivo, en equívoca apariencia,
Las tres virtudes por Colon llamadas
Descienden, cuál si en vaga transparencia
De una explosión de lúz fuesen brotadas.
La atmósfera embalsama su presencia.
Clarifican el sol con sus miradas.
— «Si del mundo faltaséis algun día,» —
Dijo al verlas Colon, — «¿qué quedaría?»

11.

Ved á la Fé con venda trasparente,
Siempre durmiendo y en el bien soñando;
Cómo Colon intuitivamente
Con los ojos del alma va mirando.
¡Feliz mil veces tú, feliz la gente
Que tras tu pié inerrable va marchando,
Ciega que ves sin que te alumbre el día,
Que tanto ves, como que Dios te guía!

12.

Ven; Caridad, de la virtud lucero;
Aún vives tú si la justicia acaba.
No piensa el mal tu corazón sincero.
Puro tu lábio cuanto nombra alaba.
Modesta emperatríz del orbe entero,

Que al orbe entero sirve como esclava.
Reina que el fausto del dosel no goza,
Y que espía el dolor de choza en choza.

13.

Ven, ESPERANZA, manantial risueño
Que la promesa y el deseo mana.
Instigadora y cómplice del sueño.
Encarnación de un ideal mañana.
Fiera que matas sin fruncir el ceño,
Y á quién perdona la bondad humana
El que nos dés, infiel, mil amarguras
Por ser tan fiel en prometer venturas.

14.

Más eterna que el tiempo, la ESPERANZA,
Y mucho más que la desgracia fuerte,
Tan fuertemente por el tiempo avanza
Que cual Dios-ilusión mata á la muerte:
Perpétuo mal y eterna bienandanza:
Lúz de la buena y de la mala suerte:
Tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
Que tu hermosura es tu menor encanto.

15.

Apenas de Colon la voz fué oída,
Volaron las virtudes hácia el suelo:
De todos los caminos de la vida
El más corto y mejor es el del cielo.
La esencia de ellas en la lúz fundida
Vuelan, pero es inútil que su vuelo
Ojos humanos penetar intenten:
Nadie las vé, más todos las presienten.

16.

Fresca es la brisa. El mar está en bonanza.
Atrás los ojos húmedos tornando
Triste la gente por el mar avanza,
Madres, hijos y esposas recordando.
La FÉ, la CARIDAD y la ESPERANZA,
Todo el sér de Colon electrizando,
Tocaron con la boca dulcemente
Su corazón, sus lábios y su frente.

17.

Y exaltado Colon así murmura:
—«¡Vamos pués! Los misterios de occidente

No los creerá, como hoy, la edad futura
Fantásticos prodígios de un demente.» —
Dijo, y brilló en sus ojos la ventura.
Y después, anublándose su frente,
Añadió: — «Y si la suerte me es impía...
¡La voluntad de Dios será la mia!»

CANTO CUARTO.

EL INFIERNO.

RESÚMEN.

El día 24 de agosto avistaron el volcan del pico de Tenerife. — Espanto de los marineros y discurso de Colon. — Animación del pico de Teide.— El cráter del volcan arroja fantasmas. — Descripción del infierno. — Discurso de Satanás. — Más fantasmas. — Satanás se asoma al cráter del volcan. — Discurso de Satanás. — Desaparición de Satanás y hundimiento del pico de Teide. — Continuación del viaje.

1.

Y otros veinte pasaron desde el día
En que zarpó Colon, cuando al siguiente
La chusma, que de miedo se moría,
Miró el volcan de Tenerife enfrente.
¡Triste augúrio! El que menos, se creía
Que era desde él de donde eternamente
La *negra mano* del demonio mismo.
Las naves sepultaba en el abismo.

2.

Apelando Colon á su experiencia,
Les probó con cien textos por lo menos,
Que los volcanes eran en su esencia
Hechos sencillos de malicia ajenos.
¡Discurso ineficaz! ¡Inútil ciencia!
Mientras habla Colon, de espanto llenos
Créen ver los tristes, de la *negra mano*
La sombra proyectar al Oceano.

3.

Y ¡oh! cuánto más la tropa desfallece
Cuando el pico de Teide se reanima...
Se agranda por su base... y crece... y crece...

Hasta pasar las nubes con su cima!
¿Es verdad que se agranda, ó lo parece?
La chusma crée que en realidad se anima;
Aunqué, si falta al corazón denuedo,
Para animar los montes basta el miedo.

4.

Cierto es que Satanás el Teide anima,
Porqué apoyado en su ancha cordillera,
Se alza más... y hasta el cielo se sublima,
De nieve y fuego orlada su cimera.
Y el mónstruo alzado así, desde su cima,
Su lava, como negra cabellera,
Con majestad horrible hasta su falda
Suelta gentil por la marmórea espalda.

5.

Y aquí y allí, cerniéndose, se avanza,
Y ora la mar, ora los cielos toca;
Y mil sombras que azuza á la venganza
Vomita atroz por su sulfúrea boca.
Y á los fantasmas que del cráter lanza
Con voz les dice, que el furor sofaca:
— «¡Esos son, esos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos!» —

6.

Y vomitando el Teide apariciones,
Ruge así removido en sus cimientos:
— «¡Esos son! ¡Guerra, guerra en sus pasiones!
¡Agitad, agitad los elementos!» —
Y su ignívoma boca las visiones
Arrojando en tropel sobre los vientos,
Del claro sol á las variadas tintas
Formas adquieren cada cual distintas.

7.

¿Las veis? — Por dónde el cráter corresponde
Resurgen los fantasmas á porfía,
Que el viento los enseña y los esconde,
Que los alumbra y los eclipsa el día.
¿Quereis saber por qué, quién, y de dónde
Esa legión de espíritus envía?
Entrad sin miedo en el volcan que escalo:
Da más horror el corazón de un malo.

8.

Ved un lugar que lejos se columbra,
Que allá hácia el fin del pensamiento toca:
La lúz allí se vé, más nada alumbra:
Cálido el aire, sin matar, sofoca.
¡Cuando la vista al cielo allí se encumbra,
Solo vé de un abismo el ancha boca!
El suelo se hunde con blandura tanta,
Que nunca en firme se asentó una planta.

9.

Indiferente á todos nuestra vida,
Nuestro nombre es de todos olvidado.
La palabra *virtud* nunca fué oida.
Nunca allí la *esperanza* se ha mentado.
Con nuestros nombres el *por qué* se olvida
De las alegres culpas que han pasado;
Pués si el recuerdo de ellas fuese eterno
Aún nos diera placer el mismo infierno.

10.

No se oye allí más voz que los latidos
Del corazón en su clausura estrecho.
Solo *hastío* perciben los sentidos.
Solamente *rencor* brota del pecho.
Los objetos más ciertos son fingidos.
Cuanto se toca allí vuela deshecho.
No sabe qué querer la fantasía,
Solo sabe lo que *ódia* y lo que *hastía*.

11.

Ni un bello pensamiento allí enardece;
Ni un noble sentimiento el pecho inflama;
Todo el que piensa ó siente es que aborrece...
¡Oh! ¡maltido lugar donde no se ama!
Náufrago que se ahoga y no perece,
El hombre, eternamente ansiando, exclama:
—«¡Dadme las dichas del dolor, ¡Dios mío!
Y no *hastío y rencor, rencor y hastío*!»—

12.

Rodeado allí de espíritus sin cuento
Celoso Satanás en su ánsia loca,
De esta manera habló con fiero acento
A la grey maldecida á quién evoca:
(Y ántes de hablar hondo lanzó un lamento

Que repetido fué de boca en boca,
Cuál si el número inmenso de nacidos
Gimiesen de una vez de un golpe heridos.)

13.

— «¡Ay! Contra mí otra vez sus rayos vibra
El gran poder que mi poder aterra:
Si da un paso Colon, de mí se libra
Entre yo y Dios la compartida tierra.
Mi poder y el de Dios desequilibra,
¿Y aún no empezáis, hijos del mal, la guerra?
Su flota sea á vuestro soplo aleve
Arista vil que el vendaval se lleve.

14.

«Tú, IDOLATRÍA, á la infernal ralea
Inspírale el rencor que arde en tu seno:
Por tí el culto del sol sangriento humea,
Y asuela Djaggernat de horrores lleno.
Que el mundo, como es hoy, por siempre sea,
Revuelto en sangre, lágrimas y cieno,
De ídolos falsos insondable abismo.
¡QUE TODO SEA DIOS, MENOS DIOS MISMO!

15.

«Tus lenguas mil, por el honor malditas;
Mueve tambien ENVIDIA infamatoria,
Que el brusco sol de la verdad evitas
Tras la sombra del árbol de la gloria.
Si en sorda guerra lenguarazte agitas,
No hay sábio en la opinión ni héroe en la historia
Que á tus dardos, ni oídos ni sentidos,
Muertos no caigan por la espalda heridos.

16.

«Y tú, IGNORANCIA, cuyo brazo fuerte
Del humano progreso el curso estanca,
Que escarneciste con tan buena suerte
El númen de Colon en Salamanca,
Su intento colosal condena á muerte.
La ciencia como Omar del mundo arranca.
Luzca precoz con vivo centelleo
El puñal que le aguarda á Galileo.

17.

«Del semi-dios Colon, vuestras legiones
Confundan los titánicos intentos,

Ya enardeciendo bajas las pasiones,
Ya agitando en tropel los elementos.» —
Dijo así: y del infierno las visiones
Por el cráter lanzadas á los vientos,
Del claro sol á las variadas tintas
Formas adquieren cada cual distintas.

18.

Y estos son las fantasmas que á porfía
Resurgen por el cráter esplendente
Cuando la chusma, que de horror moría,
Mira el volcan de Tenerife enfrente.
Sombras que eclipsa y que esclarece el día,
Que esconde y muestra á medias el ambiente...
No en vano el mundo con baldon eterno
A Tenerife le llamó el *Infierno*.

19.

¡Triste recuerda á su país la gente,
Al ver que aumenta del volcan la llama!...
¡Cariñoso acudiendo á nuestra mente,
Más nos hiere al morir lo que más se ama!
El Teide en tanto inexorablemente,
Brotando sombras sin cesar, exclama:
— «¡Esos son, esos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos!» —

20.

Y Satanás el cráter asaltando,
Hasta sacar el pecho á alzarse prueba,
Cual el humano corazón rasgando
Remordimiento aterrador se eleva.
El mundo entorno con rencor mirando,
En el espanto general se ceba,
Como heraldo fatal que anuncia luego
Algun diluvio general de fuego.

21.

Y dijo así, las naves circundando
Con su ardiente y negruzca cabellera:
— «¿A donde váis, ¡ilusos! traspasando
Esta de muertes perenal barrera?
¡Atrás! volved las proas. ¡Yo os lo mando!
¡Yo, de naufragios eternal lumbrera!
¡Yo, que altivo guardian de un mar ignoto,
A la humana ambición sirvo de coto.

22.

«¡Atrás! ¡No hay más allá! ¡Los huracanes
Ecos son nada más de mi fiereza!
¡Como véis, mis alientos son volcanes!
¡Sacude las borrascas mi cabeza!
¡En un día de enconos y de afanes
Me engendró y puso aquí naturaleza,
Para que abisme con mis *negras manos*
Cuanto á inquirir se atreva sus arcanos!

23.

«¡No hay más allá! La mar que véis enfrente,
Cuya sola extensión al mundo aterra,
Con sus llaves de fuego eternamente
Mi *negra mano* inexorable cierra.
Y vuestro ardor, desatentada gente,
Desagradando á Dios, pasma á la tierra:
Y al ver tanto valor, hasta yo mismo
Lleno de ira y pavor torno al abismo!» —

24.

Dijo, y se hundió. Y el Teide, el gran bajío
Del mar de éter que el globo circunvala,
Se encorva... baja más... se hunde sombrío...
Y á su primer nivelación se iguala.
La flota de Colon, cual por un río,
Tranquila en tanto por la mar resbala,
Mientras la gente aún vé en los horizontes
Lo que vé el miedo que reanima montes.

25.

¡Adiós!... ¡Todo pasó!... La isla dejando
Vira la flota hácia la Gran-Canaria.
¿Y el mónstruo? — No se vé. — Ya van pensando
Si seria su mano imaginaria.
¡Bravo! á su faz, conforme van virando,
Se asoma una sonrisa involuntaria...
No parece sino que, más serenos,
Temen al diablo por la espalda menos.

26.

Corren los buques... La distancia crece...
El antiguo valor la fé reintegra.
Poco á poco el volcan morir parece...
¡Cuánto á la chusma su extinción alegra!

Mengua el pico... se abisma... desparece...
¡Y las visiones!... y la *mano negra!*...
¡Todo se disipó del mismo modo
Que se disipa en la existencia todo!...

CANTO QUINTO.

HISTORIA DE COLON.

RESÚMEN.

Historia de las islas Canarias. — Historia de Colon. — Su patria. — Combate naval. — Llega á Lisboa. — Su casamiento y vida. — Su proyecto desechado por el rey de Portugal. — Id. por Génova y Venecia. — Llegada á Palos. — Marchena. — Garci-Fernandez. — Llegada á Córdoba.— Talavera. — Alonso Quintanilla. — El cardenal Mendoza. — Exámen en Salamanca. — Tomas de Baza, Loja y Málaga. — Sús amores en Córdoba con doña Beatríz Enriquez. — Retorno á Palos. — Vuelta á la corte. — Santangel y Beatríz de Bobadilla, marquesa de Moya. — Isabel la Católica. — Fernando V. — Pactos con el rey. — Parte á Francia. — Vuelta á la corte. — Arranque de la reina. — Se firma el pacto. — Los Pinzones. — Salen de Palos. — Primera avería. — Se dirige á las Canarias á reparar su avería. — Salida de la Gomera. — Conclusión del canto.

1.

Heredó las Canarias un Herrera,
Oscuro ciudadano de Sevilla;
Islas todas que, excepto la Gomera,
Enajenó á los reyes de Castilla.
Que Herrera, rico ya, la isla postrera
Guardase para sí no es maravilla,
Sin duda el tal para tener por donde
Ser, como fué, de la Gomera conde.

2.

Se halla Colon sus penas refiriendo
En la casa del conde ciudadano,
Mientras un don Elías le está oyendo,
Deudo del tal Herrera sevillano.
Colon con don Elías departiendo,
Frente el uno del otro y mano á mano,
Cuenta su historia con la tierna gracia
Con que al mérito adorna la desgracia:

3.

—«Para mí el infortúnio es una peste,
Peste, señor, de que nací infestado;
La amiga antorcha del fulgor celeste
Solo una vez propicia me ha alumbrado.
Deciros quiero, aunque rubor me cueste,
Que escarnecido aquí, y allí olvidado,
El desprecio no más siguió mi huella
Huésped eterno de la adversa estrella.

4.

«Y como siempre ha sido de los hados
Mi desdichada estirpe eterna injuria,
De padres como yo desventurados
En un pueblo nací de la Liguria.
Con deudos míos, cuál ninguno osados,
Mil veces de la mar sentí la furia,
Que es para mí desde mi amor primero
La mar madrastra que cuál madre quiero.

5.

«En la empresa más dura á que he asistido
(No la más infeliz de mis empresas)
Al leon de Venecia, no vencido,
Vencimos unas naves genovesas.
Caí luchando al mar, y á un remo asido
Llegué á nado á las costas portuguesas.
¡Cuánto dolor, cuánta esperanza mía
En sólo un remo se salvó aquel día!

6.

«Náufrago entré en Lisboa, en donde amante
A *Felipa Moñís* prendó mi audacia.
Fuí modelo de honor en lo constante.
Ella era un tipo de virtud y gracia.
Fruto de tanto amor fué un tierno infante.
Aumentó la pasión nuestra desgracia,
Porqué en lazos se ligan más estrechos
En un mútuo dolor los nobles pechos.

7.

«Para vender después, mapas trazaba,
Ciencia que entre otras aprendí en Pavía!
De este modo á mi esposa alimentaba,
Y á mi padre y hermanos sostenía.
Con mi trabajo el hambre mitigaba.

Mis penas con mis libros distraía,
Porqué la ciencia con discreto modo,
Excepto la virtud, lo suple todo.

8.

«Al rey de Portugal don Juan segundo,
Que un paso busca para el suelo indiano,
Le expuse un plan en que doblando el mundo
La Índia se hallase al fin del Oceano.
Juntó un consejo... y su saber profundo
Me escarneció... ¿qué sabe un cortesano?
Servir sin fé, reir por artificio,
Querer por fuerza, y admirar de oficio.

9.

«Malsines! Luego un buque aparejando,
Mi plan salió á explorar con cauto celo,
Más el piloto se volvió temblando...
¡Justo castigo fué del alto cielo,
Desde entonces mi nombre fué nefando.
¿Qué podía yo hacer en tanto duelo?
¡Pedir á Dios resignación cristiana,
La gran virtud de la pobreza humana!

10.

«Muerta mi esposa: en Portugal burlado,
A la patria volví donde he nacido:
Pero mi plan, que expuse á su cuidado,
Ni Venecia ni Génova han oido.
Yo he sido por ser pobre despereciado,
Y por loco pasé siendo instruido:
Siempre el mundo en mí ha visto en una pieza
La locura ingertada en la probreza.

11.

«Yendo hácia Huelva á pié, solos, con pena,
Hambre mi bijo sintió con fuerza cruda:
A un convento llamé, y un alma buena
Pan dió á mi niño, y á mi pena ayuda.
Su guardian *fray Juan Perez de Marchena*
Me vió al paso, me habló... y en él sin duda
Me hizo ver Dios que en el postrer extremo
Jamás en un naufragio falta un remo.

12.

«Si no elogiase su bondad, haría
Al prior de la Rábida un agrávio:

¡Con cuánta admiracion mi teoría
Oyó y reoyó pendiente de mi lábio!
Marchena, en no envidiada medianía.
Vive feliz y oscuro, aunqué es tan sábio;
Pués la dicha cabal mucho más ama
Una buena opinión que una gran fama.

13.

«Al médico de Palos determina
Llamar Marchena á docta conferencia;
Mi plan *Garci-Fernandez* examina
Con tan sabia atención como indulgencia.
Caridad en acción su medicina
Más es que oficio una virtud su ciencia.
Es templar de los tristes los dolores
El amor más genial de sus amores.

14.

«La junta humilde y sabia del convento
Pensó entonces lo cuerdo que sería
El que, partiendo yo, fuese al momento
A la reina á exponer mi teoría.
Desde Huelva hasta Córdoba contento
Crucé la calcinada Andalucía,
Patria de mi vejez, de mís dolores,
De mi gloria tal vez y mis amores.

15.

«Llegué. De Perez la amistad sincera
Cartas me dió para un prior tan vano
Que mi plan juzgó siempre una quimera,
Hombre indocto, aunqué diestro cortesano.
Hoy ya arzobispo *Hernando Talavera*,
Mejor que yo al furor del Oceano
Las velas sabe izar sin duda alguna
Al viento desigual de la fortuna.

16.

«Viví en Córdoba. En tanto que iba errante
Aquí y allí la corte de Castilla,
Me socorrió, de mi proyecto amante,
Prez de Astúrias *Alonso Quintanilla*.
Medinaceli me asistió constante,
Que siempre grande entre los grandes brilla.
Feliz mendigo, entones aún pensaba
Que en este mundo hasta el dolor se acaba.

17.

«Con bondad, que aún mi espíritu alboroza,
Un día á ver los reyes me acompaña
El cardenal *don Pedro de Mendoza*,
Que — «*el tercer rey*» — le nombran de la España.
Por cuantos sábios Salamanca goza
Mandó el rey discutir mi ciencia extraña,
Luchando así por uno y otro lado,
En mí el futuro, en ellos lo pasado.

18.

«A Salamanca fuí. En un convento
Controvertí con doctos profesores:
Fueron á combatirme más de ciento
Entre frailes, y legos, y doctores.
Probé allí de mi ciencia el fundamento
Por la opinión de sábios escritores,
Por pruebas naturales abundantes,
Y por la fé de doctos navegantes.

19.

«Si no es redondo el mundo, les decía,
¿Cómo el sol al rodearle no tropieza?
¿Por dónde nace y se sepulta el día?
¿A dónde acaba el globo y dónde empieza?
Viendo hablar solo en la defensa mía
Del príncipe al tutor *fray Diego Deza*,
Yo pensé que exhalaba en un momento
De mi vida infeliz todo el aliento.

20.

«Lanzáronme al final de la contienda
Esta série de citas importuna:
— «*Nadie que el texto de la Biblia entienda,*
La fé con los antípodas aúna.
Dios el cielo extendió como una tienda.» —
Así ignorantemente una por una
Fueron deshechas arrojando al viento
Las plumas de mi altivo pensamiento.

21.

«No preveyeron ¡ay! que mi fé pura
Del infierno los ídolos aterra,
Que el hecho grande que mi mente augura
Abre el futuro y lo pasado cierra.
Yo soy el que predice la Escritura:

— « *Se unirán los extremos de la tierra,*
Y siguiendo del cielo los pendones
Se juntarán las lenguas y naciones. » —

22.

«Dando al exámen término prudente,
Fué á Córdoba la corte. Yo entre tanto
Huésped molesto aquí y allí indigente
Tan solo algun alivio hallé en mi llanto.
Lloré... y después... lloré tan solamente.
¿Qué podía yo hacer en duelo tanto?
¡Pedír á Dios resignación cristiana,
La gran virtud de la probeza humana!» —

23.

Recordando Colon tan tristes días,
La aflicción sus palabras atenúa.
Su oyente, al contemplar sus agonías,
Entre llorar y no llorar fluctúa.
— «Veréis si esto os aflige, don Elías,» —
Después Colon diciendo continúa;
«¡Para cuánto dolor os dan materia
Los fastos de mi vida de miseria!

24.

«Mientras la corte errante iba y venía,
Blandiendo contra el árabe una espada
Se cuenta que luché con bizarría
En Baza, Loja, Málaga y Granada.
¿Qué importa al porvenir mi valentía?
Para mí el ser valiente es no ser nada.
Toda fama es un crímen si es sangrienta.
O la gloria no es gloria, ó es incruenta.

25.

«De Córdoba á una hija encantadora
Amé con tan inmensa idolatría,
¡Pobre *Beatríz Enriquez!* que aún la adora
Con la ilusión de un niño el alma mía.
Habiendo amado tanto á esta señora,
No extrañareis que la ame todavía:
La juventud en la vejez sintiendo
No puedo envejecer envejeciendo.

26.

«Siguiendo yo una vez sus pasos iba
De un templo á la salida, cuando á poco

Gritó — «*¡al loco!*» — una turba intempestiva,
Mi vejez insultando con descoco.
Sin duda empezó á amarme compasiva
De oír al vulgo vil llamarme loco,
La que en ratos después más halagüeños
Me solía llamar su *caza-sueños.*

27.

«¡Cuántas veces, señor, la turba ciega
De loco tilda al cuerdo que en sus glorias
Con sus ideas distraido juega
Siendo solo sus dados las memorias!
Nunca este grito me quitó el sosiego,
Pués sabía muy bien por las historias
Que mil veces de loco fué tildado
Quién padeció del genio el mal sagrado.

28.

«De Beatríz la historia lacerante
Si no os da enojo os contaré mañana,
Esposa sin marido, oculta amante,
Madre sin hijos, maldecida hermana.
Fueron los días que la amé un instante,
Porqué los años en la vida humana,
Dulces alguna vez, otros amargos,
O tan rápidos son, ó son tan largos!...

29.

«Pués, siguiendo mi vida malhadada,
Sin esperanza ya, como os decía,
Volví al convento, y me anuncié á la entrada
Más pobre que otro tiempo todavía.
Fray Perez comprendió de una mirada
Que solo hallado por el mundo había,
Ódio, desprecio, olvido y amargura,
¡Es tan fácil de hallar la desventura!

30.

«El alma del guardian de rabia henchida
Escribe á la gran reina; y siempre buena,
De este su antiguo confesor dolida,
Que vaya Perez á la corte ordena.
Fué. Habló á la reina, y me llamó en seguida.
Dudo en volver, más viendo que Marchena
Cura mi herida y mi dolor acalla,
Torné otra vez al campo de batalla.

31.

«De nuevo en mi favor abren campaña
Luis Santangel y *Alonso Quintanilla*,
Y á los piés de los reyes me acompaña
La marquesa *Beatríz de Bobadilla*.
La marquesa es hermosa hasta en España;
Bellos sus ojos son hasta en Sevilla:
Nadie una vez su imágen tuvo enfrente
Sin llevársela impresa eternamente.

32.

«Blanco su cútis, rojos sus cabellos,
Muestra gentil *doña Isabel Primera*.
Del cielo azúl sus ojos son destellos.
Grave es su andar; graciosa su manera
Es tan casta, que nadie sus piés bellos
Ni al ponerles la unción verá siquiera.
Su faz, sombra y espejo de sí misma,
Un pensamiento silencioso abisma.

33.

«Dulce en la paz, es en guerrear constante.
A la firmeza y la bondad propensa,
Como en torno de un astro gira amante
Cuanto siente junto á ella y cuanto piensa.
Sirve con humildad, manda arrogante.
Es su mirada reflexiva, intensa;
Nunca ví de ojo humano los reflejos
Ni venir de tan hondo, ni ir tan lejos.

34.

«Al católico rey, á juicio mío,
Le llaman bien, aunqué con forma extraña,
El *pérfido* Inglaterra, Italia el *pío*;
Francia el *avaro*, y el *prudente* España.
Calculador, sagaz, taimado y frío,
Será mucha su fé, grande su maña;
Pero, aunqué algunos me apelliden loco,
Su alteza nuestro rey me gusta poco.

35.

«Cuando en mi pacto el rey ve que arrogante
Ser rico, y don, y hasta virey pretendo,
Juzga mi pretensión exorbitante...
¡Aún de enojo pensándolo me enciendo!» —
Alzó aquí don Elias el semblante,

Y tan extrema pretensión oyendo,
Murmuró por lo bajo y poco á poco:
— «Tiene razon la gente, éste hombre es loco.»—

36.

Colon siguió: — «Con la ruindad que veo,
¿Qué hago? me alejo y me dirijo á Francia;
Más de la reina me alcanzó un correo
En un puente á dos leguas de distancia.
No me atrevo á volver, y lo deseo.
Más de la reina al escuchar la instancia,
A ella obediente, y á mis quejas sordo,
Mi bestiezuela ruin viré de bordo.

37.

— «*Al veros ir*, me dijo el mensajero,
Hablaron á la reina de Castilla
Santangel, de Fernando tesorero,
Y el contador Alonso Quintanilla.»
Torno á la corte al fin, y allí me entero
Que la hermosa Beatríz de Bobadilla
Volvió también providencial su gracia
A poner entre el trono y mi desgracia.

38.

«Entro la reina á ver, y así se expresa
Con rostro altivo y con afable acento:
— «*En vez de perlas, como vos, marquesa,*
Ceñir con flores mi cabeza cuento.
Vended mis joyas, pués costear la empresa
Por mi corona de Castilla intento.» —
Dijo; y por Dios que al pronunciar tal cosa
Además de sublime estaba hermosa.

39.

«Firmóse el pacto al fin ¡sea en buen hora!
Donde *don* y *virey* se me nombraba.
¿Don Elias, cual yo, de veis ahora
Que en este mundo hasta el dolor se acaba?
Ya soy *don* por la reina mi señora,
Cuando simple Colon morir pensaba.
Siempre creí que en los humanos duelos
Cuando el mundo se va, vienen los cielos.

40.

«De mi vida dan fin los tristes fastos.
Firmando reina y rey las condiciones,

Ya mis proyectos, cual ningunos vastos,
La envidia van á ser de las naciones.
Para cubrir la octava de los gastos,
Generosos conmigo los Pinzones
Jugaron su fortuna con mi ciencia
Al juego de la oscura providencia.

41.

«Ya prontos, en la iglesia del convento
Confesamos, y á Cristo recibimos;
Nos dió Marchena en un sermon aliento,
Nos bendijo, rezamos, y partimos.
Desanclamos por fin. ¡Fresco era el viento!
¡Gracias al cielo! Hasta que al mar nos dimos
Fué mi vida entre tristes desengaños
Un sueño de diez lustro y seis años.

42.

«Pasó un sol, y otros dos; y al cuarto día
De la *Pinta* el timon desenclavando,
Ya *Quintero* azuzó la rebeldía
Mal síno entre mis gentes augurando.
Pero *Martín Pinzón* en su osadía,
Con cabos el timon asegurando,
— «*Si se rompe un timon*, dijo á Quintero,
El componerlo es el mejor agüero.» —

43.

«Roto el timon de nuevo al quinto día,
Hice rumbo á Canaria en los siguientes.
Dejé la *Pinta* allí, y á esta bahía
Vine á enmendar ligeros accidentes.
Juzgando al fin repuesta su avería,
Por la *Pinta* volví; pero mis gentes
Cuando el volcan de Tenerife vieron,
Morir quemados en la mar temieron.

44.

«Torné aquí á vituallar. Mi historia es esa.
Pronto zarpar de la Gomera espero,
A mi ventura, que de huír no cesa,
La suprema embestida darla quiero.
No dudéis, don Elías, de mi empresa.
Fiad en mí porqué, cual nunca fiero,
Ya voy del mar por el triunfal camino
Batiendo en retirada á mi destino.» —

45.

Calló Colon. Se levantó á estrecharle
Lleno de afecto y de dolor su oyente;
Más al ir don Elías á abrazarle,
Pensó en su empresa y le creyó demente.
Miró. Se santiguó. Tornó á mirarle.
Se volvió á santiguar. Y tristemente
Con faz entre espantada y lacrimosa,
Marchando murmuró no sé qué cosa.

CANTO SEXTO.

BEATRÍZ ENRIQUEZ.

RESÚMEN.

Continúa Colon la relación de su vida. — Encierro de Beatríz. — Nacimiento de Fernando Colon. — Matrimonio secreto. — Fragmentos de las cartas de Beatríz Enriquez á Cristóbal Colon. — Conclusóin del canto VI.

1.

En el mismo lugar, al otro día,
De Beatríz Enriquez, que aún adora,
Las memorias Colon así leía
Al buen señor que de escucharle llora:
— «La historia, que es lo triste de la mía,
Vais á escuchar de la que aún es señora
De *aquí* y de *aquí!*» — dijo, y clavó elocuente
Una mano en el pecho, otra en la frente:

2.

PRIMERA PARTE.

— «A dos leguas de Córdoba traida,
Y en un castillo con rigor guardada,
Amando más la muerte que la vida,
Hoy te escribe, Colon, tu prenda amada.
— «*El fruto de tu amor, Beatríz querida,*
Es fuerza dar á lúz aquí encerrada,»
Dijo, cerrando mi prisión mi hermano,
Con la altivez feroz de un castellano.

3.

— «*Llevaréis por vuestro hijo eterno luto,*
Si lejos no vivís por siempre — dijo — ¡
De vuestro amor y de su amante fruto
(Y al hijo, á mí y á vos aquí maldijo):
Si rendís á mi alcúrnia este tributo.
Ileso á vuestro esposo irá vuestro hijo.» —
¡Cuántas eternidades de contento
Hallaron su sepulcro en un momento!

4.

«Y añadió al concluír: — «*De vos reclamo*
Una mudez perpétua, aunqué penosa,
Pués vuestra sangre verteré, que aún amo,
Si alguno os sueña de Colon esposa.
— «¿Y no he de verlos nunca?» — entonces clamo:
Y él, mi mano estrechando temblorosa,
Dice con rábia que su aliento trunca:
— «*Nunca!*» — ¿Y el día de mi muerte? — *¡Nunca!!*» —

5.

SEGUNDA PARTE.

«Nada importa la ausencia: aquel que adora
Ve siempre el culto de su amor presente;
Para el recuerdo no hay ni *ántes* ni *ahora*,
Solo hay para el recuerdo *eternamente.*
Por eso eternamente hora tras hora
Mi mente vive y vivirá en tu mente;
Nunca el rencor, luchando, alcanzó palmas
En la memoria, patria de las almas.»

6.

TERCERA PARTE.

«¡Ay! ¡me arrancaron con brutal exceso
El hijo que mi dicha hace ilusoria!
¡Solo un beso le dí, tan solo un beso!
¡Adiós, vida de amor, sueños de gloria!
Solamente en fantástico embeleso
Desde hoy lo besaré con mi memoria,
Pués para dos que se aman es sabido
Que los recuerdos son besos sin ruido.»

7.

CUARTA PARTE.

«Ya á nuestro hijo, por fin menos esquivo
Puso el cielo en tu amante compañía;
Fiero y leal, benévolo aunqué altivo,

Cumplió mi hermano la esperanza mía.
¡Cuál su faz besarás de mármol vivo!
¡Con qué gozo verás día tras día,
Entre la lúz que irradian de los cielos,
Mi espíritu cuajado en sus ojuelos!

8.

«Sepárale del ruido con cautela
Que en torno á la inocencia airado zumba:
Con la virtud su espíritu abroquela,
Antes que al cebo del placer sucumba;
Probadle que la dicha es bagatela
Que nada vale al borde de la tumba,
Que solo compra el celestial tesoro
De la virtud y la desgracia el oro.»

9.

QUINTA PARTE.

«No hago más que llorar; el llanto entiendo
Que lento el mal del corazón me enfrena;
Pués lágrima tras lágrima corriendo,
Descargándome van pena tras pena:
Desangrando mi espíritu, voy viendo
Tranquilo el corazón, mi alma serena,
Porqué es el llanto que las penas calma,
Sangre de las heridas de nuestra alma.»

10.

SEXTA PARTE.

«¡Ah! ¡cuál me atrae en vértigo halagüeño
Del sepulcro el abismo poco á poco!
Mis sueños reduciendo á un solo sueño,
Como un sueño inmortal la muerte evoco:
Pasajera embarcada en un ensueño,
Al límite feliz del viaje toco:
Ya en su dolor mi espíritu, las puertas
Que solo se abren hácia allá, vé abiertas.

11.

«Roto en pedazos de mi vida el prisma,
Ni á ver atino, ni á pensar acierto;
Mi alma, que el vaho del sepulcro abisma,
Vé sombras en lo real, lúz en lo incierto.
No extrañeis ya que os hable de mí misma
Cual si hablase de un sér que lloro muerto,
Y cuya alma á gemir, á otra alma unida,
Del otro lado vuelve de la vida.»

12.

SÉPTIMA PARTE.

«¡Adiós! hoy pronta, si ántes perezosa,
Ya á la muerte tranquila me avecino,
Mi suerte ha sido aquí tan lástimosa,
Que aguarda allá mi fé mejor destino.
¡Adiós! ¡Adiós! si ántes que vos dichosa
Llego á emprender el último camino,
Siga mi huella vuestra huella amante,
Yo no os dejo, mi bien; voy más delante!...» —

13.

— «Esta es — dijo Colon — la oculta historia
Que á la suerte de España unió mi suerte» —
Su cabeza gentil, sol de la gloria,
Entre ambas manos sepultando inerte,
Y erguido luego — «Solo su memoria
De *aquí* y de *aquí* separará la muerte» —
Dijo, clavando en lágrimas deshecho
Una mano en la frente, otra en el pecho.

CANTO SÉPTIMO.

VIENTOS ALÍSIOS.

RESÚMEN.

Se dió Colon á la vela en la madrugada del 6 de setiembre de 1492 saliendo de la isla de la Gomera. — Tres dias de profunda calma. — Las legiones infernales entorpecen la acción de los vientos. — Las sombras del infierno corren á perseguír la flota. — La Idolatría. — La Envidia. — La Ignorancia. — La Esperanza hace la flota invisible. — La Caridad convierte á las legiones infernales en los vientos alísios. — El día 8 se levantó con el sol una brisa favorable. — Promesas de Colon, y órden de que no anduviesen por la noche después de las setecientas leguas. — Consternación de los marineros. — Desaparecen del horizonte las alturas de Ferro.

1.

Repuesta de la Pinta la avería,
Y vituallada ya la flota entera,
De la quinta semana el sexto día
Zarpó la expedición de la Gomera.
Se arroja al mar Colon con alegría;

Pero la tropa, á quién el miedo altera,
De nuevo el mar á trasponer se lanza
¡Sin placer, sin valor, sin esperanza!

2.

Se alejan ya... Del mundo con espanto
Para siempre tal vez se desheredan.
¡Cuán tristes van! Los de la isla en tanto
No hay modo de que ahogar sus ayes puedan.
Como en Palos, les mueve á verter llanto
Lo mismo á los que van que á los que quedan,
Si el amor ántes, la piedad ahora:
¡Cuánto en el mundo, santo Dios, se llora!

3.

Pasa un día... Los céfiros no alientan.
Las naves, bajo un cielo bochornoso,
Como rocas inmóviles se ostentan.
¡Cuál la tumba el sosiego es silencioso!
¡Cuánta angústia! Los hombres se impacientan
Molidos bajo el peso del reposo,
Dudando alguna vez, no sin motivo,
Si el límite es aquél del mundo vivo.

4.

Pasó otro sol. Un proceder villano
Del rey de Portugal Colon temía.
Aún tocan la Gomera con la mano
En la mañana del tercero día.
¿No recordais las sombras que inhumano
El Teide vomitó cuando decía:
— «Esos son, esos son; soltad los vientos;
Desatad, desatad los elementos?» —

5.

Esas son las legiones que el ambiente
A encarcelar en su mansión se atreven:
Presas entre su cerco trasparente,
Asfixiadas las auras ni se mueven.
Los vientos enredando mansamente,
Las sombras en los céfiros se embeben,
Del aire vano entretejiendo un velo
Claro y sutil como la lúz del cielo.

6.

¡Calma chicha! Del mar en los desiertos
Nada se mueve: ni olas se columbran.

¡Sobre los cascos de los buques muertos,
Cual sudarios las velas se derrumban!
¡Ecos se oyen no más de ecos inciertos,
Donde tremendas las borrascas zumban!
Turbia es la lúz. — La atmósfera es espesa. —
¡Cuán grave sobre el mar el cielo pesa!

7.

Casi es mejor! En su furor violento
Las prisiones al fin rompen secretas,
Y se mueven tambien, soltando el viento,
Fatigadas lás sombras de estar quietas.
Por eso en remolino turbulento,
El mar las sombras removiendo inquietas,
Van los bajeles con rencor buscando...
¡Bien! ¡ya si mueren, morirán luchando!

8.

Mandando una legión la IDOLATRÍA
Muestra procaz su destructor intento:
Enhiesto el rostro, al cielo desafía,
Descocado el mirar, bronco el acento:
Ágiles brazos de actitud bravía,
Húmedo el belfo labio ceniciento,
Que dan á ídolos mil en torpes lazos
Con múltiple fervor besos y abrazos.

9.

Va otra legión tras de la ENVÍDIA ingrata,
Que de herir la ocasión busca perspícua,
Pués ponzoñosa á cuanto apunta mata,
Recto el intento y la mirada oblícua:
Hipócrita, sus víctimas acata,
Afable el rostro y la intencíon inícua:
Vil sér, que para herir el pecho ajeno
Jamás la espada usó, siempre el veneno.

10.

La IGNORANCIA va allí, rudo el semblante,
Donde lo atroz compite con lo necio;
Niño en pensar, aunqué en poder gigante,
Ni da valor al mal ni al bien aprecio;
Actor sin voluntad, máquina andante,
Que más lástima inspira que desprecio,
Más bien que un sér que acciona porque vive
De otros, cual muerto sér, su acción recibe.

11.

Mientras que en busca de la flota avanza
La satánica grey que al mar azota,
Haciéndola invisible la Esperanza,
La fuerza vil de su rencor embota:
Con sus alas en plácida bonanza
La envuelve sutilísima, y la flota
De lúz tejida entre el radioso velo
Su color pierde en el color del cielo.

12.

Es la equívoca lúz de la esperanza
Invisible visión que nos fascina,
Próxima siempre, y siempre en lontananza,
Que sin llegar á verla se adivina.
Fulgor que si la vista á herir no alcanza,
Del alma lo recóndito ilumina:
Lúz inextinta, que aunqué lúz se nombra,
Es del deseo inseparable sombra.

13.

La flota, así invisible, se desliza
Entre esta lúz ó sombra del deseo,
Mientras el mar un vientecillo riza
Que alza la grey con rápido aleteo;
Va una vez, y otra vez, resbaladiza
En mudo é ineficaz revoleteo
Desde oriente á poniente, y de poniente
Vuelve rauda á surgir por el oriente.

14.

Y en tanto que la Fé las naves guía,
La Esperanza velándolas prosigue,
Y con ardor la Caridad decía
Al vil tropel que en vano las persigue:
— «Así vuestro camino, en fácil vía
Tornando Dios, vuestro rencor castigue,
Y que el viento que alzáis, perpétuamente
Haga próspero el rumbo de occidente.» —

15.

A esta bendita-maldición heridas,
Sin que en su curso contenerse puedan,
Las visiones, de un vértigo impelidas,
El globo sin cesar ruedan y ruedan.
En los *vientos alísios* convertidas,
Rodando el mundo para siempre quedan.

Así de un mal que provocó el infierno
Hizo un bien la virtud que será eterno.

16.

Desde entonces la turba desenvuelta,
Nuestro globo rodando y más rodando,
A la flota, que en lúz camina envuelta,
Ignorante á su fin la va arrastrando:
Y así la turba, en aire alísio vuelta,
Las flotas y las flotas ayudando
Seguía, sigue y seguirá obediente
La ruta de Colon perpetuamente.

17.

¡Gracias á Dios! Los céfiros suaves
Ya hacen crujir, soplando, las entenas;
Las velas otra vez odeando graves
Ya se hinchan como pechos de sirenas.
¡Nueva consternación! Al ver las naves
Sobre las aguas resbalar serenas,
Muda exclamó, mirándose la gente:
— «¡Se acabó todo: adiós eternamente!» —

18.

En términos hablando altisonoros,
Dar promete á la chusma el almirante
En Manguí y en Cathay cuantos tesoros
Puede soñar un alma delirante.
Más ni sus ayes templan ni sus lloros,
Al contemplar que, dentro de un instante,
Se verán en la mar tan solamente
De su pena y recuerdos frente á frente.

19.

Y para no encallar, Colon prudente
En tono les previno muy sincero:
— «Que á setecientas leguas á occidente
Parasen por la noche el derrotero.» —
Tal previsión creyendo impertinente,
Siempre rebelde murmuró Quintero:
— «En cuanto á mí, poco el temor me aterra
De estrellarme los ojos contra tierra.» —

20.

¡Viento en popa! Ya el límite remoto
De Ferro ven desparecer por grados...
¡Tienden la vista al mar por siempre ignoto,

Y todos quedan de pavor helados!
No piensa en ese mar ningun piloto
Sin sentír los cabellos erizados;
Y sin mostrar, mirándolo delante,
Túrbios los ojos, pálido el semblante.

21.

Lloran gritando: — «¡adiós!» — Cuanto más se anda
Más del amor se ha de aumentar la queja:
Con la distancia la pasión se agranda,
Como la sombra cuando el sol se aleja.
Lo que anda el buque, el corazón desanda
Hácia el amor volviéndose que deja,
Y que en sombras tal vez se le aparece;
¡Cuánto el cariño la distancia acrece!

22.

Llega la noche. Una postrer mirada
Tienden á Ferro ántes que el mar la suma...
¡Aún se vé! — ¡No se vé! — Sí... — No... — Sí... ¡Nada!
¡Nada más que agua, aire se ven, y espuma!
¡Buen viaje! ¡Adiós! La chusma consternada
Ya solo mira en derredor la bruma,
La sombra, el cielo, el aire, el oleaje...
¡Ya no se ven por fin!... ¡Adiós! ¡buen viaje!...

CANTO OCTAVO.

AMOR Y CELOS.

RESÚMEN.

El día 10 de setiembre anduvieron sesenta leguas. — A la luna. — Escena de ámor entre Záida y Rodrigo. — Tentativa de asesinato de Nuño contra Rodrigo. — Acción generosa de Rodrigo. — Sigue la misma escena de amor.

1.

El diez no corren, vuelan. — En su vuelo
Ni un ave ni una roca á ver se alcanza;
No parece sino que el alto cielo
Recogió de estos mares la esperanza.
Ahora de Nuño contaré el anhelo,
Mientras veloz la expedición avanza.

¿Cuándo no fué para nuestra alma, amena
Una historia de amor aún siendo ajena?

2.

Záida felíz, Rodrigo venturoso,
Pasan las noches de su amor gozando;
Mientras que Nuño, á veces rencoroso,
Su amor entre las sombras va espiando.
Tiernos aquellos dos, y este celoso,
El diéz estaban, cuando el sol brillando
Del mundo hácia ese fin que el mundo ignora
Iba á buscar los campos de la aurora.

3.

De clara sombra inagotable fuente,
Brilla la luna allí cerniendo el sueño;
Parece un sér que con nuestra alma siente
Unas veces sombrío, otras risueño:
Para todo infelíz númen doliente;
Para todo el que ríe astro halagüeño:
Maga que al triste y al alegre asiste,
Alegre como lúz, cual sombra triste.

4.

En su dulce, cruel ó amante anhelo,
Por confidenta en su pasión la imploran
El aterido habitador del hielo,
Los que en las zonas de las flores moran.
Campo de cita, á donde en manso vuelo
A verse van los que en ausencia lloran:
Anillo universal que, en paz amiga,
Los vagos cuerpos de las almas liga.

5.

Sentado al borde de la *Pinta* un día
Rodrigo, con la prenda á quién adora,
Está amoroso como estar solía
Una vez y otra vez, hora tras hora.
Junto á ellos Nuño, entre la noche umbría
Llegando como sierpe trepadora,
Por la parte exterior del borde asido
Celoso escucha con atento oido.

6.

Con el amor que le devora ardiente
— «¿Me ámas, Záida?» — Rodrigo la decía;

Y en el inmenso amor que Záida siente
— «Con amor sin iguál» — le respondía.
— «¿Y siempre me amarás?» — «¡Eternamente!» —
¡Oh sueños de la humana fantasía!
Para un cariño como el de ellos tierno,
Todo es inmenso, sin igual, eterno!

7.

Así siempre el amor rey se ha soñado,
Más que los bronces y los tiempos fuerte,
Cuyo imperio invencible y no acotado
Los límites traspasa de la muerte.
De incorruptible edén sér expatriado,
La lengua habla de Dios, y de esta suerte
Muestra el amor que se engendró en el seno
Donde todo es eterno, hermoso y bueno.

8.

De inmensidad y pequeñez conjunto
Concreta amor en su esperanza vana
Lo eterno á un día y el espacio á un punto,
Los ayeres al hoy, y á hoy el mañana.
De un rey que grande fué vivo trasunto,
Aún sueña avasallar, y el alma humana
Expresa, siente y vé lo que en sí encierra,
Poniendo á su servicio cielo y tierra.

9.

Siempre encuentra adhesivo el sentimiento
Su vida y la del mundo en armonía;
Es el rumor del aire nuestro acento;
Es el dolor la noche; el gozo el día;
Revela la extensión el pensamiento;
Las ilusiones son flores de un día:
La faz del mundo el alma lleva impresa,
La faz del alma humana el mundo expresa.

10.

Del alma, el mundo cómplice y testigo,
Con su dolor ó su placer se enmanta,
Para el dolor cruél, del gusto amigo,
Al triste angústia y al gozoso encanta.
El aura pura á Záida y á Rodrigo
Trovas de amor en su ilusión les canta:
Más á Nuño infelíz el aura pura
Muertes y asesinatos le murmura.

11.

¡Tristes las horas son que van pasando
Por un rival que espía á dos amantes!
Es un rumor que atruena el són más blando;
Un instante sin fin son los instantes:
Rebotan las miradas lúz chocando;
Roban la voz las auras inconstantes;
Y los silencios, con mentida calma,
Hacen vibrar estremecida el alma.

12.

Así Nuño que innoble espía atento
Lo que teme al buscar, busca lo que halla;
Crée ver de ambos flotar el pensamiento;
Más piensa que oye cuanto más se calla:
Sin pasar de un momento á otro momento
El tiempo en lo hondo de su mal se encalla:
Como el silencio para el miedo suena,
Hondo el silencio el corazón le atruena.

13.

«Si yo tirase» — en su interior decía, —
«Del fuerte cable que los cerca enfrente,
Los tres á un tiempo el mar nos tragaría...
¡No, ella no; yo y Rodrigo solamente!» —
Así celoso al mal se apercibía,
En tanto que la luna doblemente
Clara á Rodrigo con amor le asiste,
Y túrbia á Nuño le acompaña triste.

14.

Y al placer ó al dolor siempre adaptable
La creación mostrándose seguía,
Si bien indiferente, á Záida afable,
Tierna á Rodrigo, pero á Nuño impía;
Y este entre tanto acariciando el cable,
— «Si tiro así,» — pensando proseguía, —
«Los dos á un tiempo se ahogarán conmigo...
¡No, Záida no; yo solo con Rodrigo!»

15.

Un instante á Rodrigo aislado viendo,
Tiró Nuño del cable con premura,
Más torpe, sin su presa, al mar cayendo
Un ¡ay! lanzó de rábia y de amargura.
— «*¡Un hombre al mar!*» — Rodrigo el cable asiendo
Tras él se arroja, y Nuño sin ventura,

Para mayor dolor de su alma herida
A quién quiso matar debió la vida.

16.

Hasta la nave, al cable sujetado
Sube Rodrigo al náufrago con brío;
Nuño celoso, aunqué abatido airado,
Recibe de la vida el dón sombrío.
Y después, de sí mismo avergonzado,
En el fondo se oculta del navío,
En donde el llanto que á verter comienza
Su falta borrará, no su vergüenza.

17.

Luego su faz de indiferencia llenos
Muestran los elementos inconstantes;
Los vientos sobre el mar corren serenos;
La luna á media lúz brilla como ántes.
Y muy poco después, de Nuño ajenos,
Cercanos otra vez los dos amantes,
— «¿Me ámas, Záida?» — Rodrigo la decía,
— «¡Con infinito amor!» — le respondía.

CANTO NOVENO.

HISTORIA DE ESPAÑA.

RESÚMEN.

Martes 11 de setiembre: anduvieron 20 leguas: encuentran el mástil de una nave: miraron espantados aquel despojo de la fúria de las ondas. — Colon para alentarlos recuerda las glorias nacionales leyendo la historia de España. — La España. — Iberos, Celtas, Fenícios, Cartagineses, Romanos. — Reyes godos. — Principian los reyes de Astúrias. — Batalla de Covadonga. — Reyes de Oviedo. — Reyes de Leon. — Reyes de Castilla. — Almanzór. — El Cid. — Don Jaime de Aragon, el Conquistador. — Acción heróica de Guzman el Bueno. — Casa de Trastamara. — Don Alvaro de Luna. — El último suspiro del moro.

1.

Todo el mundo es iguál segun van viendo,
Es cómo el mar de Huelva el que los baña,
Y el mismo sol que brilla están creyendo
Que es el sol de setiembre de la España.
Que es aura de Granada el aire entiendo.
Y también por las noches ¡cosa extraña!
La luna que en los cielos relucía
Ser la luna de España parecía.

2.

¡Ay! cuando más el goce en ellos vive,
Cuál recuerdo y señal de algún estrago
El mástil de una nave se apercibe...
Era martes el once ¡dia aciago!
Flotando el mástil por la mar escribe!
— «Este será de vuestra hazaña el pago,» —
Y hasta á Colon que altivo lo veía,
— «¡Morid en paz!» — parece que decía.

3.

¿Que hace al verlo Colon? Toda la gloria
Traer de España á su memoria sabe,
Quitándoles así de la memoria
El triste mástil de la rota nave.
Un libro coge, y nuestra patria historia
Leyendo fué con la tristeza grave
Del que ha dejado una ilusión querida
En cada sitio en que arrastró su vida:

4.

— «*La España*, dice un árabe, *es un suelo*
Fértil cual Síria, cual Adena hermoso;
Es como el Yémen su templado cielo;
Cual Hejiaz y Cathay rico y precioso.» —
«Dice bien. Nuestra España es un modelo
De riqueza y salud, tan amoroso,
Que en Adena, en Cathay y en Síria bella
Palpita el corazón si se habla de ella.

5.

«Mucho ántes que los Celtas, los Iberos
Poblaron esta tierra de placeres,
Donde son los valientes caballeros,
Donde se nombran damas las mujeres.
Vinieron de Cartago los guerreros,
Después que los Fenicios mercaderes.
Para estos pueblos de fatal memoria
Fué mercancía sin valor la gloria.

6.

«Después que Roma por bondad del hado
Al gran leon de la Numidia doma,
Llegó el mundo á tener tan humillado
Que estaba Roma en todo y todo en Roma.
¡Grande fué su poder! Más cuando airado
En vengaza *Alarico* el hierro toma,

Rota en el polvo la cervíz romana
Cambió de rumbo la cultura humana.

7.

«Los extremos del mundo en són de guerra
Mil huestes sobre Europa amontonaron.
A Roma en Roma el universo encierra,
Y á Roma al fín de Roma desterraron.
Castilla que parece un mar de tierra,
Fué el campo en que los Godos mas brillaron
Como dice una crónica olvidada:
— «*Con la ayuda de Dios y de la espada.*» —

8.

«De Alarico la gloria y el derecho
Pasó á *Ataúlfo*, que reinó en seguida.
Más de un balcon llegado al antepecho
Rindió una vez el infelíz la vida.
Un vil siervo á traición le hirió en el pecho,
Y Ataúlfo, apretándose la herida,
Se incorporó, gimió, miró hácia el cielo,
Dió una vuelta en redondo, y cayó al suelo.

9.

«A *Sigerico* el víl, cuya alma impía
Seis hijos de Ataúlfo ha degollado,
De su reinado en el octavo día
Fué ¡castigo de Dios! asesinado.
Sin gloria, sin virtud, sin alegría
Sigerico murió desesperado!
Pués ni los tronos del dolor redimen,
Deshecha la ilusión que arrastra al crímen.

10.

«Vengando *Walia*, que el rencor destila,
A Ataúlfo su padre en su asesino,
Al alano y al vándalo aniquila,
Término dando á su feroz destino.
Teodoredo cayó buscando á Atila,
Que de Chalons hasta los campos vino
Con frente altiva y corazón perverso
La corona á ceñir del universo.

11.

«Revoltoso y avaro *Turismundo*
Lo mató *Teodorico*, á los que iguales

Dejó á entrambos *Eurico* el furibundo,
Dominador cruel de pendras reales.
Segundo en nombre y débil sin segundo
No es mucho que á *Alarico*, sus rivales
La vida, el trono y el honor le roben:
No creía en el mal: ¡era tan jóven!

12.

«*Jesalico* infelíz, del hado siente
Tambien, muerto á traición, todo el desvío.
Lo hereda *Amalarico*, que imprudente
Se muestra *avaro*, *sanguinario* é *impío*.
¡Otra nueva traición! Muerto vilmente
Amalarico fué. ¿Por qué, Dios mío,
El cielo sufre á los inícuos tanto?...
No digo más porque me ahoga el llanto.» —

13.

— «Más ¿cómo, exclamó Ruiz, el alto cielo
Tanto augusto bribon reinar consiente?» —
Participando de su santo celo
Todos dijeron: — «¡Verdadermente!» —
Colon siguió. — «Al buen *Teudis Teudiselo*
Le sucedió; y cruel, aunqué valiente,
Le asesinaron en Sevilla un día
¡Sardanápalo vil! en una orgía.» —

14.

Ruiz, con los ojos de rencor preñados,
Dice al oír tan bárbaros destinos:
— «¡Qué série de verdugos coronados!
¿Se van nombrando reyes ó asesinos?» —
Y Colon continuó: — «De sus pasados
Siguiendo *Ajila* los infaustos sinos,
Su misma gente le mató traidora.
¿A qué infelíz toca reinar ahora?

15.

«*Atanagildo* electo, dulcemente
Fué de modestia y rectitud modelo.
Elegido después *Liuva* el prudente
Fué un justo rey tambien ¡gracias al cielo!
Leovigildo el magnífico y valiente,
Presa infelíz de un indiscreto celo,
En su hijo propio se ensañó iracundo;
Más ¿quién no yerra en algo en este mundo?

16.

Desde el tercer concilio toledano,
Recaredo halagado del destino,
Venció al francés y convirtió al arriano,
Igual en el honor á Constantino.
Siempre el Señor le tuvo de su mano
De la existencia en el erial camino,
Porqué el Señor en su equidad cumplida
Siempre recuerda al que jamás le olvida.

17.

«Sin fé en su Dios, occidental Juliano,
Siempre vil, *Witerico* el iracundo,
Asesinó con su traidora mano
Al jóven sin doblez *Liuva* segundo
Arrastrado en Toledo aquel tirano
Aprendió al fin muriendo, que en el mundo
Para el que siembra acciones vergonzosas
No hay rosas sin espinas, si es que hay rosas.

18.

«De la fé y de la paz gloria y amparo,
Y dichoso en las cosas de la guerra,
Sería un Recaredo, *Gundemaro*,
Si pudiera haber dos sobre la tierra.
Sisebuto cruel, aunqué preclaro,
A los judíos sin piedad destierra.
Al *Recaredo* que reinó en seguida
La puerta del dolor le abrió la vida.

19.

«No muy felíz *Suintila* en su reinado,
Abriendo á la indigencia su tesoro
— «*El padre de los pobres*» — fué llamado
Por el grande en saber san Isidoro.
Más al fín por la dicha extraviado,
Sensual, avaro, inícuo y sin decoro
Pronto olvidó su desdichada historia:
¡La ventura es tan frágil de memoria!

20.

«Felíz después su sucesor ha sido
El trono de los godos usurpando;
Más el cuarto concilio reunido,
La usurpación honró de *Sisenando*.
Chintila — «por obispos» — elegido
Nécio vivió *para ellos* gobernando:

Y así, con actos de grandeza ajenos,
Fué virtuoso, ó hipócrita á lo menos.

21.

«*Tulga*, de tierna edad y ánimo blando,
Lleva hasta el trono un generoso instinto.
Deudo cruel y enérgico en el mando,
Decalvó á Tulga el fiero *Chindasvinto*.
Este gran rey por último abdicando
En el manso y piadoso *Recesvinto*,
Exento ya de vanidad y encono,
Buscando la ventura huyó del trono.

22.

«*Wamba* por los grandes aclamado,
Sin la loca ambición que á tantos ciega,
De días y de glorias coronado
¡Noble ejemplo! arrastrado al trono llega.
Durmióse Wamba rey, más decalvado,
Despertóse á ser monje de Pampliega,
Su nombre encomendando á la memoria
De la virtud, del genio y de la gloria.

23.

— «*Con capa de piedad cubrió su vida*» —
Dicen de *Ervigio* que reinó con gloria.
De su eterna inquietud compadecida,
— «*Su fama grande fué*» — dice una historia.
— «*Más* — añade esta crónica en seguida —
Ni agradable, ni honrosa su memoria.» —
Su honor fué grande: el deshonor alguno.
¿Quién es perfecto sino Dios? Ninguno.

24.

«Mejor que rey *Ejica*, obispo fuera.
A *Witiza* en su loco desvarío
Le llamará la historia venidera
— «*Desbaratado y víl, cruel é impío.*» —
Ni de este ni de aquel hablar quisiera.
¡Huid! ¡huid! del pensamiento mío
Los que reinando sin virtud ni gloria
Sois carga, y carga víl de la memoria.

25.

«*Rodrigo* el que..» — «Que en los infiernos arde
Con gusto general gritó Quintero.

— «No hay quién respetos á su nombre guarde
Llamándole — «traidor» — «mal caballero.» —
Grita uno — «¡seductor!» — otro — «¡cobarde!»
— «Dejad al infelíz,» dijo un tercero,
«Bien las injúrias que infirió á la Cava,
En el Jordán del Guadalete lava.» —

26.

—«Llegó junto á Jeréz tu hora postrera,» —
Colon siguió leyendo — «patria mía.» —
Calló después. Y Ruiz de esta manera
Prorumpió: — «En tan atroz carnicería
Ni el cadáver del rey se halló siquiera.»
— «¿Cómo habían de hallarlo si aquel día,»
Dijo Roldan con afectada calma, —
«Se lo llevó el demonio en cuerpo y alma?» —

27.

Completa indignación. Aquí llegando
Deja el libro Colon, y toma aliento.
Luego un rato en voz alta meditando:
— «Sigamos» — dijo, y se volvió á su asiento.
Leyó; pero ántes la mirada alzando
Rápida como el mismo pensamiento,
Inquiere el horizonte á ver si alcanza
La ilusión, la alegría y la esperanza:

28.

«*Loado sea Dios, del mundo dueño,*
Que sobre todo poderoso brilla,
Que quita ó da el poder grave ó risueño,
Que alza á quién quiere y á quién quiere humilla.»
«Estas palabras con placer diseño
De un árabe devoto á maravilla,
Al referir, como él, á mis hermanos
Las guerras entre moros y cristianos.

29.

«Cuna de España y de la Arábia tumba,
Luchan de Covadonga en la ancha·cueva
Ciento contra cien mil. ¡El viento zumba!
¡Más sangre que agua ya destila el Deva!
¡A millares los árabes derrumba,
Sus troncos desgajando el monte Auseba!
¡Todo luchó por milagroso modo,
Naturaleza, Dios, el hombre, todo!

30.

«Tras *don Pelayo* á *don Favila* vemos
Por un oso feroz muerto sin gloria:
De este mancebo rey decír podemos
—«*Que no hizo cosa digna de la historia.*» —
En volver á Jeréz aún tardaremos
Siete siglos de oprobio y de victoria.
Ya por la mano hoy el dolor nos gana.
¿Cuál será la desdicha de manaña?

31.

«El *Católico Alfonso*, ¡bien venido!
Al que la raza de Ismaél un día
—«*El matador de gentes*» — «*el temido*» —
«*El hijo de la espada*» — le decía.
Ya rinde el alma á Dios: ¿habeis oido?
Los ángeles se crée que en su agonía
Cantan de Dios ánte el poder augusto
El salmo —«*Ved como se muere un justo.*»—

32.

«De Oviedo fundador, *Froila* valiente,
Vence á Omar: más arroja de tu mano
Ese puñal con que traidoramente
Asesinas ¡cruel! á Vimarano.
Por la *ley del Talión*, pronto tu gente
Vengará en tí la sangre de tu hermano.
¡Don Froila no hay piedad! ¡justo escarmiento
Que coja tempestad quién siembra viento!

33.

«¡Id, *Aurelio*, pasad desconocido:
Mauregato, tambien: *Silo*, adelante!
Vos, *Bermudo*, pasad, pués que habeis sido
Más de rezar que de blandir amante.
¡Cuitado! al fín abdica arrepentido;
Y su mal señalando ya espirante
—«*Aquí*» — decía en lágrimas deshecho,
—«*Aquí!*» — decía, y se golpeaba el pecho.

34.

«Otro *Alfonso*, ¡salud! ya es el segundo:
Cristiano fiel, prudente consejero,
Blando en Lisboa, en Lodos iracundo,
Viene á eclipsar la gloria del primero.
Rey *Casto*, el *Contrariado* por el mundo,

¿Por qué fué el hado para tí tan fiero?
Con bravo corazón, con alma pura,
Engañar el dolor fué tu ventura.

35.

«Ahora *Ramiro* el vengador descuella.
A ver cuál vuestra indómita milicia
Esos normandos con rigor degüella,
Pués *la vara* os llamais *de la justicia.*
¡Más rigor!... ¡Mucho más! si vuestra estrella
Derrotando á Abderrámen es propicia,
Mientras haya un visír que esté en resposo
Ni ganas tengo para ser dichoso.

36.

«Gloria á *Ordoño* el primero, aquél que airado
De Albaida y Salamanca al moro arroja.
En Clavijo san Jorje va á su lado
Montado en corcel blanco y con cruz roja.
Más ¡ay! celoso de su dicha el hado,
Al pueblo de su *padre* al fín despoja:
¿Nunca vendrá ¡gran Dios! libre de penas
Con ámbas manos la fortuna llenas?

37.

«Sube á Sierra-Morena *Alfonso* un día,
Y al mirar hácia allá de envidia llora.
Todo ese edén, señor, nuestro sería
Con triunfos como *el día de Zamora.*
¿Por qué la suerte á tan buen rey daría
Hijos rebeldes y mujer traidora?
¡Cuán pocas veces el destino aúna
La virtud, el valor y la fortuna!

38.

«Pasad, no sin honor, pasad, *Gracía.*
Lleno el segundo *Ordoño* de esperanza,
Que la sangre de Alfonso arder sentía,
Dejando á Oviedo hasta Leon avanza.
¡Qué rota la del Val, Vírgen María!
Seguidlos al Roncal, dadme venganza,
Y si no la hay la esperaré siquiera,
Que es menos infelíz aquél que espera.

39.

«Pero ¿qué he de esperar, Dios soberano,
De un *don Fruela* á quién el llanto arrulla?

Libertadnos de vos, rey inhumano;
Y vos, *Alfonso* el cuarto, rey cogulla.
Ven, *Ramiro*, libértenos tu mano
De un rey con peste y de otro con casulla.
Pronto un bridon, aplícale la espuela...
¿Por qué dirán, gran Dios, que el tiempo vuela

40.

«¡Ved ya á Ramiro! — ¡Fuera de Zamora,
De Talavera y de Madrid, villanos,
¿Queréis pelear? mejor, la sangre mora
Va de Simancas á inundar los llanos...
¡Horrible lucha! En tan tremenda hora
Mirándose invencibles los cristianos
Ven que *Santiago* en su favor pelea...
¡Cómo crée el corazón lo que desea!

41.

«Perdiste á *Ordoño*, *Sancho*, y te perdiste.
Ramiro el ruín, libra de tí la tierra.
¡Almanzór! ¡Almanzór! ¿Quién lo resiste?
Guerra, *Bermudo*, á ese hijo de la guerra.
¿Dónde hallarás otra Leon, rey *triste*,
Si Almanzór de tu corte te destierra?
Todo el mundo no es patria, *Veremundo*:
La patria ¡vive Dios! es todo el mundo.

42.

«¡Sus, Don Menendo! arrebatadamente
Aguija por *Alfonso* tus corceles;
Ya Almanzór llama á la ira de tu gente
— «*El bárbaro valor de los infieles.*»
Ya está en Medinaceli, hacedle frente,
Que muera aunqué se entierre entre laureles.
¡Aníbal del Koran, tu gloria es ida!
¡El hacerse inmortal cuesta la vida!

43.

«La última lúz de Recaredo brilla
En *Bermudo* por fín, rey halagüeño,
A quien llama una crónica sencilla:
— «*Grande en saber aunqué en edad pequeño.*» —
Y tú, el primer *Fernando* de Castilla,
De algunos reyes tributarios dueño,
¿Qué hacemos que de moros no libramos
La patria en que sufrimos y gozamos?

44.

«Ya reina *Alfonso* el sexto, ¡buen talante!
Usad, usad del juveníl denuedo
Ántes que el tiempo vuestro ardor quebrante.
Ya asaltan ¡bravo! la imperial Toledo.
— ¿Quién fué el primero? El *Cid* siempre delante
¡Ahora, vive Dios, blandid sin miedo!
¿Por qué? — Porqué del Tajo la corriente
Les da un temple á las armas excelente.

45.

«Mirad al Cid, en quién la fé cumplida
Del pundonor y los amores hallo:
Súbdito fiel los reyes intimida,
¡Es tan grande *el mio Cid* para vasallo!
Está á triunfar tan avezado en vida,
Que aún muerto vencerá puesto á caballo.
Vasalló sin señor, rey sin corona,
Si se rompe Colada, éntre Tizona.

46.

«Vencísteis en Zalaca, mahometanos;
Y en Uclés con más gloria todavía,
Pués el hijo del rey fué en vuestras manos
— «*Solaz de su alma, de sus ojos día.*» —
¡Ay! ¡cuál lloran de pena los cristianos!
¡Cómo tañen los moros de alegría!
No hagais ¡malsines! de placer extremos:
Algún día en las Navas nos veremos!

47.

«Ve á entregar *doña Urraca*, como esclava,
A un Lara ó Candespina el albedrío.
Vencedor de Almería y Calatrava,
Alfonso emperador, ¡salud te envío!
Fernando el noble, adiós. *Alfonso*, acaba,
Reina ocho lustros: ¡qué tardar, Dios mío!
De un rey inútil el vivír ¿qué importa?
¡Y luego dicen que la vida es corta!

48.

«¡Las Navas! Pués á todos se aventaja,
El cristiano escuadron, al de Haro siga:
Guiadnos hasta allá, Martin Halaja:
Tanto luchar, tanto esperar fatiga.
¿Cuánto hace que peleamos con ventaja?

Ya van quinientos años, ¡Dios bendiga,
Almas de acero á quién el cielo santo
Les ha dado el poder de sufrir tanto!

49.

«¿Cuántos los muertos son que veis enfrente?
¡Ah! como escribe un árabe sesudo
Hablando de Jeréz: — «*Tan solamente*
El Dios que los crió contarlos pudo.» —
Colon iba á seguír. Más de repente
Roldan pregunta: — «¿Y en dolor tan crudo,
Canta como en Uclés la raza mora?
La sombra de Almanzór ¿dónde está ahora?» —

50.

Colon leyó: — «Desde tu edad sencilla,
Triste, *Enrique* el primero, fué tu estrella.
En Cádiz, en Sanlúcar y en Sevilla
Fernando el Santo estampará su huella.
¡Qué eriales son los campos de Castilla!
La rica Andalucía sí que es bella
De cuanto cría Dios allí hay tesoros...
Pero ¡ay! ¡Andalucía es de los moros!

51.

«No así en el cielo, *Alfonso* diez, te encantes,
Y olvides por tu mal el mundo impío;
¡Ay! no fijan los hados inconstantes
La virtud y el saber, ¡pobre rey mío!
Son tus vasallos *fieros é ignorantes;*
Tu hijo — «*contumáz, rebelde é impío.*» —
¡Qué importa, oh rey! desprecia su flaqueza,
Tanta desdicha aumenta tu grandeza!

52.

«Siendo el honor de la española historia,
Don Jaime de Aragón entra en campaña,
Rinde á Mallorca, y con inmensa gloria.
Ya á Valencia tomó, jardín de España.
Ya estrecha á Múrcia, otro jardín, ¡victoria!
Gracias, don Jaime!... en mi inextinta saña!
Los héroes como tú conquistadores
Son para el alma el sol para las flores.

53.

«*Sancho* el cuarto es aquél, alma bravía,
Engendrador de malos, é hijo malo,

El que escribió á un rey moro que tenía
— «*En una mano el pan y en otra el palo.*» —
Por él sacrificó Guzmán un día
A un hijo suyo, de su amor regalo.»
— «¡Oíd!» — grita uno. Y de Guzmán la historia
Escuchan, embriagados en su gloria:

54.

— «A Tarifa sitiaba en ese día
Por don Juan, un ejército africano,
Y en él un hijo de Guzmán tenía
El infante traidor, del rey hermano.
«*Rendid la plaza*, — este á Guzmán decía, —
«*O asesino á vuestro hijo por mi mano.*» —
¡Hecho terrible que eclipsó el destino
Del coléga inmortal de Colatino!

55.

«Calla el padre. Don Juan la voz levanta
Y repite, en Guzmán el rostro fijo
Y mostrando del niño la garganta,
— «*¡Rendid la plaza, ó asesináis vuestro hijo!*»...
A cuya baja atrocidad que espanta,
Guzmán con ira y con desprecio dijo:
— «*¿Y á un hijo preguntáis de mis mayores*
Si ha de ser mártir ó traidor, traidores?

56.

«*¡Muera mil veces! Más de vos espero*
Que no vierta el puñal su sangre amada;
Hijo noble de un noble caballero
Que sufra con la espada muerte honrada.
Más como al ver vuestra bajeza infiero
Que en vuestro campo no hay quién ciña espada,
Prenda de vuestra infámia y mi hidalguía
(¡Cobardes, no tembléis!) ¡ahí va la mía!» —

57.

«Dijo, y la espada heróico arrojando,
Tal terror esparció con su energía,
Que una brisa, en un bando y otro bando,
Sembró un hielo mortal cruzando fría.
Guzmán del muro se bajó temblando;
Más bien, aunqué temblaba, se veia
Que el temblor no era miedo sino enojos
Que audáz lanzaba con siniestros ojos.

58.

«A la voz de Guzmán, su alma indignada,
Al niño que reía placentero
El traidor lo mató con mano airada.
(Que era infante español decír no quiero.)
¡Sí, ¿lo creeréis? con la paterna espada
Pasó su pecho, á cuyo golpe fiero
Otra brisa que yerta corrió apenas,
De ámbos campos la sangre heló en las venas!

59.

Al ver entre la turba el hecho infando,
De horror é indignación un grito estalla
Que retumbó en un bando y otro bando,
En la villa, en el campo, en la muralla.
— «*¡Asesinos!*» — con furia iban gritando
Aquí y allí, los nobles, la canalla;
Porque por dicha los infames hechos
No hallan jamás perdon ni en bajos pechos.

60.

«Guzmán sube al rumor del sobresalto;
Y al ver de su desdicha el trance duro,
Grave exclamó: — «*Cuidé que un nuevo asalto*
Hecho había al infiel dueño del muro!» —
Y despacio otra vez bajó de lo alto,
Pálido el rostro, más con pié seguro,
Mostrando en su tranquilo movimiento
Que es rémora el rencor del sentimiento.

61.

«En lo más hondo que en el fuerte había
Con su esposa después se retiraba,
Y contra el pecho de él ella gemía,
Y — «*ahogadme, que no me oigan!*» — exclamaba,
— «*¡Ahogadme, que no me oigan!*» — repetía,
Y él, por ahogar su voz, casi la ahogaba:
Hasta que de él tambien túrbios los ojos,
Dijo cayendo el infelíz de hinojos:

62.

— «*¡Acoged, justos cielos, esa ofrenda*
Que os dan nuestros patrióticos desvelos;
É inspiradnos la fé que nos defienda
De nuestros largos é implacables duelos!
Ella es de nuestro amor la única prenda:

¡La única, Señor!...» — Así á los cielos
El fruto encomendó de su cariño
Llorando el héroe cuál si fuese un niño.

63.

«Y entre tanto que así corrió infecundo
Su llanto por la noche en fuente rota,
De día, de su pecho en lo profundo,
Oculto iba cayendo gota á gota.
Mientras fué claro su valor al mundo,
Su pena para el mundo pasó ignota:
Siendo así, entre flaqueza y energía,
Padres de noche, y héroes por el día.

64.

«No solo ántes.» — Colon siguió diciendo, —
«La vida un hombre por su patria daba,
Sino que altivo, en holocausto horrendo
A su hijo mismo un padre degollaba.»
— «Cierto,» — prorumpen. Y siguió leyendo:
— «El infelíz Guzmán mucho lloraba,
Cuyo llanto, aunqué nadie lo ha escuchado,
Nadie que tenga entrañas lo ha ignorado.» —

65.

Y continuó: — «A *Fernando* el Emplazado
Un viejo musulman dijo así un día:
— «*De Sevilla Fernando me ha expulsado;*
Tu abuelo lejos de Jeréz me envía;
De Tarifa don Sancho me ha arrojado;
De Gibraltar tu espada me expatría.
¿Y he de ir, por más que á tu bondad me quejo,
Al Africa á morir?» — ¡Sí, pobre viejo!

66.

«¡Campiñas que el Salado fertiliza
La sangre os va á inundar! ¡Así, á degüello!
¡Qué mortandad! ¡por Cristo que se eriza
Cual si estuviese vivo mi cabello!
Para siempre jamás se inmortaliza
De los *Alfonsos* el postrer destello,
Volviendo á su carrera esplendorosa
El pendón de las Návas de Tolosa.

67.

«No hay, *don Pedro*, quién de ira no se inflame
Viendo tus obras de piedad desnudas.

No hay quién á *Enrique* contra tí no llame.
En vano de él con el puñal te escudas.
Déjalos, Duguesclin; ¿no vés, infame,
Que *pones rey si á tu señor ayudas?*...
¡Cayó don Pedro!... Era tan inhumano
Que fué el Caín aún muerto por su hermano.

68.

«Bastardo, ¿y de don Pedro en la derrota
Gozarás? Sin virtud no hay alegría:
¿No es verdad que su sangre gota á gota
Te abrasa el corazón día tras día?
Huíd, *don Juan*, huíd de Aljubarrota,
¿Qué otro premio más alto merecía
El que teniendo moros en su tierra
Fué á hacer, traidor, á los cristianos guerra?

69.

«Pase el tercer *Enrique* sin fortuna,
Sin valor ni salud; el que decía
— «*Que mejor que no rey, sin duda alguna*
Un fraile del Abrojo parecía.» —
Pase *don Juan* segundo, y el de Luna,
Que cuando más en su poder creía,
La reina que él buscó le perdió ingrata:
¡Dios nos hace querer lo que nos mata!

70.

«*Enrique* cuarto...» — «Basta: no merece,» —
Prorumpió Ruíz, — «que de él nos ocupemos.»
— «Sí,» — contesta Escobedo, — «me parece
Que hartos ineptos soportado habemos.»
— «Pués bien,» — dijo Colon, — «ya que anochece
La triste marcha de Boabdíl leéremos.»
— «Leéd su postrer ¡ay!» — dicen en coro.
— «El último ¡ay! del último rey moro:

71.

«En lo alto del Padúl, frente á Granada,
Cuando Boabdíl al África partía,
Sentado, y con la frente reclinada,
— «*¡Cómo me duele el corazón!*» — decía.
— «*¡Si ha de ser esta mi postrer mirada,*
Que no se acabe por piedad el día;
Dejadme por Alá que en mi tormento
Viva una eternidad en un momento!

72.

«¡Oásis de un jardín! desde hoy el cielo
No me dará un pesar, ni con la muerte:
Para todos los males hay consuelo
Menos para la pena de perderte.
¡Tú sola y solo tú serás mi anhelo
Al morír de tristeza de no verte;
Para mí en tus hechizos florecía
La última flor de la esperanza mía!

73.

«¿Me volverá la suerte de la guerra
El solo bien que en la existencia quiero?
Nunca su campo la esperanza cierra;
Y ya verás que cuando vivo espero.
¡Es un valle sin sol sin tí la tierra!
¿Volveré? Sí; por eso no me muero.
¡No lucho, patria mía, por salvarte;
Todo lo haré por tí, menos no amarte!

74.

«¿Hasta cuándo ¡oh dolor! no nos veremos?
Nunca en creér que he de dejarte acabo.
¿Dónde una patria como tú hallaremos?
¡Mejor que en otra rey fuera en tí esclavo!» —
Boabdíl haciendo de dolor extremos
Cayó en hondo estupor, hasta que al cabo
Dijo mirando á su Granada hermosa:
— *«¡Que sea, aunqué con otros, venturosa!»* —

75.

«Así dice Boabdíl, y el llanto enfrena.
Más pronto el pobre á suspirar tornaba
Viendo á su raza de pesares llena
Que lenta ante sus ojos desfilaba.
Lloró, y llorando desahogó su pena,
Y en tal dolor, su madre que pasaba:
— *«¡Llora como mujer,»* — le dijo al triste, —
«Ya que morir como hombre no supiste!»

CANTO DÉCIMO.

LA ATLÁNTIDA.

RESÚMEN.

En la noche del 13 de setiembre de 1492 observó Colon la declinación de la aguja. — A los cuatro días notó la tripulación que por la noche y por la mañana noruestaba algún tanto. — En las primeras horas de la noche del 15 vieron caér un maravilloso ramo de fuego á una distancia de cuatro ó cinco leguas. — Alarma de la tripulación. — Aparición del genio de la Atlántida. — Ascendéncia de Colon. — Ciencia de la antígua Atlántida. — Por qué hizo Dios las creaciones. — Cómo hizo Dios las creaciones. — Para qué hizo Dios las creaciones. — Resúmen de la ciencia de la Atlántida. — Sumersión de la Atlántida. — Desaparición del genio de la Atlántida.

1.

No hay pena que esta marcha no nos cueste.
Colon, el trece al acabarse el día,
Vió declinar un tanto hácia el norueste
La aguja de marear ¿Por qué sería?
Colon explica esta virtud celeste
Por un error felíz que él se fingía.
Viendo la tropa tan fatal arcano,
Dice: — «Es que Dios nos deja de su mano.» —

2.

Setiembre, y quince. — Cuando el astro de oro
Se iba hundiendo en el mar lánguidamente,
Vieron caér del cielo un meteoro
Como un *ramo de fuego* hácia occidente.
¡Otra fatalidad! De nuevo al lloro
Rezando apela en su pavor la gente.
¡Por cuántas cosas los cuitados lloran
Cruzando un mar cuya extensión ignoran!

3.

— «¿Si Dios,» — piensa uno, — «abrasará al maldito
Que al mar burlando, el sol no le acobarda,
Y por eso el edén de lo infinito
Con su espada de fuego un ángel guarda?»
— «Acaso como el fúlgido aerolito,» —
Dice otro, — «el mar sobre que vamos arda,
Pués el ramo de fuego tal vez era
De un astro en ignición la lúz postrera!» —

4.

Discurre así la turba en su error ciego,
En tanto que Colon con faz serena

Los restos busca del celeste fuego
Con vista inquieta, más de miedo ajena.
Sube al castillo. Llegan; mira, y luego
Decír oye á una voz cual de sirena:
— «¡Digno es, Colon, de tu ascendéncia el brío;
Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!» —

5.

— «¿Quién sois?» — grita Colon, y hácia occidente
Vé del mar levantarse una neblina,
Que es sombra y como lúz brilla esplendente,
Que, siendo lúz, en sombra se termina.
No acertando, confuso, si su mente
Vé la lúz ó la sombra se imagina,
— «¿Quién sois?» — de nuevo en preguntar se empeña
Como el que duda si delira ó sueña.

6.

La visión contestó: «Yo soy el Númen
Que sobre el sitio de la tierra vago
Que los sectarios de Platón presumen
Que aquí se hundió con general estrago.
Los destinos del hombre se resumen
En mi destino para siempre aciago.
Los continentes en mi suerte propia
De su suerte verán la horrenda copia.

7.

«La Atlántida gloriosa, que se alzaba
Donde hallas hoy sus insepultos manes,
Porqué á su Adán Titán se le llamaba
La tierra se llamó de los Titanes.
Grandes pueblos la Atlántida encerraba,
Sábios sin fín, gloriosos capitanes,
Los Pirros y Alejandros á millones,
A millones las Tiros y Sidones.

8.

«Hubo un día en que el pueblo del Atlante,
Juntando una victoria á otra victoria,
En Europa y en África arrogante
Plantó los estandartes de su gloria.
Hoy la Europa hácia mí viene triunfante,
Porqué en las vueltas de la humana historia,
De vencidos pasando á vencedores,
Los esclavos de ayer son hoy señores.

9.

«Un Titán nació en mí, Colon pasado,
Que el África y la Europa hácia el oriente
Vió el primero, cuál tú verás osado
Las tierras de los mares de occidente.
Este héroe que la Europa ha subyugado
Fué de tu noble estirpe el ascendiente,
¡Digno es de su valor, Colon, tu brío:
Vence en gloria al Titán; sigue, hijo mío!» —

10.

La mente de Colon enardecida
Al saber su ascendencia acrisolada,
Sobre la mar de su azarosa vida
Tendió retrospectiva una mirada:
Y al contemplar tanta maldad vencida,
Tanta ignorancia con teson hollada,
Sintió hervir, de si mismo satisfecho,
La sangre de un Titán dentro del pecho.

11.

La visión prosiguió: — «Tiempo ha que espero,
Y aquí esperando esta región circundo;
Pués que difundas por la tierra quiero
La ciencia que hoy en tu memoria infundo.
Y porqué, de mi númen mensajero,
Fecunde el tuyo el porvenír del mundo;
Oye del enigma de la vida humana;
Oye de Dios la ciencia soberana:

12.

«Hay un Dios en la tierra y en el cielo
Que es bueno, sí, bueno infinitamente.
Eco es su corazón de todo duelo.
Solo la dicha reflejada siente.
Amar y ser amado, hé aquí su anhelo.
Mucho más que justísimo es clemente.
En su ternura de bondades llena
Solo es digna de Dios la dicha ajena.

13.

«Por su justicia es Dios tan excelente
Que fuera de su ley solo hay quebranto.
Todo lo ordena Dios tan sábiamente
Que es tan bello lo que hace como santo.

Alcanza su poder lo que su mente.
Y como quiere tanto y puede tanto,
Cuando el bien de otros por gozar desea,
Los universos de la nada crea.

14.

«Cuando imitar á Dios la fé se atreve
Es la bondad la flor del sentimiento,
Lo sábio eterno, y lo imperfecto breve,
Y la virtud la fuente del contento.
El sol que brilla, el aura que se mueve,
Son la mano de Dios en movimiento.
No hay voz para alabar á un Dios augusto,
Tan bueno, sábio, poderoso y justo.» —

15.

Calló el Númen de un mundo que ha pasado,
Mientras el celo de Colon se ufana
Al ver por la visión ratificado
El santo credo de su fé cristiana.
— «Porque de gloria y de valor cercado,» —
Diciendo continuó la sombra vana, —
«Fecunde el porvenír tu inteligencia,
Del mundo, el hombre y Dios oye la ciencia.

16.

«Muy bueno, sábio, justo, omnipotente,
Cuando el ajeno goce Dios desea,
La creación irrádia de su mente
De un éter tan sutil como una idea.
Más ó menos intensa ó débilmente
Tiene parte de Dios cuanto Dios crea:
Bajo formas mostrándose sin cuento,
No es más la creación que un pensamiento.

17.

«Nos movemos en Dios y en Dios vivimos,
Del éter de su espíritu engendrados;
Fundiéndonos nacemos y morimos,
Siendo y no siendo, amando y siendo amados.
Desde la nada á la razon subimos
Por misterios santísimos, llamados
— «*Generación oculta, santo anhelo,*
Producción natural, virtud del cielo.» —

18.

«Desde el ruín mineral que tardo *crece*,
Sube á la planta que *creciendo vive*,
El éter, que ya el sér luego enaltece
Que *vive*, *crece* y *sensación* recibe:
En el hombre después noble aparece,
Que *vive*, *crece ya*, *siente* y *concibe*.
Así el éter que lento se despliega
Desde el ruín mineral al hombre llega.

19.

«De séres mil en el variado abismo
Marchan en no alterado movimiento
Desde el átomo al hombre el vitalismo,
Y desde el hombre á Dios el pensamiento.
Vá el éter desde el átomo á Dios mismo
Sin solución de punto ni momento.
Es del principio y fín de la existencia,
El polo Dios, su imán la inteligencia.

20.

«De otro sér nuestro sér reminiscencia
La muerte hace invisibles, no destruye;
Pués el *yo*, nuestra *vida*, nuestra *esencia*
De sér en sér trasfigurándose huye.
Volviendo hácia su orígen la existencia,
Desde este á aquél purificada fluye;
Siguiendo así con invariable anhelo
Su eterna ley: *la reversión al cielo*.

21.

«¿A dónde marcha el orbe vagabundo?
El orbe no se vá, vuelve muriendo;
Lo que vino de Dios en un segundo,
Tarda mil siglos hácia Dios volviendo.
El orbe, de que es átomo este mundo,
Los siglos á los siglos sucediendo,
En caravana eterna peregrino
Sigue de Dios el inmortal camino.

22.

«De inteligencia las esferas dota
Yendo hácia Dios la creación errante.
Cuál la tierra una flor, el orbe brota
Crisálida inmortal el *sér pensante*.
El éter de que consta y en que flota,
Hirviendo en lenta ebullición constante,

Produce el universo *inteligencia*,
Cuál la tierra la flor, y ésta la esencia.

23.

«De Dios el hombre semejanza y fruto
Tiene su alma hácia aquél santo atractivo;
Dios, atmósfera de almas, su atributo
Es de espíritus ser el centro vivo.
Dios es lo necesario y lo absoluto:
Lo contingente el hombre y relativo:
Y siendo el *yo creado* un *Dios finito*,
Es el *Dios increado* un *yo infinito*.

24.

«Del mundo, el hombre y Dios tal es la ciencia:
La creación el yo brota inflamada.
El yo es un Dios de limitada esencia:
Dios es un yo de esencia ilimitada.
Tan solo en la extensión se diferencia
La increada razón de la creada.
Por atracción, el yo, razón finita,
Siempre hácia Dios, plena razón, gravita.» —

25.

Llegó la sombra aquí. Calló un momento
Colon; su ciencia descifrando grave
Fué encontrando en su activo pensamiento
De la unidad universal la clave.
De la atlántica tierra el hundimiento
Cuenta la sombra así con voz suave;
En tanto que Colon, aunqué oye y mira,
Dudando está si sueña ó si delira:

26.

— «Del atlántico mundo la existencia
Extinguiéndose fué de grado en grado,
Cuando su *extracto*, *yo*, su *inteligencia*,
Su *espíritu vital* dejó agotado.
Como una flor que derramó su esencia,
La Atlántida su espíritu ha exhalado.
¡Nada una flor de un mundo se difiere;
Nace, crece, embalsama, cae y muere!

27.

«Madre de Romas, Tiros y Sidones,
Sus hijos fué la Atlántida nutriendo;
De sus Homeros, Dántes y Platones,
Su *vida*, *yo*, su *númen* fué naciendo.
En mí ya juntos sus vitales dones,
Se fué la tierra lánguida extinguiendo,
Como la llama que el blandón ostenta
El blandón gasta al fín que la sustenta.

28.

«Huyen las gentes por la tierra hendida,
Y en simas caen que al caer retumban:
Su cohesión molecular perdida
Las montañas en polvo se derrumban.
En torno de la tierra comprimida
Sus ondas mueve el mar, que airadas zumban
Cual gran caimán que, si su presa toca,
Ruje al abrir descomunal la boca.

29.

«La madre tierra, estéril no sustenta;
El aire inútil túmido se estanca;
La color que la lúz negruzca ostenta
Es la postrer degradación de blanca.
En sed de aire suspira cuanto alentó:
El ansia de la luz ayes arranca:
Bajan las aves tras del aire al suelo:
Las fieras miran tras la lúz al cielo.

30.

«Todos espiran, sin que sangre vean
Que al morir enardezca su ardimiento.
No arden los bosques que incendiar desean.
Quieren mover y no se mueve el viento.
Faltos del aire y de la lúz, pelean
En un suplicio interminable, lento,
Con completa razón para medirlo
Y entero el corazón para sentirlo.

31.

«El miedo, ese gran mal de nuestros males,
Sofoca la virtud y el heroismo:
No agita más pasión á los mortales
Que el temor de morir, el egoismo.

Odiando cada cuál á sus iguales,
Sin caridad ni amor más que á sí mismo,
Con tal de ser la víctima postrera
Viera morir la humanidad entera.

32.

«Ya la atlántica tierra envejecida,
En el gran río del vivir se atasca,
Y al peso de los siglos oprimida
Por su eje inútil con fragor se chasca:
De los opuestos mares la avenida
La sume al fín con tan atroz borrasca:
Que en hervor desde entonces repetido
Bullen los mares con perpétuo ruido.

33.

«Así, en oprobio de la humana gente,
Pasó en el mundo á ser sombra ilusoria
Un pueblo, de quién Roma prepotente
Ni el éco ha sido de su inmensa gloria.
De este modo el más rico continente,
Para escarmiento de la humana historia,
Con su destino, para siempre aciago,
Aquí se hundió con general estrago.

34.

«Tales fueron de Atlántida inconstantes
Las glorias que pasadas hoy me afligen,
Glorias que tus esfuerzos arrogantes
En el mundo, Colon, de nuevo erigen.
Vástago de una raza de gigantes,
Que de otra raza iguál vá á ser orígen,
Dobla á mi ruego tu indomable brío,
¡Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!»—

35.

Dijo así la visión, y dulcemente
Con un — «¡adiós!» — su relación concluye,
Y enrarecida hasta llegar á ambiente
Sobre las álas de los aires fluye:
Volando poco á poco hácia el oriente,
Con otro — «¡adiós!» — entre las sombras huye,
Dejando allí á Colon torvo y risueño,
Como el que empieza á despertar de un sueño.

CANTO UNDÉCIMO.

DESAFÍO.

RESÚMEN.

El 16 de setiembre llovizn6. — Esperanza de los marineros que creían cerca la tierra. — Campos de yerba. — El 17 el agua era menos salada. — Desafío entre Nuño y Rodrigo. — Consejos de Colon. — Propuesta de Colon. — Reflexiones de Colon. —

1.

Diezisеis de setiembre: ¡hermoso día!
— Llovizna; ¡gran señal! — Yerbas al frente
Como verde y flotante praderia.
Diezisiete. — Aguas dulces. — ¡Excelente!
El pobre Nuño que de amor moría
Su pasión va ocultando. ¡Inútilmente!
No hallaba á veces de esconderla modo:
¿Dónde hay razón que lo resista todo?

2.

Por eso al fín del día, así á Rodrigo
Preguntó Nuño con ahogado acento:
— «Si amase á otro hombre, acaso vuestro amigo
Una mujer que fuese vuestro aliento,
¿Qué haríais, siendo de su amor testigo
Una vez, y otra vez, hasta otras ciento?» —
Rodrigo contestó: — «¡La mataría!
¿Y vos? « Nuño siguió: — «¿ Yo?... ¡moriría!

3.

«Yo moriría; sí, morir anhelo,
Porqué á Záida al mirar de vos amante,
Mi amor, tranquilo un día como el cielo,
En un amor se ha vuelto delirante:
Quiero dejar frenético en un duelo
La carga de mi espíritu anhelante.
¡Vos no sabeis, Rodrigo afortunado,
Cuánto le pesa el alma á un desdichado!

4.

«Juradme que jamás Záida enterada
De la causa será de mis desvelos,» —
Clavando alta Rodrigo su mirada,
Le contestó: — «Lo juro por los cielos,»

— «Desde que ví,» — Nuño siguió, — «embarcada
Con vos á Záida, presa de los celos,
¡Parece que abrumado inmensamente
Pesa un mundo ¡gran Dios! sobre mi frente!

5.

«¡Morir quiero, ó matar! mi hado enemigo
Hará infelíz mi estrella maldecida,
Si dejar con mis celos hoy consigo
Este dolor de soportar la vida.
Quiero mataros ó morir, Rodrigo,
Para curar de mi dolor la herida:
Pués ignoro en mi loco devaneo
Si es que mataros ó morir deseo.»

6.

— «¡Bien!» — Rodrigo exclamó con firme acento,—
«Acabe un duelo, sí, nuestra existencia,
Que una pasión que es de la vida aliento
No la curan ni el tiempo ni la ausencia.
Comprendo vuestro amor, porqué lo siento,
¡Y sé, Nuño, tambien, por experiencia
Que si en celos el alma se arrebata,
El gan mal del dolor es que no mata!»

7.

— «¡Siempre delirios!» — Por detrás murmura
De pronto apareciendo el Almirante, —
«¡Ay del que cuerdo el juicio no procura
De la ciega pasión llevar delante!
Matarse por amor fuera locura.» —
Así dice Colon, y Nuño amante
Pregunta, su alma del dolor transida:
— «Y ¿para qué és sin el amor la vida?»

8.

— «Sin gloria es el amor sombra ilusoria,» —
Dijo Colon primero suspirando.
— «¿Sombra es amor» — dicen los dos — «sin gloria?
— «¿Sombra!» — siguió Colon, otro ¡ay! lanzando. —
«Tened siempre presente en la memoria
Que para el mal de amor, la vida andando,
Es médico excelente la paciencia,
El tiempo insigne, y sin iguál la ausencia.» —

9.

Tales palabras con dolor oyendo
Rodrigo pesaroso de su estrella,
— «¡Vivír sin ella!» — prorumpió gimiendo;
Y Nuño replicó: — «¡vivír sin ella!
¡Oh! no, imposible proseguír viviendo
Sin ver, y ver sin fín, su imágen bella;
¡Al dejar su memoria el alma mía
Inerte el corazón se me helaría!

10.

«Nunca su imágen presta á mi albedrío
La libertad siquiera de un momento,
Siempre á ella vá como hácia el mar el río
Girasol de su lúz mi pensamiento.
Ni al morir tendré paz, que el amor mío
Es tan grande, tan grande, que presiento
Que, si ya muerto, me llamase un día,
¡Mi esqueleto á su voz respondería!»

11.

— «Siempre delirios, siempre!» el almirante
Cuál padre tierno con dolor exclama, —
«¡Ay del que no echa de su amor delante
La lúz del cielo que razón se llama!
Ved que del árbol de la vida amante
Esa pasión es ponzoñosa rama:
No acaba el mundo la ira de los cielos,
Y lo envenena un átomo de celos.

12.

«¿Sabéis de Záida el que obtendrá la mano?
Quien primero la tierra á ver acierte.
Así á uno de los dos el suelo indiano
Dará gloria y honor, por ódio y muerte.
El duelo consentir fuera inhumano:
Que uno al menos felíz haga la suerte:
Con su amor al triunfante premiaremos;
Y al que pierda... después... después... veremos.

13.

«¡Rodrigo! un puesto acotará en la historia
El que antes tierra con sus ojos mida,
Y de su amor la dicha transitoria,
Cuanto lo pueda ser, será cumplida.
¡Nuño! depure esa pasión la gloria;

Que en la esfera moral de nuestra vida
Cuando el fuego de amor la gloria inflama,
Es más brillante aunqué menor la llama.

14.

«Del alto mirador de un mastelero
La índia cada cuál espíe ansioso,
Y al que — «tierra» ¡oh placer! grite el primero
Mis preces y el amor lo harán dichoso.
¡Dios prémie al más felíz ó más certero!
Y el más desventurado ó perezoso
Que aguarde el porvenír: siempre el destino
Para llegar al bien tiene un camino.

15.

«Vamos, marchad. — Y «súbito marchando
Miró á un mástil Rodrigo de Triana;
Luego al trinquete se acercó exclamando,
— «¡Sedme amiga una vez, suerte tirana!» —
Nuño otro puesto rápido buscando,
Dijo, apoyado al palo de mesana,
— «!Aunqué es mi síno cual ninguno fiero,
Tanto anhelo esperar, que en él espero!»

16.

— «¡Tristes!» — Colon prorumpe, — «¡mucho siente
Su afán mi corazón, porque no ignora
Que el alma á veces vive solamente
Con la vida del dueño á quién adora!
Daremos tiempo á que la edad ahuyente
El fuego del amor que los devora.
¡Aún viven para amar!» — siguió diciendo.
— «¡No aman para vivir!» — dijo gimiendo.

17.

— ¡Sí! yo también en mi vejéz refreno
Una inmensa pasión, tan acendrada,
Que cuál la tierra ayer, con ella hoy lleno
La inmensidad del mar nunca acotada!
¿Qué quedaría en mi doliente seno
Si este amor se extinguiese?... ¡Nada! ¡Nada!
Nuño tiene razón, Beatriz querida.
¡Ay! ¡para qué és sin el amor la vida!» —

CANTO DUODÉCIMO.

LAS NÚBES.

RESÚMEN.

El 18 de setiembre 1492 Martin Alonso Pinzón vió una gran multitud de aves dirigirse hácia poniente. — Al norte gran cerrazón. — Revista de la histora universal. — La Cava. — Colon. — Herculano. — Margarita de Dinamarca. — Los amantes de Teruel. — Abelardo y Eloisa. — Nabucodonosor. — D. Alvaro de Luna. — Torquemada. — D. Pedro el Cruél. — Doña María Coronel. — Epígrama. — Semíramis. — Sistema de Pitágoras. — Martín Vicente. — Lucrécia. — Paleólogos. — Comnenos. — Merovíngios. — Judíos. — . . . . . — Rascón. — Platón. — Enrique IV de Castilla. — Doña Isabel de Portugal: su esposa. — Pablo Toscanelli. — Macías. — El caballo de Calígula. — Augusto. — Demócrito y Heráclito. — Escévola. — Saladino. — Juana de Arco. — Luis XI. — Leonidas. — Bruto. — César. — Sócrates. — Mahoma. — Continuación del viaje. — A G . . . — Conclusión del canto.

1.

Vivír es *ver pasar*. Ya iba alboreando
Del dieziocho de setiembre el día,
Cuando estaban las gentes contemplando
Las mil nubes y mil que el sol teñía.
Tantas núbes, tan várias, revolando,
El juego de la vida parecía.
Y bien pensado al fín, ¿qué és en la esencia
Más que un juego de núbes la existencia?

2.

Las núbes con su forma transitoria,
Cuál ideas que el viento ha condensado,
Son, breve imágen de la humana gloria,
Del insondable porvenír traslado.
Haciendo aplicaciones á la historia
Leían en las núbes lo pasado,
Como si fuesen sus flotantes velos
Alfabetos movibles de los cielos.

3.

¡Buen día! Disputando alegremente
El dulce *Ruíz*, *Roldán* el tormentoso,
Maestre Juan, ateo é inteligente;
Pedro Gutierrez, noble y valeroso;
Maestre Alonso, médico excelente;
Quintero el víl, *Rascón* el quejumbroso,
Van de las núbes traduciendo el vuelo,
Inescrutable diálogo del cielo.

4.

Al norte hay cerrazón; caso previsto,
En que la tierra se supone enfrente;
Además un Pinzón cuenta haber visto
Volar algunas aves al poniente.
Es ya tan grande la ilusión, por Cristo,
Que grita loca de placer la gente.
Solo Colon en horas tan mortales
Su corazón revuelve entre puñales.

5.

Aquel ir entre el agua y el ambiente
Un viaje por el éter parecia...
Como un sueño agradable, dulcemente
Mareaba el mar, la lúz desvanecía...
Y sin dejar el rumbo de occidente
Andando y más andando, todo huía...
¡Y las nubes, conforme adelantaban,
Pasaban, y pasaban, y pasaban!...

6.

— «Mirad,» — dijo Roldán, — «esos vapores
Dan de la Cava idea parecida,
Que en la opinión de graves escritores
Más que su honor fué su beldad cumplida.»
Escobedo siguió: — «Y ¿á quién, señores,
Si del rosario que llamamos vida
Las cuentas blancas en pasar se alegra
No le herirá el color de alguna negra?»

7.

— «A Colon que crée en Dios,» — Roldán les dijo.
A la sazón hallándose cercano
Le replicó Colon: — «Es verdad, hijo:
Siempre crée en Dios quién cruza el Océano.» —
Y continuó en Roldán el rostro fijo:
— «Si ignorase su nombre soberano,
¿A quién en la borrasca invocaría?
Si no creyese en Dios, ¿en quién creería?» —

8.

(Aplauso general.) — Y de repente
Viendo unas nubes á la diestra mano,
Dijo Martín Pinzón: — «¡Cuán propiamente
Imita una ciudad el aire vano!
Ya sus cimientos removió el ambiente...
Ya se va hundiendo...» — «Cuál se hundió Herculano,»

Dijo Escobedo, y añadió en seguida:
— «¡Castillos en el aire: hé aquí la vida!» —

9.

— «¡Qué mujer tan altiva y tan hermosa!» —
Gritó Alonso, y siguió de esta manera, —
«Margarita Calmár, fué virtuosa,
Y tanto como buena, fué hechicera.»
— «¡Una mujer perfecta! ¡extraña cosa!» —
Dijo Ruíz. Y Colon: — «Aunqué no fuera,
Para el que noble con razón se llama,
Es bella y tiene honor cualquiera dama.» —

10.

Dos bellas sombras maestre Juan mirando,
— «Ved los amantes de Teruél,» exclama, —
«¡Siempre lo mismo! Siempre conjugando
El yo amo, tú amas, aquel ama.
A la muerte el amor nos va llevando
De dolor en dolor, de llama en llama.
La que fué abnegación ya es egoismo:
Amar y desamar. ¡Siempre lo mismo!» —

11.

Y siguió: — «El cierzo ¿véis? ¡siempre lo mismo!
Ahora á Abelardo y Eloisa sorbe:
Perdóneles el cielo: su erotismo
Fué un adorable escándalo del orbe.» —
Y continuó: — «El amor es un abismo
Que honor, gloria y salúd ávido absorve.» —
Calló maestre Juan. Más de contado
Le replicó Escobedo: — «¿Y quién no ha amado?» —

12.

¡Id, amantes, en paz! si el mundo helado
Execra sin piedad vuestra memoria,
¿Quién no sintió un amor desventurado?
¡Lucha eterna sin prez y sin victoria!
¿Pero siempre ¡ay de mí! será execrado
El que en amar cuál vos funde su gloria,
Sin ver que es la razón de tanto anhelo
El sentimiento, la razón del cielo?...

13.

— «¡Nabucodonosor!» — siguió altanero
Maestre Juan; — «Los hados inconstantes

Le trasformaron por sensual y fiero
En una béstia al fín, siendo rey antes.»
— «¡Justa trasformación!» — siguió Quintero; —
«Si á cuantos reyes veo semejantes
Les da un castigo iguál de Dios la ira,
¡Cuánta béstia futura el mundo admira!» —

14.

Y añadió, señalando al diestro lado:
— «Don Álvaro de Luna.» — «¡El favorito!» —
El público exclamó desconcertado,
Unos diciendo — «¡pobre!» — otros — «¡maldito!»
— «Fué,» — dijo Ruíz, — «bastante desgraciado;
Por lo demás su orgullo fué infinito.» —
Y repuso Quintero: — «¡Ah! si, ¡quién fuera
Lo que ese buen señor pensaba que era!»

15.

— «Nada hay más víl que apellidar maldito,»—
Dijo Escobedo, — «á un alma desdichada.»
— «¿Aunqué sea,» — dijo uno, — «el favorito?»—
Y repuso Escobedo: — «Nada, nada.»
— «¡Torquemada!» — grita otro, á cuyo grito
Maestre Juan prorumpe: — «¡Torquemada!
Solo de ver su imágen me consterno;
Dejad que vaya en paz, irá al infierno.»

16.

— «¡Don Pedro el justiciero!» «¡El inhumano!»—
Interrumpiendo á Ruíz, dijo Quintero:
Uno gritó — «el cruél,» — y otro — «el villano;»—
Y — «el maldito también,» — dijo un tercero.
¡Horror universal! Viendo al tirano
Con su rostro procáz y aire altanero,
Preguntó Ruíz: — «¿Cuántas serán, maese,
Las cuentas negras del rosario de ese?» —

17.

Y siguió: — «¿Véis? quemando su mejilla
Halló la Coronel á su honra puerto:
Temiendo al tal don Pedro de Castilla
No su existencia, su beldad ha muerto.» —
— «¡Oh jamás no imitada maravilla!» —
Dijo Roldán, — «nunca creí por cierto,
Que fuese hasta el extremo virtuosa
De hacerse féa una mujer hermosa.» —

18.

¡Murmuración pueril! Así mostrando
En juego tal cuanto saber presumen,
Ya hiriendo con razón, ya calumniando,
Todos agotan con placer su númen.
Van la verdad con sueños engañando.
¿Y es más cierto lo real? ¡No, no; en resúmen,
Es sombra y nada más la humana gloria;
Núbes que van y vienen es la historia!

19.

— «¿Sabéis,» — dijo uno, — «esa visisón quién era?» —
Maestre Juan contesta: — «Un rey ha ido...»
— «Llama rey á un fulano cualesquiera,» —
Maestre Alonso exclama, — «¡presumido!» —
Al ver maestre Juan de tal manera
En su amor propio el corazón herido,
Le dijo: — «¿Y bién? ¿qué es el linaje humano
Con alguna excepción, más que un fulano?

20.

«¡Semíramis! ¡Semíramis!» — prosigue, —
«¡Cuán grande es su pavor! huye de miedo
Al ver que Nino airado la presigue.
¡Remordimiento horrible!» — «Quedo, quedo,
Señor maestre Juan, que la castigue
Su conciencia no más,» — dijo Escobedo. —
«¿Quién en el mundo al recordar su historia
No se encuentra algún Nino en la memoria?» —

21.

Y de las núbes traduciendo el juego,
Maestre Juan siguió: — «La núbe aquella
Es Pitágoras.» — (Risas.) — «Ved, os ruego;
Ved bién la metempsícosis en ella.
El cáos... una flor... un bruto... luego
La imágen de Pitágoras descuella...
De Pitágoras luego otra flor nace...
¡Ya se ha deshecho!» — ¿Y qué no se deshace?

22.

A tan rara invención el vulgo atento
Le interrumpió gritando: — «¡Bravo! ¡bravo!» —
Maestre Juan siguió: — «Ya es un jumento...
Un rey... un gato... una mujer... un pavo...
Ya es no sé qué... Ya es un vapor... ya es viento
Todo se vuelve viento al fín y al cabo.» —

¡Dura verdad! al fín de la jornada
Todo acaba lo mismo: ¡El cáos: la nada!

23.

Mientras la bulla y el placer crecía,
— «¡Ay! ¿no hará un mundo Dios compadecido
Para premiar mi fé?» — Colon decía,
Ciego á la lúz y sordo á todo ruído.
— «¿De dónde era aquél palo,» — proseguía, —
«Que recuerdo muy bien haber leído
Que halló á quinientas leguas á occidente
El bravo portugués Martín Vicente?» —

24.

Sigue el viento, y la bulla, y... ¡adelante!
Quintero que hasta en sombras su ira gasta,
— «¡Ved,» — exclamó, — «á Lucrécia, tan amante,
Tan buena esposa, tan gentíl, tan casta!...» —
Paróse, y continuó: — «Pero...» — Al instante
Le interrumpió Escobedo: — «Basta, basta:
Decidme por favor, señor Quintero,
¿Hay quién no tenga en su existencia un pero?» —

25.

A cuantos grupos el vapor formaba,
En razas maestre Alonso los partía:
— «¡Emperadores griegos!» — exclamaba.
— «Paleólogos, Comnenos,» — añadía.
— «Los reyes Merovíngios,» — continuaba.
Conforme maestre Alonso así decía,
Maestre Juan iba diciendo en tanto:
— «¡Cuántas núbes de tontos, cielo santo!»

26.

— «¿Quién es la raza que atraviesa ahora?» —
Le preguntó Roldán. Juan de contado
— «Es,» — dijo, — «el pueblo que el becerro adora,
Que al pié del Sinaí torpe ha adorado.
Vaya con Dios la raza previsora
Que, mudando el país con el calzado,
Por patria adopta, de codicia llena,
Como la abeja la mejor colmena.»

27.

— «¿Quién será,» — dijo Ruíz, — «esa heroina?» —
Escobedo exclamó: — «¡Crímen horrendo!

¡Después de acariciarle lo asesina!» —
Y encarándose á Ruíz siguió diciendo:
— «¡Forman una visión muy peregrina
Ella de él la cabeza sosteniendo:
¡Pero esa aparición fuera más bella,
Si él sostuviese la cabeza de ella!» —

28.

Así del cielo entre el movible encanto,
Y entre el reir alegre del gentío,
La mansión de la noche y del espanto
¡Indomable valor! cruzan con brío.
¡Era inmenso el bullicio! Y entre tanto.
— «¿Dónde estará, cómo será, ¡Dios mío!» —
Decía el buen Rascón meditabundo, —
«El paredón donde se acaba el mundo?» —

29.

Mirando maestre Alonso al diestro lado,
Que á cuantos le oyen en saber les gana,
— «¡Fuera sombreros!» — exclamó admirado, —
«Ved de Platón la imágen soberana.
Él del mundo el espíritu ha animado,
Como inventor de la moral humana.» —
En són de burla: — «Si la halló el primero
Fué del alma el Colon,» — dijo Quintero.

30.

Y siguió: — «Un mónstruo que el vapor fabrica
¿Es un hombre ó una béstia? pero ¡tate!
Veréis como el buey Ápis significa
Después que maestre Juan nos lo retrate.» —
Siempre zumbón, maestre Juan replica:
— «¿Creéis que es el buey Ápis? ¡disparate!
Que calumniéis así me maravilla
Al rey Enrique cuarto de Castilla.

31.

«Ved allí á su mujer,» — siguió diciendo.
— «¿Con don Beltran?» — dice uno. — «Pués es llano,» —
Prorumpe en coro el público riendo.
— «¡Quién sabe!» — dijo Ruíz, — «fué eso un arcano.» —
Las buenas dudas del buén Ruíz oyendo,
Siguió maestre Juan: — «En vano, en vano,
De cuentas blancas su vestido bordas;
Las cuentas de esa son negras y gordas.» —

32.

¡Gran fiesta! Mientras éste divertido
Disfruta en la ilusión del aire vano,
Está pensando aquél enternecido
En el padre, en la madre ó en el hermano.
Colon en tanto, sordo á todo ruido,
Con el compás en la derecha mano,
Un mapa estúdia que trazó la ciencia
De Pablo Toscanelli de Florencia.

33.

Lamentando leál sus agonías,
— «Ved á Macías,» — dijo Ruíz gritando.
Rascón siguió: — «Con tiernas elegías
Irá el cielo de amor enajenando.» —
Viendo al ilustre soñador Macías
Que el aire, y nada más, iba abrazando,
Nuño exclamó, siempre á su mal atento:
— «¿Qué es nuestro amor más que abrazar el viento?»

34.

— «¡Gran caballo!» — prorumpe un marinero.
— «Es el del Cid,» — dijo otro, — «cuyo brio
Más sarracenos arrolló ligero
Que arenas lleva hácia la mar un río.»
— «Será el que eligió rey,» — dijo Quintero, —
«Relinchando á la aurora, al buen Darío:
Con que, aunqué ofenda con el símil, hallo
Que era un gran elector el tal caballo.»

35.

— «Pués yo en créer,» — dijo Roldán, — «insisto
Que aquél será que por su gran despejo
Nombró cónsul Calígula, y por Cristo
Que era un miembro especial para un concejo;
Pués nunca, como muchos que yo he visto,
Le dió al emperador un mal consejo.
Ya véis si el consejero era excelente.» —
Todos dijeron: — «¡Efectivamente!»

36.

— «A quién véis, maestre Alonso?» — «Allí estoy viendo
Al grande Augusto, un déspota excelente.
¡Felíz tirano!» — continuó diciendo, —
«Fué felíz, muy felíz seguramente.»
— «Sí, como todos, — prorumpió gimiendo
Nuño, apretando con dolor su frente, —

«¡En este valle de delicia y llanto
Se goza mucho, más se sufre tanto!...»

37.

— «¡Demócrito y Heráclito!» — al oriente
Gritó Rodrigo Sanchez señalando, —
«Mirad bien con qué aspecto diferente
Uno riendo vá y otro llorando.» —
Viendo pasar á entrambos lentamente,
Quedóse maestre Alonso murmurando:
— «Los polos del humano sentimiento:
¡Lágrimas nécias! y ¡bestial contento!» —

38.

Ruíz preguntando, Alonso respondiendo
La ruta alegran de su eriál camino:
— «¿Este quién és?» — Ruíz comenzó diciendo.
— «Es Escévola, un célebre asesino.»
— «¿Y esa otra sombra que lo va siguiendo?»
— «Ese, admiráos, Ruíz, es Saladino
Que la batallar con incruentas manos
Enseñó el Evangelio á los cristianos.»

39.

— «¿Quién és, antes que entre otras se me pierda,»—
Dijo Ruíz, — «esa sombra pudorosa?»
— «A la gran Juana de Arco me recuerda,
Por valiente, por buena y por hermosa.»
— «¿Y esa otra que se extiende hácia la izquierda
Espesa, hedionda, informe y tenebrosa?»
— «Esa és,» — le contestó con arrogancia, —
«El alma de Luis once, rey de Francia.»

40.

— «¿Quién es aquél?» — «Leonidas el valiente,
El que enseñó á morir con heroismo.»
— «Y este?» — «Bruto: un traidor.» — «Y ese de enfrente?»
— «Es César, el factor del despotismo.»
— «¿Quién es aquél de inalterable frente?»
— «El autor del *Conócete á tí mismo.*»
— «¿Y aquél que el vuelo hácia el oriente toma?»
— «Un rápsoda de Cristo, ese es Mahoma.» —

41.

¡Vértigo interminable! Disparados
Sin pararse en un punto ni un momento,

Solo miran sus ojos fascinados
La realidad del mar, ¡brumas y viento!
Corrían, yendo al parecer volcados
En la bóveda azúl del firmamento...
Y las núbes, conforme navegaban,
Pasaban, y pasaban, y pasaban!...

42.

—«¿Quién será?»—en todas partes se decía
Viendo una imágen resbalar suave,
Que á todas las imágenes vencía
En lo gentíl, lo pudoroso y grave.
¿Quién era? Nadie el caso presentía; ¡sabe!»—
Más viendo siempre al porvenír—«¡Quién
Dijo Colon,—«tal vez la musa es esa
Que el canto ha de inspirar de nuestra empresa.»—

43.

¡Salúd, musa gentíl, alma futura,
De toda innoble tentación ajena;
Jamás la mente en su ilusión más pura
Alcanza al linde hasta donde eres buena!
¡Salve, del cielo predilecta hechura,
A quién hizo eslabón de la cadena
Que el sentimiento de la humana raza
Al sentimiento del Eterno enlaza!

44.

Mírame... así... tu rostro que bendigo
Nunca me canso de tenerlo enfrente,
Y muchas veces cuando estoy contigo
Para quererte más me finjo ausente.
No sufras, no, si tu mejor amigo
De pena llora al ver que inútilmente
Por más que el alma tras la tuya lanza
A igualar tu virtud jamás alcanza.

45.

¿Tú también pasarás, como ha pasado
De esas visiones la ilusión externa;
Tú, con un pecho de virtud dechado;
Tú, con un alma cuál ninguna tierna?...
También ¡ay! seguirás, siempre á mi lado,
De cuanto existe la evasión eterna...
¿Qué cosa hay en el mundo, dueño mío,
Que marque su carrera en el vacío?

46.

¡Se acabó la ilusión! Desde el oriente
Sobre la mar la sombra se derrama,
Empezando esa hora en que la mente
En el alma, sin lúz, mira cuanto ama.
Perpétua amiga del amor ausente,
Viendo la noche cada cuál exclama,
Recordando el objeto á quién adora:
Un — «¿en dónde estará?» — un — «¿qué hará ahora?» —

47.

Anocheció. Del cielo huyó el hechizo
Cual de la tierra al fín huye la gloria:
Las núbes poco á poco el sur deshizo
Como el tiempo las sombras de la historia.
Y después que á su vez cada cuál hizo
Un viaje por su patria de memoria,
El himno entonan con ferviente anhelo:
¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!

CANTO DÉCIMOTERCERO.

INSURRECCIÓN.

RESÚMEN.

Día 19 de setiembre: calma pesada: un alcatráz: Colon sondea 200 brazas sin encontrar fondo. — Día 20: vuelve á aparecer la yerba: se coge un pájaro como una garza: varios pajarillos cantando. — Día 21: más yerbas: alarma: una ballena. — Día 22: menos yerba: viento de sudoeste: serias murmuraciones. — Día 23: una tórtola: pájaros pequeños: se levanta el mar. — Días 24, 25 y 26: desenvoltura de los marineros: viento de este: Martín Pinzón grita: «tierra»: torcióse el rumbo: la tierra era una nube. — Días 1º, 3, 6 y 7 de octubre: discrepancia de las medidas tomadas por los pilotos: no se ven pájaros: la *Niña* dispara un cañonazo: se deshace la ilusión. — Días 8 y 9 de octubre: pajarillos como de campo: aire fresco y suave como por abríl en Sevilla. — 10 de octubre: motín. — Discurso de Roldán. — Contesta Colon. — La Idolatría y la Fé. — La mayor batalla del mundo. — Continuación del motín. — Profecía y última órden de Colon. — Nueva aparicion del génio de la Atlántida.

1.

Gran calma. — Un alcatráz. — Colon sondea
Más de doscientas brazas — ¡no es bastante!
¡Qué atroz profundidad, casi marea!
— Pradería de yerbas ambulante.

— En un buque una garza el vuelo apea.
— ¡Pajarillos que cantan! — ¡Adelante!
Si hoy solo yerba vuestra quilla toca
Mañana será arena, y después roca.

2.

Aún prosigue la mar de yerbas llena:
¿Quién al mirarlas de pavor murmura?
— ¡Casi alegra el horror de una ballena
En tan grande quietud y á tanta altura!
No hay yerba: — veintidos. — ¡Brisa serena!
— ¡Más murmurar! en ocasión tan dura
¿No sabéis, españoles, que á lo menos
Saben morir sin murmurar los buenos?

3.

Una tórtola; ¡bién! ¡núncio dichoso!
¡Cuál despiertan sus cantos nuestros duelos!
— Más pájaros, ¡salúd! — ¡Cuánto reposo!
— Se alza el mar, se disipan los recelos.
— Algunos días más, y soy dichoso:
Seguíd, seguíd, yo pediré á los cielos
Que volváis con la dicha que habeis ido.
¡Es tan poco y tan fácil lo que os pido!

4.

Veinticuatro. — Aún hay gente que murmura.
— Viento de este. — Pinzón á un mástil sube:
— «¡Tierra!» — grita: ¡buen Dios! ¿será locura?
¡Nunca un placer como al oirlo tuve!
Variad de rumbo. — ¿Es cierta mi ventura?
No era tierra ¡oh dolor! era una nube.
¡Sucede tantas veces en la vida
Tomar por cosa real la que es fingida!

5.

La ciencia de los prácticos se admira,
Porqué discrepa la distancia andada.
¡Qué soledad! — El tres solo se mira
Aire y silencio, imágenes de nada.
— «¡Tierra!» — la *Niña* un cañonazo tira...
Más la ilusión deshace la alborada.
¿Acaso un mago con furor violento
Nos va la tierra convirtiendo en viento?

6.

Giran el ocho en torno de las naves
Pajarillos que al alba se levantan:

¡Qué hermosas son en alta mar las aves!
Y, si buscamos tierra, ¡qué bién cantan!
Día nueve. — Aires frescos y suaves,
Que tanto el gusto de Colon encantan,
— «Que son» (lo escribe así su alma sencilla) —
«*Cuál las brisas de abríl son en Sevilla.*» —

7.

En el mil cuatrocientos que corría,
Y año noventa y dos de nuestra era,
El diez de octubre, por la vida mía,
De esta historia inmortal borrar quisiera.
Cuanto se toca, y oye y vé este día,
Todo á la vil tripulación altera.
Se vuelve el más pacífico iracundo,
¡Todo se acaba donde acaba el mundo!

8.

De su temor en el fatal exceso
Roldán la chusma amotinar procura,
Y en un corrillo bárbaro y sin seso
Hablando de Colon, así murmura:
— «Si impidiese tenáz nuestro regreso,
Lanzadle al mar en premio á su locura;
Que el hecho ocultará, más que el humano,
Con discreción eterna el Oceano.» —

9.

Oye Colon su estúpido delito,
Y al verlos acercarse á su presencia,
— «Atended, que su fruto es exquisito,» —
Les dijo, — «si es amarga la paciencia» —
— «Sabed,» — clamó Roldán alzando el grito, —
«Que perseguír más lejos ya es demencia.
Cuantos me escuchan créen, como yo creo,
Esa ilusión que os huye ante el deseo.»

10.

— «¿No véis, dijo Colon, cuán bienhadados
Vamos poniendo fín, con tiempo hermoso,
A este mar que llamaban espantados
Los árabes: — «*inmenso* y *tenebroso?*»
— «¡Muera!» — gritan los Porras sublevados.
— «Pués heríd,» — sigue el héroe con reposo,
«Labraréis con mi daño vuestro daño,
¿Dónde sin su pastor irá el rebaño?»

11.

— «¡Muera!» — insiste Roldán enfurecido, —
«No puede ser más sábio un pobre loco
Que cuantos sábios en el mundo han sido;
Ni más valiente que Hércules tampoco.»
— «¡Pués heridme!» — Colon dijo atrevido, —
«¿Qué me importa morir? Dentro de poco
El generoso pecho de algún hombre
Hará de gozo palpitar mi nombre.

12.

«¡Herid! si os atrevéis, ¡herid!» — decía.
— «¡Cuánto inútil terror vino inspirando
Ese menguado de Hércules un día
El fín del mundo en Cádiz señalando!
¡Herid!» — siguió, — «sin la experiencia mía
Una muerte común, torpes vagando,
Más tarde encontrareis, ó menos tarde,
Oscura y criminal, nécia y cobarde.» —

13.

No hay quién no luche allí. La IDOLATRÍA
Entre todos con ciego fanatismo
Difundiendo el terror así decía:
— «Mirad: aquí... ¡el abismo! allí... ¡el abismo!» —
La FÉ en tanto á Colon le repetía,
Como si fuese un eco de sí mismo:
— «¡Tu bajel, inmortal aventurero,
Remolcará á la vuelta un mundo entero!» —

14.

¡Quién creerá que en tan frágiles maderos,
Y en esas luchas que parecen vanas,
Se disputan tal vez mundos enteros!
¡Altos juicios de Dios! ¡Cosas humanas!
¡Entre cuatro infelices marineros,
Más que en Farsalia, y en Chalons, y en Cannas,
En alta mar, en incruenta guerra,
Mediando está la suerte de la tierra!

15.

— «¿Y qué véis,» — un Jimenez preguntaba, —
«Para esperar á nuestro mal consuelo?
¡Tras la extensión de un mar que nunca acaba,
La inaccesible soledad del cielo!...» —
Diciendo así Jimenez sollozaba;
Y abundando los otros en su duelo,

Exclaman, recordándolos en vano,
— «¡Mi pobre madre!» — «¡mi infelíz hermano!»—

16.

— «Lejos,» — siguió Roldan, — «de nuestros lares
No hay para nuestra muerte un punto cierto;
Nuestro sepulcro borrarán los mares
Tan pronto ¡ay Dios! cerrado como abierto.
Las madres, descargando sus pesares,
¿Dónde creerán las tristes que hemos muerto?
¿Ante qué cuerpos rendirán honores?
¿Sobre qué tumbas ¡ay! verterán flores?

17.

«De la patria la tierra encantadora
Se entreabre de los deudos ál gemido;
¡Más cuando el mar sus víctimas devora
Lo hace en silencio, sin dolor, sin ruido!
Decidme, os ruego, si nos traga ahora
Este lago de plomo derretido,
¿Qué nos espera en tan aciaga suerte?
¡El olvido, la muerte de la muerte!

18.

«¿No véis,» — siguió! — «cuál de dolor suspiran
Los que modelos de valor llamamos?
Los más leales contra vos conspiran.
¿Dónde vamos, decíd, y en dónde estamos?» —
Todos en torno el horizonte miran,
Como quién dice: — «Es cierto, ¿á dónde vamos?»—
¡Y solo ven por único consuelo
Agua y agua en el mar, aire en el cielo!

19.

Y en tanto que el dolor de todos crece,
— «¿No véis,» — siguió doblando sus lamentos, —
«Que hasta que han muerto por aquí parece
Los inconstantes soplos de los vientos?
Nada en la tierra este dolor merece:
Mirad que aunqué logreis vuestros intentos,
Vuestra vida será, siendo envidiada,
Menos dichosa cuanto más honrada.»

20.

— «¡Adelante!» — Colon grita altanero.
Y hablando en baja voz murmura apenas!
— «Me lo ha dicho del cielo un mensajero: —

«*Tú librarás el mar de sus cadenas.*»
— «Continuad el marcado derrotero,» —
Con palabras siguió de imperio llenas, —
«Que quepa á todos por iguál la suerte,
¡Todos á la Índia, ó todos á la muerte!» —

21.

Así dijo Colon. Y con la mano
Señalando al ocaso con fiereza,
Cruzó de una mirada ese oceano
Que hace perder el verlo la cabeza.
Y el recuerdo de un Númen ya lejano,
Pasando por su mente con presteza,
Dijo con voz que redobló su brío:
— «¡Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!» —

CANTO DÉCIMOCUARTO.

¡TIERRA!

RESÚMEN.

El 11 de octubre encontraron un palo, una caña, un baston labrado ingeniosamente, un junco recién cortado y una yerba recientemente arrancada. — La Ignorancia, la Envídia y la Idolatría cercan al sol. — Discurso de la Idolatría. — Huida del sol. — Efectos da le Envídia. — Al anochecer cantan el «Salve Regina»: promesa de Colon. — La Esperanza electriza la atmósfera. — A las diéz se vé una lúz que se mueve. — Expectación general. — A las dos de la mañana dispara la *Pinta* un cañonazo. — Sonrisa de la Esperanza. — ¡Tierra! — Colon manda aferrar. — Arrepentimiento de los insurrectos. — Invocación de Colon á las virtudes teologales. — Pensamientos de Colon.

1.

¡Bien por Colon! Si más le atormentaron,
Desde que octubre por su mal corría,
Mil señales de tierra le alegraron
En la mañana del onceno día.
— Un palo y una caña aquí alcanzaron.
— Allí un baston labrado vé un vigía.
— Parece que ya tierra á ver se alcanza...
¡Cuánta prueba, es decír, cuánta esperanza!

2.

— ¡Un junco!... es tan reciente que ver creo
El brillo de la hoz que lo ha segado.

— ¡Cuán nueva es esa yerba!... casi veo
La mano del pastor que la ha arrancado.
— ¿Véis tierra? — ¡Aún no! es la sombra del deseo
— ¡No rompáis el bauprés; id con cuidado!
Ved que el junco y la yerba es cosa nueva...
Esa no es esperanza, esa ya es prueba.

3.

¡Cerca la tierra está! Sí, ya se siente
Aire gentíl como de olor de flores.
¡Cerca está, cerca está! porqué impaciente
La IDOLATRÍA agota sus furores.
¡Si, cerca está! porqué también clemente
Dobla el bando del cielo sus favores!
El principio del fín este es por tanto:
¡A vencer, ó á morír!... ¡piedad, Dios santo!

4.

Iban, la IDOLATRÍA concitando
Cuanto torpe pasión su culto encierra;
La IGNORANCIA del mar la ira agitando;
A las almas la ENVÍDIA haciendo guerra.
Y, en su inútil encono, no logrando
Mover el mar ni conturbar la tierra,
En rápido tropel, tendiendo el vuelo,
Suben la furia á desatar del cielo.

5.

Cercan al sol las tres. Con arrogancia
Parar su curso la IGNORANCIA ansía.
Le habla la IDOLATRÍA con jactancia.
Puesta detrás la ENVÍDIA enturbia el día.
Y cuando al sol detuvo la IGNORANCIA,
— «Si tu trono, — gritó la IDOLATRÍA, —
«No arrastras al antípoda hemisferio,
¡Dios de los Íncas! se acabó tu imperio.

6.

«¡Ciega esas naves! Si la cruz cristiana
Toca esas playas á tu fé rendidas,
No verá más la tierra americana
Las víctimas sin fín á tí ofrecidas.
¡O los dejas hoy ciegos, ó mañana
No tendrán para tí, desconocidas,
Ni la tierra montañas, ni el mar ondas,
Donde tu faz avergonzado escondas!

7.

«¡Niega á Colon tu lúz! ¡Justo es que ampares
La tierra que en tu culto persevera!
El último tal vez de tus altares,
Y la defensa de mi fé postrera!
¡Salva, salva, abismándote en los mares,
Tu último altar y mi postrer trinchera!
Si en redoblar tu curso no te ahincas,
Tu imperio se acabó, ¡dios de los Íncas!» —

8.

La oyó el sol, y temió: y en su venganza
Reabsorve en sí la lúz, cegando el suelo,
Y huye tan raudo, que á seguír no alcanza
El ojo de las águilas su vuelo.
La IDOLATRÍA que junto á él avanza,
Aún le gritaba en el opuesto cielo:
— «Si en redoblar tu curso no te ahincas,
Tu imperio se acabó, ¡dios de los Íncas!» —

9.

¡Ira del cielo! Tras el mar de Atlante
Sepulta el sol sus rayos moribundos...
¡Ni siquiera una lúz deja espirante
En la ancha esfera de los anchos mundos!
¡En vano por ser dios, astro radiante,
Buscas los senos de la mar profundos!
¡La gloria de Colon será completa!
¡Te acuestas *dios*, y te alzarás *planeta!*

10.

¡Parte el sol! (¡Dios vendrá!) — parte, siguiendo
De la IGNORANCIA la ominosa huella.
La IDOLATRÍA en él sigue infundiendo
Los sustos, ódios y furores de ella.
La ENVÍDIA en pos, lo negro ennegreciendo,
Tan repugnantes hálitos resuella,
Que esparce núbes cuál la niebla frías,
Y fétidas, y espesas, y sombrías.

11.

Eran y son de esencia tan impura
De la ENVÍDIA los ímprobos resuellos,
Que retiraron á su sombra oscura,
Su brillo el mar, la luna sus destellos:
De horror también los astros de la altura
Volvieron hácia allá los rostros bellos

Nada entre el vaho que á la envídia abisma
Puede vivír más que la envídia misma.

12.

Cuando las sombras ¡qué piedad! miraron
Los marineros, con acento amante
Una Salve á la Vírgen entonaron,
Clara lúz del perdido navegante.
Y con pruebas que á todos admiraron
Prometió aquella noche el Almirante
Realizar su fantástica quimera:
¡De tantos sueños realidad primera!

13.

En calma está la mar. — Sopla la brisa.
Es la noche más negra á cada instante.
Solo un brillo en los aires se divisa
Cuál de un ángel la risa fulgurante.
Y era que la ESPERANZA con su risa
El aire enardecía tan amante,
Que el mundo, electrizado, semejaba
Que su faz con su espíritu alumbraba.

14.

Suenan las nueve. — El mar sigue en bonanza.
Como á eso de las diéz, Colon, inquieto,
Brillar hácia occidente, en lontananza,
Miró un movible y luminoso objeto:
Creyéndolo ilusión de su esperanza
Llamó á Pedro Gutierrez en secreto,
Para que viese si, como él, veía
Clara la lúz que á trechos se movía.

15.

Viendo la lúz ante sus ojos óbvia,
Dió Gutierrez la lúz por lúz probada;
Más en la duda que su mente agóbia
Fué la opinión de Sanchez consultada:
Pero Rodrigo Sanchez de Segóvia
Prorumpió para sí no viendo nada:
— «Esas luces así son, segun veo,
Concreciones no más del buen deseo.» —

16

Las doce dan... ¡Qué noche tan sombría!
Dan la una... las dos... ¡no se oye un ruido!

Ni lengua allí ni corazón había
Que una voz levantase, ni un latido.
¡Silencio sepulcral, que precedía
Al más grande rumor que el mundo ha oido,
Pués á hundirse íban en su calma muda
Más de mil lustros de ignorancia y duda!

17.

Tras mil lustros, y más, llegó el momento...
Sonó en esto en la *Pinta* un cañonazo,
Que el Himalaya estremeció en su asiento,
Que hizo vibrar su cima al Chimborazo
Tronó de firmamento en firmamento
Y se le oirá tronar de plazo en plazo,
¡Hasta que roto el eje en que se funda
Con pasmo universal el orbe se hunda!

18.

— «¡TIERRA!...» — grita una voz. — Todos perplejos
Miran... ¡no es cierto!... el cielo está sombrío.
Sonríe la ESPERANZA... á sus reflejos
Miran más... ¡tierra ven!... ¡no es desvarío!
¡Sí!... ¿qué es la sombra que se vé á lo lejos?...
Tierra será, tierra es tal vez, ¡Dios mío!
Pués aún tenáz en repetir se aferra
Rodrigo de Triana: — «¡TIERRA! ¡TIERRA!» —

19.

¡Tierra! ¿Es posible que tan cuerdo fuera
De los locos el loco más extraño,
Que por fín de otro mundo se apodera
Que hace veinte años sigue año tras año?
¿Con que esa eterna y sin iguál quimera
Era verdad, gran Dios? Si no es engaño,
¡Prestadme vuestro aliento peregrino,
Homero sin rival, Dante divino!

20.

Dejad que cante al génio que ha eclipsado
De los héroes y sábios la memoria,
Oprobio de los siglos que han pasado,
Y de los siglos venideros gloria:
Al que excediendo, por querer del hado,
Cuantos prodigios hacinó la historia,
Desea... y, realizando devaneos,
¡Cuál los de Dios son mundos sus deseos!

21.

¿Qué sentirá Colon cuando evocando
Un mundo de entre el húmedo elemento,
Sobre las álas de su fé flotando
Vé sobre el mar petrificarse el viento?...
Sentirá lo que Dios, cuando engendrando
Cuanto ha sido y será de un pensamiento,
Su hechura al contemplar de encantos llena
Con sonrisa de amor *vió que era buena.*

22.

— «¡Alto! ¡Aferrad!» — ¡La tierra está delante! —
Dan las tres... ¡Cuánto tarda la mañana!
La chusma ayer frenética, arrogante,
Tan sumisa se muestra como ufana;
Grita aquí uno cuál grita el Almirante:
Remeda otro á Rodrigo de Triana:
Los unos exclamando: — «¡Aferra! ¡aferra!» —
Repitiendo los otros: — «¡Tierra! ¡tierra!» —

23.

Así ¡de hinojos! De Colon las manos
Besan algunos á sus piés cayendo:
Los que insultaron su dolor villanos,
Villanos piden su perdón gimiendo.
— «¡Alzad! ¿y quién no yerra? alzad, hermanos,»—
Generoso Colon les va diciendo,
— «¡Gracias al cielo! ¡Alzad! ¿Y quién no yerra?
¿Véis esa sombre bién?... ¡Esa es la tierra!» —

24.

¡Pasa otro instante!... dos!... Todos el día
Aguardan, vueltos hácia el suelo hispano,
Mientras, piediendo lúz, Colon decía,
Descubierta la frente, alta la mano:
— «¡Si hay gloria en este mundo, de la mía
Permitidme ¡oh virtudes! que esté ufano!
¡Que alumbre el sol mi venturosa suerte,
Y después, si queréis, venga la muerte!» —

25.

La Fé, la Caridad y la Esperanza,
A esta humilde oración siguen la vía
Del fugitivo sol que, porqué avanza,
Cegar el génio de Colon creía.
El grupo en busca de la lúz se lanza,
Y con el sol volviendo al otro día,

Para ser de su disco conductoras
Las tres virtudes suplen á las horas.

26.

Y otro instante pasó... y otro... En su gloria
Piensa Colon, cruzando por cubierta,
Y tanto tanto se engolfó en su historia,
Que era su distracción locura cierta.
Hirviendo de recuerdos su memoria,
De sus sentidos la existencia muerta,
Así decía, continuando internos,
De su alma los monólogos eternos:

27.

— «Con que al fín, más felíz que mis mayores,
¿Dejo del fiero mar la senda franca?...
¡De placer, olvidando sus dolores!
El corazón del pecho se me arranca!
¡Imbéciles! ¡Imbéciles doctores,
Que hicieron de mí escárnio en Salamanca...
(¡Oh, cuánto tarda el sol!) — ¡su gran talento
Ha quedado, por Dios, con lucimiento!

28.

«¡Qué gozo va á sentír tan lisonjero
Beatríz Enriquez, mi secreta esposa!
¡A su felíz progenitor primero,
Cuánto mi estirpe alabará orgullosa!
¿Y qué dirá del pobre aventurero,
Al ver que su corona hace gloriosa,
Aquella reina para mí tan buena?
¿Y qué dirá fray Perez de Marchena?

29.

«Santangel ¿qué dirá de mi jornada?
¿Y Toscanelli, de Florencia aurora?
¿Y Quintanilla?... Si de mi hoy se agrada,
De seguro, en sabiéndolo me adora.
La marquesa de Moya, la privada
De la reina Isabel, ¿qué dirá ahora?
¡Con qué gracia, bondad y cortesía
En la cámara real me entró aquél día!

30.

«Venecia ¿qué dirá mi gloria viendo?
¿Y Génova, la ingrata patria mía,
Y el falso Portugal, que dejé huyendo?...» —

Y ya triste, ya alegre, iba y venía.
Y una vez, y otra vez, yendo y viniendo
— «¡Y ese sol que no viene!» — repetía
La postrer vez que á un loco asemejaba;
Y la primera vez que loco estaba.

31.

— «¿Y fray Perez?» — seguía — «no se aparta
Su imágen fiel de la memoria mía:
¡El buen fraile! justo es que con él parta
Cuál mi dolor ayer, hoy mi alegría.
¿Cómo decía su postrera carta?
¿Cómo decía, á ver, cómo decía?»
— «SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO:
SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTÓR DE UN MUNDO.»

CANTO DÉCIMOQUINTO.

MUERTE DE NUÑO.

RESÚMEN.

Caída mortal de Nuño. — Conclusión de su historia. — Su muerte.

1.

De un vértigo de muerte poseido
Cayó Nuño del árbol de mesana,
Cuando rival de Dios favorecido,
— «¡Tierra!» — gritó Rodrigo de Triana.
Del alta punta con fragor caido
Nuño, dando á su mal muerte temprana,
Pegado al puente, que con rábia oprime,
Rota una sien desesperado gime.

2.

Oyen Záida y Rodrigo de su pecho
El ¡ay! al gozo general mezclado,
Y corriendo hácia él — «Nuño, ¿qué has hecho?» —
Gritan los dos con fraternal cuidado.
Nuño entre llanto que ocultó deshecho,
Fué resuelto á decír: — ¡que me he arrojado!» —
Más por no herir su pecho entristecido,
Prorumpió el infelíz: — «¡que me he caido!

3.

«Adiós, Záida,» — siguió, — «dulce embeleso;
Sabe por fín que tanto te quería,
Que de tu amor me asesinó el exceso.»
— «¿Tú, amor, hermano?» — ¡Amor, hermana mía!
Más no se alarme tu virtud por eso,
Porque el mío en tu espíritu vivía
Como dicen que está con santa calma
En el seno de Dios mística el alma.

4.

«Viví á tu lado ardiendo en casto fuego,
En tu vida mi vida concentrada,
Viéndote airada ahora, amable luego,
Unas veces amante, otras amada.
Es el amor tan confiado y ciego
Que, aunqué de mí vivías olvidada,
Iba siempre esperando el alma mía
Que te acordases de quererme un día.

5.

«Solamente una vez quise enemigo
Morir matando, y acabar mis duelos;
Pero al mataros, perdonad, Rodrigo,
Impidieron mi error justos los cielos:
Más á lanzaros á morir conmigo
No me arrastraba el ódio, eran los celos:
No he podido jamás, ni aún puedo ahora,
Aborrecer lo que mi Záida adora.

6.

«Dadme, Rodrigo, vuestra mano» — (y fría
Tendió la mano que estrechó Rodrigo); —
«Aún, si labrais de Záida la alegría,
Seré desde la tumba vuestro amigo:
Su dicha haced, tras la desdicha mía,
O tremenda os dará lento castigo
La eterna, fiera y última mirada
Que en vuestra alma ¿la veis? dejo clavada.

7.

«¡Záida! la frente que en alzar me afano
Encienda por piedad tu mano ardiente,
Pués ya me hiela el pensamiento vano
Cual losa del sepulcro de mi mente.
¡Záida! me ahogo ya; más no tu mano
Separes cuidadosa de mi frente,

Pués lo que en ánsia atroz mi aliento embarga
Es de mi propio corazón la carga.» —

8.

Záida, vuelto á Rodrigo el rostro hermoso,
— «¡Si él muere, muero yo!» — dijo llorando;
A lo que Nuño replicó animoso:
— «Tú vive, y sé felíz; yo te lo mando.
También yo, si lo sois, seré dichoso,
Mi suerte á vuestra suerte atemperando,
Pués no querrán benéficos los cielos
Que después de morir muera de celos.

9.

«¡Qué noche tan glacial!... ya heló el ambiente
La sangre de mi pecho en lo profundo!
¡Záida! ¡sostenme, porqué mi alma siente
Que inmenso sobre mí se vuelca el mundo!...» —
Dijo así; y Záida lo besó en la frente,
La que inclinó por siempre el moribundo...
¡Oh, de amor intensísimo embeleso!
Záida al besarle, ¡lo mató del beso!

CANTO DÉCIMOSEXTO.

JUICIO DEL MUNDO.

RESÚMEN.

Prisión del sol. — Juicio del mundo. — El Ásia. — La Europa. — El África. — La América. — Desembarque. — Sistema solar de Copérnico. — Conclusión.

1.

Hácia la parte que al oriente cáe
No alegre se alza el sol, triste es alzado;
De las virtudes teologales tráe
El disco ardiente, sin ardor, cercado.
Con cadenas de lúz la Fé lo atráe,
Y prisionero, á un lado y á otro lado
La Caridad trayendo y la Esperanza,
Entre lazos de imán pálido avanza.

2.

Y — «¡Anda!» — dice la Fé, — «sol refulgente,» —
Mientras atento el sol la escucha andando, —

«El pasado, el futuro y el presente,
Residenciados los verás pasando,
¡Anda! y verás como dichosamente,
De la virtud el reino conquistando,
De primor en primor, de ruina en ruina,
Glorioso el mundo hácia su fín camina.

3.

«Para ir hasta la fé de los creyentes
Fué un paso y nada más tu idolatría.
¡A juicio! ¡á juicio! las eternas gentes;
Y vos, ¡siglos sin fín, sueños de un día!
Pasadas sombras, sombras preexistentes,
El acento de Dios es la voz mía.
¡Honor á la virtud! ¡Oprobio al vicio!
Universo moral, ¡álzate á juicio!

4.

«Ex-dios del cielo,» — continuó, — «camina,
Verás surgir de entre hordas de verdades,
De todas las naciones la doctrina,
Y la moral de todas las edades.
Verás tambien hoy que Colon arruina
De vuestros falsos cultos las deidades,
Que es la justicia la pasión más tierna,
Que es la virtud la religión eterna.

5.

«¡A juicio!» — repitió. — Y á este conjuro
De exhumación, desde la tumba fría
El pasado, el presente y el futuro
Pueblan en irrupción la lúz del día.
Y aunqué se alzó cuanto es y ha sido puro,
Casi desierto el éter parecía.
¡Cuán pocos génios en el mundo fueron!
¡Cuán pocos ¡ay! en la virtud murieron!

6.

Después la CARIDAD repite: — «Avanza,
Con eterno pesar, á Colon viendo
Que á derrocar la idolatría alcanza
Hoy su misión providencial cumpliendo.» —
Calló la CARIDAD, y la ESPERANZA
Dirigiéndose al sol sigue diciendo:
— «Mira brillar con deslumbrante gloria
La gran fosforescencia de la historia.

7.

«Medio muerto aquí el Chino enfatuado
Vegeta en no alterada servidumbre;
Cuál gusano eficáz vive encerrado
En la cápsula vil de la costumbre.
El hombre arrastra aquí, mal de su grado,
De sí mismo la inmensa pesadumbre.
Para hallar su ataúd sin pena alguna
Vuelve al revés su inseparable cuna.

8.

«A Confúcio mirad, cuya doctrina
La más ilustre comunión adora;
Por él la gloria de la raza china
Del mundo irá hasta el fín hora tras hora.
¡Salud por siempre á tí, sombra divina,
Destello de Moisés, de Cristo aurora!
Para pasar por dios faltó á tu estrella,
Mártir de tu moral morir por ella.

9.

«Región de los humanos huracanes
La Mongólia mirad, del mundo sierra;
Donde aludes de bárbaros sus khanes
Desploman sin piedad sobre la tierra.
Fiera madre de fieros Tamerlanes,
Desde sus cimas predicando guerra,
Verdugo Atila descendió iracundo
De órden de Dios á ajusticiar al mundo.

10.

«Índia feráz que los diamantes cría,
Donde manda primero el que ántes llega;
Tu belleza gentíl, blanca Etiopía,
Siempre á reyes exóticos se entrega.
Rindiendo á Brama adoración impía,
Cuál hoy mañana, raza mujeriega,
¡Siempre tu estrella te será contraria!
Siempre serás del universo pária!

11.

«¿Dónde fueron? Ni el sitio de Ecbatana,
De Babilonia y Nínive adivino:
De un rey fundadas por la fuerza vana,
Morir casi al nacer fué su destino.
Siempre que un pueblo en su carrera humana
De la austera virtud deja el camino,

Del registro en que fiél sus faltas lleva,
Dobla el cielo la hoja, y cuenta nueva.

12.

«¿Quién tanto Franco en agresión aleve
A las orillas del Jordán convoca?
Volved atrás, ¡idólatras! no debe
Ver la virtud superstición tan loca.
De los reyes y príncipes la plebe
Solo, cuál vulgo vil, crée en lo que toca.
¿Va indiscreta á enseñar vuestra osadía
El camino de Europa á la Turquía?

13.

«¿Os llevó Dios á Síria, cuál llevaba
Al Ásia á Omár de expoliaciones rico?
Emisario del cielo se juzgaba
El África talando Jenserico.
Que lo impelia Dios también pensaba
Cuando, asolando el bárbaro Alarico,
Le preguntó la Europa desvalida:
—«*¿Qué nos dejáis?*» —Y él contestó:—«*La vida.*»—

14.

«Nunca es adepto del Divino-humano
Quién, en su nombre, bárbaro extermina.
Cuando se aja á este Dios, alza la mano,
Bendice, y rayos de perdón fulmina.
Al mundo en escisión proclama hermano.
Práctica del amor es su doctrina.
Por él en cualquier tiempo y donde quiera
Espera con razón todo el que espera.» —

15.

Así el eterno oriente diseñando,
De donde el génio con la lúz se vino,
Fué el celeste congreso, y continuando,
Hácia la Europa apresuró el camino.
La virtud prosiguió: — «Seguid pasando,
Los grandes emisarios del destino,
A quienes queda de su inmensa gloria
El fantasma del goce, la memoria.

16.

«La Rusia allí, que su cervíz levanta
De entre la alfombra de la nieve fría

Para llevar su entumecida planta
Fastidiada del norte al mediodía.
Saludad á Moscou, la ciudad santa,
Que cuál blandon ha de incendiar un día
De los cosacos la salvaje tropa,
Para alumbrar la libertad de Europa.

17.

«¡Lázaro triste de la raza humana!
¡Glacial Italia! ¡Tan leál como eres,
Desdichado Esclavon, serás mañana
Pobre José vendido á mercaderes!
Cual Cid, aún muerto, de tu sombra vana
Tus contrarios huirán como mujeres,
Y no tendrán tranquilizado el pecho
A no verte ¡infelíz! pedazos hecho.

18.

«¡Hijo del mundo, Macedon guerrero!
Tú y tus iguales de inviolable estrella,
Para dar campo á vuestro númen fiero
Alzáis al mundo en paz falsa querella.
¡Héroes, cometas de fatal agüero!
Dejáis de sangre una indeleble huella,
Y talaréis al fín rama tras rama
El gran plantel que humanidad se llama.

19.

«¿Cuál razón tu glorioso vandalismo
Habrá ante Dios que á disculparte baste?
¿En el Ásia tal vez con heroismo
A Salamina y Maraton vengaste?
¡Horror! Desde que en fama y despotismo
Impregnada la atmósfera dejaste,
Febrífugo se lanza á la victoria
Envenenado el mundo con tu gloria.

20.

«De tí, Stambul, la juventud se aleja;
Débil cuál niña, como vieja vana,
Decrépita al nacer Roma te deja;
La Turquía después te engendra anciana.
Eterna jóven y perpétua vieja,
Hoy eres vieja como ayer, mañana,
Rompiendo tus fronteras que ya sitia,
Vieja, tambien, te engendrará la Escitia.

21.

«¡El turco! no hay quién á luchar osado
El honor de sus bárbaros se apreste;
Su término en Lepanto está marcado,
Antes que á Europa su lascivia infeste.
Será de nuevo al Turkestan lanzado,
Para ejercer entre ignorancia y peste
La esclavitud con indeleble infamia,
Con deshonor sin fín la poligamia.

22.

«¡Adiós, Grecia! tus fábulas extrañas
Las más dichosas son que se han forjado:
Grandes fueron, muy grandes, tus hazañas,
Más ¡cuánto la bondad te ha calumniado!
Esparta, la de madres sin entrañas;
Aténas, la que á Aspásias ha admirado;
Quedáos ahí con vuestra falsa gloria
Volviendo á ser el sueño de la historia.

23.

«Dios por su Dios, sus hábitos por leyes,
Su fé y candor por únicos honores,
La Alemania ayer bárbara, sus greyes
En plantel convirtió de emperadores.
Dando cartas de príncipes y reyes
A un oscuro aluvión de sus pastores,
Respirando rencor su génio un día
Vino á matar al mundo que moría.

24.

«La valiente Alemania ha despertado
Contra Roma del mundo el patriotismo:
Enérgico Samson que ha derribado
El templo universal del paganismo.
Este fiero Samson ya lo ha enervado
Dálila de su fuerza, el cristianismo;
Hoy preso y ciego su vigor condensa
En pensar y sufrír, muerto que piensa.

25.

«Ven, Guttemberg; tú que en metal vaciaste
Nuestra mente, estatuario de la ciencia;
Y que álas, nuevo Dédalo, engarzaste
A tu hija en prisión, la inteligencia.
Tú los diluvios que vendrán secaste:
De bárbaros y de aguas la afluencia

Ya el mundo no ahogará, pués es tu invento
El arca de Noé del pensamiento.

26.

«Rompiendo Schwartz la espada á los tiranos,
Erigió una igualdad nunca vista antes.
Al inflamar la pólvora sus manos,
Tornó en polvo el acero y los diamantes.
Él los gigantes convirtió en enanos,
Y alzando los enanos á gigantes,
Hoy dispensa la vida ó da la muerte,
Tan poderoso el débil como el fuerte.

27.

«¡Cápua del mundo! ¡Tierra de alegría!
Legataria nación de aventureros:
Son tus ciudades, reinos algun día,
De las hordas del norte invernaderos.
¡Pobre madre de expósitos, que cría
Los hijos de su amor como extranjeros!
Genoveses, Venetos, Sicilianos...
¡Oh, Italia! ¿dónde están los Italianos?...

28.

«¡Nápoles! ninfa de la mar salida,
En agua envuelto el pié, la frente en lava.
¡Génova! la de historia esclarecida,
Plebeya reina ayer, y hoy reina esclava.
¡Gloria á Venecia! la ciudad nacida
De un mandoble de Atila, el que asolaba.
¡Florencia! emporio de artes liberales,
Bazar de bagatelas inmortales.

29.

«Con la brújula se honra Pasitano,
Del grande Flávio cuna y mauseolo;
Con ella á un leve revolver de mano
Un polo colocó del otro polo.
Con esa negra lúz el nauta ufano
Curza seguro el mar, perdido y solo,
Que es su aguja en la noche más sombría
El índice de Dios que al hombre guía.

30.

«¡Roma infelíz! hoy sierva, ántes señora;
Perpétua en todo, eterna es tu agonía.

¿No es verdad, inmortal conquistadora,
Que es un tormento atroz la tiranía?
Sufre tú en ley de Dios, sufre tú ahora
Todas las penas que causaste un día,
Por un hado al servir, cuál tú, perverso,
De eterna expiación al universo.

31.

«¡Caér! Tal es la inevitable suerte
De todo pueblo altivo ó miserable,
Que desprecia por débil ó por fuerte
El génio humilde y la virtud amable,
Siempre así fué y será, porqué la muerte
De un justo, Dios, ministro inexorable,
Castiga de su ley las trasgresiones
Volviendo al órden pueblos y naciones.

32.

«Ved de la Europa el mirador alzado
A donde en busca de solaz asiste
Ya el triste por la patria, el expatriado;
Ya el expatriado del placer, el triste.
De los libres la Helvécia es el dechado:
Lo grande en lo sencillo allí preexiste:
De su verdor y su inocencia irradia
La pura lúz de la ideal Arcadia.

33.

«Ved la Francia, Amadís de las naciones,
Que el tipo-rey del ateniense encierra,
Culto en su hablar, gentíl en sus acciones,
Tierno en la paz, heróico en la guerra.
Dueño de los humanos corazones
Cuál general Demóstenes, la tierra
De polo á polo, á su pesar absorta,
Su lengua escucha que el infierno aborta.

34.

«Pueblo frances, gentíl aventurero;
Corazón de la Europa siempre ardiente;
Seco después, si arrollador primero,
Tu génio es la avenida de un torrente.
Hijo pródigo en sangre, el orbe entero
De tu ardor juvenil padre indulgente
Siempre tus faltas á olvidar se allana,
¡Buen Benjamin de la familia humana!

35.

«Limosnero de tronos, génio aciago,
De un gran siglo sangriento meteoro;
Solo sabrás en tu glorioso estrago
Verter la sangre y derramar el oro.
¿Qué libertad darás al mundo en pago
De tanta mortandad y tanto lloro?
No dejarle más cauce al pensamiento
Que el cauce estrecho de tu pobre aliento.

36.

«¡Fídias de reyes! las estátuas reales
Que hará el buril de tu invencible espada,
Mostrarán en sus rostros las señales
De su alcúrnia vulgar del polvo alzada.
Miradlas cuál ostentan sus modales
Servíl grandeza, génio su mirada,
Nobleza el rostro, el corazón perfidias...
¡Bustos indignos de tan grande Fídias!

37.

«Nave anclada por Dios eternamente,
Tus cables hacen de la mar un lago.
Codiciosa Sidon, Roma potente,
Tiro suntuosa, suspicáz Cartago;
Del mundo santabárbara, tu mente
De la tierra será gloria y estrago,
Pués si Dios comprimiese tu energía
Un orbe de diamante volaría.

38.

«Pueblo heróico sin fín, de héroes no honrado,
Aténas espartana, Albion sombría,
Rey-pueblo, en cuya historia han encarnado
Cien verdugos su vil genealogía;
Témpano desde el polo desgajado
Para aplastar al débil mediodía;
Plaza que el mar defiende y que bloquea,
De exterminio y de lúz futura tea.

39.

«Patria del Cid; del continente llave;
Valle feráz y estéril ventisquero;
Pueblo infanzón, pundonoroso y grave;
De la tierra hijodalgo caballero;
Para tus reyes en su frágil nave
Va á remolcar Colon un mundo entero.

Desde hoy será con infinita gloria
Sarcasmo de la fábula tu historia.

40.

«Allí Numáncia en inextinta hoguera
Cayó vencida, sí, más no humillada.
¡El Tibet español, Castilla fiera!
Mirad la Troya occidental, ¡Granada!
¡Zaragoza! Numáncia venidera.
Sagunto por sus manos incendiada,
Por no verter como cautiva llanto...
¡Jamás tu aliada Roma hizo otro tanto!

41.

«Saludad á la reina de Castilla,
Pasmo y honor de la española gente:
Será tu lúz ¡oh sol! que inmensa brilla
La antorcha de su imperio solamente.
De cuantos son y fueron maravilla:
Buena, osada, severa é inteligente,
Nunca un alma ostentó mas soberana
En su vida inmortal la raza humana.» —

42.

Viendo la reina de Castilla enfrente,
Las tres virtudes desde el sol bajando,
Una tras otra su espaciosa frente
Fueron gentiles con amor besando.
Y una tras otra alternativamente,
Cuál un ensueño ante su faz pasando,
Murmuró — «*amiga*» — la ESPERANZA ufana,
— «*Hija*» — la FÉ, la CARIDAD — «*hermana.*» —

43.

Y por primera vez el sol brillando,
La Amér:ca hizo ver en tal momento.
¡Oh placer! ya sabremos en llegando,
Si al gran Colon lo asesinó el contento.
La ESPERANZA después prosigue hablando,
Y dirige hácia esa África el acento,
Donde es perpétuamente, ó una dolencia,
O un eterno bostezo la existencia:

44.

— «¡Salud, patria de Aníbal! Te ha perdido
Tu balance final, rico avariento.

En tus largas empresas siempre ha sido
Más grande la verdad que el fingimiento.
Dí sino tú, fiel y valiente Dido,
Cuánto más bella es tu virtud, que el cuento
En que Virgilio al calumniar tu historia
De tu ultra-castidad nubló la gloria.

45.

«Dejemos que el Egipto, Índia africana,
Con gloria sus pirámides ostente.
¿Quién las ha alzado? — ¡Oh vanidad humana!
Ni el nombre de su autor guarda esa gente.
Mómia nación, ya turca, ya pagana,
¿Cuándo eres grande tú? Cuando á tu frente
Conquistan en tu nombre algun trofeo
Sesóstris, Faraon ó Tolomeo.

46.

«A Cleopatra ved, lividinosa
Sus gracias al poder vendiendo impura.
Vénus-verdad, tan fatalmente hermosa
Que aún muerta nos fascina su hermosura.
¡Oprobio á tu impudicia cenagosa!
¡Gloria á tu orgullo que borrar procura
Aunqué frágil mujer, cuál hombre fuerte,
Tu innoble vida con tu noble muerte!

47.

«Ruin herencia de Cham, madre de penas,
Feráz en mónstruos y en virtud agreste;
Tierra de cal, mercado de cadenas,
Foco escogido del rencor celeste;
¿Siempre ¡África! han de ser de tus arenas
Solariegos el crímen y la peste?
¿Nunca el génio ha de hollar tu suelo inmundo,
Vil arrabal de la ciudad del mundo?» —

48.

La Esperanza siguió: — «¡Cuál reverbera
El Atlántico mar, metal fundido
Que algun artista, como Dios, espera
En el álveo del globo contenido!
Tal vez cuando al llegar su hora postrera
El mundo actuál se anule envejecido,
Del mar, petrificadas las corrientes,
Brotarán los futuros continentes.

49.

«¡El mar! ¡el mar! Ved á Colon rasgado
De sus abismos los tupidos velos,
Las columnas y montes derribando
Que el arco sostenían de los cielos.
¡Salud al gran Colon que triturando
Columnas de cristal, montes de hielos,
A pueblos mil de un inmortal destino
Liquidando la mar abre el camino!

50.

«¡El mar! ¡el mar! del universo puente,
Que la unidad del globo tuvo rota;
Campo que nunca limitó la mente,
Y que hoy el brazo de Colon acota.
Ya si aspira, sumerge un continente;
Ya su aliento al lanzar, mil islas brota.
De quién fuiste terror serás fortuna,
¡Tumba de mundos y de mundos cuna!

51.

«Mientras la Europa á descansar se sienta,
Cuál blanca Vénus de la mar saliendo,
La nunca vísta América se ostenta
Hácia el camino de la lúz corriendo.
Por ella, de lo antiguo con afrenta,
El agua con el fuego enrareciendo,
No ha de cruzar el mar piloto alguno
Que no sea más dios que el dios Neptuno.

52.

«¡Patria del sol! Hoy desde sombra vana
El jardín vas á ser de lo creado,
Nacido de la mente soberana
De ese Adan sin ventura y sin pecado.
Gloria al que en tí debe romper mañana
La espada con que Júpiter airado
Al tártaro lanzó tras mil afanes
La descendencia real de los Titanes.» —

53.

Saludando también desde su altura
La CARIDAD la tierra americana:
— «¡Salve!» — prorumpe, — «raza sin ventura,
Tímido Abel de la hermandad humana.
Alza tu frente al sol de la cultura,
De entre el mar que tu espíritu empantana,

Ya tu placer cantando ya tu pena
En la lengua inmortal de Juan de Mena.

54.

«Hijos del sol, de Dios siempre olvidados,
En eterna ignorancia embrutecidos,
Seréis de vuestros bosques arrancados
A la vez ilustrados y nacidos.
Ejemplos de valor nunca igualados,
Modelos de primor siempre sentidos,
Sobre vos echarán á manos llenas
La ruda Esparta y la gentíl Aténas.

55.

«De la vida en el áspero camino
De flores sembrarán vuestro sendero,
Ora la gloria del saber latino,
Ora de Dios el culto verdadero:
La razón de Platón, siempre divino;
La idealidad del inmortal Homero;
La ternura del cisne Mantuano,
El más sensible corazón humano.

56.

«Vuestra hez de ministros sanguinaria,
Que á devorar cadáveres se atreven,
Los honrarán con pompa funeraria,
Que á los muertos honrar los vivos deben.
Y aquellos que entre vos sangre contraria
De sus contrarios en el cráneo beben,
El Chipre, extentos de indomable fúria,
En ricos vasos beberán de Etrúria.

57.

«¿Dónde están los que á un templo dedicados
En Méjico, cuál turba de corderos,
Sesenta mil cayeron degollados
Ante los piés de vuestros dioses fieros?
No les valió en su afan á los cuitados
La santa inmunidad de prisioneros:
Así juntando en almagama impía
Con la vil crueldad la cobardía.

58.

«El Dios que os impondrá nuestra milicia,
En virtud ha erigido la paciencia;

Mayor que su rigor es su justícia;
Mayor que su justícia es su clemencia.
Por él, arrepentida la malícia,
Hermana vuelve á ser de la inocencia;
¡Un Dios que solo al sacrificio atiende!
¡Un Dios que de la ofensa no se ofende!» —

59.

Calló la CARIDAD. Y á un sol brillante
Colon la tierra con placer mirando,
Sellar en ella el pié quiere arrogante
En nombre de Isabel y de Fernando.
Cambia el mundo de faz, y en el instante
Del sistema solar la ley trocando,
Así dijo la FÉ, por Dios enviada,
Entre el sol y la tierra colocada:

60.

— «¡Párate!» — dijo, — «¡oh sol! alto aquí haciendo,
Queda por siempre tu misión cumplida;
A cuanto ves desde hoy darás luciendo,
Muerto é inmóvil, movimiento y vida.
Serviste ayer la idolatría huyendo,
Y en perpétuo castigo de tu huida
Te condena á estar fijo eternamente,
Por falso dios el Dios omnipotente.» —

61.

Y añadió, vuelta hácia el opuesto lado:
— «Y tú, globo terráqueo, Prometeo
A un invisible cáucaso aherrojado
Por la fuerza mental de Tolomeo,
El Hércules Colon, tan esforzado
Que engendra un continente de un deseo,
De tu eterna prisión librarte anhela,
Rompe tus hierros, cerca el sol, y vuela.» —

62.

Era el momento aquél en que mandando,
Armar los botes, salta, é iza triunfante
El pendón de Isabel y de Fernando,
Vestido de escarlata el Almirante.
Van en tropel los botes asaltando.
Bogan... Ya llegan... Dentro de un instante,
De la ENVÍDIA fatal pese á la guerra,
Sin morir de placer pisarán tierra.

63.

Y bogan más... Llegaron. En el acto
Colon la enseña de Castilla abarca,
Y el Nuevo-Mundo, desde Adan intacto,
Grande el primero con sus plantas marca.
La tierra electrizada á su contacto
Se estremeció en el éter, como barca
Que asalta el pescador, y ella intranquila
Haciéndose á la mar trémula oscila.

64.

Y suelta ya, de libertad avara,
Mientras se fija el sol levanta el vuelo,
Y á un tiempo así la humanidad vé clara
La verdad en la tierra y en el cielo.
Y entre tanto que el sol su curso pára;
De sus entrambos polos roto el hielo,
La tierra, como fúlgido topacio,
Libre en torno del sol cruza el espacio.

65.

Y contemplando al génio que en un día
De la tierra y del sol cámbia el gobierno,
La Envídia, la Ignorancia é Idolatría
Tornáronse espantadas al infierno.
La gente en tanto una oración envía
Hincada de rodillas al Eterno.
Vuélvense á su mansión de bienandanza
La Fé, la Caridad y la Esperanza.

66.

Fué entónces cuando el orbe vió espantado
Rodear el globo al cetro de Castilla,
Como un grano de arena abandonado
Que en lo infinito del espácio brilla.
Y entónces fué cuando observó admirado
Copérnico, del Báltico á la orilla,
Que un inmóvil poder al sol aferra,
Y que en torno del sol gira la tierra.

EL

DRAMA UNIVERSAL.

POEMA

EN OCHO JORNADAS.

PERSONAJES PRINCIPALES.

SOLEDAD.
JESÚS EL MAGO.
PAZ, *madre de*
HONORIO *y de*
PALACIANO.

PRÓLOGO.

El Drama Universal es el título de un poema, cuya originalidad, como verá el lector, excede á toda ponderación. Y, si es cierto, como dice un célebre autor, que *en materias de ingénio, el ingénio es lo primero*, pocas obras aventajarán á ésta en ese concepto.

No haremos una relación del asunto del poema, por no quitarle al lector el placer de la sorpresa.

Solo diremos que Honorio, que es su principal personaje, por medio de transmigraciones, efectuadas por intervención de Jesús el Mago, sigue todas las evoluciones de la naturaleza física, pasando por todos los séres animados é inanimados, desde la piedra hasta el espíritu, sin que por eso se interrumpa la unidad en la marcha moral del poema. Explicando lo invisible por lo visible y lo verdadero por lo fantástico, se hace en él lo ideal á nuestros ojos tan accesible y tan patente como el mundo de la materia.

Algunos caractéres de los cinco personajes principales del poema parecerán á nuestros lectores nuevos y perfectos, en particular *Jesús el Mago*, el jóven de quién habla San Marcos en su Evangélio, y que es el representante mas genuino de la doctrina que oyó él mismo de los lábios del divino Maestro; *Soledad*, tipo de la mujer ideal, que para expresar sus sentimientos halla insuficiente y grosero el medio de la palabra humana; y *Honorio*, que, arrastrado por un amor puramente sensuál, á fuerza de fé y de constancia, se convierte en el modelo más acabado de un amor que participa más de lo ideal que de lo terrestre.

Nada diremos respecto á la forma del poema. Su autor es conocido. Baste saber que los grandes pensamientos que encierra, están expresados en versos tan sencillos y rítmicos, en conceptos tan atrevidos, en frases tan apasionadas y sublimes unas veces, tan terribles otras, que conmueven las

fibras más delicadas del sentimiento, y dejan el ánimo hondamente impresionado, ya le arrebaten por su energía, ó ya le halaguen por su dulzura.

En este poema, que parece que tiene más de oriental que de europeo, hallará el lector, según la opinión de un conocido crítico moderno, cuyas ideas resumimos aquí, todo lo divino y todo lo humano; y, expuestos en cuadros de una originalidad algo extraña, episódios dantescos y metamórfosis ovidianas; idilios que encantan y tragedias que horrorizan; fantasmagorías de tiempos y de distancias; historia, filosofía, religiones, y todas las fases del espíritu humano; muertes de mundos y apariciones de otros mundos nuevos; purificaciones en ciertos astros de almas condenadas, que recuerdan por una parte el viaje del poeta florentino por la eternidad, y por otra, la teoría moderna de la *Pluralidad de los Mundos;* personajes que entran en acción de una manera sencilla, y acaban sus almas por ser maravillosamente purificadas y divinizadas por la misericórdia de Dios; drama sagrado, cuyas escenas tienen lugar en la tierra ó en el cielo, en los planetas ó en el espácio, según la época, los acontecimientos y los personajes.

En resúmen: *El Drama Universal* ¿es un poema épico? Nosotros creémos que no; es un poema esencialmente moderno, preciso en la forma, intencional en el fondo; que, sin romper con las buenas tradiciones de la poesía nacional, creémos que ha contribuido á precipitar la revolución literaria que en el fondo y en la forma se viene efectuando en España, lo mismo que en todas las demás literaturas modernas.

En el conjunto, y á pesar de su originalidad, hallamos muchos puntos de contacto entre *El Drama Universal* y la *Divina Comédia.* El Dante escribió en su poema todo cuanto se sabía en el siglo XIII, y Campoamor habla en el suyo de todo cuanto se sabe en nuestro siglo: la física, la metafísica, los fenómenos de la naturaleza, las ideas, las costumbres, las pasiones, los vicios y las virtudes, todo se halla descrito con mano maestra en el *Drama Universal.*

El mayor mérito de una obra de esta clase consiste, á nuestro juicio, en abarcar dentro de sus límites todas las aspiraciones, el alma, el pensamiento íntimo de una época, para idealizarlo, engrandecerlo y trasmitirlo con los encantos de una forma inimitable, á la admiracion de las edades futuras.

Campoamor es sintético como el Dante, y esta envidiable cualidad, que en tan alto grado posée el autor de las *Doloras,* dá á su libro un mérito que solo saben apreciar los gustos delicados y las inteligencias superiores. Le basta una imágen para retratar á toda una época; con un solo rasgo brillante pinta un hombre; con una sola palabra crea ó destruye una

civilización, apaga un sol ó enciende un astro, sin que la enérgica concentración de su pensamiento, que le coloca á la altura de los primeros escritores, disminuya la abundancia y variedad de su estro, la viveza de la pasión, la sencillez candorosa y la magestuosa grandeza del conjunto.

Si de las anteriores observaciones pasamos, siguiendo el mismo orden de ideas, á examinar algunos pasajes de la obra del Homero inglés, *El Paraíso perdido*, que ofrecen cierta analogía con otros del *Drama Universal*, podemos asegurar que estos sostienen con ventaja cualquiera comparación.

El poema de Milton es menos original que la *Divina Comédia;* sus acentos son hermosos y simpáticos, pero, se halla en su obra cierto fanatismo, cierta frialdad glacial, que no permiten al espíritu elevarse á la meta de sus constantes aspiraciones, y mucha falta de esos grandes hechos que forman la historia de la humanidad, y que conmueven y agitan el corazón del lector.

No creémos, sin embargo, como Mr. de Lamartine, que, «una escena de *Romeo y Julieta* revela más alma, y contiene «más lágrimas que todo el *Paraíso Perdido.*» El célebre crítico y poeta francés, arrastrado, sin duda, por sus preocupaciones de escuela, se muestra en este juicio demasiado severo, como severo se muestra, también, al afirmar que, esceptuando los dos episódios de *Francesca di Rimini* y el *Conde Ugolino*, la *Divina Comédia* es un conjunto monstruoso sin claridad, sin hilación y hasta sin drama.

Milton tiene el instinto de las grandes cosas, y gran lucidéz de espíritu, pero su imaginación es limitada y no sale de ciertos moldes. Las tintas y las luces faltan á veces en sus cuadros: las descripciones son vaporosas, ideales como recuerdos, pero, resulta de una lectura atenta del *Paraíso Perdido*, que su autor fluctuaba entre mil sistemas diversos.

En absoluto, no podemos decír lo mismo de Campoamor, puesto que, en diferentes obras filosóficas nos ha dado á conocer su sistema, demostrándonos que es partidario apasionado de la escuela espiritualista. Sin embargo, encontramos en su poema cierta vaguedad que no nos deja fijar bien las ideas sobre este punto.

Acaso una obra poética como la de que nos ocupamos, no pueda presentar en sus detalles la misma unidad de ideas que una obra exclusivamente científica, en la cuál las doctrinas de un escritor sincero, predicen el estilo, y los sentimientos y las necesidades que forman y arreglan sus creéncias, construyen sus frases y les dan animación y vida.

Quizás, también, Campoamor, atendiendo, más que á sus ideas concretas sobre determinadas cuestiones, al plan ó pensamiento vastísimo de *El Drama Universal,* haya querido

desarrollar en su obra todas las manifestaciones de las principales escuelas filosóficas, embelleciéndolas con preciosas imágenes y armoniosos conceptos. En este caso, lo que á nosotros nos ha parecido un defecto, sería un mérito más para la importancia del poema.

Es difícil ser original y ofrecer novedad al tratar de transmigraciones después de Ovidio. Todo el mundo sabe que este ingenioso poeta latino, tomando sus argumentos de la Mitología, escribió un poema con el título de *Metamórfosis*, considerado como su obra maestra. Pués bien, á ese poema recurrimos nosotros en busca de algunos episódios notables que oponer á otros análogos de nuestro poeta. Desde luego, y sin temor de equivocarnos, podemos afirmar que el mérito de la ejecución está de parte de Campoamor. Sin embargo, un literato de verdadero talento, nos ha dicho que esto no es un mérito, porqué si la ventaja está de parte de Campoamor, también está de su parte la ventaja de haber nacido después.

No nos parece justa la observación, ó mejor dicho, nos parece contraproducente.

Es cierto que el que ha nacido después tiene la obligación de saber más que el que ha nacido ántes; pero lo es también, no puede negarse, que por un prestigio muy natural, siempre miramos con más ilusión lo antíguo que lo moderno.

Además, ¿quién podrá sostener contra el común parecer de las gentes, que la época actuál es más favorable para el arte que cualquiera de las épocas pasadas? ¿No lleva muchas ventajas el idioma en que escribió Ovidio á nuestros idiomas modernos? ¿Acaso la libertad literaria que entonces usaban los poetas, es iguál, ni parecida siquiera, á la que hoy nos señalan las reglas del buen gusto y de la decencia? Fácil es notar esta diferencia en los episódios de *Myrrha* y de *Leandra de Zúñiga*, por ejemplo. Véase la desenvoltura con que se expresa Ovidio, para pintar la pasión amorosa que siente una hija por su padre, y véase la inmensa dificultad vencida por Campoamor al contarnos los amores de una madre por su hijo, de un modo tan ingenioso y delicado, que no se ruborizará al leerlo la niña más pudorosa.

Esa licencia usada frecuentemente por Ovidio, ha sido censurada por todos los críticos, quiénes le perdonan á veces su descuidado estilo, pero nunca las obscenidades de que están salpicadas sus obras.

Las *Metamórfosis* son, á pesar de este defecto, una gran concepción, y revelan una fecundidad de ingénio asombrosa.

El distinguido literato Don José Coll y Vehí, en sus Elementos de literatura, dice lo siguiente al hablar de ellas:

«En esta obra, que consta de quince libros supo el poeta

«enlazar artificiosamente más de doscientas leyendas mitológi-
«cas, presentando como reflejado en ellas un cuadro exacto
«de las pasiones y extravíos del hombre. Se han imitado
«posteriormente algunos de estos asuntos, pero ningun poeta
«ha logra dodistinguirse, ni llamar la atención hácia este género
«completamente exótico en los tiempos modernos.»

Si el señor Coll y Vehí ha leido las transmigraciones del *Drama Universal*, ejecutadas con tan extraordinaria maestría por Campoamor, habrá reformado su opinión, y no dirá ya, seguramente, *que ningun poeta de los tiempos modernos ha logrado llamar la atención ni distinguirse en ese género.*

Y concluimos aquí estas observaciones, para no detener por más tiempo á los lectores, que tendrán ánsia de saborear las páginas admirables que ván á seguír.

Paris, Enero de 1885.

Emilio Soulère.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

LA APARICIÓN.

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de un convento.*

PERSONAJES.

SOLEDAD. — HONORIO (*oculto*). — *La Sombra de* JESÚS EL MAGO.

ARGUMENTO.

Soledad, vagando pensativa por el jardín de su convento, vé que sus sueños toman forma real un el vacío, miéntras Honorio, oculto entre unas ramas, contempla celoso la aparición de Jesús el Mago.

Sentada en el jardín de su convento
La hermosa Soledad, soñando un día,
Hasta el cielo elevaba el pensamiento,
Arraigado á la tierra todavía.

Y ardiendo Honorio en inextintas llamas,
Sus hechizos, con fúria idolatrados,
Contemplaba escondido entre unas ramas,
Con ojos por las lágrimas quemados.

Ella, soñando en celestial pereza,
Cuál toda mente de mujer sin dueño,
Busca ese tipo de ideal belleza
Que flota en sus entrañas como un sueño.

Y cuanto más Honorio la admiraba,
Más se aumentaban sus amantes penas,
Y su sangre á torrentes circulaba,
Como el fuego de un rayo, por sus venas.

Coros de almas errantes parecían
Los ruidos que los céfiros alzaban;
Las sombras que los árboles hacían,
Una vida fantástica imitaban.

Ansiosa de misterios, tiende el vuelo
Del empíreo hasta el fondo, y de repente,
Se destacó sobre la lúz del cielo
El brillo de otra lúz incandescente.

Así esperó la noche embelesada;
Cuando de pronto, sin fulgor ni ruido,
La presencia sintió, sin oir nada,
De un algo que llegó, desconocido.

Áun duda; mira más, y vé delante,
Al borde de una nube de colores,
Así como una mancha más brillante
En un fondo de vivos resplandores.

De entre las ramas en que Honorio espera,
Cuando ya la visión aparecía,
Salió, como una nota lastimera,
Un profundo suspiro de agonía.

¡Dichosa Soledad! El paraíso,
Curiosa, aspira á ver, y á verle alcanza;
Pide una imágen de él, y de improviso
Vé cuajarse en el viento su esperanza.

Y conforme soñando proseguía,
Su hermoso sueño le volvía el viento,
Y era el sueño que el viento le volvía,
Espejo de su mismo pensamiento.

¡Cómo el tipo ideal de su cariño
Inquieren en el cielo sus miradas!
Y ¡cómo es siempre la mujer un niño
Que le gusta pensar en cuentos de hadas!

En tanto, desde el próximo convento,
La música del órgano sagrado
Le recordaba el inefable acento
Del amante perdido y no olvidado.

Y sueña más, y al fín, aunqué distante
Y envuelto entre vapores todavía,
Se dibujó en las nubes un semblante
Que sonreir á un ángel parecía.

De sus ojos la lúz era inefable,
El contorno gentíl, la frente pura,
Y su tez de un color incomparable,
Hecho de lúz, de azúl y de blancura.

Miéntras vé que la imágen vaporosa
Entre el sér y no sér vaga indecisa,
Sobre su boca de marfil y rosa,
Como un rayo de lúz, salta su risa.

Y así pasan entrambos la velada,
Cuál de la vida el erïal camino,
Soñando Soledad embelesada
Honorio maldiciendo su destino.

Y ¿es placer ó pesar lo que la aqueja,
Cuando vé con verdad deslumbradora
Que en un vapor de luces se bosqueja
De su sueño la sombra encantadora?

¿Era cuerpo ó ilusión lo que veía?
¿Era aquello una lúz, ó era un reflejo?
Más bien que el mismo cuerpo, parecía
La reflexión de un cuerpo, en un espejo.

Cuanto más la visión se aclara y crece,
Más la verdad con la ilusión se aúna,
Pués que forman su túnica, parece.
Gasas hechas con rayos de la luna.

Y cuanto más miraba, y más creía
Que fuese realidad ventura tanta,
Pulsaban sus artérias, y sentía
Latir el corazón en la garganta

La forma, Honorio, al ver de un sér humano,
Mezcla de aire, de lúz y de tiniebla,
Le asió celoso; más pasó su mano
Como pasa una mano por la niebla.

Áun Soledad en el tropel confuso
De mil dudas se abisma; y dulcemente,
Para hacerla creér, la Sombra puso
Una mano de lúz sobre su frente.

Pero, al creér su frente profanada,
El más bello y más casto de los seres,
— «¡Jesús!», — gritó la jóven espantada;
Y contestó el fantasma: — «¿Qué me quieres?»—

ESCENA SEGUNDA.

LA REDENCIÓN.

LUGAR DE LA ESCENA: *El Gólgotha.*

PERSONAJES.

JESÚS EL MAGO. — SOLEDAD. — HONORIO.

ARGUMENTO.

Jesús el Mago cuenta á Soledad y á Honorio que él es aquél jóven vestido de una túnica que, como dice el Evangelio de San Márcos, siguió á Jesuscristo, después de haber sido preso y abandonado por sus discípulos. Refiere como testigo presencial la muerte de Jesuscristo, y describe el puente que formaron los ángeles para que, despues de la muerte del Dios-hombre, bajasen del cielo á la tierra la Penitencia y el Perdón.

Esa visión que á Soledad aterra,
Y llegar de tan léjos parecía,
¿Es tan sólo algún hijo de la tierra,
Ó de un planeta superior venía?

Vedle contar sus hechos y su nombre
Á Soledad y á Honorio de esta suerte:
— «Un discípulo soy de aquél que al hombre
Arrancó de las garras de la muerte.

«Aunqué una vez, y con escasa gloria,
Ved ¡cuán lleno de fé se me presenta,
Cuando San Márcos en su santa historia
La religión del porvenír nos cuenta!

«— *Un jóven, de una túnica vestido,*
Que iba á Cristo de cerca contemplando,
Por los soldados con rigor asido,
De ellos huyó, la túnica dejando. —

«Y al mirar el Señor tan santo celo,
Así dijo al mancebo diligente:
— *Sígueme por la tierra y por el cielo,*
Invisible ó visible, eternamente.

«Yo me llamo Jesús, como el Ungido;
Soy el que huyó la túnica dejando;
Y porqué Dios piadoso lo ha querido,
Me sobrevivo á mí, no sé hasta cuándo.

«Todo el mundo sembré de mis consejos,
Y harta cópia cogí de desengaños,
Porqué son las naciones, cuál los viejos
Que pierden la memoria á fuerza de años.

«El porqué y cómo de mi Dios amigo,
Bajo mil formas la verdad difundo,
Ya lo sabréis cuando os halléis conmigo
Ya fuera de la vida de este mundo.

«Mi ubicuidad fantástica, de Mago
Me dió el renombre por el mundo entero,
Porqué me encuentro donde quiera, y vago
Cual quiero, adonde quiero y como quiero.

«Más, dejando mi mágia y vuestros males,
Oíd la ruina del vencido infierno:
¿Qué importan hoy amores terrenales,
Cuando se trata del amor eterno?

« Yo, que la escena del Calvario he visto,
Perdonad á mi celo si os diseña
La santa muerte de Jesús, el Cristo,
Que á padecer y á perdonar enseña. —»

Tras Soledad, Honorio arrodillado
Cayó, como adorando el santo leño,
Pensando en la Pasión, en ese estado,
Que no es vigilia, ni sopor, ni sueño.

Jesús siguió: — «Ya, de la cruz pendiente,
Sólo algún fiél de léjos le adoraba;
Y hasta el Gólgotha entónces tristemente
Con una fria lúz el cielo helaba.

«Y es que al sol, el infierno tumultuario
De espíritus malignos echa un velo;
Nada se vé distino en el Calvario,
Ni hay un rinçón azúl en todo el cielo.

«Los infiernos, que al hombre dominaban,
Porque ocultar su redención querían,
Bocanadas de espíritus echaban,
Que entre nieblas los soles envolvían.

«Yo entónces diligente, en raudo vuelo,
Viendo á mi Dios sobre la cruz clavado,
Descendiendo á la tierra, abrí en el cielo
Una rendija de oro en el nublado.

«La lúz filtrada, de la Vírgen pura
Tocó la melancólica belleza,
Que en ella se volvió lúz de ternura,
De esperanza, de paz y de tristeza.

«Y al rededor, en círculo inefable,
Más bien que lúz, junto á sus sienes bellas
Compusieron un blanco incomparable
La sombra, el sol, la luna y las estrellas.

«Brillaba así del tiempo en la gran hora,
De frente maternal fulgor querido,
Mezcla de lúz de una naciente aurora,
Y reflejo de un sol desvanecido.

«Tal de la augusta redención del mundo
Alumbró los misterios de aquel día;
Un brillo extraño, virginal, profundo,
Que un ángel le llamó *lúz de María.*

«Rodeado de esta lúz inmaculada,
El *¡Consummatum est!* Cristo murmura,
Y vé ante sí, tendiendo una mirada,
La soledad, el ódio y la amargura.

«Bendice con su vista al mundo entero;
Le da un beso mental, suspira y muere.
El verdadero amor, si es verdadero,
Besa, al morir, la mano que le hiere.

«Caído Adan, la Muerte y el Pecado
Un puente hicieron con un cáos sin nombre,
Para pasar al mundo, condenado
Á ver la eterna esclavitud del hombre.

«La Muerte estéril y el pecado inmundo
A la tierra infelíz por él pasaron,
Forjando las cadenas con que al mundo
Desde Adan hasta Cristo aprisionaron.

«Los ángeles, también, en dos hileras
Fabrican con las manos otro puente:
Por la espalda tocándose ligeras
Sus alas se acarician dulcemente.

«El Pecado y la Muerte en aquél día
Ven el puente cruzar, desvanecidos,
Que desde el Padre al Hijo relucía
Como un rio caudal de astros fundidos.

«Los unos de los otros frente á frente,
En dos filas los ángeles formados,
Van por el éter fabricando el puente
Sobre nubes de lúz arrodillados.

«Y por detrás sus álas rutilantes
Irrádian con variados arreboles
Un íris de riquísimos cambiantes,
Más bello que los íris de los soles.

«Del puente aquél que la región vacía
Desde el cielo á la tierra circunvala,
Forman al fin las manos de María
El último peldaño de la escala.

«Desde la cruz al alto firmamento
Brilla el puente de palmas celestiales
Con tal fulgor, que verlo ni un momento
Podrian, sin cegar, ojos mortales.

La Penitencia y el Perdón bajaron
Esta escala de lúz en aquel día,
Y sus ojos á un tiempo se alumbraron
Con brillos de dolor y de alegría.

«Triste por él la Penitencia avanza;
Sigue el Perdón detrás meditabundo:
En sus frentes brillaba una esperanza;
Más no era una esperanza de este mundo.

«Y besan, al bajar, el pié sagrado,
El uno tras del otro, reverentes,
De aquél que trajo, de la cruz clavado,
El reinado de Dios entre las gentes.

«Y el mundo redimieron apacibles,
De Cristo al pié diciendo de este modo:
— *No hay culpas en el mundo irremisibles:*
Permite Dios que se redima todo. —

«— *¡El mundo es libre!* — de esperanza llenas,
Las legiones de arcángeles cantaban,
Miéntras se iban rompiendo las cadenas
Que al mundo desde Adan aprisionaban.

«Así murió, como vulgar culpable,
Del cielo y de la tierra el Soberano,
Por redimir este orbe miserable,
Del polvo sideral último grano.

«Y así yo del Señor la frente bella
Pude hacer ver, dejando de pasada
La espesa sombra de la tarde aquella
Por un rayo de lúz atravesada. —»

Calló Jesús aquí; lanzó un gemido,
Contando el fin del Redentor del mundo,
Y después se alejó, desvanecido
En cierto no sé qué, vago y profundo.

Y léjos ya, se disipó diciendo:
— «Llamadme, y me hallaréis á cualquier hora,
Miéntras ilusos caminéis gimiendo
Por este astro felíz donde se llora.

«Y ya os diré de cómo embelesado
Hácia vosotros hoy tendí mi vuelo:
Poema que en la tierra comenzado,
Acabará cantándose en el cielo.» —

Y cuando Honorio y Soledad creían
Traslucir, entre dichas y pesares,
Que, cruzando los cielos, áun lucían
Los ángeles cual fugas estelares,

Vuelven de pronto en sí, tornan los ojos,
Y su ilusión deshecha en el ambiente,
Con las manos cruzadas, y de hinojos,
Se hallaron uno de otro frente á frente.

ESCENA TERCERA.

LA FUENTE DEL OLVIDO.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un bosque.*

PERSONAJES.

JESÚS EL MAGO. — HONORIO.

ARGUMENTO.

Celoso Honorio, refiere á Jesús el Mago, al borde de una fuente, llamada del Olvido, que para hacerse dueño del amor de Soledad, secuestró á su hermano Palaciano.

— «¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!» —
Dice Honorio contando sus amores;
Y refiere á Jesús, hablando de ello,
La larga procesión de sus dolores.

Sentados junto al borde de una fuente,
Que brotaba de un bosque en la espesura,
Un espácio sin fin tienen enfrente,
De aire, de lúz, de cielo y de verdura.

— «¡Sólo el amor es grande!» — proseguía,
Añadiendo un delirio á otro delirio: —
«Por Soledad dichoso correría
Al crímen, á la gloria y al martirio.

«Tengo ¡ay de mí! un hermano, á quién perjuro
Amándole sin fin, guardo encerrado.
Por otro amor más grande y ménos puro,
De su sagrado amor he renegado.

«Aunqué era Soledad una belleza
Por su padre á mi hermano prometida,
Sentía yo al mirarla esa tristeza,
Que es la bruma del alba de la vida.

«Cuanto más la quería en el misterio,
Más crecía el ardor de mis quimeras;
Que el sentido halagado alza un imperio
Que, sin cesar, dilata sus fronteras.

«Después que la adoré con desvarío,
Sólo atendí á mi amor y á mi despecho.
Yo era bueno, muy bueno..... más ¡Dios mío!
¿Cómo arrancar el corazón del pecho?

«Por no estorbar la dicha de mi hermano,
Á la gloria aspiré: ¡visión mentida!
Corrí tras la ambición: ¡empeño vano!
Amar y ser amado: hé aquí la vida.

«Fué mi hermano á viajar; y á su regreso,
Aquí, por gentes que compré, asaltado,
Sin saber cómo ni por quién, fué preso,
Escondido después y secuestrado.

«Yo su amor usurpando, y él cautivo,
Ninguno de los dos su dicha alcanza:
Vive él sin libertad; pero yo vivo
Roído por un mal sin esperanza.

«Después que muera yo, volverá ileso
A ser en este sitio abandonado;
Y sin saber por quién ni á qué fué preso,
El porvenír le endulzará el pasado.

«Por mi mal, me ha dotado la ventura
De inútiles riquezas, que abomino,
Y estirpe casi real; no hay criatura
Más ingrata que yo con el destino.

«Y es un tormento para mí espantoso,
Que habiendo delinquido tanto, tanto,
Sólo por ser con ellos generoso,
Cuantos pobres me ven, me llamen santo.

«Me juzgaban tan bien, cuando por ella,
Más que en Dios, en Pitágoras creía,
Yo, que por ser lo que su planta huella,
El cielo con delicia dejaría.

«Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,
Que me convierta, por favor divino,
En el ciprés ó el mármol de su tumba,
Compañero inmortal de su destino.

«De Palaciano Soledad prendada,
Le esperaba las horas y las horas,
Y nunca su alma de esperar cansada,
Á otras brisas se abrió restauradoras.

«Decía alguna vez, cándidamente:
— «Palaciano no vuelve y me abandona:» —
Y empezaba á nublarse aquella frente,
Que parece que aguarda una corona.

—«Bebe en ella, y tal vez, la dije un día,
Tu amor la fuente del olvido venza.» —
Y bebió; más yo, al verlo, me sentía
Desfallecer de dicha y de vergüenza.

«Bebió por olvidar, con tal intento,
Que del ingrato se olvidó de véras,
Y en álas se lanzó del pensamiento
Al hermoso país de las quimeras.

«Y es santa desde entónces esta fuente;
Pués todo el mundo en la comarca sabe
Que curó á una mujer de limpia frente,
De celestial candor y aspecto grave.

«De la ausencia y los celos ayudados,
Vinieron á estas aguas atraidos
Mil náufragos del alma, allá estrellados
Contra escollos tal vez desconocidos.

«¡Ay! Después de beber aguas tan claras,
Á sus casas volver, de dicha llenas,
Vi familias enteras, con las caras
Casi todas alegres y serenas.

«¡A cuántos vi llegar que, pesarosos,
Ni miraban las verdes enramadas,
Y que admiraban, al volver, gozosos,
Las praderas de flores esmaltadas!

«El agua del olvido de esta fuente
¿Es quién daba á sus almas el consuelo?
¡No! La ausencia y los celos solamente
Levantan entre dos, montes de hielo.

«Que á la ausencia añadidos, son los celos
El agua del olvido verdadera,
Pués pasan, como un fuego de los cielos,
Esparciendo el rencor por donde quiera.

«Ya sin fé Soledad, desde esta fuente
Fué á un convento á buscar la paz perdida;
Que el ídolo, al caer tan bruscamente,
Siempre inmola al creyente en su caida.

«Ya sabéis lo que pasa en un convento:
Un día que da fin, y otro que empieza.
Si crea algún rival el pensamiento,
Son fantasmas que evoca la tristeza.

«Bajo un dosel de flores y verdura,
Quise ciego... — ¡perdon para un malvado! —
O gozar una vez de su hermosura,
O morir á sus piés desesperado.

«Oculto en el jardín, todos mis males
Curar, cuál visteis, ó morir, quería,
Porque mi pecho en vívidos raudales
De entusiasmo y de amor se deshacía.

«Viendo por vos frustrado, aquella tarde,
Mi intento vil de amor y de despecho,
Mis rodillas flaquear sentí, cobarde,
Y el corazón desfalleció en mi pecho.

«Impidiendo mi crímen, aquél día
Llegásteis vos para su bien y el mío,
Pués sin dejarse ver, Dios nos envía
La dicha, el sol, la lluvia y el rocío.

«Y desde entónces, de su pura frente
Respetando el candor y la hermosura,
Bebo el placer sin enturbiar la fuente
De donde emana mi inmortal ventura.

«Como he apurado, en mis furores, tanto
La copa del dolor hasta las heces,
Tan cerca de los ojos tengo el llanto,
Que sin querer, cuál veis, lloro mil veces.»

Como al llegar aquí, nadie ni nada
Alivio le prestaba en su tormento,
Tendió Honorio una rápida mirada,
Y halló la soledad y el desaliento.

Y vé á Jesús, que por los aires sube,
Cuál blanco grupo de vapor fulgente,
Como yendo á esperar de nube en nube
Al sol, que se elevaba lentamente.

Y sus oídos, de placer ajenos,
Ni las aves escuchan, ni se encantan
Con esos ruidos, de misterios llenos,
Que del campo áun dormido se levantan.

Nada ni nadie su dolor modera,
Ni las flores, ni el sol, ni la verdura;
Cuando están en el alma, hay donde quiera
Desolación, tristeza y desventura.

Y, como siempre, en Soledad pensando,
Del aura en el murmullo oye su acento,
Crée ver las huellas de sus piés andando,
Y respira en los céfiros su aliento.

Y como, fiél Honorio, en cuanto hallaba
De su acerba pasión ponía el sello,
Andando á la ventura murmuraba:
— «¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!» —

ESCENA CUARTA.

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN MÁRMOL.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJES.

HONORIO. — JESÚS EL MAGO. — SOLEDAD.

ARGUMENTO.

Como el sentimiento tiende á la metempsicosis, después de la muerte de Soledad, Honorio pide á Jesús el Mago que le conceda la gracia de transmigrar al mármol de la tumba de su amada.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma,
Alternativa infiél de paz y guerra,
Rebelión de la carne contra el alma,
Lucha eterna del cielo y de la tierra!

Venciendo á Soledad el desaliento,
Después de su aparente desengaño,
Entró como novícia en un convento,
Y novícia salió, muriendo al año.

Allí, tranquila, ni el rencor sentía,
Ni ménos del amor la ardiente llama;
Deseaba morír, porque creía
Que Dios lleva consigo á cuantos ama.

Y conforme cambiando iba en su mente
En santas oraciones sus delirios,
Su cútis fué tomando lentamente
El color de la cera de los cirios.

¿Os contaré su vida en el convento?
Sin pesares allí, sin alegrías,
Sucediendo un momento á otro momento,
Los días sucedieron á los días.

Y sólo, al fín, en su semblante puro
Las huellas se miraron de sus penas,
Cuando ya en una red de azúl oscuro
Se dibujaban en su sién las venas.

¿Y su amante? ¿Qué importa? ¿Aunqué él, acaso,
La dejó por amor de otros amores,
Sólo le pide á Dios que abra á su paso,
En honor á sus piés, sendas de flores.

Pués ella triste, sin pasión, sin celos,
Al ódio y al amor indiferente,
Como una desterrada de los cielos
Sólo se acuerda de la patria ausente.

No perdonando ni horas ni minutos,
El rezo llegó á ser su afán diario,
Entre sus dedos, por la fiebre enjutos,
Deslizando las cuentas de un rosario.

¡Ay! un día en su blanco dormitorio,
Teniendo en derredor á cuantos quiere,
Su mano de marfíl tiende hácia Honorio,
Les dice «¡adiós!», y sonriendo muere.

Con sed de sacrificios sobrehumanos,
Después Honorio, en lágrimas deshecho,
Su sepulcro oprimiendo entre las manos,
Lo estrecho con furor contra su pecho.

Cual ráfaga hácia allí Jesús avanza,
Miéntras Honorio, con los ojos presos
De Soledad en el sepulcro, lanza
Miradas voluptuosas como besos.

Y dice así: — «Ya os lo conté: *por ella,*
Más que en Dios, en Pitágoras creía,
Yo, que por ser lo que su planta huella,
El cielo con delicia dejaría.

«*Y he de pedir, cuando al dolor sucumba*
Que me convierta, por favor divino,
En el ciprés ó el mármol de su tumba,
Compañero inmortal de su destino.

«Que en posesión de sus cenizas, pueda
Con ellas ver mi corazón cubierto;
Que el hado la ventura me conceda
De hablarla de mi amor después de muerto.

«Que me deje sufrir el cielo amigo
Junto á esta tumba mi dolor eterno,
Aunqué por ella aquí sufra el castigo
De todos los horrores del infierno!»

Dijo Honorio; y tanto que aguardaba
Lo que el mago Jesús le respondía,
En las sienes su sangre martilleaba,
Y hasta latir su corazón se oía.

Y contestó Jesús: — «¿Piensas que el cielo
Te dará, ni en la misma sepultura,
Un periodo de tregua y de consuelo,
Un oásis de paz y de ventura?

«Transmigra, pués; más que eludir se intente
La pena de una culpa, es un delirio:
Si transmigras, Honorio, eternamente,
Sólo harás infinito tu martirio.

«No encontrarás la dicha en parte alguna;
Mudarás de dolor, más no de duelo,
Hasta en la tumba es loca la fortuna,
Y no hay eterno amor sino en el cielo.» —

Dijo Jesús; y al éter, fugitivo,
Le vió Honorio volar á su presencia,
Después que sus flaquezas, compasivo,
Con el manto cubrió de su indulgencia.

— «Vuelvo á tu lado, Soledad querida,
Honorio prorumpió, y el cielo quiera
Que, después de llenar toda mi vida,
Llenes también mi muerte toda entera.»—

Con voluntad tan firme y tan constante
Quiere morir, que muere porque quiere:
Vivía con la vida de su amante,
Y fiél á su pasión, con ella muere.

Activo, enamorado, violento,
Náufrago ya, sin brújula ni estrella,
Con el vivo puñal del pensamiento
Se asesinó para morir con ella.

Y el mármol del sepulcro contemplando
Con alma y vida, de alegría loco,
La densidad del mármol penetrando,
Sintióse en él filtrar muy poco á poco.

El mármol con la carne confundiendo,
Parece que uno en otro te fundía;
La carne se iba en mármol convirtiendo,
Y algo de carne el mármol se volvía.

Su espíritu en los poros derramado,
Lento y escaso se sumió primero;
Más luégo se recoge, y, concentrado,
En el mármol, por fín, se vierte entero.

Y un sordo ruido de absorción se siente,
Como el que hace, al sorber, seca la tierra:
No hiere el corazón tan tristemente
Del ataúd la tapa que se cierra.

Después que hubo al sarcófago querido
Transmigrado de Honorio el pensamiento,
Sólo se oyó en el mármol un quejido,
Y un sollozo en la ráfaga del viento.

Así dió fín, tan triste y tan oscura,
Esta historia, de amor y de ánsias llena,
Encerrando una misma sepultura
El criminal, el crímen y la pena.

Solo un guarda infelíz, de espanto yerto,
Se encontró, al despuntar del otro día,
Un muerto, tan inmóvil como un muerto,
Sobre un mármol que vivo parecía.

ESCENA QUINTA.

LA PENITENCIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJES.

PALACIANO. — HONORIO. — CORO DE ALMAS CELOSAS. — JESÚS EL MAGO.

ARGUMENTO.

Libre Palaciano del secuestro, va á visitar la tumba de Soledad. Al verle, levántase sobre el mármol la Sombra de Honorio, y empieza á sufrír la série de padecimientos que le auguró Jesús el Mago.

No importa cuál, pero en la noche aquella
La luna destilaba, adormecida,
Como una grande y moribunda estrella,
Una espécie de lúz de la otra vida.

Honrando á Soledad, cuenta la gente
Que de su tumba el pié vela algún mago;
Y los guardas de allí créen firmemente
Que en el mármol aquél flota algo vago.

Y algún misterio habrá, pués nadie ignora
Que del fúnebre mármol se contaba
Que al tacto de la brisa y de la aurora,
Como la estátua de Memnon vibraba.

En noche tan tranquila, ni un acento
Del cementerio en derredor se oía;
La luna desde el alto firmamento
Como un disco de plomo descendía.

En calma tal, Honorio, de repente,
Se levantó del mármol vengativo,
Viendo llegar á un hombre de ancha frente,
De airoso porte y de mirar altivo.

Era su hermano ¡ay triste! el que veía,
Que libre del secuestro, en su impaciencia,
La tumba ver de Soledad quería,
Con su amor, exaltado por la ausencia.

De celos de ultra-tumba Honorio herido,
Consternó con un ¡ay! el horizonte,
Que, de un sepulcro en otro repetido,
El éco lo llevó de monte en monte.

Se acerca Palacino, y cuál si hubiera
Turbado del sarcófago la calma,
Un suspiro se oyó, como si fuera
Un sollozo nacido de alguna alma.

Y Honorio — «¡atrás!» — entre sentido y fiero
Gritó con una voz que nádie oía;
— «Antes que á ella, á mí y al mundo entero,
Y á mi madre y á Dios renunciaría.

«Los que, muertos de amor, sabéis mi historia,
Venid el alma á ver más desdichada,
Aquí, donde el martirio es una gloria,
Mansión fatal de gente asesinada » —

A su acento, por valles y por cumbres,
Una legión de espíritus alados
Chispearon, cuál las rápidas vislumbres
De las tardes de estío en los sembrados.

Y nadando en suspiros, el ambiente
Inundan en su curso vagaroso
Los que llevan clavado eternamente
El aguijón del padecer dichoso.

Y al ver á Honorio de dolor transido,
Casi vúelan felices á su lado
Los que, al morir de celos, han sufrido
El ódio del amor desventurado.

En el aire, por fín, envuelto en ira,
El fantasma de Honorio reverbera;
Duda su hermano, retrocede, y mira
La sombra de su horrible calavera.

Era su misma imágen: Palaciano,
Al verla, fué á gritar — «¡hermano mío!»; —
Más vió que aquella imágen de su hermano,
Más que sombra, era un hueco en el vacío.

Y — «¡un milagro!» — exclamó. Después, su imperio
Perdiendo el infeliz sobre sí mismo,
Abandonó cobarde el cementerio,
Siendo un hombre avezado al heroísmo.

Y Honorio prosiguió: — «¿Quién ver podría
Su sepulcro por otro profanado?
¡Atrás! porqué, si no, me vengaría,
Aún después de mil años de enterrado.

»¿Nunca han de dar á un verdadero amante,
Ni el mundo bien, ni paz la sepultura?
Un consuelo, ¡un consuelo en este instante,
En que siento, en que toco la locura!» —

Y hasta consigo el desdichado en guerra,
Turbulento, iracundo, arrebatado,
Blasfemando del cielo y de la tierra,
El pecho se golpeó, desesperado.

— ¡Manda un ángel, buen Dios, en mi consuelo!»—
Exclamó Honorio; y cuando así exclamaba,
Jesús hácia su tumba, desde el cielo,
Cuál la sombra de un sueño se inclinaba.

Y dijo con la plácida indulgencia,
Que la bondad con el rigor aúna:
— «Penitencia, hijos míos, penitencia;
Contra el órden de Dios no hay fuerza alguna.»—

De almas celosas el doliente coro,
Gimiendo aquí y allí, los aires hiere,
Cuál si Jesús tuviese el ramo de oro
Que manda á los fantasmas como quiere.

Y á su voz, cada espíritu tranquilo
Buscó con humildad su sepultura,
Volviendo á hallar en el sagrado asilo
El silencio, la paz y la frescura.

Y de nuevo Jesús dijo, apiadado:
— «Paciencia, Honorio, en el dolor, paciencia;
Sufriendo tu destino resignado,
Rescatará tu mal la penitencia.» —

Calla Jesús; en el recinto santo
Ni una sombra se vé, ni se oye un ruido;
Sólo Honorio de pié gime entre tanto,
En su prisión de mármol retenido.

Todo sigue después sin vida alguna;
El aire sordo, encapotado el cielo;
En el fondo del mar se hunde la luna,
Y una negruzca lúz rastrea el suelo.

Y Honorio, sus dolores sobrehumanos
Aglomerando en su inmortal cariño,
Cubriéndose la cara con las manos,
Se quedó sollozando como un niño.

ESCENA SEXTA.

LA IDOLATRÍA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJES.

PALACIANO. — HONORIO. — CORO DE ESPÍRITUS BUENOS. — CORO DE ESPÍRITUS MALOS.

ARGUMENTO.

En la ceguedad de la idolatría, la opinión popular, fascinada por la generosidad de Honorio, le tributa honores casi divinos. Avergonzado de esta honra inmerecida, rompe Honorio, por gracia de Jesús el Mago, su prisión de mármol, y huye rodeado de espíritus.

— ¡«Un milagro!» — repite al otro día
Del cementerio en torno el pueblo unido.
¿Quién el torrente contener podría
De un vulgo en sus entrañas conmovido?

Exige el pueblo, de entusiasmo lleno,
Que se tributen entre gozo y llanto
Sufrágios al mortal, honras al bueno,
Y un *Te-Deum*, por fín, al casi santo.

Ya á oír el panegírico, se junta,
De la virtud de Honorio, el pueblo entero,
Y en la capilla al cementerio adjunta
Canta el *Te-Deum*, en su honor, el clero.

Más la sombra de Honorio, vengativa,
Los vió llegar, de tan ingrato modo,
Que lanzó una mirada tan activa,
Que ella sóla abarcara el mundo todo.

Cuanto más sin razon se vió ensalzado,
Tanto más se vió Honorio despreciable,
Y el lúgubre fantasma del pasado
Se alzó delante de él inexorable.

Llega el momento, al fín, que en aquél día
De Honorio el panegírico comienza;
Más él, al escuchárlo, no podía
El peso soportar de la vergüenza.

—«¡Bien haya Honorio!»—el sacerdote exlama;
«Su nombre ha de brillar entre los nombres
Que han venido á encender con pura llama
El santo amor de Dios entre los hombres.»—

Y al ver que el sacerdote continuaba
Poniéndole de ejemplo á los humanos,
Honorio, que, leal, se despreciaba,
Cubrióse la cabeza con las manos.

Y solo, y abismado en su paciencia,
En silencio después sufre el castigo
De esa lucha infernal de la conciencia,
Que tiene á Dios tan sólo por testigo.

De Honorio el panegírico seguía;
El público escuchaba placentero:
Lo mismo que su voz, cuando vivía,
Su nombre hace vibrar á un pueblo entero.

Más al llegar ¡oh escándalo! á su oído
Del *Te-Deum* la música sagrada,
El canto del honor no merecido
Pasó su corazón como una espada.

Miéntras los hombres, con ferviente celo,
— «Á Tí, Señor, cantamos», — entonaban,
Los ángeles gozosos desde el cielo
Con sonrisa inefable se inclinaban.

Y en tanto que en su honor el canto oía,
— «¡Mísera humanidad, que imbécil honra», —
El desdichado Honorio prorumpía,
«Á quién, cruél, la diezma y la deshonra!»

Y á coro con el místico concierto,
Gritó, torva la faz y alta la mano:
— «¿No oís la voz de Dios en el desierto?
¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?» —

¡Suerte fatal! El infeliz quería
Su acento hacer oír; más, vano empeño:
Su voz sonaba cual sonar podría
Un suspiro lanzado en un ensueño.

Sólo arrullan á Honorio con sus quejas
Los que, al cumplir su terrenal destino,
Dejaron su virtud, cuál las ovejas
La lana entre las zarzas del camino.

Los ámbitos llenando de la esfera,
Así seguía el religioso canto:
— «Á Tí toda la tierra te venera;
Á Tí todos te llaman Santo, Santo.» —

Correspondiendo á tan sagrado celo,
Admirados, alegres, rutilantes,
Los ángeles circulan por el cielo,
Cuál formados de polvo de diamantes.

Los espíritus malos, de los buenos
Envidiaban gimiendo la victoria;
Y el canto continuaba: — «y están llenos
Los cielos y la tierra de tu gloria.» —

Con Honorio, entre tanto, se lamentan
Aquellos que, como él, han delinquido,
Que hasta en la vida eterna se alimentan
Del pasto de las lágrimas querido.

Le cercan los malditos por amores
Con su aflicción, más que la dicha, amada:
Esa aflicción tan dulce en sus dolores,
Que no quiere jamás ser consolada.

Y el himno continuaba de esta suerte:
— «Con tu sangre, Señor, nos redimiste,
Y el aguijón rompiendo de la muerte,
Las puertas de los cielos nos abriste.» —

Oyendo de su Dios las maravillas,
Miró Honorio hácia arriba fascinado,
Y vió á Jesús orando, de rodillas,
En un trozo de cielo iluminado.

— «Permitidme, exclamó, que dignamente
Sólo un pesar sin deshonor me venza;
Haced que un gran castigo me atormente,
Más no que me atormente la vergüenza.

«Dejadme que transmigre, le decía,
Á otro dolor más grande y más eterno;
Permitidme que escoja, proseguía,
Algún rincon de dicha en el infierno.» —

Una mano de lúz cruzó el ambiente,
De lúz más clara que la lúz febea,
Y al tenderla hácia Honorio dulcemente,
Benévolo Jesús le dijo: — «Sea.» —

Al *sea* de Jesús se oyó un chasquido,
Y á Honorio, que gimió; más éste á poco
Se sintió, roto el mármol, desprendido,
Y el aire hendió con el terror de un loco.

Y entre el tropel de la infernal balumba,
De sus honores sin honor huía,
Como espectro que sale de la tumba,
Sin sacudir la tierra todavía.

Todos á poco el cementerio dejan;
Y en pos de Honorio, en tormentoso vuelo,
Los rebeldes espíritus se alejan,
Cuál aves que se pierden en el cielo.

Completa soledad: se extingue el coro;
Los devotos al fín desaparecen;
Los ángeles también en nubes de oro,
Ya fundidos en lúz se desvanecen.

Sólo una voz de espanto y de agonía,
Como en sueños, oía Palaciano,
Que allá léjos, muy léjos, repetía:
— «¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?» —

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA SÉPTIMA.

EL CUERPO Y EL ALMA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Las cinco partes del mundo.*

PERSONAJES.

HONORIO. — EL CADÁVER DE CÁRLOS V. — LA INSURRECCIÓN DE LOS MUERTOS.

ARGUMENTO.

En la eterna lucha de las dos naturalezas, física y moral, queriendo poseér el sepulcro de Soledad, piensa el espíritu de Honorio en volver de nuevo á la vida, animando el cuerpo de algún grande hombre, y se dirige á buscar los restos de Cárlos V. El esqueleto del Emperador se espanta á la vista de un alma, y llevando la alarma á todos los ámbitos de la tierra, una multitud de espectros dan la vuelta al mundo, huyendo del espíritu de Honorio.

Léjos Honorio de la tumba amada,
Ya del aire en las cóncavas regiones,
Confusa entre la niebla su mirada,
Las siluetas perdió de las visiones.

Duda, mira, se orienta, y de esta suerte
Murmura en su espantosa pesadilla:
—«¡Sí! quiero el ódio que me dé la muerte;
Más no quiero el honor que así me humilla.»—

Luégo del sol á un rayo moribundo,
Ya del vacío en la región más baja,
Vé el negro tul que pesa sobre el mundo,
Cuál manto que le virve de mortaja.

Y piensa así, luchando con fiereza
Contra el rigor de su destino adverso:
— «¡Querer! ¡Tener! ¡Con gloria y con riqueza,
Tendría de su tumba el universo!» —

Y al penetrar en su memoria herida
El mundo de la tumba de su amante,
No se ha visto una pena parecida
A la pena pintada en su semblante.

Y continuó: — «¡Poder! ¡Cumplir el sueño
De conquistar el bién por que deliro!
¡Ser, sin rival, de su sepulcro dueño!
¡Comprendo la ambición, la honro y la admiro!

«¡Sentir! ¡De dichas caminar sediento,
Con ódio ciego ó con amor profundo!
¡Saber! ¡O con un solo pensamiento
Quemar, mover ó iluminar el mundo!

«¡Dadme», — añadía en su arrogante acceso, —
«Atila, tu querer; tu ciencia, Dante;
Mahoma, tu sentir; tus arcas, Creso;
Tu universal poder, Cárlos de Gante!» —

Y añadió: — «Tomaré de alguna huesa,
De estos hombres de siempre la envoltura.» —
Dijo, y voló hácia España, siendo presa
De una ardiente y terrible calentura.

De Cárlos de Áustria ante la tumba, osado,
El cadáver llamó que resposaba,
Y el cadáver se alzó, como animado
Por la vista de Honorio, que abrasaba.

Al verlo el Rey, del panteón turbando
La no envidiada y envidiable calma,
— «¡Que viene un alma!» — dijo, y retumbando,
El eco respondió! — «¡Que viene un alma!» —

Cárlos con ira, Honorio con respeto,
Se contemplan y callan; más al cabo,
Dijo, mirando á Honorio, el esqueleto
Con gesto superior de rey á esclavo:

— «Del rey don Cárlos, mi señor, ignoro
Si fuí vaso de honor ó sambenito;
Y el día en que nací, que siempre lloro,
Fué para mí entre todos el maltido.

«Del cuerpo el alma se convierte en dueña,
Y es su ventura un insaciable anhelo:
Si ama, es con fiebre; si se duerme, sueña:
Para el cuerpo hay no ser, para ella hay cielo.

«Y el cuerpo, como el alma, á Dios alaba,
Y como ella, su nombre lleva escrito;
De la choza más pobre hasta una aldaba
La puerta puede abrír de lo infinito.

«Libre el alma en obrar, de su miseria
Ante Dios y los hombres nos acusa;
Y es siempre para el alma, la materia,
De su eterno pecar, eterna excusa.

«¿Y cómo el cuerpo, á quién así se humilla,
Le verá como amigo, cuando el hombre
No sabe respetarse ni en la arcilla
Que honró su alma y que llevó su nombre?

«¡El Saber! Ignorantes nuestros dueños,
Este cuerpo, que juzgan miserable,
Matan á fuerza de vigilia y sueños,
Tratando de explicar lo inexplicable.

«¡El Poder y el Tener! Si el oro es fuente
Del gusto de hoy y el duelo de mañana,
Con el poder el cuerpo es solamente
Un mártir sin honor del alma humana.

«¡El Sentír y el Querer! Su fúria es tanta,
Cuando se juzgan de su fuerza ciertos,
Que en su honor el espíritu levanta
Pedestales de ejércitos de muertos.

«¡La ambición de las almas! ¿Quién podría
Realizar vuestras locas esperanzas,
Y esa pasión tan llena de energía,
De delirios, de muertes y venganzas?

«Nunca, nunca los cuerpos fatigados
Podríamos calmar vuestros afanes,
Aunqué fuésemos hechos y amasados
Con candentes sustancias de volcanes.

«Apártate de mí, que harto he sufrido:
Como alma humana, la pasión te ciega.
Busca, si quieres ser, lo que no ha sido;
El polvo que fué ya, del sér reniega.» —

Calla el espectro. Honorio, en su esperanza,
Aún el cuerpo del Rey vestirse intenta,
Y hácia el cadáver con ardor se lanza,
En la fiera ambición que le atormenta.

Huyendo de su nueva servidumbre,
Con el terror que inspira el escarmiento,
Voló del Guadarrama hácia la cumbre,
Como polvo barrido por el viento.

Y el muerto, desde lo alto de la sierra,
Dejando el mundo de la paz sin calma,
Lanza, mirando en derredor la tierra,
Este grito de horror: — «¡Que viene un alma!»—

Como suele el ¡alerta! misterioso
Correr de centinela en centinela,
Aquél *¡que viene un alma!* pavoroso
De cementerio en cementerio vuela.

Con el terror que inspira el escarmiento,
Creyéndose de un alma frente á frente,
Surgiendo van cadáveres sin cuento
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente.

Dando alaridos, con furor levantan
Mil espectros su pálida osamenta,
Como las aves de la mar, que cantan
Hácia el lado en que ruge la tormenta.

De un pueblo al otro pueblo, no corría
La repetida voz, porqué volaba,
Y aquél *¡que viene un alma!* parecía
La trompeta del juicio que sonaba.

Sonámbulo que corre sin conciencia,
Cuanto más huyen de él, él más se irrita,
Y ánte abismo tan hondo de demencia,
Honorio con furor se precipita.

La madre tierra sacudió el regazo;
Y entre esqueletos mil que echó esparcidos,
Medios cuerpos se ven de un pié y un brazo,
De arriba abajo por mitad partidos.

Se ven cruzar de séres incompletos,
Por aquí por allí, las várias piezas;
Fragmentos de fragmentos de esqueletos,
Piés sin troncos, y troncos sin cabezas.

Y hay brazos que se ignoran lo que abrazan,
Cuál pegados á un sér que vá invisible;
Y manos cercenadas que amenazan,
Y dedos que señalan algo horrible.

Y algunos vueltos, por los piés colgados
De las nubes, pendientes se columbran;
Y hay cráneos que, de fósforo impregnados,
Cual linternas diabólicas alumbran.

Y en zigs-zags pavorosos y sutiles,
Huesos sueltos, de formas desiguales,
Trazan líneas sin fín, como reptiles,
Ya derechas, ya curvas, ya espirales.

Lleno ya el aire hasta los cuatro vientos
De esqueletos de muertos espantados,
Furioso resonó con los acentos
De todos los lugares desolados.

Conforme los cadáveres huían
Salvando pueblos y cruzando esferas,
Circular por los aires parecían
Alaridos de hiena, ayes de fieras.

Volando sin cesar, ya ven lejanas
Las playas de esa tierra que está llena
De rocas y de plantas africanas,
Bosques de palmas y tostada arena.

De un hondo terremoto al traqueteo
Se oye el suelo crujir, y en lo más alto,
El ruido que se oiría en el saqueo
De mil Romas tomadas por asalto.

El polvo que hombre fué surge abundante
De los fúnebres campos de batalla;
Materia en frenesí, muy semejante
A la lava del cráter cuando estalla.

Cruzan la parte en que el escita mora,
Y ven, pasando á la derecha mano,
Los países del sol, donde se adora
La cruél trinidad del culto indiano.

Del Ásia la región, de Honorio el alma
Vé trasponer la caravana horrible,
Miéntras reina en el mar profunda calma,
Mucho más que la cólera terrible.

Por la nueva región, que es de oro el suelo,
Y es más que la ilusión encantadora,
Cruzaron embriagados en su vuelo
Por bosques de frescura abrasadora.

Y vuelven, trasponiendo el Oceáno,
A la región de Europa, ardiente y fría,
Helada en el invierno, y en verano
Quemada por el sol del Mediodía.

Y al ver de Soledad la tumba amada,
Lanza Honorio, gimiendo, un ¡ay! agudo;
Va á seguír, ¡imposible!; insiste, y ¡nada!
Mil veces fué á pasar, pero no pudo.

Y al fín, consigo de lnchar cansado;
Se paró, más amante que rendido;
Pués si al mundo dió vuelta el desgraciado,
No dió ni un solo paso hácia el olvido.

Vé una vez y otra vez la sepultura,
Y desciende, atraido hácia la tierra,
Dejándose caér desde su altura,
Como cée el alúd desde la sierra.

Y allí vuelve á rodearle, fascinado,
De todas sus quimeras el cortejo,
Pués tiene el hombre del amor cegado
Sueños de niño en corazón de viejo.

Borra al fín con sus rayos esplendentes
Polvo, nieblas, fantasmas y rumores,
El sol, para quién son indiferentes
Los placeres del hombre y los dolores.

Y de nuevo otra vez, quietos ó activos,
El campo y la cuidad se ven cubiertos
De muertos que dudaban si eran vivos,
De vivos que no dudan que están muertos.

Y como es tan común en nuestra estrella
No ser constante el mal, ni el ruido eterno,
El día puso fín á toda aquella
Babilónica noche del infierno.

ESCENA OCTAVA.

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN ÁRBOL.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJE.

HONORIO.

ARGUMENTO.

De vuelta al lugar de la tumba de su amada, Honorio se detiene, y ascendiendo en la escala de la naturaleza física, transmigra al cipres que da sombra al sepulcro de Soledad, y vuelve á creér en la posibilidad de su dicha.

Quiso Honorio seguír, pero ¡imposible!
De nuevo lo intentó, más ¡nada! ¡nada!
Una atracción inmensa, irresistible,
Le arrastró hácia la tumba de su amada.

Que huír de aquél sepulcro lamentable
El pobre no podía, ó no quería,
Cegado por el fuego incomparable,
Que hasta los mismos soles fundiría.

Y así como al imán sigue el acero,
Volvió á mirar la tumba, y al mirarla,
— «¡Si no puedo», — decía, — «si no quiero,
Si tengo tantas cosas que contarla!» —

Y el ciprés de la tumba contemplando,
Fué Honorio, sus deseos más queridos
Celoso entre sus ramas ocultando,
Como ocultan los pájaros sus nidos.

Corría el viento, y el ciprés ondeaba,
Y al mirarlos, dudaba el pensamiento
Si es que el viento al ciprés acariciaba,
O era el cipres el que movía al viento.

— «Desde ese árbol», — seguía, — «ángel divino,
Tus cenizas guardando encantadoras,
Cuál un génio invisible del destino,
Por tí podré velar á todas horas.

«Los días, las semanas y los meses
Veré pasar en tiernas confianzas,
Y entre tumbas y adelfas y cipreses,
En vez de olvido, encontraré esperanzas.

«Te prestará el ciprés, la noche andando,
Paz, calor y silencio; y por el día,
En las ramas los pájaros cantando,
Todo en él será amor, lúz y armonía.

«Propicia ya una vez la buena suerte,
Después de tanto amor y pena tanta,
Mi unión, acrisolada por la muerte,
Será más que hasta ahora augusta y santa.

«Allí», — seguía Honorio, — «allí, bien mío,
Desde ese oculto y ondulante asiento,
Te mandaré, estampado en el vacío,
Mi último beso en mi postrer aliento.

«Coronando la hermosa sepultura,
Ese árbol que ondulando baja y sube,
Con mi amor y su sombra y su verdura
Parecerá un edén sobre una nube.» —

Y ante la tumba, de esperanza llenos,
Las verdes ramas del ciprés veían
Aquellos ojos de leon, serenos,
Que rara vez los párpados cubrían.

Y transmigrando á una segunda vida,
Volando hácia el ciprés, los aires hiende,
Y su sombra, ya á plomo suspendida,
Cuál nevada de lúz, sobre él se tiende.

Llega el alma cuál brisa que se queda,
Y después de quedarse no se mueve;
Luégo en el centro del ciprés se hospeda,
Y fluyendo sutíl, en él se embebe.

El rostro, que primero va filtrando
Por dentro del ciprés, se eleva al cielo:
Son sus brazos dos ramas, y es, bajando,
Cada pié una raíz que horada el suelo.

Y ya en sávia su sangre convertida,
En torno circulando, sube y baja,
Y Honorio en fácil curso, así se anida,
De su dolor cambiando la mortaja.

Y fluye, y fluye, y tras de mil congojas
Realiza en el ciprés su amante objeto,
Pués su cuerpo de tronco, y dedos de hojas,
Forman ya un hombre vegetal completo.

Después de ser un mármol que vivía,
Un árbol llega á ser, que vive y siente;
Así en ciprés se convirtió aquél día,
Cuál Dafne y Bíblis en laurel y en fuente.

Y cuando Honorio vió, sintiendo frío,
Que en carne del ciprés se fué volviendo,
En su pecho esperó que cuál rocío,
El silencio y la paz fuesen cayendo.

Más todo era ilusión, porqué su estrella
Le hace, aumentando su inmortal cuidado,
Hasta en la tumba, y hasta al lado de ella,
Y hasta amando sin fín, desventurado.

¡Pobre Honorio! En sus locos desvaríos,
Soñando en ser felíz, piensa, inocente,
Que ya de Soledad los restos fríos
Quemándole estarán eternamente.

ESCENA NOVENA.

LO QUE DICEN LOS ÁRBOLES.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJE.

HONORIO, CONVERTIDO EN CIPRÉS.

ARGUMENTO.

Como tal vez todo lo que vive siente, Honorio, convertido en ciprés, habla de su amor á Soledad. Se evocan todos los espíritus qué, como Honorio, parecen gemír transmigrados en árboles.

Lo que dice en el árbol embebido,
Amante Honorio, de la tumba al hueco,
Lo devuelve la tumba repetido
Con la marcada exactitud de un eco.

— «¡Ya de tí estoy», — á Soledad decía,
«Hasta el día del juicio, frente á frente,
Y esperándote así me aguardaría
Mil años, y otros mil, y eternamente!

— «Oye», — seguía, revelando el duelo
De sus tiernos combates interiores,
«Por verte vine aquí, cuál van al cielo
Volando los aromas de las flores.» —

Ya es Honorio, cuál veis, árbol que siente,
Después que ha sido ya mármol sensible:
¿Será este mundo real tan solamente
El velo de otro sér que esté invisible?

¡Ay, sí! ¿Quién sabe si, de angústia locas,
Las almas que echa Dios al purgatorio,
Convertidas en árboles ó en rocas,
Nos hablarán también, como habla Honorio?

Estos ecos, que turban mi conciencia,
Salvando de ambos mundos el abismo,
¿Ejercen sobre mi alma una influencia
Ignorada del mundo y de mí mismo?

¿Será cierto el placer ó el desencanto
De nuestros sueños tristes ó risueños?
¡Quién me diría á mí, que sueño tanto,
Que acaso son verdad mis largos sueños!

— «¿Tal vez porqué estás sola y enterrada
Sientes dolor?» — Honorio proseguía.
«Si yo pudiera consolarte, nada
A las dichas del cielo envidiaría.» —

Calla Honorio, y en lánguido abandono,
Remedando el ciprés su triste acento,
Resuena como el arpa, cuando el tono
En que templada está, susurra el viento.

¡Santos recuerdos de mi amor difuntos;
Ya sé por el ciprés que esa alma anida,
Que sois, uno por uno, ó todos juntos,
Invisibles testigos de mi vida!

Ya, á costa de mi dicha, he presentido
Que, al través de este mundo tenebroso,
En torno de lo claro y definido,
Vuela algo indefinible y misterioso.

Sin duda no vé el mundo aletargado,
Más bien que al alma, á su sentido atento,
Ese otro mundo de ideal soñado,
Por fatiga, indolencia ó desaliento.

¡Oh inspiración del alma candorosa!
¡Cuántas veces á mí, quiera ó no quiera,
Divina una atracción, siempre imperiosa,
De la terrestre acción me empuja fuera!

La tumba contemplando embebecido,
Honorio continuaba: — «No te alejes;
Temo, al verte dormida en ese nido,
Que un soplo te despierte y que me dejes.

«Eternamente gemiré á tu lado,
Para tí vivo, y para el mundo muerto;
Estaré en el ciprés siempre encantado,
Dormido á todo, y para tí despierto.» —

Y esclavo satisfecho del ambiente,
Después que esto el espíritu decía,
Al impulso del aire mansamente,
Moviéndose el ciprés, iba y venía.

Y miéntras tanto que el ciprés, sombrío,
Gemidos esparcía solitarios,
Arrebatado Honorio, en el vacío
Sus besos estampaba imaginarios.

Y si de hablar, para gemir, cesaba,
El ciprés parecía que, ondulando,
En un mental monólogo quedaba,
En silencio las hojas agitando.

¿Si quejas, como Honorio, le darían
A mi alma jóven, de ventura escasa,
Cuando á impulsos del aire se movían
Los árboles del huerto de mi casa?

Al gozar de la sombra encantadora
De este árbol que mi padre plantó un día,
¡Cuántas cosas, Dios mío, entiendo ahora,
Que entónces, pobre niño, no entendía!

¿Será un éco el ciprés de mi ventana
Del acento del padre idolatrado,
Del triste adiós de la difunta hermana,
Del ¡ay! del sér de pena asesinado?

Sin duda á todo amante que padece,
En nombre de los muertos y los idos,
De algún Honorio el alma les ofrece
Grato festín de encantadores ruidos.

¡Vosotras sois, visiones gemidoras,
Las que en forma de céfiros alados,
Pasando, despertáis á todas horas
Estos ojos al sueño no cerrados!

Vosotras al perdido caminante
Le anunciáis, susurrando, su destino,
Con la voz de la madre ó de la amante,
Desde el árbol del borde del camino.

¡No mi pena aumentéis, sombras queridas,
Pués por no hallar olvido en mi quebranto,
Desgarro con mis manos mis heridas,
De sangre apacentándome, y de llanto!

¡Espíritus de Honorios, tentadores,
Dejadme por piedad, dejadme un poco;
Que al ver almas gimiendo hasta en las flores,
Más bien que alucinado, estoy ya loco!

¡Recoge, oh noche, el manto en que se anida
Tanto rumor, que soportar no puedo!
¡Sol, que alumbras las sendas de mi vida,
Dame lúz, dame lúz; que tengo miedo!

ESCENA DÉCIMA.

EL ALMA DESTERRADA.

LUGAR DE LA ESCENA: *El Cielo.*

PERSONAJE.

SOLEDAD.

ARGUMENTO.

Vé Soledad desde la gloria el amor de Honorio, y en castigo de pensar en redimirle bajando al mundo, es desterrada del cielo, á cuya puerta queda de rodillas pidiendo lúz para poder ver la tierra.

Con sobrehumana intüición presiente
Soledad, desde el cielo donde mora,
Que la ama Palaciano dulcemente,
Miéntras que Honorio con furor la adora.

Y sabe que uno loco, y otro amante,
Un amor la profesan verdadero:
Palaciano tranquilo y vacilante,
Sensuál Honorio, arrebatado y fiero.

Leál y agradecida, allá en su mente
Piensa en los dos, y por entrambos ora;
Más ella en cuanto á afectos, sólo siente
El placer de hacer bien, que la enamora.

Son ellos y ella, en el amor humano,
Ella, lo que hay en el amor de eterno;
Las pasiones del mundo, Palaciano,
Y Honorio, los ardores del infierno.

La amaba el uno, el otro la adoraba;
Pero ella, sin pasión, era tan buena,
Que en otra vida de dolor soñaba,
De abnegación y sacrificios llena.

Piensa de Honorio en el suplicio horrendo,
Y á sí misma, pensando, se decía:
— «¿Debo yo redimir su alma sufriendo,
Pués sufre el infelíz por causa mía?» —

Por lástima y (¡quién sabe!) por ternura
Se enciende su bondad en vivo celo:
¿Podrá ser que, á pesar de su ventura,
Tenga también sus vértigos el cielo?

Goza el supremo bien; más de manera,
Que unas veces sintiendo, otras pensando,
Su ventura, en la gloria, es tan austera,
Que recuerda el dolor de cuando en cuando.

— «¿Por qué seré de Honorio tan querida?» —
Pregunta á su razón su ánimo inquieto:
¡Casta flor en los bosques escondida,
Que no está de su encanto en el secreto!

¡Cuántos incienso á la virtud quemamos,
La pureza ensalcemos de su llama;
Más noble que penar por el que amamos,
Es sufrir por el pobre que nos ama!

¡Oh! ¡Si dichosa redimir pudiera
Al infelíz que por su amor sufría,
A ganar con mil vidas que tuviera
Otro cielo, y mil cielos, volvería!

De Soledad el pecho, ni en la gloria
De afectos de piedad se encuentra lleno,
Pués sólo la consuela la memoria
Del santo alivio del dolor ajeno.

Pero una vez, más que otras, que al amante
Bajó, soñando, á redimirlo al suelo,
Los ojos Soledad cerró un instante...,
Y al abrirlos se halló fuera del cielo.

¿Qué falta cometió? — Llamó, atrevida,
Un amor de la tierra á su memoria:
¡Quién lleva al centro de la eterna vida
Pensamientos indignos de la gloria!

Transmigrando por ella, y de amor muerto,
De Honorio, el infelíz, pensó en el nombre:
Pensó tan sólo en redimirle, es cierto;
Pero al fin Soledad pensó en un hombre.

Al verse de los cielos desterrada,
Rezó con santa devoción el Credo;
Después miró hácia el mundo, y, espantada,
No viendo lúz, se santiguó de miedo.

Hallando el cielo en derredor sombrío,
La creación miró desde su altura;
Más sólo halló su vista en el vacío
La noche de una inmensa sepultura.

Y al cielo, en cruz, por el amor de Cristo,
Le pide un rayo de su lúz brillante:
¿Cómo ha de ver el sol la que ya ha visto
La verdadera lúz un sólo instante?

Miéntras, ciega, en sus horas solitarias,
En vano los espacios escudriña,
Repite fervorosa las plegarias
Que la enseñó su madre siendo niña.

Sondeando los abismos tenebrosos,
Pensó, miró, volvió á pensar, y luégo
Vió con ojos tan grandes como hermosos
Que, del cielo al salír, todo está ciego.

Miéntras los ojos Soledad tenía
En la profunda oscuridad clavados,
A la puerta del cielo parecía
Una estatua con ojos animados.

Ni el sitio vé donde la planta asienta;
Y hasta el sol, allá bajo suspendido,
Con lúz, como la tierra, cenicienta,
Parecía también casi extinguido.

La pobre Soledad de cuando en cuando
Áun se vuelve hácia el sol; más no vé nada,
Y parece decír, como soñando:
— «¿Por qué siempre seré desventurada?» —

Por culpas de otro á padecer comienza,
Y llora el mal de la primera herida
La que no tiene que sentir vergüenza
Ni de un sólo momento de su vida.

Y ciega y aterrada y sin consuelo,
En aquél limbo, sin dolor, sombrío,
Sin frío ni calor, fuera del cielo,
Siente ya idéas de calor y frío.

Aguarda y tiene fé; más nada alcanza.
Y á Dios, que sordo está, ¿qué le pedía?
Ni entereza le pide, ni esperanza;
Un rayo solo de la lúz del día.

De léjos mira atravesar, dolientes,
Las sombras de los coros celestiales,
Pués cerraban el cielo, transparentes,
Así como unas nieblas ideales.

Y un grave són de música sagrada
Pasar dejaba á su avariento oido
La puerta, por un ángel mal cerrada,
De aquello que nos es desconocido.

Y sus ensueños de piedad febriles
Encomiando con frases de ventura,
La arrulla un coro de almas juveniles,
Himnos de amor cantando, y de ternura.

Su destierro lamentan, aterradas,
Las vírgenes de paz que no han sufrido;
Más la admiran las almas desoladas,
Que han amado, llorado y padecido.

Y unas y otras, en santas melodías,
Enviándola palabras de consuelo,
El Triságio cantaban, que Isaías,
Felíz desde la tierra, oyó en el cielo.

Y el canto que se eleva al Dios augusto,
De este modo alentaba su paciencia:
— «Y sábio y poderoso y bueno y justo,
Nuestra maldad perdona tu clemencia.» —

Oyendo el canto con ferviente celo,
Miéntras llega la lúz, que tanto tarda,
Sola, á la puerta del perdón del cielo,
Cómo una pobre de pedír aguarda.

Y seguía la noche; y miéntras puras
Dos lágrimas surcaban sus mejillas,
Se quedó Soledad sola y á oscuras,
A la puerta del cielo, de rodillas.

ESCENA UNDÉCIMA.

CASTIGO DE DIOS.

LUGAR DE LA ESCENA: *Entre el Cielo y la Tierra.*

PERSONAJES.

SOLEDAD. — JESÚS EL MAGO. — HONORIO.

ARGUMENTO.

Desterrada Soledad á la puerta del cielo, invoca el nombre de Jesús el Mago. La reverberación que produce la presencia de éste, le permite ver el mundo, á tiempo en que caía sobre él una tempestad. Soledad baja envuelta en un rayo, y destruye sus propias cenizas. Honorio la maldice. Cáe otro rayo, que incéndia el ciprés. Honorio sale de entre el árbol incendiado, y huye de aquél sitio.

Falto de lúz, ajeno de reposo,
De Soledad el corazón sumiso,
Ya empezaba á sentír cuánto es costoso
El ganar para otro un paraíso.

Jamás, después de Dios, de afectos lleno,
Pudo un celeste amor llegar á tanto,
Purgar la propia falta es noble y bueno;
Más pagar culpas de otro es bueno y santo.

A oscuras, sola, y de dolor transida,
Se acuerda de Jesús, y en su amargura,
Se siente á este recuerdo estremecida
De esperanza, de gozo y de ternura.

Y «ampárame», pensó. Jesús, llegando,
Puso término al fín á sus clamores;
Pués, su frente de lúz reverberando,
De él un foco salió de resplandores.

Curar á Honorio de su amor quería;
Y al ver su propia tumba, ella pensaba
Que extinguiendo su cuerpo, extinguiría
La causa del amor que le abrasaba.

Sobre la tierra su furor pasean
En sorda tempestad los elementos,
Y desde el Norte al Sur chisporrotean,
Como un árbol de pólvora, los vientos.

Mira al mundo, que á trechos parecía,
En partes encendido, en partes ciego,
Porqué sobre él á la sazón caía
Una tromba infinita de agua y fuego.

Vé una chispa á sus piés que nace y crece;
Suena un trueno, la envuelve una centella,
Se mete entre su lúz, y resplandece
El rayo, como nunca, al entrar ella.

Y Soledad, en rayo transformada,
De sus restos mortales en acecho,
A la tierra bajó, como sentada
En un trono de sol, pedazos hecho.

Y al caér, su sepulcro calcinando,
Ni en él dejó de sus cenizas huella,
Y luégo hácia el ciprés su vuelo alzando,
Ángel subió la que bajó centella.

Por más que Honorio á Soledad veía,
No estaba aún de la verdad seguro,
Porqué aquella mirada parecía,
Más bien que de mujer, de un ángel puro.

La frente, aquella frente recordaba
De Soledad; más sus pupilas bellas,
Húmedas otro tiempo, hoy las hallaba
Sosegadas, y enjutas como estrellas.

Aunqué era Soledad, no parecía
La misma Soledad que él tanto llora:
Él amó más que á un ángel todavía,
Pués amó á una mujer encantadora.

Al estrago fatal de la centella,
Honorio, eternamente altivo y tierno,
Extintas viendo las cenizas de ella,
Dió un grito que era un éco del infierno.

Y al bárbaro fragor perdió, aturdido,
De su razón la varoníl firmeza,
Cuál si le hubiese horrísono partido,
El retumbar de un trueno, la cabeza.

Sus ojos como llamas relucían
De la noche á los lúgubres destellos;
Y crespos por la ira, parecían
Manojos de serpientes, sus cabellos.

Miéntras, causando universal espanto,
Le envuelve de volcanes una nube,
El corazón de Honorio es, entre tanto,
Llama voráz, que del infierno sube.

Y como Honorio, en su furor, vertía
De injurias y denuestos un torrente,
Estaba Soledad como estaría
La tórtola mirando á una serpiente.

Y tanto mal á Soledad desea,
Forjando de venganza atroces planes,
Que Dios, por castigarle, le rodea
De una explosión completa de volcanes.

Y arde el ciprés, y con mortal desmayo
Ella lo mira, miéntras que él, paciente,
Un rayo vé caér tras otro rayo,
Con la altivéz de un rey, sobre su frente.

Como estátua de mármol derribada,
De hinojos, Soledad llora sus duelos,
Llamando sobre Honorio, resignada,
Las bendiciones todas de los cielos.

Y al salír de las llamas abrasado,
Ella le mira consternada y tierna,
Y él la dice, de cólera cegado:
— «¡Que caiga en tí la maldición eterna!» —

Y escapa Honorio, entre espantado y fiero,
Del seno de las llamas desprendido,
Como hombre que ha ofendido al mundo entero,
Y que aborrece al mundo que ha ofendido.

ESCENA DUODÉCIMA.

LA LLUVIA DE ESPERANZAS.

LUGAR DE LA ESCENA: *Delante del Sol.*

PERSONAJES.

JESÚS EL MAGO. — HONORIO.

ARGUMENTO.

Honorio pide consejo á Jesús el Mago, el cuál le dice que obre con arreglo á su conciencia. Jesús el Mago sube al trono del sol, desde donde vierte, al amanecer, una lluvia de esperanzas. Descripción del amanecer. Invocación á Jesús el Mago, como dispensador de las esperanzas.

Viendo siempre la extumba de soslayo,
Prosigue Honorio su aturdido vuelo,
Y encima ya de la región del rayo,
Se encuentra cara á cara con el cielo.

Y anvanza inquieto, y cuanto más avanza,
La causa mira más de sus pesares,
Como el pobre proscrito cuando lanza
La postrera mirada á sus hogares.

Y viendo Honorio que Jesús atento
Le contemplaba triste y apacible,
— «¿Qué haré?», — le dijo con amargo acento,
«¿Hoy, que el bién para mí ya es imposible?»—

— «Ten fé» —, dijo Jesús; — «en Dios confia,
Y no será tu desventura tanta,
Pués al bién puede unirte todavía
Alguna mano cariñosa y santa.

«Tu gusto, áun transmigrando, será el mío;
Sea el juéz de tí mismo tu conciencia:
Obre primero, Honorio, tu albedrío;
Que después ya obrará la Providencia.» —

Dice Jesús, y por las aires sube,
Cuál blanco grupo de vapor fulgente,
Como yendo á esperar de nube en nube
Al sol, que se elevaba lentamente.

Y vió Honorio después que, al sol llegando,
Iba del alba entre la lúz primera,
Semillas de esperanzas arrojando
En su marcha triunfante por la esfera.

Y es que Jesús las esperanzas vierte
Ante el trono del sol, de Cristo en nombre,
Desde el gran día en que rompió su muerte
La servidumbre universal del hombre.

Por eso ya á granel, ya de una en una,
Vierte, hechas lúz, en nombre del Ungido;
Esperanzas de gloria y de fortuna,
De fé, de amor, de libertad y olvido.

Era la hora en que del alba el velo
De una noche de horror borra las huellas,
Y ya el sol, ascendiendo por el cielo,
Recogía á su paso las estrellas.

Honorio, en esperar siempre remiso,
De su vida de amor desesperado,
Se oculta en el crepúsculo indeciso,
Entre el sol y la sombra colocado.

Y conforme la lumbre los colora,
Despojándose van los horizontes
De esos velos de gasa que á la aurora
Se arrollan á las faldas de los montes.

Alegre el mirlo, al alba saludando,
Ya á la cima del árbol se encarama,
Y trás de una canción otra entonando,
Canta y salta á la vez de rama en rama.

Del lecho de sus únicos amores
Las zagalas en paz se alzan tranquilas,
Pués la lúz anunciando á los de pastores,
Mueven las vacas su collar de esquilas.

Y empieza el humo á circular ligero
Desde el hogar de la felíz cabaña,
Y ya una vez el canto del jilguero
El éco repitió de la montaña.

Y en tanto que Jesús cruza la esfera
Entre la sombra y el confín del día,
Se oculta Honorio, sin mirar sin siquiera
La lluvia de esperanzas que caía.

Y murmuró por fín: — «Se acabó todo;
Perdiendo á Soledad, todo lo pierdo:
Pensaré siempre en ella, y de este modo
Viviré, aunqué infelíz, con su recuerdo.»—

Y por última vez mira á la tierra,
Y el negro rumbo de la noche toma,
Y por no ver ni áun esperanzas, cierra
Sus ojos de leon y de paloma.

Y entre tanto Jesús vierte, cernidas,
Semillas de esperanza y de contento
Por entre nubes, que, del alba heridas,
Cuál copos de algodón esparce el viento.

¡Felíz mil veces tú, Jesús bendito,
Que el santo honor por Jesucristo alcanzas
De cruzar ante el sol el infinito,
Derramando semillas de esperanzas!

Sembrando el aire, cuál tú Dios fecundo,
De ensueños, esperanzas y consuelos,
Urbem et orbem, la ciudad y el mundo,
Bendices desde lo alto de los cielos.

Tú de la aurora la naciente risa,
Trayendo dicha, á nuestra puerta llamas
Con voz como el susurro de la brisa
Cuando besa las puntas de las ramas.

De nación en nación, de gente en gente,
Derrama tu piedad tanto consuelo,
Que al que se crée maldito eternamente
Echas sobre él la bendición del cielo.

Tú das valor al que á vivír empieza;
Fé á los que sufren, ilusión al que ama;
Al pobre la esperanza de riqueza;
Al débil, de poder; al víl, de fama.

Yo también, porqué alívies mis desvelos,
De Cristo en nombre, mi oración te envío;
Acuérdate, al sembrar tantos consuelos,
De este rincón del mundo, Jesús mío.

Por tí al que pierde su esperanza, y llora,
Y reza al comenzar de la velada,
La perdida esperanza, con la aurora,
Se encuentra, al despertar, sobre la almohada.

¡Yo no aguardo esperanzas ni alegrías;
Más por la sangre pura del Ungido,
Manda á esa bendición que tú me envías
Que me traiga la dicha del olvido!

JORNADA TERCERA.

ESCENA DÉCIMATERCERA.

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN ÁGUILA.

LUGAR DE LA ESCENA: *En las nubes.*

PERSONAJES.

HONORIO. — UN ÁGUILA.

ARGUMENTO.

Cansado Honorio de la dicha del reposo, subiendo más en la escala de los seres, transmigra á un águila.

El verdadero amor nunca sosiega,
Y así el bién como el mal á todo alcanza;
Como el castigo á toda falta llega,
Le llega á cada pena su esperanza.

Honorio, en aquél cáos sepultado,
Principio de la noche y fín del día,
En vano, en sus memorias abismado,
Cara á cara al fastidio desafía.

Sobrexcitando su inmortal quimera,
Su eterna aspiracion á ser dichoso,
En transmigrar pensó por vez tercera,
Cansado de la dicha del resposo.

Buscando un sér para su nueva historia,
Puso Honorio, por fín, sus asechanzas
Sobre un águila, símbolo de gloria
De los pueblos que viven de matanzas.

Y aguarda un día y otro á que altanera
El águila caudál cruce á su lado,
Como el que vuelto hácia la mar espera
El regreso del barco deseado.

De transmigrar de nuevo ya anhelante,
La vé como el que afila su mirada,
Cuando, atrevida, el cielo cruza errante
Con sus aires de reina destronada.

Viendo una vez su brillo de topacio,
Cuál desciende el halcón sobre su presa,
Honorio, trás del águila, el espacio,
Como descarga eléctrica, atraviesa.

Sigue al pájaro el alma diligente,
Y al verse, gime Honorio y grita el ave,
Ella con voz aguda y estridente,
Y él con la voz ya lúgubre, ya grave.

Al águila en sus giros caprichosos
Persigue Honorio, y persiguiendo aterra
Al ave á quién los pueblos belicosos
Escogen por enseña de la guerra.

El fantasma y el águila luchando,
Se persiguen, se acosan y se acechan,
Y haciendo inmensos círculos, volando,
Poco á poco sus órbitas estrechan.

El ruido extraño que luchando hacían,
Lúgubre Honorio, el águila estridente,
Confundidos, un grito producían
Parecido á la risa de un demente.

Con el fantasma el pájaro revuelto,
Si avanza el uno, el otro se retira,
Y vé éste al fín que, por el alma envuelto,
Hecha nube, la aspira y la respira.

Hasta el pulmon el pájaro acosado
Por un vapor que respirar no quiere,
Con el pico torcido y acerado,
Al fantasma picando, el viento hiere.

Sintiendo el doble afán que sentiría
El que aspirase un alma en un aliento,
Vió el ave que por grados adquiría
Vida, instinto, pasión, casi talento.

Y Honorio, al transmigrar, vé con encanto
Más aire y lúz, más infinito el cielo,
Miéntras se siente el águila, entre tanto,
Superior á sí misma por el vuelo.

Rey uno de otro, y á la vez vasallo,
Juntos los dos en transfusión suave,
Cuál se encarna el centauro en el caballo,
De Honorio el alma se encarnó en el ave.

Y de un alma ya el águila animada,
Lanza de gozo y de victoria un grito,
Atravesando audáz con la mirada,
Y casi en un momento, lo infinito.

Como pájaro humano, á todo excede
En pensar y en volar, pués nadie sabe
Lo que puede pensar, y volar puede,
Un espíritu de hombre en cuerpo de ave.

Dueño ya Honorio del leon alado,
Después de tanto esfuerzo y pena tanta,
Con cierta espécie de chirrido hablado,
Del amor inposible el himno canta.

ESCENA DÉCIMACUARTA.

LO QUE CANTAN LAS AVES.

LUGAR DE LA ESCENA: *En todas partes.*

PERSONAJES.

HONORIO, CONVERTIDO EN ÁGUILA.

ARGUMENTO.

Canta una golondrina, como Honorio, el himno del amor imposible. — Honorio, convertido en águila, vierte flores sobre el lugar donde estuvo la tumba de Soledad. — Descripción del crepúsculo de la tarde. — Cesa con la venida de la noche el canto de las aves.

Ya entre enjambres de espíritus camina,
Hecho un águila, Honorio, y entre tanto
Una gárrula y mansa golondrina
Me aturde con la jerga de su canto.

Si este pájaro hablase, ¿qué diría?
Nos diría que al alba se levanta,
Y que, gimiendo hasta acabarse el día,
Del amor imposible el himno canta.

Diría que es un alma que, á otra amando,
Ni dió en la vida páz, ni halló contento,
Y que, áun febríl, volando y más volando,
Descansa en el eterno movimiento.

Diría que, por culpas que ella sabe,
La hizo Dios un espíritu sin nombre,
Y que en su idióma rítmico, aunqué es ave,
Charla, grita y dialoga como el hombre.

Diría, en fín, que su desdicha es tanta,
Que, después de morir, vive gimiendo;
Que también, como Honorio, el himno canta
Del amor imposible, así diciendo:

— «¡Bendita sea el alma que no sabe
Sobrevivír á una ilusión perdida,
Y luégo muerta, y transmigrada en ave,
Canta el amor de su primera vida!

«¡Bien haya la pasión del sér bendito
Que sueña que algún día, sin cuidados,
Allá entre el esplendor de lo infinito
Sus votos colmará nunca saciados!

«¡Bendita el alma, á la que, siempre pura,
La tentación de lo ideál acosa;
Que embebida en sus sueños de ventura,
Nada encuentra felíz, y así es dichosa!

«¡Bien haya el qué, en su dicha desdichado,
Quiere á su ingrato amor porqué le quiere,
Y que acaba la vida resignado,
Bendiciendo al ingrato por quién muere!

«¡Dichoso el qué por sueños de mañana
No halla hoy placeres ni ventura cierta,
Pués sólo hay dicha para el alma humana
Miéntras soñando está que está despierta!»—

El imposible amor así cantando,
Golondrina locuáz, caerás rendida,
Cómo en su cuerno de marfíl Rolandó
Gastó su fuerza hasta acabar la vida.

No importa: canta así, pués tus amores
Escucho con tal fé, que no me extraña
Que sólo por las aves y las flores
Tenga el palacio envídia á la cabaña.

A tus abuelos, como á tí, volando,
Ví en torno de mi cuna siendo niño:
¡Cuánto recuerdas á mi amor, charlando
De mi madre los brazos y el cariño!

¿Serás la misma tú que á mi ventana
Escuché tantas veces extasiado,
Cuando al compás de tu canción, mi hermana
Se columpiaba á un lado y á otro lado?

Tu fuente inagotable de ternura
Derrama en torno mío, ¡oh golondrina!
Canta más, melodiosa criatura,
Azúl reflejo de la lúz divina.

Cuando véa en otoño tristemente
Que tu nidada hácia el Egipto pasa,
Te diré que no olvides en Oriente
El nido del alero de mi casa.

Di á tus hijos que vengan algun día
A proseguír tu interrumpido canto
A este albergue, en que reina la alegría
Del contínuo festín del libro santo.

Y diles que tu pena aquí en mi pecho,
Como en el tuyo, siempre halló morada;
Que jamás desoída fué en mi techo
Tu redicha canción, nunca imitada.

Porque causa tu voz tan tierno encanto,
Que escucha Honorio tu canción divina,
Miéntras, rendido con mortal quebranto,
Entre enjambres de espíritus camina.

Paseando con olímpico denuedo
Su amor eterno y su inmortal constancia,
Vuela y vuela, cuál pájaro, sin miedo,
El tiempo suprimiendo y la distancia.

Él, que, obcecado por la vez tercera,
De piedra en árbol transmigrando, lucha,
Ya águila al fín, del ritmo de la esfera
El éco, cuál Pitágoras, escucha.

De Soledad, volando, presentía
En dónde el sitio de la tumba estaba,
Y sin duda el lugar reconocía
Por el santo perfume que exhalaba.

Y círculos y círculos describe,
Y circulando así, jamás se ausenta
De un cierto punto azúl, donde se vive
En páz miéntras que ruge la tormenta.

Como alma que su hermana anda buscando,
Va una vez y otra vez, cuál de pasada,
Sobre la ex-tumba una mirada echando,
Jamás por el dolor escarmentada.

Y excepto de su voz algún gemido,
Pensando ver el alma que no olvida,
Son sus ojos el único sentido
En que voráz reconcentró su vida.

A veces, al mirar, tras corta ausencia,
De Soledad la ex-tumba, un ¡ay! exhala,
Y derrama jazmines de Valencia
Y rosas de los huertos de Bengala.

Y en tanto que entre espíritus camina
Honorio, y sin llorar, se ahoga en llanto,
La gárrula y flotante golondrina,
Para llorar también, cesó en su canto.

Y es que llega la noche, y no gorjean
Las aves su canción en torno mío,
Porqué ya las estrellas centellean
Del alto cielo en el azúl sombrío.

Por la lúz del crepúsculo asaltados,
Ya bajando los pájaros el vuelo,
Descienden á los bosques y á los prados,
Como flores caídas desde el cielo.

La noche avanza, y á esparcir empieza
Los coros de las pobres avecillas,
Como al traer otoño su tristeza,
Sus brumas y sus hojas amarillas.

Ya al aura de la tarde, que fluyendo
Se perfuma por bosques de rosales,
Los árboles se inclinan, como oyendo
Misteriosos conciertos celestiales.

Y al tiempo en que se ocultan los pardillos,
Monótonos los buhos se levantan,
Y ya comienzan á entonar los grillos
Unas canciones de adormír que encantan.

Y al fín un himno á resonar empieza,
Misterioso, confuso, palpitante,
Que sin duda alza á Dios naturaleza,
Perpétua madre y eternal amante.

Himno de amor, que cantan los ambientes
Y las ondas del aire y las del río,
Los árboles, las aves y las fuentes,
En las noches serenas del estío.

Queda Honorio en las nubes, y entre tanto
Un solo ruiseñor, muerto de pena,
Velando como yo, con triste canto
El gran silencio de la noche llena.

Vén, noche, vén, y hácia la pena mía,
De olvido y sueño enriquecida, avanza;
Vén, miéntras suenan, al rayar el día,
Los himnos de la alondra á la esperanza.

ESCENA DÉCIMAQUINTA.

LA VERDAD DE LO QUE SE DICE.

LUGAR DE LA ESCENA: *Encima y no léjos del mundo.*

PERSONAJES.

HONORIO. — LA CAVA. — EL CONDE DON JULIAN.

ARGUMENTO.

Vagando Honorio, llega á una región de la atmósfera donde se oye la verdad de todo lo que se dice. — Oye después que Florinda hace á su padre el Conde D. Julian la confesión de cómo fué engañada por el Rey D. Rodrigo. — Luégo Honorio escucha las maldiciones que en algún tiempo lanzó sobre su raptor su hermano Palaciano, secuestrado entónces y preso por él. Horrorizado Honorio al oír las quejas de su hermano, huye de la esfera en donde se oye la verdad de todo lo que se dice.

Vagando Honorio por el aire un día,
Halla una esfera, de sonidos llena,
Que un éco de este mundo parecía,
Pués cuanto se habla en él, allí resuena.

Se sabe del lugar de donde vienen
Y adonde ván, cuando se ván, los ruídos,
Y en aquella región siempre se tienen
Cargados de rumores los oídos.

Por hechos mil, á la razón extraños,
Suena allí todo ruido en un momento,
Y si unos tardan días, y otros años,
Alguno tarda un siglo, y otros ciento.

Oía tanto Honorio, que hasta oía
El recuerdo del són que muerto estaba,
Y hasta el silencio mismo parecía
Que, cuanto era mayor, más se escuchaba.

Se oye el más leve murmurar del viento,
Lo que el que duerme en sus ensueños dice,
El ¡ay! del triste, el grito del contento,
El ódio que entre dientes nos maldice;

La tierna voz del que á vivir empieza,
El éco del que ríe y del que llora,
La madre fiél que por el hijo reza,
Y el jóven que requiere á la que adora;

El víl que se desliza cuál serpiente,
El héroe que galopa á toda brida,
La campana que anúncia, indiferente
Tocando, nuestra muerte y nuestra vida;

El que duerme tranquilo en las cabañas,
Los que casi en silencio hablan de amores,
Y esas cosas monótonas y extrañas
Que el céfiro, al pasar, cuenta á las flores.

Honorio á oír con ansiedad se puso
Una voz de mujer, que gime hablando,
Y se empeña en saber, todo confuso,
Si aquello es cierto, ó si estará soñando.

Y entre un gemido oyó, y otro gemido,
Que así la Cava sus amores cuenta;
Y Honorio, que la escucha enternecido,
Para oirla mejor, casi no alienta.

LA CONFESIÓN DE FLORINDA.

Del Tajo en la ribera, así la Cava
Triste le hablaba, á Don Julian sombrío,
Ocultos en un soto que formaba,
Entre dos orlas de álamos, el río.

Florinda, echada de su padre al cuello,
Así su pena á referír comienza:
— «¡Cómo empezar, Señor! ¡Cómo hablar de ello!
¿Quién me esconde de mí? ¡Tengo vergüenza!

«Aunqué perdón por mi desdicha imploro,
Por vuestra vida os juro, que es la mía,
Que, en mi infantíl candor, del mal que lloro
El cómo fué no sé; yo no quería.

«Ántes de hacer, más que galan, cobarde,
A mi inocencia y á su honor agravios,
Siempre al decirme el Rey *El cielo os guarde*,
Me cerraba los ojos con sus labios.

«Yo, ajena del amor que le inspiraba,
Dejándome querer, pensé, inocente,
Que Rodrigo en los ojos me besaba
Como besan los padres en la frente.

«Una noche ¡ay de mí! sentí durmiendo
El beso de los ojos en la boca.....» —
Calló un instante, y prosiguió diciendo:
— «¡De pensar lo demás, me vuelvo loca!» —

Tras nueva pausa continuó, llorando:
— «¡Cuánta afrenta y dolor, Vírgen María,
Hallé en mi corazón, la lúz mirando,
Que brilló como siempre al otro día!

«Luégo, ni amante, ni siquiera amigo,
Si al verme, *El cielo os guarde* murmuraba,
No volvió á darme el infelíz Rodrigo
Aquél beso en los ojos que me daba.

«Tanto á los dos nuestro recuerdo humilla,
Que, él pensando en su honor, yo en mi pureza,
Con cierta palidéz, casi amarilla,
Bajamos al mirarnos, la cabeza.» —

Y ahogada en llanto, y sin mirar al padre,
Una vez y otra vez le repetía:
— «Más por la sombra, os juro, de mi madre
Que el cómo fué no sé; yo no quería!» —

Con lágrimas de amor y de despecho
Vé el llanto de Florinda el pobre Conde,
Y con noble pudor, contra su pecho,
Como ocultando el de ella, el suyo esconde.

Y haciendo al cielo, al que miró con saña,
Testigo del furor de sus querellas,
Un ¡ay! lanzó, que consternando á España,
Por encima rugió de las estrellas.

Las quejas que algún día alzó su hermano,
Oye Honorio después, todo aturdido,
Y es para él la voz de Palaciano,
Más que audición, remordimiento oido.

De la verdad en la celeste esfera,
Oyendo aquella voz que resonaba,
Sin pestañear, la oía de manera,
Que casi con los ojos la escuchaba.

Miéntras que Honorio de su hermano oía
Maldiciones y gritos de venganza,
De aquellos ojos de águila vertía
Destellos de un dolor sin esperanza.

Maldice Palaciano, secuestrado,
Al que fué su raptor, desde un abismo;
Y Honorio oye su voz desencajado,
Cuál si fuese el fantasma de sí mismo.

Y triste, y ciego, y de furor beodo,
Sube, y baja, y suspira, y de repente,
De aquella esfera en que se oía todo,
Desconcertado, huyó como un demente.

Y vuela con histérica agonía,
Y suelta Honorio, al emprender su vuelo,
La risa que el demonio inventó el día
En que lanzado fué del alto cielo.

ESCENA DÉCIMASEXTA.

LA VERDAD DE LO QUE SE HACE.

LUGAR DE LA ESCENA: *El mundo á vista de pájaro.*

PERSONAJES.

HONORIO. — CÉSAR. — PALACIANO. — UN BUHO.

ARGUMENTO.

Cómo no hay nada grande ni nada pequeño, al huír Honorio de la esfera en la cuál se oye todo cuanto se dice, llega á otra región donde se vé todo cuanto se hace. — Vé á César á la orilla del Rubicón, límite de su gobierno, que las leyes le prohibian traspasar, consultando el augúrio del vuelo de las aves. — Oye cantar á un buho, le arroja una piedra para ver hácia dónde vuela, y espantado el buho, pasa el río y se dirige hácia Roma. — César, suponiendo que el vuelo del pájaro es la voluntad de los Dioses, pasa el Rubicón. — Vé después Honorio el acto en que gentes enviadas por él aprisionan y secuestran á Palaciano. — Avergonzado de su acción, huye Honorio, alejándose de la región en la cuál se vé todo cuánto se hace.

De vuelo en vuelo, al fín, de pausa en pausa,
Se queda Honorio á contemplar atento
Ese espejismo mágico que causa
La desiguál rarefacción del viento;

Y un alta esfera de la lúz querida
Vé Honorio, donde, en óptico escenario,
Contempla cada drama de la vida,
Cuál si fuese algún drama imaginario.

Cuándo, al final de su veloz carrera,
De la audición la atmósfera traspasa,
Ascendiendo, ascendiendo, halla la esfera
Donde se vé cuanto en el mundo pasa.

Mira Honorio las ánsias y el desvelo,
La fé sangrienta, la inquietud horrible
Del hombre de ambición, en quién el cielo
Grabó la tentación de lo imposible.

Trasluce las visiones transparentes
Que áun guarda en el no sér lo no venido,
Y mira los espectros refulgentes
De los imperios que en la tierra han sido.

Se miran con horror santificados
El deshonor, el vicio y la ignorancia,
Cuándo se vén los hombres despojados
Del prestigio del tiempo y la distancia.

Vé Honorio con tristeza que aminoran
Las glorias del mortal, ruines misterios,
Que Dios, aunqué los césares lo ignoran,
Destruye por nonadas los imperios.

Y mira, en prueba de ello, una mañana,
Que á César hácia Roma un ave guía,
Pese al orgullo de la historia humana,
Engañosa ó engañada hasta aquél día.

Mira al héroe mayor, que, batallando
Con no usado valor é inútil brío,
El mundo se le escapa, conquistando,
A fuerza de batallas, el vacío.

Y meditar le mira el gran perjúrio,
Que áun duda cometer su alma traidora,
Hasta que así, de un buho ante el augúrio,
Conquista la nación conquistadora.

EL BUHO DE CÉSAR.

Junto á un río, una noche, piensa un hombre
Delgado, calvo, pálido y pequeño,
Que es cosa víl para su ilustre nombre
Ser siempre vencedor y nunca dueño.

Vacilante en la sombra, al fín se inflama,
Ya del alba á los pálidos destellos,
Y — «El mundo y Roma, ó yo», — resuelto exclama.
«Si no paso, ¡ay de mí!; si paso, ¡ay de ellos!» —

Y el tardo vuelo á consultar se humilla,
Cómo augúrio felíz de cosa santa,
De un buho que en un árbol de la orilla
Con monótono són pausado canta.

Aquél César audáz, tan orgulloso,
Que el orbe entero avasallar quería,
Cómo romano, al fín, supersticioso,
Del buho en la presciencia encuentra un guía.

— «Si vá hácia Roma, dice, paso el río»; —
Y añade, abandonándose al acaso:
— «El rumbo de su vuelo será el mío.
Si pasa, paso; y si no pasa, ¿paso?...» —

Se acerca al árbol silencioso y grave;
Cauto, una piedra de entre el césped toma;
Se alza, la tira, y espantada el ave,
Pasando el Rubicón, voló hácia Roma.

Siguió César detras, y luégo á duo,
A la primera lúz de la alborada,
En tanto que pausado canta el buho,
— «¡Ya está, César gritó, la suerte echada!» —

Del Rubicón sobre la opuesta loma
César gritando: — «¡A Roma!» — al mundo espanta;
Y contestando la legión, — «¡A Roma!» —
Con monótono són el buho canta.

— «Y nos mintió después que oyó trompetas» —
Murmura Honorio, — «y cantos de victoria,
Y sueños, y visiones, y cometas,
La nécia intemperancia de la historia.

«Y es que al besarle cuál señor, más tarde,
Servíl el pié, se avergonzó la tierra
De que á un pájaro fé diese cobarde
Este génio del vicio y de la guerra.

«¡Suerte fatal, que con augúrios ande
La vida de los Césares mezclada!
Cuando un buho es un buho, es César grande;
Cuando un buho es su dios, César no es nada.» —

Honorio, después de esto, el tiempo andando,
A César contempló del mundo dueño,
Y el Rubicón y el buho recordando,
— «Nada hay grande, exclamó, nada hay pequeño.»

Y vé después que á Palaciano, un día,
Gente enviada por él aprisionaba,
Y dudando de aquello que veía,
Quería persuadirse que soñaba.

Con la mágia cruél del espejismo,
De su antiguo baldón la infamia crece,
Y viendo la deshonra de sí mismo,
De vergüenza su pecho desfallece.

Y la extensión cruzando del vacío,
Se aleja hasta de sí con loca prisa,
Sintiendo de la fiebre el calofrío,
Que acaba siempre en convulsión de risa.

Y llevando de nuevo hácia otra esfera
La triste historia de su amor eterno,
Huía con terror, como si huyera
Rozando con los bordes del infierno.

ESCENA DÉCIMASÉPTIMA.

LA VERDAD DE LO QUE SE PIENSA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Debajo y cerca del cielo.*

PERSONAJES.

HONORIO. — EL DANTE. — PALACIANO.

ARGUMENTO.

Subiendo Honorio de la región donde se vé todo lo que se hace, se encuentra en otra región donde se penetra todo lo que se piensa. — Allí, entre otras cosas, vé el siguiente último sueño del Dante:

El Dante, poco ántes de morir, sueña que vive Beatríz, y que sus enemigos, los Güelfos, le encierran en la torre del hambre de Ugolino, para que desde ella vea cómo ejecutan á Beatríz, haciéndola morir en un cadalso. — Al ver el tormento y muerte de Beatríz, el Dante sigue soñando que se estrella la frente contra el suelo, y del dolor que le causa la caída, muere despertando en el otro mundo. Encuentra, al entrar en el cielo, á Beatríz.

Después Honorio sorprende el pensamiento de Palaciano, fijo en el semblante de Soledad, y desde la región del lugar donde se penetra todo lo que se piensa, vuelve á bajar á la esfera donde se vé todo lo que se hace. — En este región vé la imágen de Soledad en un altar, y clavada en ella la mirada de Palaciano; y por no verlo, baja Honorio á la esfera donde se oye todo lo que se dice. — En esta última región oye la oración que Palaciano eleva á Dios rogando por Soledad, y Honorio vuela hácia donde suena la voz de su hermano.

Y vuela Honorio más, y á cada paso
Sus ojos con valor rápidos miden
Las etéreas regiones, donde acaso
Las suertes de las almas se deciden.

Y llega, de dolor calenturiento,
A otra región más alta y ménos densa,
Donde abarcando el mundo el pensamiento,
Penetra desde allí cuanto se piensa.

Y tanta alma conoce disfrazada,
Que el globo desde allí le parecía
Una mina de crímenes cargada
Que á un rayo de verdad reventaría.

Viendo Honorio á la lúz de la evidencia
La secreta intención de las acciones,
Que es en el mundo, advierte, la existencia
Un ojeo de tigres y leones.

Si Dios las cosas separase un día,
De las que falsas son, las verdaderas,
El hombre hácia los bosques correría
A disputar sus antros á las fieras.

Mira Honorio que, en lucha desastrosa,
No va el hombre á su hermano destrozando,
Porqué en pos la mentira va, piadosa,
Las garras de los tigres afelpando.

Y un día Honorio con dolor repara
El gran remordimiento y la agonía
Que revelan los pliegues de la cara
Del padre de la ardiente poesía.

EL ÚLTIMO SUEÑO DEL DANTE.

En su lecho, al morír, Dante reposa,
Y en vez de descansar, sueña el poeta:
Una visión terrible y espantosa
Con bárbaro furor su sueño inquieta.

Viva y hermosa á Beatríz soñaba,
Y que, puesto en prisión por Gibelino,
Para verla, á la reja se asomaba
De la *Torre del Hambre* de Ugolino.

¡Atróz remordimiento! Sueña el Dante
Que en la Torre del Hambre se le encierra
Para hacerle sufrír la más punzante
De todas las angústias de la tierra.

Entre unos Güelfos, de furor beodos,
Mira á Beatríz llorando tristemente,
Y sufre en uno los tormentos todos
Que hizo él sufrir en la *ciudad doliente*.

Y cuando esto soñaba, iba cayendo
Un llanto de sus párpados, que ardía,
Mirando á un pregonero que, leyendo
La sentencia fatal, así decía:

— «Aunqué es tan sólo el gibelino Dante
Un loco que escribió lo que soñaba,
Hoy vengarán los Güelfos en su amante
Cuanto hizo padecer á los que odiaba.

«Cuál vampiro, las tumbas escarbando,
Fué exhumando cadáveres, y luégo
Las frentes de los Güelfos señalando
Con lúz de infamia y rótulos de fuego.

«Que sufra el Dante en el dolor de aquella
Que sus cantos de fúria le inspiraba:
Muera en su nombre ahorcada la doncella
Que, áun niña y sin amor, ya le adoraba.

«Él al infierno condenó inclemente
Cualquiera papa ó rey, siendo enemigo;
Quién hizo padecer injustamente,
Que sufra justamente iguál castigo.

«Véa el Dante espirar, desesperado,
El solo aliento de su vida entera;
Y siendo en Beatríz ajusticiado,
Ya que á hierro mató, que á hierro muera.» —

Viendo el Dante el patíbulo afrentoso,
De la tarde á los últimos reflejos,
— «¡Malditos Güelfos!», — murmuró furioso,
Pensando en alta voz como los viejos.

Y al ruido de los Güelfos, que aplaudían,
De su sueño juguete desdichado,
Vió que al cadalso á Beatríz subían,
Sudando el Dante, y á la vez helado.

Armados ya con el dogal, rompieron
Las gasas de aquél cuello, á cuyo broche
Sólo á tocar ocultas se atrevieron
Las álas de las brisas de la noche.

Y al cuello de Beatríz á echar se atreve
Un sayon el dogal con insolencia,
Sin el santo respeto que se debe,
Más bien que á la virtud, á la inocencia.

Dante su cárcel con furor recorre,
Y — «¡Oh Ugolino! ¡Ugolino!», repetía;
«Fué un idílio de páz, en esta torre,
Tu muerte, comparada con la mía.» —

Mirándola otra vez, sacude airado
Los hierros de la reja en que se asoma,
Viendo ya negro el círculo azulado
Que rodeaba sus ojos de paloma.

La turba de los Güelfos aplaudía,
Viendo al Dante rugír como una fiera;
Y en tanto el pregonero repetía:
— «El que á hierro mató, que á hierro muera.» —

De venganza tan víl, á Dios clamaba,
La maldición mezclando con el ruego,
El hierro de la reja en que miraba
Escaldando con lágrimas de fuego.

Y un no sé qué mirando de hito en hito,
— «¡Dame ahora,» gritaba, «patria mía,
Más llanto que verter, ya que proscrito
Te he dado cuantas lágrimas tenía!» —

Beatríz rompiendo de la vida el yugo,
La vista alzaba de la misma suerte
Que quién pide perdón para el verdugo
En la hora prostrera de la muerte.

Y después que ella espira, él vé espantado,
Yendo y viniendo en tenebrosos giros,
De espectros el patíbulo erizado,
De perros vagabundos y vampiros.

Y al verlos repartirse en són de guerra,
De Beatríz los miembros destrozados,
Cayó rendido quién infierno y tierra,
De venganza y terror dejó agotados.

Vuelto ya en sí, su sangre cuál torrente
Por sus artérias rápida corría,
Y contra el suelo se estrelló la frente
Cuando vió, sin morir, que ella moría.

Y soportar el Dante no pudiendo
El golpe atroz de su mortal caída,
A un tiempo despertándose y muriendo,
Despertó, despertando en la otra vida.

Y ya en la vida eterna, al fín vió Dante
Que su alma soñó lo que temía,
Y encontró á Beatríz, cuyo semblante
Hacer palidecer al sol podría.

Por caminos de lúz vá de la que ama
El Dante en pos, con el anhelo mismo
Con que asimos en sueños una rama,
Creyéndonos lanzados á un abismo.

Y — «¡He sufrido, al morir, la dijo, tanto!...»
Y contestó Beatríz, de gracia llena:

—«Ya ví que á punto de morir de espanto,
Al fín tu sueño te mató de pena.

«Tú, al castigarte en sueños, iracundo,
El ódio que has sembrado recogías.
Para aquél que obra mal en ese mundo
No hay bellas noches ni serenos días.

«Hoy conmigo vendrás al paraíso,
Pués sentiste al morir remordimientos:
Así purificar el cielo quiso
Tu alma de culpables pensamientos.» —

Dijo al Dante Beatríz, y lo guiaba
Por la región de las celestes brisas,
Y el horror de su sueño disipaba
Vertiendo en derredor santas sonrisas.

La mística ciudad, por fín, tocando,
Con la actitud de un Dios sin resplandores
Entró en el cielo el que vivió soñando
En la eterna *ciudad de los dolores.*

Desde aquél sitio Honorio, en su presciencia
Los hombres y las cosas penetraba,
É intranquila al mirar tanta conciencia,
—«¡Cuánto sueño del Dante!...», murmuraba,

Y descorrido al ver el denso velo
Que cubre el corazón, pensó aquel día
Que es la mentira víl un don del cielo,
Y una inícua virtud la hipocresía.

Más luégo, desdichado y siempre amante,
Tornando, al fín, á su inmortal tormento,
De Soledad clavado en el semblante,
Penetra de su hermano el pensamiento.

Y á desandar volviendo su carrera,
Con sentimiento aquí, y allí con ira,
De la visión bajando hácia la esfera,
Vé de color de sangre cuanto mira.

Y en un altar la imágen adorada
De Soledad columbra, y que profano
Tiene en su rostro fija la mirada
De sus ojos amantes, Palaciano.

Y huye más, y huye más, y cuando el vuelo
Hácia el lugar de la audición tendía,

Oye Honorio que mística hácia el cielo,
De Palaciano una oración subía.

Nombrando á Soledad, oye que de ella
La eterna salvación, enamorado,
Le pide á Dios, por el amor de aquella
Que ha sido concebida sin pecado.

En boca de un rival le da aquél día
La oración por la que ama, tal martirio,
Que era el furor con que á su hermano oía,
El rencor en el colmo del delirio.

Y vuela oyendo y el lugar buscando
En que la voz de Palaciano suena;
Y parece, más que águila volando,
Un león que sacude la melena.

Por los celos cegado, el aire hiende
Con fiero amor é insólita arrogancia,
Y hácia la tierra con furor desciende,
Del sítio de la eterna resonancia.

Y ¿adónde vuela Honorio? ¡Adónde piensa
Saciár la inextinguible idolatría
De una pasión feroz, á la que inmensa
La misma eternidad no saciaría!

ESCENA DÉCIMAOCTAVA.

JUSTICIA POPULAR.

LUGAR DE LA ESCENA: *Una catedral.*

PERSONAJES.

HONORIO. — PALACIANO. — SOLEDAD. — PUEBLO.

ARGUMENTO.

Honorio celoso, después de mirar al centro de la catedral, y ver la imágen de Soledad colocada en un altar, entra por el rosetón de la fachada, y empujando el águila de bronce que contenía el fuego sagrado, se repite la misma escena que ocurrió en la catedral de Valencia el 21 de Mayo de 1469, pués al bajar, como entónces se acostumbraba, desde el cimborio, un águila echando fuego, saltó una chispa que hizo arder el altar, fundiéndose la plata que contenía, la cuál corrió hasta la reja del presbiterio. — El águila en que se halla transmigrado Honorio es maltratada, presa y condenada á morir en una hoguera. — Después de quemada el águila, huye el alma de Honorio, y bajando Soledad, se mete en la hoguera, en expiación de los pecados de Honorio, y sufre por él los tormentos á que estaba condenado.

Rápido, altivo, enamorado, ardiente,
Sigue Honorio su vuelo infatigable.
Estar loco de amor es tan frecuente
Como es lo natural inevitable.

Furioso, de la cima de los cielos
Bajó, como el que baja un precipicio,
Llevado de la rábia de los celos,
Que roe el corazón y turba el juicio.

De la gran catedral ya frente á frente,
Al bajar de las zonas superiores,
Vé que de lúz vomitan un torrente
Las ventanas de vidrios de colores.

La voz de Palaciano en lontananza
Solemne desde el púlpito retumba,
Y Honorio, para oírle, el rostro avanza,
Cuál máscara exhumada de una tumba.

Hácia el altar, que brilla esplendoroso
Y es el blanco de ardientes oraciones,
Honorio un no sé qué de misterioso
Vé, ahogado por sus mismas pulsaciones.

Entre la lúz inmensa que fulgura,
A los ojos de Honorio se presenta,
Igual á Soledad, una escultura,
Que como el sol sobre el altar se ostenta.

De ella esculpir las púdicas facciones
Palaciano mandó, devoto y tierno,
Y él con ojos lo vé cual los tizones
Que enciende Satanás en el infierno.

Y clavando en la imágen su mirada,
Tanto ó más que celoso, sanguinario,
Por el gran rosetón de la fachada
Hasta el fondo voló del santuario.

Dejan á Honorio, al penetrar, á oscuras
De unas luces sin fín los resplandores;
Más vé en torno después las mil figuras
De ángeles, cristos, santos y doctores.

Y unas formas que en otras se perdían
Vió, no sé si en quietud ó en movimiento,
Que del suelo á la bóveda subían,
Bajando de la ojiva al pavimento.

Y vió que por las naves se enlazaban,
Corriendo en variedad inagotable,
Dibujos y calados que imitaban
Tejidos de un vapor imponderable.

Todo el génio del arte, en savia ardiente,
Por ramos y molduras se extendía,
Y la masa de piedra, transparente,
Bajo el cincel su pesadez perdía.

Y cuál grita al salír, exorcizado,
Del cuerpo, Satanás, de algún maldito,
Oyó el pueblo en la iglesia congregado
Un graznido feroz, casi inaudito.

Cuando Honorio irascible así gritaba,
El vulgo, embelesado y de fé ciego,
Bajando del cimborio contemplaba
Otra águila de bronce echando fuego.

Por Honorio empujada, se desploma
Sobre el altar esta águila humeante,
Y lanzado ya el rayo, Honorio toma
Un aspecto de Júpiter tonante.

Prende el fuego al altar, y de manera
Vá de un ángulo á otro ángulo corriendo,
Que al calcinar la llama la madera,
Funde la imágen la madera ardiendo.

Acude el pueblo, y el altar socorre;
Más pronto, derretido el gran tesoro,
Del presbiterio hasta la reja corre
De un sol fundido una cascada de oro.

El águila, aletazos sacudiendo,
Tanto la imágen deshacer quería,
Que hasta el oro en fusión que iba corriendo,
Quemándose las alas, esparcía.

Cuando ya en humo el águila altanera
Vió convertida del altar la gloria,
El rico timbre de su voz guerrera
La alegría expresó de la victoria.

Entre la rábia y el terror que pasma,
No sabe el pueblo, en su opinión incierto,
Si es aquél mónstruo un águila, un fantasma,
O un demonio tal vez que lleva á un muerto.

Le vé, le acosa, y destrozarle quiere,
Y rindiendo á aquél Hércules alado,
Por más que grita y que amenaza y hiere,
Queda á golpes muy pronto acogotado.

El pueblo, de su rábia en el delirio,
Le arrastra sin piedad, y ántes que muera,
Le impone, al fín, por último martirio
La pena de morir en una hoguera.

Le arrojan á la llama, y los sayones,
Celebrando el tormento merecido,
Lanzan gritos de horror y maldiciones
En torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fín, carbonizando
Entre la hoguera en que cayó jadeante,
Miéntras se iba entre el humo levantando,
De Honorio el cadavérico semblante.

Y huye después, y en tanto que divisa
La hoguera y los sayones, sobre el mundo
Va arrojando una histérica sonrisa,
Que revela el desprécio más profundo.

Y como suele á veces de la esfera
Bajar desconocido un meteoro,
Desciende Soledad, y entra en la hoguera
Con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incéndio de que Honorio huía,
Cuál mártir voluntario se atormenta,
Y al cielo el rostro con dolor volvía,
Como diciendo á Dios: — «Ténselo en cuenta.» —

Tranquilo el corazón, el alma pura,
Santa redime al obcecado amante;
Y brilla más al fuego su figura,
Como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hácia el cielo la gentíl cabeza,
Triste y alegre Soledad tenía
Los ojos impregnados de tristeza
Y la frente radiante de alegría.

Después de tanto afán y penas tantas,
Cuanto sufre por él, tanto ella goza,
Obrando generosa, cuál las plantas,
Que perfuman el pié que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira
Que abrasa á un ángel de hermosura extrema,
Pués sucede á menudo que la ira,
Por quemar á un demonio, á un ángel quema.

JORNADA CUARTA.

ESCENA DÉCIMANOVENA.

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN HOMBRE.

LUGAR DE LA ESCENA: *Diócesis del obispo Palaciano.*

PERSONAJES.

LOS DOS HONORIOS.

ARGUMENTO.

El alma de Honorio, completando la escala de los séres, vuelve á transmigrar al cuerpo de un jóven profeso, á quién, al confirmarle el obispo Palaciano, le puso el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento
Vive felíz un jóven en clausura,
Alma de fé, de paz y de contento,
De inocencia impregnada y de dulzura.

Con el nombre de Honorio, siendo niño,
Le confirmó el obispo Palaciano;
Recuerdo inolvidable del cariño
Que profesaba á su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,
Sólo en las ciencias su pasión encierra,
Como una de esas almas resignadas,
Que jamás se confían á la tierra

Grande es su fé, severa su alegría,
Sus mejillas y lábios sonrosados;
Limpia y blanca, su frente parecía
La frente de una niña sin cuidados.

Un día cierto espíritu que vuela,
De niebla el brillo de sus ojos cubre,
Como la escarcha los retoños hiela
De los últimos soles del Octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,
Pués, de pronto, esta noble criatura
Presiente que á su espíritu de nieve
Un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado
Se encuentra, sin saberlo, á otra alma unida,
Sobre la vida, el jóven, que ha gozado,
¡Fatal resurrección! siente otra vida.

Y es que, uno resignado, otro altanero,
Con la duda amargando la inocencia,
En el humílde Honorio, Honorio el fiero
Transubstancia su vida en su existencía.

Al jóven con dolor, como el que siente
Su juventud á una vejez unida,
Ya empieza á parecerle vagamente
Sueño de fecha inmemorial su vida.

Tranquilo sin razón, ó turbulento,
Vé á veces con terror, y otras con calma,
Que un vapor tan sutíl como su aliento
Turba sus ojos ó ilumina su alma.

Parece que le envuelve, y no le toca,
Algun sér escapado de la tumba,
Que, inpalpable, al pasar, besa su boca,
Late en sus venas, y en sus sienes zumba.

En los sueños sin fín que le extravían,
Más que el cuerpo, su espíritu embarazan
Manos de lúz qué á su pesar le guían,
Y brazos aeriformes que le abrazan.

Al ver que sobre su alma se desploma
La invisible presión de alguna mano,
Se agita con pavor, cuál la paloma
Se agita bajo el vuelo del milano.

Se vuelve en torno, mira y no ve nada;
Más siente que tenaz, fría, invisible,
En el fluido eléctrico mezclada,
Le acosa una influencia indefinible.

Turbado, entre tristeza y alegría,
Con noble abnegación y hondo egoismo,
Con dos almas se encuentra cierto día,
Prisionero de guerra de sí mismo.

Luchan con ira ó con mortal desmayo,
Con sus gustos pasados los presentes,
Cuál si hubiese su espíritu algun rayo
Partido en dos mitades diferentes.

En un alma que ríe, otra que llora,
Como el mal en el bien, al fín se anida.
¡Oh Dios! y ¡cuántas veces, como ahora,
Se anidará otra vida en nuestra vida!

Así en lucha tenaz, en el pequeño,
Honorio el grande se embebió implacable,
Encadenando á un porvenir risueño
Un pasado del todo irreparable.

Y el jóven, sollozando, se decía:
— «¿Habrá cuál mi dolor, dolor alguno?
¿Me guio yo á mí mismo, ó quién me guía?
¿Vengo á ser uno en dos, ó dos en uno?

«Si la que ayer pensaba era mi mente,
Esta conciencia de hoy no es mi conciencia:
O yo soy otro, ó misteriosamente
Repercute en mi sér otra existencia.

«Tendré fé en Dios, pués con su santa ayuda
Toda la lúz de la verdad se alcanza.» —
Y calla, y al callar, cáe en la duda
Desde el cielo felíz de su esperanza.

Así, una vez creyendo, otras dudando,
Queda el alma del jóven confundida,
Temerosa de sí, como buscando
Por qué puerta escaparse de la vida.

ESCENA VIGÉSIMA.

EL BIEN Y EL MAL.

LUGAR DE LA ESCENA: *El cuerpo humano.*

PERSONAJES.

DOS ALMAS EN UN CUERPO.

ARGUMENTO.

Existencia antitética del bien y el mal. El espíritu del jóven, viéndose contrariado por las inclinaciones del alma transmigrada, huye, y deja en su cuerpo, alojada y sola, el alma de Honorio.

Al profeso infelíz, desde aquél día
A nueva vida el corazón abierto,
Su morada claustral le parecía
Un sepulcro perdido en un desierto.

Llevando Honorio al jóven sus dolores,
Juntos así vivieron y penaron:
Cuál en el tallo de una flor, dos flores,
Dos almas en un cuerpo se ingertaron.

De pesar abrumado, y siempre en vela,
Con dos almas cargado, el cuerpo gime,
Y lucha, y forcejea, y se rebela
Bajo el peso de hierro que le oprime.

Confuso el jóven, distraido, inquieto,
Si se asoma al jardín, mira embebido
En el árbol de enfrente algún objecto
Que nunca ha estado allí, pués no ha existido.

De hastío y de dolor el jóven muere,
Pensando que es un alma desolada,
Que segura no está de lo que quiere,
Más que no quiere del presente nada.

¡Tormento universal! ¿Cuál sér oscuro
Hace inútil la acción de su albedrío?
Porque el jóven Honorio está seguro
Que entre su cuerpo y él corre algo frío.

¿Podrá ser que á nuestra alma, otra alma infusa,
Sus recuerdos le añada y sus flaquezas,
Cuando, al sentirse dominada, acusa
A la carne infelíz de sus tropezas?

¡Cuántas veces herido de pasada,
En esta vida de inquietud que llevo,
Por causa de un pesar, de una mirada,
Transformado mi sér, nací de nuevo!

Del alma de aquél jóven frente á frente
Queda el alma del hombre transmigrado,
Como al lado de un sér bueno y creyente
Vive otro sér rebelde y sublevado.

Las dos almas en lucha fratricida
Se ahogan en un cuerpo, y de esta suerte,
Mezclada á los deseos de la vida,
Siente el jóven las ánsias de la muerte.

Vagando por sus miembros agitados,
Circula el alma de él como una loca,
Al ver por otro espíritu animados
Sus túrbios ojos y su inquieta boca.

Aquél cuerpo sin paz sirve de asilo,
Además de la propia, á un alma ajena,
Y esclavo de las dos, sufre intranquilo,
Tras noches de pesar, días de pena;

Pués viviendo azorado noche y día,
Pensando si creía ó si dudaba,
Aunqué una parte de su sér creía,
En medio de su fé se despreciaba.

Luchando entrambas en batalla ruda
Dentro de un cuerpo en desiguál manera,
El alma transmigrada siente y duda,
El alma del profeso crée y espera.

Y en el cuerpo infelíz, de ambas juguete,
Un alma candorosa, y otra impía,
Ésta le dice á la esperanza: — «¡Véte!» —
Y aquella: — «¡No te vayas todavía!» —

Y en terrible y perpétua discordancia,
Rechazan ó acarician la ventura,
La del uno joviál como la infancia,
La otra triste cuál la edad madura.

Lo que hace un alma, la otra lo deshace.
¡Oh fiél imágen de las ánsias mías!
¡Tener una cabeza que renace,
Y sentirla cortar todos los días!

Aunqué va de pesar y horror cubriendo
Al alma buena el alma sin ventura,
El jóven, por bondad, vive creyendo
La mitad de sí mismo en la ventura.

¡Oh! Dejad á la mente confundida
Sus recuerdos confusos y adorados;
Si iluminái los días de la vida,
No serán lo que son, iluminados.

Tenáz Honorio, en fín, ahogó iracundo
Al alma jóven, que murió de pena;
Y cómo el mal al bien suele en el mundo,
Derrotó el alma grande al alma buena.

Y muerta esta alma ya, sin lucha alguna,
En el cuerpo gentíl, de gracia espejo,
Sólo qnedó de las dos almas una,
Muriendo el jóven, y naciendo el viejo.

Juntando Honorio á la altivéz la gracia
En el cuerpo hoy altivo, ántes sencillo,
Con tal facilidad lleva su audacia
Como el tallo la flor y el sol su brillo.

Aunqué Honorio llevaba, transmigrando,
Su memoria, razón y sentimiento,
El cuerpo de hombre, en que se entró volando,
La esencia le ofuscó del pensamiento.

¡Oh humana confusión! Solo Dios sabe
Por cuál secreto fín, y extraño modo,
Al mismo que vió claro siendo un ave,
Hombre después, se le oscurece todo!

Sola en el cuerpo el alma transmigrada,
Quedando cuál la flor que, sin rocío,
Repliega su corola, condenada
A eterna soledad, á hondo vacío,

Tan sólo al cielo en admirar se emplea
Que el alma en su orígen adivina,
Siempre hácia Dios, aunqué rebelde sea,
Como las flores hácia el sol, se inclina.

ESCENA VIGÉSIMAPRIMERA.

VIVÍR ES RECORDAR.

LUGAR DE LA ESCENA: *Dentro del alma.*

PERSONAJES.

HONORIO. — SOLEDAD. — UNA MUJER DESCONOCIDA.

ARGUMENTO.

La vida es una reminiscencia. Se confiesa con Honorio una mujer desconocida y buena. Abismado en las reminiscencias de sus recuerdos, ni siquiera oye la santidad de la doctrina de la desconocida; y Soledad, para fijar la atención de Honorio, encarna su espíritu en el rostro de aquella mujer. Honorio se exalta al ver la imágen de Soledad reverberando en los ojos de la desconocida. Vuelve á desaparecer Soledad, y Honorio vuelve á no escuchar la doctrina de la mujer que se confiesa. Nueva aparición de Soledad, y nueva exaltación de Honorio. Después Soledad desaparece del todo; la mujer se aleja, y Honorio queda sumido en el dolor de sus recuerdos.

Buscando un privilegio de inocencia,
Que darle Honorio el confesor podía,
Se acercó de la santa penitencia
Al tribunal una mujer un día.

Y aunqué Honorio, sin fé, no la escuchaba,
Decía la mujer tan santas cosas,
Que un ángel parecía que acababa
De abandonar las zonas luminosas.

Al trabajo, al dolor y hasta á la muerte,
Altivo Honorio cuál Zenon, resiste;
Más sin saber por qué, varon tan fuerte,
Cuando oye hablar de amor, se siente triste.

De traje honesto, de esperanzas puras,
La hablaba la mujer con tanto celo
Como una de esas nobles criaturas
Que á hacer pensar en Dios bajan del cielo.

Más, sin oirla, Honorio se abandona
Al sueño vil de una ilusion impía,
Pués más que en la verdad del que perdona
En la fé de Pitágoras creía.

A la mujer de singular belleza
Oye Honorio con aire soñoliento,
Aunqué habla como un ángel de pureza,
De gracia, de virtud y de talento.

Y de ella, áun no escuchada, proseguía
Hablando dulce, el murmurar sonoro,
Que un arroyo de perlas parecía,
Sonando al paso sobre guijas de oro.

Al hablar de virtud con tanto celo,
Parece que es su natural destino
El de un ángel enviado por el cielo
Para enseñar á Honorio el buen camino.

De pronto Soledad pasa é ilumina
De la mujer la sin igual belleza,
Para que oyese Honorio la doctrina
Que vertían sus lábios de cereza.

Y fulgura en su faz, como si fuese
La imágen de un visible pensamiento,
O un velo azúl y blanco que estuviese
Tejido con la lúz y con el viento.

De la santa mujer, al rostro hermoso
Añadió Soledad, pasando pura,
El no sé qué divino y misterioso
Con que alumbra el amor á la hermosura.

Más ¡ay! cuando de Honorio impenitente
En conseguír la conversión se empeña,
Las aguas Soledad mueve, imprudente,
Que duermen en el hueco de la peña.

Honorio sin placer ni simpatía
De Soledad el alma contemplaba;
Pero un alma que nada le decía,
Unida ya á la carne, le abrasaba.

Por eso, al ver su brillo soberano,
Sintió el dolor de su olvidada historia,
Cuál si hubiera llegado alguna mano
Que le hubiese traido una memoria.

¿Qué son esos fugaces resplandores,
Que renovando una cerrada herida,
Despiertan en el alma los ardores
Da la alegre mañana de otra vida?

¡Oh! ¡Cuántas veces, como á Honorio ahora,
Al vago són de nuestra voz responde
La voz de una persona que se adora,
Más sin saber quién és, cómo ni dónde!

Para traer á Honorio al buen camino,
Que la escuchase Soledad quería;
Más de la hermosa al resplandor divino
Honorio, por mirar, casi no oía.

De aquél fulgor fantástico tocada
Brillaba tanto la mujer hermosa,
Que, por la lúz de Soledad bañada,
Más bien que una mujer, era una diosa.

Mirando á la mujer, Honorio, ardiente,
Halló en ella el recuerdo de otra vida,
Y una mirada echó sobre su frente;
Mirada en mil ojeadas dividida.

Miéntras él la veía, ella buscaba,
Hincada al pié del confesor, consuelo,
Y más bien que pecados, confesaba
Mil dichas aprobadas por el cielo.

Viéndola Honorio, de su antígua historia
Fué sintiendo unas hondas simpatías,
Cuál si encontrar quisiese en su memoria
Algún vago recuerdo de otros días.

¡Ay! ¿Qué serán esas visiones bellas,
Que, los tiempos venciendo y la distancia,
Con vaguedad nos acordamos de ellas,
Cuál de un libro leido en nuestra infancia?

Al contar la mujer tan santas cosas,
Mira de frente á Honorio, hermosa y pura,
Como una de esas niñas candorosas
Que no saben qué hacer de su hermosura.

Y como él, decidido, ciego, ardiente,
Miraba á la mujer, á toda prisa
Robando aquél encanto de su frente,
Se alejó Soledad como una brisa.

Cuando del rostro de la dama bella
La lúz de Soledad huyó del todo,
No miró Honorio, pués la dama aquella
Era hermosa también, más de otro modo.

Conforme de ella Soledad huía,
Con más tristeza Honorio que despecho
No encontrando el recuerdo que quería,
Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cuenta en tanto la dama lo que siente,
Noble en creér, en pensamientos vasta,
Pasando al porvenír desde el presente,
Encantada, felíz, ingénua y casta.

De la mujer desconocida y bella
No mira Honorio el rostro peregrino;
Más Soledad, reverberando en ella,
De nuevo aumenta su esplendor divino.

Y Honorio, al ver que á la mujer inflama
Aquella sombra, al parecer, venida
A revelar á la persona que ama
Los profundos misterios de otra vida,

Con grandes ojos, de pureza ajenos,
Todo el amor vertiendo de la tierra,
Mira en los de ella, de inocencia llenos,
Un reflejo del cielo que le aterra.

Aquella lúz de una ilusión pasada
Le parece una mágica caricia,
O el canto de una música, escuchada
Por él en otro tiempo con delicia.

Viendo de Honorio la infernal ternura,
Se espanta Soledad, emprende el vuelo,
Ciñe un rayo de sol á la cintura,
Y elevada por él, se sube al cielo.

Despojada otra vez de lo ilusorio,
A ser real, de ideál, volvió la hermosa,
Y volvió entónces á mirarla Honorio
Con ojos que miraban otra cosa.

No viendo ya á la dama, poco á poco
Sus sentimientos sofocó livianos,
Echó de sí su pensamiento loco,
Y el rostro se cubrió con ambas manos.

Y una esperanza aquí, y allí una queja,
Exhala, medio vivo y medio muerto,
Y aquél fatal confesonario deja,
De una espantosa palidéz cubierto.

Absuelta la mujer encantadora,
Se alejó, satisfecha, de su lado,
Como se aleja el alma pecadora
Ya aliviada del peso del pecado;

Y Honorio, recordando embebecido
Sus lábios de coral, sus ojos bellos,
El fuego de un volcan desconocido
En su raíz quemaba sus cabellos.

— «¿De quién es, de quién es?» — grita soñando,
«La voz del eco que en mis sienes zumba?
¿Qué imágen era aquella que pasando
Me habló del otro lado de la tumba?

«¿Por qué sombra mi indómito deseo,
De todo vencedor, es hoy vencido?
¿De mi vida que haré, si no la veo?
¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido?»—
Y en lucha tan fatal su alma vencida,
Honorio el confesor queda de suerte,
Que, en su austero pesar, su triste vida
No tiene más objeto que la muerte.

ESCENA VIGÉSIMASEGUNDA.

RECORDAR ES VIVÍR.

LUGAR DE LA ESCENA: *El corazón del Hombre.*

PERSONAJES.

HONORIO. — PALACIANO.

ARGUMENTO.

Panteísmo del corazón. El obispo Palaciano, consolando á Honorio en su tristeza y dudando de su fé, registra sus papeles, y halla entre ellos unos versos titulados *El Rosal del Paracleto*. El Prelado echa en cara á Honorio su impiedad, y éste escandaliza á Palaciano con sus sentimientos panteísticos hasta un punto que el Obispo se aleja, decidido á entregarlo al rigor del Santo Oficio.

Consuela á Honorio Palaciano un día,
Prelado lleno de bondad y celo,
Alma débil y honrada, que vivía
A una distancia iguál de tierra y cielo.

Triste Honorio, en fugáz reminiscencia,
No sé por qué, mirando á Palaciano,
Se dibuja al fulgor de se conciencia
La prisión y el secuestro de su hermano.

Con amor paternal, casi importuno,
Va el Obispo á animar su fé perdida,
Y registra eficáz uno por uno
Los libros compañeros de su vida.

Y «este hombre es un impío, este hombre es loco»,
Dice al ver los fantásticos amores
De Honorio, á quién acaban poco á poco
Por consunción la fiebre y los dolores.

Y vé que en su inmortal melancolía
Vuelve sólo á su espíritu la calma
El ritmo de la noble poesía,
Esa divina música del alma.

Y que exhala su amor y sus congojas
En cantos, ora locos, ora cuerdos,
Como este éco arrancado de las hojas
Del libro de sus íntimos recuerdos:

EL ROSAL DEL PARACLETO.

— «La muerte nos transforma, y no morimos», —
Leía estremecido Palaciano.
— «Es la tierra en que amamos y sufrimos,
De un infinito amor el oceáno.

«Sobre la tumba de Abelardo fría,
Cuál símbolo de amor y de respeto,
Un rosal Eloísa plantó un día
En su amado jardín del Paracleto.

«Primero su raíz, después sus flores,
La suerte uniendo fué, compadecida,
Como el gérmen vital de los amores
Junta ó dispersa el viento de la vida.

«Y humilde la raíz, y alto el ramaje,
Después que aquella los mezcló en el suelo,
Envueltas en perfume alzó el follaje
Las almas de los dos juntas al cielo.

«El rosal de ella y de él la sávia toma,
Y mece, confundiéndolos, la brisa,
En una misma flor, y un mismo aroma,
Las almas de Abelardo y de Eloísa.

«Para ejemplo y envidia de las gentes,
La suerte los unió de esta manera.
¡Oh sér que crées, que esperas y que sientes,
Siente mucho, crée más, y en Dios espera.

«Con variedad, en la apariencia, loca,
Camina un mismo sér, mudando el nombre,
Bajo la forma de árbol ó de roca,
De niebla, de aire, de animal ó de hombre.

«Si vá á un fín cada sér, luégo aparece
Que uno en otro mezclándose, se abisma,
Y en variedad perpétua resplandece
La eternidad sobre la muerte misma.

«Fué símbolo el rosal del mundo entero;
Nuestra vida es la vida de las rosas;
Todo es un accidente pasajero
De ese fondo invariable de las cosas.» —

¡Ay! así Honorio el confesor pensaba;
Y al leér con horror tal desvarío,
Por lo bajo el Obispo murmuraba:
— «No es un loco; es peor, es un impío.» —

Vé Honorio el rostro de su antíguo hermano;
Y en forma vaga, su confusa historia,
Unida á Soledad y á Palaciano,
En lo más hondo halló de su memoria.

Y exaltado exclamó: — «Todo cuanto ama
Se torna en lo que amó; pués nadie sabe
Por qué la tierra se convierte en grama,
La grama en ruiseñor, y en hombre el ave.

«¿Sabe lo que es vuestra razón, acaso,
Esa fuerza vital, alma sin nombre,
Que lleva á la materia, paso á paso,
De roca en flor, y de animal en hombre?

«Yo soy un sér de los que en sí batallan,
Esclavos de un delírio, y nunca dueños,
Que, á cualquier lado que se vuelven, hallan
Lo infinito en el fondo de sus sueños.

«Siempre agitó mi corazón amante
El vago són de una olvidada historia,
Una niebla sin forma, un eco errante,
Perdido á la ventura en la memoria.

«Si veo un placer real, sigo, lo cojo;
Su dicha toda á devorar me apresto;
Lo gusto con ardor, luégo lo arrojo;
Gimo y exclamo con dolor: — «¡No es esto!» —

«¡Si! ¿quién sabe» — prosigue, — «si habré sido
Vuestro deudo algún día, Palaciano?
¿No amásteis algún sér que hayais perdido,
Vuestro padre, algún hijo, algún hermano?

«Fruto tal vez de una ilusión funesta,
Yo sé que hay algo que con ánsia adoro.
¡Oh! ¿qué fatal reminiscencia es ésta?
¿Dónde he amado? No sé. Y ¿á quién? Lo ignoro.

«La vaga tradición voy renovando
De una antigua existencia que he perdido,
En tenebrosa confusión mezclando
Lo que será, lo que es y lo que ha sido.» —

De Honorio al ver que es la febríl cabeza
De todo sueño y desventura foco,
Palaciano, con ira y extrañeza,
— «No es un impío, dice; es que está loco.» —

— «¿Para qué vivo yo? Por más que avanzo», —
Absorto Honorio, continuó diciendo;
— «Un cierto no sé qué, que nunca alcanzo,
Caminando hácia Dios, voy persiguiendo.

«¿Qué será esta emoción, que se deshace
Como el fulgor de una ilusión perdida?
Ó ¿es un futuro amor esto, que me hace
La muerte apetecer toda la vida?

«Yo he sido algo otra vez, y condenado
Por mi maldad ó por mi mala suerte,
Al través de la vida, disfrazado,
Purgando no sé qué, voy con la muerte.

«¿Dónde he gozado esta divina esencia,
Amada en otro tiempo y hoy perdida?
¿Es sólo una fugáz reminiscencia,
Como dice Pitágoras, la vida?

«Aunqué todo perece, todo dura;
Lo que muere, no muere, y se trasforma.
Crée el hombre de esta vida en la futura;
Pero ¿cómo? ¿á que lúz? ¿bajo qué forma?

«¡Tras de una cosa, ó muerta, ó no nacida,
Marcho sin guía, y sin imán navego;
Emigrado perpétuo de la vida,
Navegante eternal, que nunca llego!» —

Y cara á cara de su antíguo hermano,
Mira al Prelado, alza la vista, gime,
Y — «¡Ay! ¿que será, pregunta á Palaciano,
Este raudal de vida que me oprime?» —

De nuevo Honorio con dolor suspira;
Murmura, sin querer, imprecaciones,
Y se pone á alentar como el que aspira
Todo el aire del cielo en sus pulmones.

Y Palaciano murmuró: — «¡Que muera!
Para este infiél la excomunión es poco.
Que purgue su maldad en una hoguera.
Es un impío, y además un loco!» —

Y de su fé dudando, y de su juicio,
Palaciano partió, lleno de celo,
A entregarle al furor del Santo Oficio
Con el ardor de un justo que ama el cielo.

ESCENA VIGÉSIMATERCERA.

FIN DE RECUERDOS Y VIDAS.

LUGAR DE LA ESCENA: *En una Catedral, ante el sepulcro de Palaciano.*

PERSONAJES.

Soledad. — Honorio. — Palaciano. — Jesús el Mago.

ARGUMENTO.

Muere Honorio de pena, y Palaciano de remordimientos. Se encuentran junto al sepulcro del Obispo Palaciano, y los dos hermanos se echan en cara sus faltas. Aparece en un púlpito de la catedral la sombra de Jesús el Mago, y encarga á Palaciano que, en castigo de haber sido causa de la muerte de su hermano, vaya á convertir á otros culpables. Dirigiéndose á Honorio, le manda ir al astro donde purgan sus culpas los perezosos, y en el cual su madre se halla padeciendo por su negligencia en cuidar de su fé, y le dice que ella le conducirá á otros planetas, á presenciar el resultado que tráen los pecados capitales. — Miéntras Soledad se queda orando por ellos, los dos hermanos parten á cumplír la penitencia que les fué impuesta, y Honorio sube á la región de los astros, siguiendo el camino de la vía láctea.

Es, por la duda y el escaso juicio
Que el monje Honorio en escribir emplea,
Entregado al poder del Santo Oficio,
Cuál loco aventurero de una idea.

Crée que todo está en todo, y así muere
En una cárcel á la lúz cerrada,
Como un sér sin consuelo, que no quiere
Ni ver, ni oír, ni respirar, ni nada.

Aunqué era siempre de su encono objeto,
Fué al morir, para el débil Palaciano,
La historia del rosal del Paracleto,
La historia fiél del corazón humano.

Si muere Honorio triste y en clausura,
Muere el Prelado con la fé perdida.
Lleva un prémio en sí misma la amargura,
Porque abrévia los días de la vida.

Más nada importa á nádie el sentimiento
Del alma de los dos: el hombre llora;
Sus lágrimas, pasando, enjuga el viento,
Las cuenta Dios, y el sol las evapora.

Miéntras que Honorio, sin ajeno amparo,
De sus verdugos el poder vencía
Con la paciencia, ese valor más raro
Que el valor que se llama valentía,

Sin vér, ni oír, ni respirar, ni nada,
Mataba á Palaciano el desconsuelo,
Cuál mártir cuya sangre sofocada
Ni cáe de alto, ni enrojece el suelo.

— «El poder, piensa Honorio, es iracundo,
Y toma los errores por maldades,
Porqué jamás, artificioso el mundo,
Se aviene con las fáciles verdades.

«Lo que escribí otra vez, de nuevo escribo:
¿Qué dije á Palaciano? Lo que es cierto;
Que el sér que vive, sueña que está vivo;
Que el sér que muere, sueña que está muerto.

«¡Justicia de los hombres y naciones!
Salva Juana al francés; — pués ¡á la hoguera!
Colon descubre un mundo; — ¡á las prisiones!
Da Cristo al hombre libertad; — ¡que muera!»

Palaciano espiró, y el mismo día
La dicha Honorio de morir alcanza,
Sin abjurar ni un punto su herejía,
De un cierto mal de amor sin esperanza.

Cortando á aquél su duda, á éste sus sueños,
Sus ojos á los dos la muerte cierra,
Librándolos así de estos pequeños
Miserables afanes de la tierra.

Bajo una inmensa bóveda, en que había
Un algo de solemne y misterioso,
Y en donde el pueblo á su prelado un día
Inmóvil le escuchaba y silencioso.

En espíritu se hallan mano á mano
Con su ódio inmenso ó con su amor eterno,
Honorio, Soledad y Palaciano,
O á un tiempo el cielo, el mundo y el infierno.

Al verse los hermanos frente á frente
Ante la tumba del Obispo, alzada
Debajo de la bóveda esplendente,
Sobre espesos pilares asentada,

Inmóvil cada cuál como una roca,
Hasta el furor llevando sus enojos,
Se está viendo en los dos la rábia loca,
Que hace afluír la sangre hasta los ojos.

«¡Mi hermano!» grita aquél, y éste: «¡Mi hermano!»
Y recordando su fatal destino,
Se decían Honorio y Palaciano:
— «¡Tú fuiste mi raptor! — ¡Tú mi asesino!» —

Y llenos de mortal melancolía,
Cada cuál de su error cogiendo el fruto,
Ven los dos su pasado, y día á día
Lo recuerdan, minuto por minuto.

Pesando así los dos, y esto diciendo,
De repente, ante un bello crucifijo,
Desde el fondo de un púlpito surgiendo,
Jesús el Mago apareció y les dijo:

— «¡Palaciano infelíz! álzate y anda;
Purgarás tus errores y fierezas,
Porqué, en vez de matar, Cristo nos manda
Compadecer al hombre y sus flaquezas.

«Fué ¡oh pastor sin piedad y sin cordura!
Con tu hermano tu cólera terrible,
No perdonando á un alma sin ventura,
Que ama tanto, que hasta ama lo imposible.

«Para dudar, al fín, de tu creéncia,
Porque él dudaba, le impusiste el yugo.
Tu celo, hecho pasión, fué vïolencia;
Y apóstol con poder, fuiste verdugo.

«Tú, que al morír, hasta la fé perdiste,
La fé predicarás á otros culpables,
Ya que dudaste, y conocer quisiste
Los caminos de Dios impenetrables.

«¡Vosotros, que sufrir en un infierno
A una madre dejáis que tanto os ama!...»
(Y al oír de su madre el nombre tierno,
Palaciano da un ¡ay! que al cielo clama,

Y Honorio, que no hay pena á que sucumba,
Oye ahora á Jesús, desencajado,
Cuál Lázaro que sale de la tumba
Después de enfermo, muerto y enterrado.)

— «Tu última vida á recorrer empieza», —
Dice á Honorio Jesús; — «vé al sol, y luégo
El astro encontrarás de la Pereza,
Entre sangre, entre lágrimas y fuego.

«De sol en sol después, de luna en luna,
Tu madre, que te amó sin ser querida,
Te mostrará, pasando, una por una,
Las dichosas miserias de la vida.

«Si en velar por tu bien fué descuidada,
Tú, en cambio de su amor, penar la dejas,
Cuando por tí, cuál garza aprisionada,
Sufre cautiva sin pesar ni quejas.

«Tornad vuestras injúrias en perdones,
Y elevando las almas como el vuelo,
Subíd á Dios con santas oraciones,
Que son las álas del amor del cielo.

«Recobrad, desandando el mal camino,
Los tiernos sentimientos de la infancia,
Ya que á uno á ser raptor, y otro asesino,
Os llevó la pasión ó la ignorancia.» —

Exhortando á los dos de esta manera,
Sin apariencia de alejarse alguna,
Despareció Jesús, cuál si se hubiera
Desleido en los rayos de la luna.

Palaciano y Honorio, horrorizados,
Vagan como almas por Jesús malditas,
Cuál ruedan esparcidas por los prados
Las flores olvidadas y marchitas.

Y una mirada, al fin, los dos partiendo,
Indiferente el uno, el otro tierna,
A Soledad echaron, como haciendo
Una señal de despedida eterna.

Viendo partir con pena á los hermanos,
Soledad, de rodillas, reverente,
Miró al altar, gimió, cruzó las manos,
Y quedó como orando mentalmente.

Viendo Honorio entre dudas y dolores
El fulgor de los astros indeciso,
Cuál si fueran los vidrios de colores
Las puertas de cristal del paraíso,

Aunqué loco de amor, honrado y justo,
Del cielo contemplando la belleza,
Baja, de Dios ante el poder augusto,
Aquella alma rebelde la cabeza.

Traspone, al fín, los vidrios de colores;
Al éter insondable, audáz se lanza;
Y al pensar de su madre en los dolores,
Halla el valor, perdida la esperanza.

Vé en una faja, que el espacio puebla,
Como sombra en los cielos extendida,
Una vía monótona de niebla
Encima de un abismo suspendida;

Y por ella elevándose, apresura,
Entre dolor y admiración, el vuelo,
Sintiendo por su madre una ternura
Tan inmensa y profunda como el cielo.

ESCENA VIGÉSIMACUARTA.

EL HIMNO DE PITÁGORAS.

LUGAR DE LA ESCENA: *La bóveda estrellada.*

PERSONAJES.

HONORIO. — PAZ.

ARGUMENTO.

Armonía de la creación. Saliendo Honorio de la catedral en busca del astro de la Pereza, donde está castigada su madre Paz por haber sido negligente en enseñarle el camino de la virtud, oye el concierto armonioso que hacen los astros girando en los espácios, conocido con el nombre de *Lira de Pitágoras.* Siguiendo la vía láctea, llega Honorio al astro de la Pereza, donde encuentra á su madre.

Cuando en pos de su madre, Honorio el vuelo
Desde la augusta catedral alzaba,
Al mismo tiempo hácia la lúz del cielo
La alondra, hija del sol, se levantaba.

Desparramando ante él luz y colores,
Sus abismos los cielos entreabrían,
Y á nuevos esplendores de esplendores
Ensanches de horizontes sucedían.

Midiendo en su camino paso á paso
Esa faja de brillo ceniciento,
Cuál metal en fusión, que es hoy acaso
De mundos que han de ser vivo fermento,

Sigue esa láctea y misteriosa vía,
Que de un solsticio al otro derramada,
A la lúz de la aurora parecía
Un encaje de gasa, un aire, un nada.

Vió lo infinito, y se sintió admirado,
Ante aquél mar de espléndidos vapores,
El corazón de Honorio, lacerado
Por la historia cruél de sus amores.

Más sus celos, su amor y su esperanza
En lo más hondo de su pecho encierra,
Cuando ya casi á distinguir no alcanza
Esta nada visible de la tierra.

Y luégo vuela más, y vé, volando,
Que, entre ardores y vívidos celajes,
En libertad salpican, circulando,
De la lúz y el calor los oleajes;

Y que allá en las esferas luminosas
Del claro cielo, en la región más alta,
Como el agua en cascadas espumosas,
En cascadas de lúz el éter salta.

En piélagos de luces y colores,
Crée que esparcidos ó apiñados mira
Los brillos, los diamantes y las flores
De Delhy, de Golconda y Cachemira.

«¡Gloria á Dios!», en la esfera esplendorosa,
En olas de ondulante movimiento,
Vibra el éter la nota luminosa,
Como la nota musical el viento.

«¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios!» ¡Así llenaba
Del orbe todo el celestial circuito
El concierto inefable que formaba
La eterna ebullición de lo infinito!

De pié sobre una nube luminosa,
Oír Honorio preludiar creía
Esa lira celeste que, armoniosa,
En éxtasis Pitágoras oía.

Y del espácio en la suprema altura,
Va escuchando, aunqué triste, embelesado,
Ese ruido de ruidos que murmura
El infinito hervor de lo creado.

Siguiendo el curso de la láctea vía,
Vé que, embriagada de ventura tanta,
La inmensa creación, con su armonía,
Al gran poeta de los mundos canta.

Allí con voz sutíl ó poderosa
La lira de Pitágoras resuena,
Como la flauta, á veces misteriosa,
Y á veces ronca como el rayo, atruena.

Hoy Honorio la música indecisa
Escucha del concierto soberano,
Como el fácil murmullo de la brisa
Que sopla al mediodía en el verano.

Ya remedan las notas encantadas
Vuelos de álas de alegres mariposas,
Ya el rumor de las yerbas agitadas
Por familias de insectos tenebrosas;

Ya fingen los planetas, circulando,
Del follaje arrastrado el sordo ruido;
Ya murmuran caricias, imitando
Dulce gorjear al rededor del nido;

Ya repiten la áuras inseguras
La canción, vagamente modulada,
De la alondra arrogante en las alturas,
Del tordo inimitable en la enramada;

Ya es de un agua invisible la corriente,
Árbol que ondéa, céfiro de estío,
Cantar de ruiseñor, ruido de ambiente,
Lejana tempestad, queja de río.

Ya el rumor de las rosas que se mecen;
Ya, á un tiempo encantadores y encantados,
Ecos de ecos de sones, que parecen
Ensueños por los astros murmurados.

Así Honorio, que vive entre quimeras,
Del infinito el vértigo sintiendo,
Va á traves del azúl de las esferas
El himno de Pitágoras oyendo.

Y hasta exhalan también cantos benditos
Sus labios, para orar siempre cerrados,
Allí donde los mundos infinitos
Germinan cuál las yerbas en los prados.

¡Santas salmódias, de esperanzas llenas!
¡Para creér en Dios con vivo celo,
No hay remédio mejor que tener penas,
Ir por el mar ó contemplar el cielo!

Como siempre á la boca del que admira,
Dios acude de Honorio á la memoria,
Y en su loór su corazón respira
Amor, respeto, bendición y gloria.

Y al compás de los astros, halagüeño,
Busca Honorio á su madre, embebecido,
Cuál si fuese felíz, en un ensueño,
Del cielo por los hálitos mecido.

De la Pereza el astro entre los soles
Rebuscan sus pupilas agrandadas,
Viendo á su paso las inmensas moles
De unas islas por almas habitadas.

Piensa en su madre al remontar la esfera.
— «¿Me esperará? — Me esperará» — se dijo;
«Que una madre amorosa siempre espera
La llegada del alma de algún hijo.» —

Avanza más y más, é inquiere amante;
Y el astro al distinguír de la Pereza,
Nadie ha visto jamás en un semblante,
Ni alegría mayor, ni más tristeza.

Y al llegar de su madre al purgatorio,
Paz se arrodilla, gime, besa el suelo,
Se alza, y prorumpe al acercarse Honorio:
— «¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!» —

JORNADA QUINTA.

ESCENA VIGÉSIMAQUINTA.

EL PECADO DE LA PEREZA.

(PRIMERA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO.

ARGUMENTO.

Después de abrazarse la madre y el hijo, Honorio, á instancia de Paz, le cuenta sus transmigraciones y su amor á Soledad. Luégo sobreviene una tempestad de viento y lava en aquél astro que es uno de los purificadores de las almas pecadoras.

Llegando al astro en que castiga el cielo
La dejadez de la pereza extrema,
Siente Honorio, al andar, que hierve el suelo,
El aire da calor, y el agua quema.

Si calientes los céfiros abrasan,
Son las sombras allí sofocadoras;
Y hasta del tiempo que se arrastra, pasan
Más lentas monótonas las horas.

Más que el cansáncio, la quietud se siente;
Y arabescos fantásticos formando,
Con un zumbido agudo y estridente,
Piden sangre los cínifes volando.

Nubes de insectos, circulando en torno,
Cubren la extensa soledad del cielo;
Toda fuente es termal, el aire un horno,
Y un nido de tarántulas el suelo.

Del uno al otro apénas les dejaba
Contemplar á placer la faz querida,
La oscuridad de plomo que formaba
La arena por el viento removida.

Paz y Honorio se abrazan, y encantados
Se vuelven á abrazar; toman asiento,
Y luégo se contemplan, ya sentados
En dos piedras de un blanco ceniciento.

Miraba á Honorio Paz como lo haría
La madre más felíz junto á una cuna;
Y «acércate, hijo mío», — le decía,
«Y cuéntame tus penas una á una.

«Y ¡háblame mucho, pero mucho!» — dijo,
«De tí, de Soledad y Palaciano.....» —
Calló la madre, y con vergüenza el hijo
Bajó los ojos y besó su mano.

Y de Paz, cuando Honorio se prepara
La historia á referirle de sus males,
Dos lágrimas de amor vé por su cara
Rodar, como dos perlas orientales.

Después que Honorio en el profundo abismo
De su espíritu entró, de esta manera,
Sacándola del fondo de sí mismo,
A su madre contó su vida entera.

— «Por ese amor que hasta el honor relaja»,—
Dice Honorio, —«á mi hermano he secuestrado.» —
Y esto lo habló con la cabeza baja,
Cuál delante de un juez habla un malvado.

Y continuó después, enternecido,
Aún rojas de vergüenza las mejillas:
— «La hermosa Soledad siempre ha debido
Ser de un rey adorada de rodillas.

«¡Ay! ya veréis, al escuchar mi historia,
Que en muchas vidas, de amargura llenas,
Sólo está Soledad en la memoria
De tantas dichas y de tantas penas.

«Con permiso del cielo, transmigrando
Por senderos del mundo no sabidos,
Fué la ilusión á mi alma traspasando
La ternura fatal de mis sentidos.

«Tanto alegraba esta fatal ternura,
De mis vidas la rueda interminable,
Que hallaba en el amor cierta dulzura,
Áun siendo mi desdicha inagotable.

«Amando á Soledad, fuí condenando
A ser por su memoria perseguido,
Ya en los poros de un mármol encerrado,
Ya en el cuerpo de un águila embebido.

«¿Quién hubiera creído, madre mía,
En terrenal amor tanta firmeza?
¿Quién lo hubiera creído?» — repetía,
Sobre Paz inclinando la cabeza.

—«Con el fuego voraz en que aún me abraso», —
Prosiguió Honorio, — «la seguí contento,
Por una y otra vida, paso á paso,
Desde el primero al último momento.

«Vivo ó muerto, de noche cuál de día,
Templaba mi dolor con mis amores,
Pués siempre fué en mundo, madre mía,
Más fuerte mi pasión que mis dolores.

«Fuí mármol y ciprés; luégo, subiendo,
Fuí pájaro de aliento soberano,
Para pasar después, siempre sufriendo,
Desde el reino animal al reino humano.

«Y hombre, roca, ó ciprés, siempre he seguido
Con estas ánsias para mí queridas;
Siempre acabé, de su memoria asido,
La rueda interminable de mis vidas.

«Y amaba, madre mía, de tal suerte,
Que embebido en la tumba en que ella estaba.
Aunqué es tan frío el frío de la muerte,
Como una hoguera el mármol me abrasaba.

«Jamás he visto de sentir cansado
Mi triste corazón, que tantas veces,
Desde mármol á espíritu ha apurado
La dicha y la desdicha hasta las heces.»—

Diciendo Honorio así, dando bramidos,
Rodó una nube lóbrega, que, impura,
Dejó, al pasar, sus rostros encendidos,
Que abrasaba tambien la calentura.

Y en medio de vapores inflamados
Cuando fín á su historia Honorio daba,
A rugír empezó por todos lados
Una atroz tempestad de viento y lava.

Soplando como cárdena humareda,
Un simoún abrasado de un desierto,
Trastornándolo todo, rueda y rueda
Sobre aquél purgatorio á cielo abierto.

Miran correr las sombras tenebrosas
Por un aire cargado de suspiros.
Rayos que forman zedas luminosas
Cruzan el cielo en angulosos giros.

Quemados ya por el volcán que abrasa,
Sintiendo uno por otro amarga pena,
Se echan los dos, miéntras el viento pasa,
Como quién va á morir, sobre la arena.

Y dice á Honorio Paz, envuelta en lava:
—«La clemencia de Dios con fé pidamos.
¡Perdónanos, Señor», — Paz exclamaba,
«Así como nosotros perdonamos.....!» —

ESCENA VIGÉSIMASEXTA.

EL PECADO DE LA PEREZA.

(SEGUNDA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — LOS INDOLENTES. — LOS EGOÍSTAS. — PANCHO EL INDIANO.

ARGUMENTO.

Recorriendo el planeta en que se purga el pecado de la pereza, ven Honorio y Paz el castigo que se da á los indolentes y á los egoístas. Entre éstos hallan á Pancho el Indiano, quién les cuenta que habiéndose hecho rico, dejó morír á su madre indigente á la puerta de su casa, por no sacar la mano del lecho para abrirle la puerta en una noche de invierno.

Pisando Honorio y paz con planta inquieta
Aquél suelo, que un horno parecía,
Los ámbitos recorren del planeta,
Encendido volcán, aunqué no ardía.

Y por más que aquél astro enrojecido
Cruzaron con terror de arriba abajo,
No hallaron ni un lugar embellecido
Por el amor, la dicha y el trabajo.

Tenaces, á las almas indolentes
Acosan, entre horribles convulsiones,
Unas nubes de moscas relucientes,
Esparcidas por miles de millones.

Espantada por él, su madre á Honorio,
— «Pasa, hijo mío», — le decía, — «pasa;
Que al ardor de este horrible purgatorio
Se angústia el corazón, y el pié se abrasa.» —

Hallan luégo la raza maldecida
De cuerpo sin vigor y de alma inerte,
Que teme á los pesares de la vida,
Por si pueden durar hasta la muerte;

A quiénes en sus cómodas posturas,
Picando á un tiempo y susurrando á coro,
Inquietan con acerbas picaduras
Mil cínifes de lúz con trompas de oro.

Y ellos de pié, la faz desencajada,
Al tórrido calor que se desploma,
Tienen con pena esa tensión forzada
Que, al querer tomar vuelo, el ave toma.

Después, con el sudor de la agonía,
Ven que no dan los cínifes reposo
A un tal Pancho el Indiano, que algún día
Se condenó á sí mismo á ser dichoso,

El cuál explica así su gran pecado,
Dando á Honorio estas cínicas razones,
En tanto que, de insectos acosado,
Se agita entre horrorosas convulsiones.

PANCHO EL INDIANO.

—«En todo tiempo, y de cualquiér manera,
Después del oro apetecí la calma;
Y al cabo de una vida aventurera,
En que perdí el honor y casi el alma,

«Rico y á todo sinsabor extraño,
Siendo mi bien el único amor mío,
Sin la fé, y con la paz de un ermitaño,
Me instalé en un pensíl cercano á un rió.

«A fuerza de inquirir, mi residencia
Halló mi madre en mi felíz desierto;
Su miséria olvidaba en mi opulencia,
Suponiendo además que había muerto.

«Llegó una noche del invierno fría,
Y á mi puerta llamó, pidiendo asilo:
Que era un pobre cualquiera, presumía,
Y así en el lecho me quedé tranquilo.

«Volvieron á llamar tras corto plazo;
Pero yo, para abrir al que llamaba,
Tenía al ménos que sacar un brazo
Y tender una mano hácia la aldaba.

«Ya, dando la infelíz diente con diente,
— «¡Tengo frío!», — decía, —«¡tengo frío!», —
Y era, en verdad, mortífero el ambiente
Que subía soplando desde el río.

«Con frío tan glacial cayó aterida.
Yo dormía entre tanto satisfecho,
Pués no hay cosa más dulce en nuestra vida,
Que en una noche de tormenta, el lecho.

«Por no turbar la madre, resignada,
Tal vez el sueño ó la quietud del hijo;
Al umbral de la puerta acurrucada,
— «Hasta mañana aguardaré», — se dijo.

«Y se puso á rezar, y un ¡ay! doliente
Creo escuchar, mezclado con su rezo;
Pero yo me dormí tranquilamente,
Contestando á aquél ¡ay! con un bostezo.

El rostro entre las manos recogido,
Sobre el regazo á dormitar empieza;
Como ántes de morír, el cisne herido
Recoge entre las alas su cabeza.

«Sueña felíz su maternal locura
Que me vé, que me besa y que me toca,
Y á raudales afluye la ternura
A sus ojos, sus manos y su boca.

«Soñando moderar, ya medio muerta,
Aquél frío que helaba hasta sus huesos,
Imagina, por fín, que abro la puerta,
La cojo al vuelo y me la como á besos.

«Que una taza de leche la servía,
Soñaba en sus risueños pensamientos,
Y que luégo afanoso la encendía
Una grande fogata de sarmientos.

«Fingiendo amor en mí, siempre amorosa,
La pobre se quedó, muriendo helada,
Marchita y sin color, como la rosa
Que se queda en un búcaro olvidada.» —

Y cuando esto el Indiano iba diciendo,
Por el rostro de Paz, descolorido,
Dos arroyos de lágrimas ardiendo
Caían de sus párpados sin ruido.

— «Cuando ya con buen sol abrí la puerta», —
Siguió el hombre, — «de lágrimas preñados,
Casi lloraron, al mirarla muerta,
Mis ojos, á llorar no acostumbrados.

«Juré en falso déspues que no sabía
Cuál fuese el nombre de la pobre aquella;
Pero ahora conozco que debía
De rodillas caer delante de ella.

«Un cura pobre, y como un ángel bueno,
Rogó por ella y la enterró en sagrado;
Pués yo, apartado del dolor ajeno,
Soy tan poco felíz, que nunca he orado.

«¡Al pensar en sus besos repetidos,
Pensó la madre fiél cuanto quería;
Soñando en mis sarmientos encendidos,
Soñaba la infelíz lo que debía!

«¡Pobre madre, que helada y delirando,
Muerta al umbral de mi felíz estancia,
Extática quedó, como escuchando
Las dulces melodías de mi infancia!

«¡A qué extremo fatal me han conducido
El oro, el egoísmo y la indolencia!
Obré mal, ¿qué queréis? así he nacido,
Y el gusto es condición de la existencia.» —

Honorio y Paz, al hombre contemplando,
En muda y noble indignación se abrasan,
Y de ira ardiendo y de dolor llorando,
Miran gimiendo, y despreciando pasan.

ESCENA VIGÉSIMASÉPTIMA.

EL PECADO DE LA PEREZA.

(TERCERA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado.*

PERSONAJES.

HONORIO. — PAZ. — LOS EXTÁTICOS. — LAS VIRTUDES ESTÉRILES. — LOS ESPAÑOLES. — FELIPE IV. — INÉS DE RIBERA.

ARGUMENTO.

Hallan Paz y Honorio á los extáticos, á las virtudes estériles, á varios españoles y á Felipe IV. — Vén después á una mujer en medio de dos hombres, que, por herirse furiosos, involuntariamente la hieren á ella. Cuenta uno de ellos la historia de Inés de Ribera, la cuál recibía á dos amantes á distintas horas de la noche: una vez se encontraron en el fondo de una atajea, por donde entraban y salían, y no pudiendo retroceder, murieron ahogados por el agua destinada á regar un jardín. Vuelven Honorio y Paz á tomar el camino de la vía láctea, y continúan su viaje por los espacios.

Entre el vapor de fuego que caía,
Rendido Honorio, Paz infatigable,
Cruzando el astro van, que casi ardía,
Bajo el calor de un cielo insoportable.

Y lamentando, aunqué sus piés se abrasan,
Más que la propia, la desdicha ajena,
Sufriendo al ver sufrír, inquietos pasan
De dolor en dolor, de pena en pena.

Al llegar á los sítios abrasados
De unas playas tranquilas y desiertas,
Se encuentran á los seres extasiados,
De mentes locas y de entrañas yertas;

Que, abandonados con inútil calma
A las várias delicias del reposo,
No piensan que, lo mismo que nuestra alma,
El cuerpo se corrompe estando ocioso.

Y los codos hincando en las rodillas,
Se entregan con placer á sus quimeras,
Y apoyando en su manos las mejillas,
Se quedan sin moverse horas enteras.

Hallan después á los que llaman buenos,
A quién la ardiente caridad no inflama,
Que nunca sienten, de indolencia llenos,
La gran virtud del que padece y ama.

Jamás la lúz de ajenas alegrías
En la virtud estéril reverbera;
Que en ciertas almas, cuál la nieve frías,
Ni reina el vicio, ni el amor impera.

Muestran con gesto, en la apariencia amante,
Con blando acento y corazón de roca,
Una inútil bondad en su semblante,
Que hiela lo que mira y lo que toca.

Dejando Honorio y Paz las almas ruines,
Que en vano en sueños escuchar intentan
Las cosas que los buenos serafines
A los oídos de los que aman cuentan,

Unos hidalgos vén, cuyos semblantes
Jamás revelan ni placer ni pena,
Pués piensan sólo en disipar instantes
Por la árida extensión de un mar de arena.

Tan bravos infanzones, convirtiendo
A la pereza en su deidad querida,
Haciendo sólo tiempo, van haciendo
Un eterno bostezo de la vida.

Allí al ciego querer de la fortuna
Felipe IV, el español, se entrega,
Y jamás llega á tiempo á parte alguna,
Esperando una cosa que no llega.

Vasallos dignos de él le van siguiendo,
Que holgando hacen al Rey digno agasajo,
Y más que en trabajar, sufren huyendo
Del que llaman demonio del trabajo.

Cercando á una mujer de estrecha frente,
Dos hombres ven que con furor combaten;
Mas ella entre los dos sufre indolente,
Cuál les dejó morir, que ellos la maten.

INÉS DE RIBERA.

Era Inés de Ribera, que en Granada
Tristemente fué célebre algún día;
Tipo común de dejadez, mezclada
Con cierta astucia subterránea y fría.

Y al ver que Honorio y Paz lloran su suerte,
— «Ésta», — uno de ellos á decír comienza,
«Arrastró nuestros cuerpos á la muerte,
Hundiendo nuestro nombre en la vergüenza.

«Había y hay en la feráz Granada
Cierto conducto angosto y encubierto,
Por donde hallando artificial entrada
El agua del Genil, regaba un huerto.

«Por la acequia arrastrándose anhelante,
A contemplar de noche á esta señora,
Al ocultarse el sol, iba un amante,
Y otro amante después iba á deshora.

«Chocando ¡ay Dios! cabeza con cabeza,
Una noche en la oscura cañería,
Ya sin poder retroceder, tropieza,
Con el hombre que entraba, el que salía.

«Como amantes los dos, faltos de juicio,
Se apretaban furiosos las gargantas.
¡Nunca alumbró tan bárbaro suplicio
El sol, que alumbra desventuras tantas!

«¿Qué hacía en tanto la mujer funesta?
Dejar que horrible se cumpliese el hado,
Pués áun amando á dos, siempre fué en ésta
Más grande la pereza que el cuidado.

«Antes de ser desesperadamente
Uno por otro destrozado y muerto,
Corriendo por la acequia de repente
El agua del Genil, entró en el huerto.

«Al verse por las aguas inundados,
Y el uno contra el otro comprimidos,
Se oyeron dos gemidos sofocados...
Más después no se oyeron ni gemidos.» —

Calla, se miran, y con rábia y tédio
Renuevan ambos su feroz querella,
Y al pegarse los dos, con ella en medio,
Se dan el uno al otro y dan en ella.

De la mujer funesta, pero amada,
Tiran después con cólera homicida;
Y si á medias amó, casi arrastrada,
A medias sufre, entre los dos partida.

Más de aquella mujer de escasa frente
Nunca la fuerza de la inércia abaten,
Pués sin ódio ni amor, sufre indolente,
Cuál les dejó morir, que ellos la maten.

Los dos huyen después, con ella en medio,
Demostrando en su bárbaro suplicio,
Ellos la rábia, el deshonor y el tédio,
Y ella la inércia, el deshonor y el vicio.

Después Honorio y Paz, andando, andando,
Pusieron fín á su estival carrera,
Y alejados del sol, fueron dejando
De su calvario la estación primera.

De nuevo entrando en la celeste vía,
Siguen los dos ese inmortal sendero,
Ancha faja de lúz, que parecía,
De soles en fusión blanco reguero.

Y más que por sus penas, fatigados
De ver un vício aquí, y allí otro vício,
Prosiguen su camino, condenados
A andar de precipicio en precipicio.

ESCENA VIGÉSIMAOCTAVA.

EL PECADO DE LA AVARICIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro de oro.*

PERSONAJES.

Honorio. — Paz. — Los usureros. — Gil Gómez. — Los malos jueces. — Catón. — Creso. — Craso. — Perícles. — Los venteros de Daimiél.

ARGUMENTO.

Llegando al planeta donde se purga el pecado de la avaricia, encuentran á Júdas con los usureros; á uno que les cuenta el hurto de Gil Gómez; á los malos jueces mezclados con los ladrones; á Catón con los avaros; á Creso y Craso acompañados de los conquistadores, y á Perícles con los dilapidadores. — Ven luégo á los venteros de Daimiél, que les cuentan el robo y parricidio cometidos en su propio hijo. Después Honorio y Paz vuelven á seguír por la vía láctea su peregrinación celeste.

Y andando más y más, miran delante
Un astro rojo relumbrar un día,
Donde el rayo felíz de un sol levante
Próvido el oro y los diamantes cría.

Aunqué allí el ánsia de apilar inquieta,
Rueda inútil la plata por el suelo:
Da fiebre de adquirír aquél planeta,
Inagotable Potosí del cielo.

La tierra el seno de metal mostraba
Por las grietas sin fín de un suelo hendido;
El agua de los ríos reflejaba
Los cambiantes del oro hecho fluido.

La tierra, como el agua, al hombre ofrece
Los milagros que sueña la pobreza,
Y hasta la árida arena allí parece
Que exhala de sí misma la riqueza.

Allí, por una baja idolatría,
Está el becerro de oro hecho divino,
Y el sitio de la escena, parecía,
De la historia oriental del vellocino.

Triunfando los innobles pensamientos,
El hurto solo el corazón halaga,
Excitando en los ricos avarientos
Una hidrópica sed, que no se apaga.

En vano reclinando la cabeza,
Quiere gozar de calma la codícia;
Que aumenta el oro el ánsia de riqueza,
Y exalta la riqueza la avarícia.

Nada de Paz los ojos alegraba;
Hasta el color del campo era amarillo:
La rica arena estéril no criaba
Ni romero, ni rosas, ni tomillo.

Y vén que, de usureros circundado,
Su talla Júdas el traidor ostenta,
Crespo el cabello y de color dorado,
Con la cara también amarillenta.

Después Honorio y Paz se acercan, viendo
Un avaro á quién otros perseguían,
Y á una gente que, audáz, tras de él corriendo,
— «¡Asesino de muertos!» — le decían.

GIL GÓMEZ.

— «¿Quién es ese infelíz, que un torbellino
De enemigos cercáis?» — Paz les pregunta;
Y uno de ellos contesta: — «Un asesino,
Que una vez cortó un dedo á una difunta.

«Es Gil Gómez, señora,» — proseguía,
«Avaro, sacristan, y valenciano,
Que por robar á una difunta un día,
Creyendo ser ladron, fué cirujano.

«Miró á una muerta Gil llevada en coche;
La vió enterrar con sus anillos de oro,
Y al nicho el muy bribón volvió de noche,
Como vuelve el avaro á su tesoro.

«No pudiendo sacarle un grueso anillo,
El sacristan, con el mayor denuedo,
Su linterna dejó, sacó un cuchillo,
Y ¡horror! cortó de la difunta un dedo.

«Por efecto tal vez de la sangría,
Miéntras Gil, por huír, al viento pasa,
Alzándose la muerta, que vivía,
Cogió la lúz y se volvió á su casa.

«Más desde entónces Gil, lleno de miedo,
Sin que haya nada que su espanto venza,
Miéntras vive ella alegre y sin el dedo,
Él se muere de susto y de vergüenza.

«Por eso siempre y sin cesar la gente,
Por cualquiera lugar que Gil camina,
— «¡Al valiente!», — le gritan, — «¡Al valiente,
Que hace vivír los muertos que asesina!»

Ven luégo curas, jueces y doctores,
Que vendieron con sórdida avaricia,
Por oro, por favor ó por honores,
Unos gracia, otros ciencia, otros justicia.

Tirándoles al rostro su grillete,
Se vengan de los jueces los penados,
Y en ir con los marchantes de bonete,
Se juzgan los ladrones deshonrados.

El ánsia de adquirír no tiene freno;
Lo suyo y lo no suyo les desvela;
No les deja dormír el bien ajeno,
Y ansiado el propio bien, los tiene en vela.

Patricio sin valor, venal esposo,
Recogiendo y ansiando cuanto mira,
Se arrastra allí Catón el virtuoso,
Mancillando hasta el aire que respira.

Marcha Creso detrás, que fué preclaro
Por contar más tesoros que proezas,
El que avaro, y tan sólo por avaro,
Las riquezas amó por las riquezas.

Y con Craso el venal, al que proclaman
Los proscritos de Sila el gran villano,
Marchan los héroes, que á sus robos llaman,
Lo mismo allí que aquí, golpes de mano.

Y va Perícles, que lanzó á la guerra
A su patria, ocultando su codicia,
Enseñando faláz cómo en la tierra
Nació la crueldad de la avaricia.

Ven luégo dos esposos que suspiran,
Y que huyen de mirarse frente á frente,
Porqué se dan los dos, cuando se miran,
El horror que da al ave la serpiente.

LOS VENTEROS DE DAIMIÉL.

Suspende, al verlos, la mujer su lloro,
Y á Honorio y Paz les dice con tristeza:
— «¿Queréis en cambio de la paz el oro?
¡La paz del alma es la mayor riqueza!

«¡Yo soy», — prosigue, — «una mujer maldita,
A quién ha vuelto de avaricia loca
La sed del oro, un mónstruo que marchita
El corazón que con su mano toca.

«Pobre, con fé, y una medalla al cuello,
Fué nuestro hijo á correr tierras extrañas,
Y después de encantarnos por lo bello,
A Flándes admiró con sus hazañas.

«Tras largo tiempo de su patria ausente,
Llegó un soldado á nuestra venta un día;
Era el rico, era el bello, era el valiente,
Era el hijo infelíz del alma mía.

«Sin darse á conocer, de mi sigilo
Fió el caudal de que volvía dueño:
Cogí el dinero, él se durmió tranquilo;
Mas yo no pude conciliar el sueño.

«Sin conocer al hijo, y codiciosa,
Al ver en mi poder tan gran tesoro,
Sentí la tentación vertiginosa
Que da, al alcance de la mano, el oro.

«Busqué á mi esposo, y como, mal guardada,
La miés inspira el robo y el saqueo,
Me dejó á su presencia avergonzada,
Cogiéndome en el aire un mal deseo.

«Viendo tanto oro relucir enfrente,
Nos miramos la esposa y el esposo,
Y jamás á un mirar más elocuente
Un silencio siguió más espantoso.

«En la estáncia del huésped, que dormía,
Pasó después, entre la sombra oscura,
Una escena de sangre, una agonía,
Un delirio, un horror, una locura.

«¡Cuando ví, al enterrarle, la medalla...!» —
Aquí enmudece, en su dolor se abisma,
Y dice al hombre, que no hablaba: — «¡Calla!
Pués más que me ódias tú, me ódio yo misma.» —

Y continuó después: — «Mudos cuál bronces,
Viendo al hijo del alma asesinado,
Cayó de nuestros párpados entónces
La lágrima mayor que se ha llorado.

«—Pero ¿cómo al decirte: ¡Oh madre mía!
Su voz no conociste?», — exclama el padre.
Y dice la mujer: — «Porqué creía
Que era otro hijo, que hablaba de otra madre.» —

Y el hombre y la mujer en sus miradas
El mútuo horror de su maldad revelan,
Y se cruzan las frases aceradas,
Y las ideas que asesinan vuelan.

Y al padre víl la madre le decía:
— «¿Te acuerdas del dogal con que le ataste?» —
— «¿Y recuerdas», — el padre respondía,
«El puñal con que atróz le asesinaste?» —

—«Fué el mismo que después clavé en mi pecho»,
Dice ella, — «castigando mi avarícia.» —
— «Yo, ahorcándome», — dice él, — «en mi despecho,
Con el mismo dogal me hice justicia.» —

— «¡Parricida!» — uno de otro aborrecido,
Gritan con alma de dolor transida;
Y el éco, doblemente repetido,
— «¡Parricida!» — responde, — «¡parricida!» —

Y siempre recordando al hijo muerto,
El hombre avaro y la mujer avara,
Se miran cuál si un día en un desierto
Se hallasen con un tigre cara á cara.

Y ya léjos, mirándolo hacinado,
— «¡Oro! ¡Más oro!» — la mujer decía;
Mas el hombre á su vez, desesperado,
— «Pero ¡y la paz del alma!» — respondía.

Del astro sin quietud en que, villanos,
Para robar el oro que apilaban,
El padre al hijo, el hijo á sus hermanos,
Como el buitre á su presa, se espiaban,

Odiando Honorio y Paz todos sus dones,
Con la cara de horror casi amarilla,
Se alejan de un lugar donde á montones,
Inútil para todo, el oro brilla;

Y donde, en ánsia víl, jamás se ha hallado
Ni un corazón con paz ni un sér risueño.
Lugar de los insómnios adorado,
Donde nunca á dormir se pára el sueño.

ESCENA VIGÉSIMANOVENA.

EL PECADO DE LA GULA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro despeñado.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — LOS GLOTONES. — UN DESTACAMENTO DE FRANCESES.

ARGUMENTO.

Un día alcanzan á ver una especie de cometa en el que están castigados los glotones, y ven á Heliogábalo, Galba, Claudio Albino, Mitrídates, Lúculo, Vitelio, Maximino, Enrique VIII y Catalina de Lancáster. El capitan de un grupo de soldados franceses les cuenta la heroicidad de Blanca Armendáriz, quién, envenenándoles el vino, bebió y murió con ellos, matándolos á todos por ser enemigos de su patria. — Honorio y Paz ven desaparecer el cometa.

Un día que encantados contemplaban
Esos globos inmensos de topacio,
Que en infinita profusión brillaban,
Sembrados como polvo en el espacio,

Vén que en sus curvas, ondulante y vária.
En marcha desiguál, sin lúz ni huella,
Describiendo una elipse cometaria,
Luce errática y nómade una estrella.

En un golfo de pálidos vapores,
Balanceando sin fín, vira en redondo,
Cuál del mar se abandona á los furores
Algún barco que hace agua, al irse á fondo.

Después de ir, ya subiendo, ya bajando,
Del cénit al nadir, marcha el cometa
De un lado al otro, en derredor girando,
Cual gira sobre el eje una veleta.

Cuanto anda en él, ó rueda ó se desliza;
Marea el movimiento como el vino;
En el suelo de arena movediza,
Donde pisan los piés, huye el camino.

Junta el cometa en su veloz carrera,
Describiendo la elipse cometaria,
Al tumbo de una innoble borrachera,
El vaivén de una danza involuntaria.

Nada tranquilo ni de pié se tiene;
Los que marchando van, marchan lo mismo
Que un hombre que se agita, y que va y viene
En un barco que rueda en un abismo.

Movidos siempre allí, sin que se muevan,
Vén Césares rodar con pié inseguro,
Que en los anillos de sus dedos llevan
El retrato del cínico Epicuro,

Como Galba, Heliogábalo y Albino,
Que presentan sus caras amarillas,
Con los lábios resecos por el vino,
Jaspeadas por los besos las mejillas.

Marcha, no hallando de parar manera,
Mitrídates tambien, de rábia lleno,
Que en su estómago atróz de hambrienta fiera
Voráz desafiaba hasta el veneno.

Y amando el juego y el beber sin tino,
Y la mesa y el circo y las mujeres,
Van Lúculo, Vitelio y Maximino,
Gastados por frenéticos placeres;

Y Enrique VIII, el del impuro fuego,
Que podía beber cuanto quería;
Y Catalina de Lancáster luégo,
Que quería beber cuanto podía.

Todos, haciendo á la razón insulto,
Tentaban la justicia del destino,
Palpitando en sus lábios en tumulto
La muerte, el vicio, el deshonor y el vino.

Mareados se desploman, caen, juran,
Cuál en un barco por la mar perdido;
Después como sonámbulos murmuran
Palabras desprovistas de sentido.

Y Honorio y Paz después vén que, gritando
Un ruidoso tropel, á gran distancia,
Más y más cada vez se va acerando,
Diciendo sin cesar: — «¡Viva la Francia!» —

Y dando hácia los dos pasos inciertos,
Cuál beodos que salen de una orgía,
En tanto que en sus lábios entreabiertos
Una sonrisa idiota aparecía,

Salió uno al frente, que hácia Honorio anduvo,
Le saludó colérico, aunqué urbano,
Con la rábia de un galo que no tuvo
La gloria de morír espada en mano.

BLANCA DE ARMENDÁRIZ.

Y el bravo capitan de aquellas gentes,
Encarándose á Honorio, así decía:
— «Llegué con este grupo de valientes
A cierto pueblo de Navarra un día.

«Fiél á su patria, y á la fé traidora,
Para acabar con mi brigada entera,
Disfrazada y cruel, cierta señora
Se convirtió de pronto en cantinera.

«Viendo el vino y la jóven, nos rendimos
Al goce de una innoble intemperancia,
Y bebimos, bebimos y bebimos,
Exclamando al beber: — «¡Viva la Francia!» —

«Porqué yo, astuto y receloso acaso,
La pregunté si el vino era un veneno,
Me miró la mujer, y apuró un vaso
Con pulso firme y corazón sereno.

«Halládonos en guerra y en España,
Dudar debí de la mujer aquella.....
¿Quién reiste al prestigio que acompaña
A un rey si es bueno, á una mujer si es bella?

«Al vernos vacilar, ella arrogante,
— «Ya el veneno os abrasa, os turba el vino,» —
Nos dijo audáz, brillando en su semblante
La expresión infernal del asesino.

«Y monstrando, fanática, en sus ojos
Un patriótico amor y un ódio eterno,
— «¡Viva España!» — gritó con lábios rojos
Como el tizón más rojo del infierno.

«Blanca, al mirar que echaban mis valientes
La mano á sus inútiles espadas,
Una risa infernal muestra en los dientes,
Y un báquico delirio en sus miradas.

«Me lancé yo á matar aquella fiera;
Más vi su cara de color de rosa,
Y caí sin matar por vez primera,
Porqué al fin soy francés, y ella era hermosa.

«Y era además tan brava, que aquel día
Con risa tan gentíl bebió el veneno,
Que, entreabierta, su boca parecía
Un vaso de coral de perlas lleno.

«Dispuestos ya á morír mis camaradas,
Uno jura, éste ruega, aquél suspira:
Era un cáos de frases pronunciadas,
Una vez con ternura, otras con ira.

«— ¡Adiós, mi eterno amor! Allá te espero.—
— ¡Qué risa de mujer! ¡Maldita sea! —
— ¡Desgraciado de mí, porqué me muero
Sin oír las campanas de mi aldea! —

«— Nadie esta infamia sospechar podría. —
— ¡Bendigamos á Dios, pués lo ha querido; —
— ¿Qué dirás de nosotros, patria mía? —
— ¡Quién pudiera morir donde ha nacido!»

«Dándose todos, al caer, la mano,
Se acuerdan al morir, aunqué beodos,
Uno del padre, el otro del hermano,
Y de su madre y de la patria todos.

«Y al fín, entre nosotros maldecida,
Como nosotros de sufrir cansada,
Soltó también la carga de la vida
La mujer venenosa evenenada.» —

Calló aquí el capitan, y en tal momento,
Por la memoria del veneno herido,
Aletargado, inmóvil, soñoliento,
La cabeza inclinó, como dormido.

Y consigo después en tierra dando,
En honda estupidéz, aquella gente,
Uno á uno cayeron, imitando
El letargo brutal de la serpiente.

Y dejando aquél astro, en su camino,
Las curvas de sus órbitas borradas,
Se aleja, cuál errante peregrino,
Del éter por las playas azuladas.

Honorio y Paz desde la láctea vía
Lo vén que, como esquife arrebatado,
En una elipse inmensa se movía
Por las sendas del cielo extraviado.

Y se quedan los dos del cielo enfrente,
Casi sintiendo del terror el frío,
Miéntras vén el planeta enteramente
Perdido en los desiertos del vacío;

Admirando las glorias infinitas
Del Dios que reina en su inmutable asiento,
Que con letras de fuego están escritas
En la bóveda azúl del firmamento.

ESCENA TRIGÉSIMA.

EL FIN DE UN MUNDO.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro moribundo.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — JESÚS EL MAGO. — LAS ALMAS EN PENA. — PALACIANO.

ARGUMENTO.

Sorprende á Paz y á Honorio el espectáculo de la destrucción de un mundo. Quedan en el vacío una multitud de almas en pena, que van guiadas por el espíritu de Palaciano.

A la parte oriental de su camino,
Vén que un día siniestro se descubre
Ese color oscuro y mortecino
De los últimos días del Octubre,

Y entre una multitud de inmensas moles,
Un planeta brillar por todos lados,
En un vasto archipiélago de soles,
Por un cósmico mar desparramados.

Como al brillo de un sol que se ponía,
Sintiendo Honorio y Paz el alma inquieta,
Asisten á la bárbara agonía
De las últimas horas de un planeta.

De pronto un gran fragor, sobrecogido
Dejó hasta á Honorio, que, en su eterno duelo,
Jamás le conmovió ningun rugido
Ni del mar, ni del mundo, ni del cielo.

Y al tiempo en que del ruido desusado
La causa Honorio con afán inquiere,
Dice Jesús, pasando por su lado:
— «Cumplió su tiempo ese planeta y muere.» —

¡Oh ley universal! ¿Es que perecen,
Como el hombre, los astros en el cielo?
Después que vegetando resplandecen,
¿Llegan también á una vejez de hielo?

¿Qué es ya ese mundo? Impulso que se agota,
Cósmos sutíl que agonizando vaga,
De un péndulo inmortal fuerza ya rota,
Voz que se extingue, hoguera que se apaga.

Mirando el astro aquél, despavoridos,
Más les consternan, cuanto más caminan,
Los débiles, siniestros y perdidos
Resplandores de lúz que lo iluminan.

Condensándose más, van adquiriendo
Las nubes un carácter despiadado,
Y toman, descendiendo, descendiendo,
Un color uniforme y aplomado.

Vertidos de los montes, descendían
Derramados sin cauces los torrentes.
Los rayos, ondulando, parecían
Unas sueltas nidadas de serpientes.

Sigue el fragor, y á un resplandor intenso
Unas llamas le siguen amarillas;
Después se deja oír el ruido inmenso
De mares que rebasan sus orillas.

Por encima del astro, temerosas,
Variadas de color, vuelan las aves,
Cuál luces de San Telmo, esplendorosas,
Que en los mástiles brillan de las naves.

Brota el follaje lánguidos gemidos;
La tierra desquiciándose crujía;
Los cuervos, arrojados de sus nidos,
Lanzan gritos furiosos de agonía.

Troncos, que cáen sobre troncos muertos,
Se vén unos sobre otros hacinados,
Y son en sus guaridas y desiertos,
Los seres que devoran, devorados.

En las gredas del suelo abigarradas,
Rabiosos los reptiles se acumulan,
Y nubes de humo y polvo, condensadas,
Como inmensos murciélagos circulan.

En los bosques los árboles se agitan,
Y mezclando sus voces lastimeras,
Se confunden, se asordan y se imitan
Árboles, hombres, pájaros y fieras.

Abren los ríos por los campos calles,
Traslada el mar su natural asiento,
Cáen rotos los montes en los valles,
Y los valles deshechos en el viento

Miéntras tomaba así forma gaseosa,
Honorio el pitagórico escuchaba
Una cierta elegía misteriosa
Que el mundo al deshacerse murmuraba.

Al astro, en fín, el huracán sacude,
Y hasta el centro de su eje el suelo agrieta,
Y en él á condensarse el viento acude
De todos los extremos del planeta.

Cuál Etna, desde el valle hasta la cumbre,
En bárbara explosión el mundo estalla.
Va cesando el fragor, muere la lumbre,
Y apagado el volcan, el viento calla.

Extingue, derramada, el agua al fuego;
Torna el fuego las aguas en rocío;
El rocío se extiende y sube, y luégo
Humo... vapor... cenizas... y ¡el vacío!

Y Honorio y Paz después con ánsia horrible
Vieron, lanzando una postrer mirada,
Que todo quedó al fín en paz terrible,
Entrando en los abismos de la nada.

Sólo nubes de espíritus ligeras,
Ya sin los cuerpos de que fueron dueños,
Sin forma ni color, por las esferas
Cruzando van como los malos sueños.

Corren las nubes cuál la densa bruma
Que alza, sonando, por la tarde el río;
Y como nada sobre el mar la espuma,
Van las almas nadando en el vacío.

Mira la turba, en lágrimas deshecha,
La tierra muerta ya de sus dolores,
Porqué en la patria de sus penas echa
Raíz el corazón como las flores.

Las almas que aparecen ó se esconden,
Mezclándose entre sí, vertiginosas,
Parece que preguntan y responden,
Gorjeando unas palabras misteriosas.

Luégo, acudiendo el transparente bando
Hácia el punto central de los extremos,
Cuál blancas aves de la mar girando,
Se preguntan con ánsia: — «¿Adónde iremos?» —

¡Ay! no tienen los ángeles memoria
De tanta angústia y de tan hondos gritos,
Desde el día en que Dios reinó en su gloria
En medio de vacíos infinitos.

Los espíritus, juntos ó apartados,
Van volando uno á uno y ciento á ciento,
Cuál las briznas de yerba de los prados
Que se lleva una ráfaga de viento.

Entre la turba, al parecer maldita,
Paz una sombra á distinguír alcanza,
Y — «¡Es él! ¡es él!» — entusiasmada grita.
Abriendo el corazón á una esperanza.

Y en seguida la madre y el hermano,
Con vista aguda y con atento oído,
Lograron ver y oír á Palaciano
De un rebaño de espíritus seguido;

Pués del astro á los últimos reflejos
Corrió á guiár las almas lastimeras,
Como un hada que acude desde léjos,
Buscando á sus errantes compañeras.

JORNADA SEXTA.

ESCENA TRIGÉSIMAPRIMERA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.

(PRIMERA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE.

ARGUMENTO.

Llegando Paz y Honorio á otro de los astros donde se purifican las almas que mueren en pecado, encuentran el lugar donde se purga el pecado de la impureza. Entre los seductores hallan un hombre perseguido por una bacante: le pregunta Honorio quién es, y le contesta que fué un príncipe, que, prendado de los ojos de una religiosa, la requirió de amores, y ella hizo el sacrificio de sacárselos, regalándoselos en un plato para escarmiento de sus malos deseos.

Honorio y Paz, ajenos de reposo,
Sumidos en mortal melancolía,
Llegaron á un lugar caliginoso,
Donde el demonio blasfemó algun día.

Y en el rincón del éter más impuro,
Su inquietud aumentando y sus pesares,
Un astro vieron de color oscuro,
Del cielo entre los rojos luminares.

Cuando al planeta á su pesar llegaron,
Venciendo su pudor y casi á oscuras,
Con asco, Honorio y Paz, el suelo hollaron
Del astro de las fáciles ternuras.

De aquél lugar la calma y el contento
Los desterró el placer: ¡tierra maldita,
Donde húmedo y letal esparce el viento
Cierto fétido olor de flor marchita!

Pisando siempre el limo de los ríos,
Se abren paso al andar con piés y manos,
Por bosques de hongos fétidos y umbríos,
En un suelo de charcas y pantanos.

Cegándolos, recorren á bandadas,
La atmósfera y las aguas corrompidas,
Mariposas negruzcas y pesadas,
Del hedor y la fiebre hijas queridas.

Nacen del cieno, cuál los hongos crecen,
Una especie de sátiros lascivos,
Que, más bien que unos sátiros, parecen
Reptiles de oceános primitivos.

Con el ánsia del vicio sin donaire,
El gusto hasta el hastío provocando,
Se ciernen los amores en el aire,
Sus ardientes antorchas agitando.

Amores que, en su lúbrica torpeza,
Dan grima al noble amor; raza sin nombre,
Que junta la malicia á la impureza,
Mezcla de mono, de reptíl y de hombre.

Con escándalo inquietos, repugnantes,
Los sátiros, á monos parecidos,
Y mezclados con ellos las bacantes,
Súcios mónstruos de géneros perdidos,

Persiguen á Tenorios, que sintiendo
Una dicha sensuál, pero funesta,
Gozaron sin virtud, no conociendo
Del puro amor la privación honesta.

Y huyen ante ellos en tropel inmundo;
Pués seres ya para el placer perdidos,
Furiosos agotaron en el mundo
El placer sin amor de los sentidos.

Paz con vergüenza, Honorio pesaroso,
En un juncal que, á la siniestra mano
Crece al borde de un río cenagoso,
Que se pierde sumido en un pantano,

Vén que á un hombre, con cínica sonrisa,
Siguiendo más impúdica que amante,
Deja colgar al soplo de la brisa
Su trenza desgreñada una bacante.

Debajo de su lúbrica mirada
Y en torno de su boca centellea
La expresión fatigosa y fatigada
Del ánsia víl, que desear desea.

Descalzo el pié, los hombros escotados,
Ni siquiera ocultaba, desceñida,
Bajo el cuello procáz, los mal velados
Misteriosos santuarios de la vida.

Llevando, como Vénus, la bacante,
La victoria del vicio en la cintura,
Mostraba al hombre en su voráz semblante
La contorsión de la sonrisa impura.

Y al jóven que implacable perseguía,
Con brazos por la fiebre descarnados,
En un plato de barro le ofrecía
Unos ojos vidriosos y apagados.

Y — «toma» — nauseabunda susurraba,
Como silba el reptíl húmedo y frío;
Y el jóven, escuchándola, exclamaba:
— «¡Qué odioso, santo Dios, es el hastío!» —

EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE.

Detuvo al hombre, hasta el furor hastiado,
Honorio, preguntándole: — «¿Quién eres?» —
— «Un hombre, contestó que, desdichado,
Sólo amó á la mujer, en las mujeres.

«Gran Príncipe nací, y aunqué comienza
Mi vida en cuna real, he sido un hombre
Que, acaso por desprécio ó por vergüenza,
Ha olvidado la historia hasta mi nombre.

«A sor Clara una vez en su convento
La requerí de amor, con un cinismo,
Que en tan santo lugar y en tal momento,
Lo audáz deshonraria al crímen mismo.

«—¿No adiviináis mi amor en mi mirada? —
Murmuré irreverente á sus oídos.
¡Oh juventud, por el placer cegada,
Que no piensa en más dios que los sentidos!

—«¿Qué os gusta en mí?»—me preguntó gimiendo.
— «Vuestros ojos», — la dije, y tristemente,
— «¡Mis pobres ojos!», — exclamó, volviendo
Al cielo con dolor su limpia frente.

«Y de su celda hácia la puerta andando,
— «Mi repuesta aguardad», — serena dijo;
Y en el quicio apoyada, entró besando,
Con la fé de una santa, un crucifijo.

«Al pensar ¡oh miseria de la vida!
En su talle gentíl, su rostro bello,
La respuesta aguardando prometida,
Hasta se hinchaba de placer mi cuello.

«Al umbral de la puerta, á poco rato,
Destrozadas las órbitas se asoma,
Y sus ojos me ofrece en ese plato
Con tranquilo ademan, diciendo: — «Toma.»—

«¡Horror! Cruzaron por el pecho mío
La sangre al ver de tan atroz presente,
Una llama primero, y luégo un frío,
Que hasta heló de mis lágrimas la fuente.

«— Toma, — añadió; — que mi presente pueda
A tu pecho sin fé volver la calma;
Y aunqué ves que mi faz sin ojos queda,
Para mirar á Dios me basta el alma. —

«Me echó el plato y partió. De espanto yerto,
Yo en tanto miro el dón que, abominable,
Dejó en mi sangre para siempre muerto
El torbellino del amor culpable.» —

La bacante después, siguiendo al hombre,
Tiende al correr su desgreñada trenza,
Y grita, huyendo, el Príncipe sin nombre:
— «¡Maldición en la dicha que avergüenza!» —

ESCENA TRIGÉSIMASEGUNDA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.

(SEGUNDA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — GERMÁN DE OSORIO. — LEANDRA DE ZÚÑIGA.

ARGUMENTO.

Se encuentran un grupo guiado por Semíramis. — Conoce Paz á Germàn de Osorio y á su prima la Condesa del Pinar. Cuenta Germán cómo fué su muerte, y Honorio, que la presenció convertido en águila, concluye la historia. Les anúncia una bacante la llegada de Leandra de Zúñiga, la cual revela á Paz la historia de su pasión.

En el mismo planeta, el mismo día,
Paz y Honorio pisaban con espanto
Una tierra animal, que parecía
Polvo de muertos amasado en llanto.

Llegando á cierto valle del dominio
De esta inmunda Pentápolis de cieno,
Donde corren, sembrando el exterminio,
Aires tibios, cargados de veneno,

Vén llegar una turba, que, impudente,
Se digna presidir, yendo delante,
Semíramis, la reina del Oriente,
Mala esposa, vil madre y torpe amante.

¡Grupo infernal! El fuego que os acosa,
¡Cuán horrible placer al crímen presta!
¡Mal haya esa pasión, plaga horrorosa,
Que el santo hogar de la familia infesta!

¡Oh amor, sólo posible cuando el hombre
Vé su razón de un vértigo atacada!
¡Ántes que inmundo pronunciar tu nombre,
Quede mi lengua al paladar pegada!

GERMÁN DE OSORIO.

Mirando que, con aire lastimoso,
Sobre un hombre reclina su cabeza
Una mujer, que ha sido por su esposo
Castigada en un día de flaqueza,

—«¡Qué cuadro!—exclama Paz.—¡Su prima hermana
De Germán sobre el pecho se reclina!
¡Maldita sea una pasión tirana,
Que así implacable el corazón domina!» —

—¡«Muy triste ha sido y es!», —les dice Honorio,
«Allí y aquí, vuestra ignorada suerte!
¡Condesa del Pinar! ¡Germán de Osorio!
¡Cuán bueno es Dios en conceder la muerte!»

—«Ya véis ¡qué horriblemente ha castigado», —
Le contestó Germán, —«nuestros amores,
El sér que del infierno ha desertado,
Si es que tiene el infierno desertores!

«El día que en el bosque, alegremente,
Del brazo de esta pobre compañera,
Buscábamos los dos, junto á una fuente,
Un sitio de una eterna primavera,

«Al final de una senda conocida,
Hollando nuestros piés cierta espesura,
Una trampa de lobos, escondida,
A los dos nos cogió por la cintura.

«De este modo tan víl tomó venganza
De su esposa y de mí, su innoble esposo.
¡Es atróz, cuando al crímen se abalanza
El corazón de un hombre poderoso!

«Para romper la trampa malecida
Hacíamos los dos esfuerzos vanos,
Forcejeando, áun á costa de la vida,
Con los piés, con los dientes y las manos.

«Como de ella el amor era infinito,
Por mí tranquila su dolor sufría,
Miéntras, oculto aún, nuestro delito
La sombra, hermana del pudor, cubría.

«Mas cuando ya ante el sol, desde el Oriente,
La brisa matinal á andar comienza,
Temiendo ver la lúz, baja la frente,
Prefiriendo la muerte á la vergüenza.

«Recordando después á aquél marido
De ojos de lobo y barbas encarnadas,
—«¿Por qué», —me preguntó, —«no habrá querido
Partirme el corazón á puñaladas?» —

«Y hablándome tan cerca, que sentía
De sus lábios de rosa el movimiento,
Pensando en él, inquieta me decía:
— «¿Desde dónde verá nuestro tormento?» —

«Moviendo en torno y con viveza rara
Los ojos hácia un lado y otro lado,
Miéntras que piensa en él, se vé en su cara
Del más vivo pudor el encarnado.

«Y después, abrumada de tristeza,
Sobre mi pecho con furioso anhelo
Inclinó, para ahogarse, la cabeza,
Ya fría como un témpano de hielo.

«Y se apretó á mi pecho de tal suerte,
Que el tumulto la ahogó de sus gemidos.
¡Pobre avecilla, que buscó la muerte
Suspendiendo la acción de sus sentidos!

«Por ver si activo su prisión quebranta,
Vuelve á luchar mi cuerpo, y forcejea,
Y se encorva, y se baja, y se levanta,
Y se dobla, y se estira, y se cimbrea.

«Mas, aherrojado allí, frente á la amante,
Me vió la aurora del tercero día,
¡Si fuera el corazón de oro ó diamante,
Con tanto padecer, reventaría!

«¡Los buitres ya aquél día acompañaban
Mis horas solitarias y febriles,
Y á roer nuestros piés se incorporaban,
Del seno de la tierra, los reptiles!

«Con altivo ademan, después, llegando
Un águila feróz desde el desierto,
Espantaba los buitres, esperando
Mi cuerpo devorar después de muerto.» —

Calló Germán, y á Paz tímidamente,
— «Esa águila era yo», — le dijo Honorio.
Y á alzar volviendo la abatida frente,
Su historia siguió así Germán de Osorio:

— «¡Cuántas veces mis lágrimas secaba
Llorando por mi triste compañera,
En la toca de encaje que guardaba
Su abundante y sedosa cabellera;

«Y ¡cuántas con más miedo que despecho
Vi al águila cruzar el aire vano,
Cuál vé el ave, los hijos bajo el pecho,
Cerniéndose en los aires al milano.

«Causándome, por fín, un hambre horrible
El fruto que pendía en cada rama,
Y aumentando mi sed inextinguible
Los murmullos del río entre la grama,

«Cada vez más y más desesperado,
De cuanto allí miraba y cuanto oía,
Muerto de sed, del hambre devorado,
El tormento de Tántalo sufría.

«Al cuarto día, cuando el sol se alzaba,
Alumbrando el horror de mi martirio,
Ya el bosque todo para mí brillaba
Con esa mate palidéz del lirio.

«Al fín, ¡qué horror! me asalta furibundo,
Viendo carne á mi boca tan unida,
Ese deseo indómito del mundo,
Que quiere, terco, recobrar la vida;

«Y ¡tanto, tanto mi ansiedad provoca,
Que abrí los lábios y hasta hinqué los dientes...!»—
Y al salir estas frases de su boca,
Caían de sus ojos dos torrentes.

—«Mas, por suerte»,—siguió,—«cuando pensaba
Mi existencia alargar, ya en torno mío
El hedor del cadáver derramaba
Un gérmen de terror, de ódio y de hastío.

«¡Era tanta mi fúria, que comiera,
Maldiciendo á la vez, su carne pura,
Si yo comer y maldecir pudiera
A quién debo mis horas de ventura!

«Lucía el sol, los pájaros cantaban,
Y en tanto que, aumentando mis dolores,
Las palomas torcaces se arrullaban,
Y entonaban su amor los ruiseñores,

«Me trajeron, por fín, con mano amiga,
La ventura del último tormento,
La sed, el hambre, el sueño, la fatiga,
La fiebre, el deshonor y el desaliento.

«Y me hizo recordar una campana,
Sus vagas ondas al vibrar sonoras,
Que mi madre, cuál siempre, con mi hermana,
Me esperaban rezando á aquellas horas.

«Y como ésta, al morir, cubrió aquel día
Mi pecho fiél con su cabeza amante,
Yo, cariñoso, al inclinar la mía,
Su cabeza cubrí con mi semblante!» —

Acabando Germán con un gemido
La historia de sus grandes amarguras,
Le dijo aquél para quién siempre han sido
Las muertes unas vidas de aventuras:

— «Oye el fín de ese amor que váis llorando:
El águila que crées que del desierto
Vino á espantar los buitres, esperando
Tu cuerpo devorar después de muerto,

«Pudo evitar, con su ademan altivo,
Que de los buitres las feroces sañas
Te devorasen, aherrojado y vivo,
Cual nuevo Prometeo, las entrañas.

«Pero evitar no puedo que aquél día,
Por la carne atraidos y exaltados,
Los lobos en voráz carnicería
Dejasen vuestros huesos descarnados.

«Mas no quedó de vuestro amor ni seña,
Pués sin duda del Conde los sabuesos,
Por el honor velando de su dueña,
Dieron cuenta después de vuestros huesos.

«— ¡Y adiós!», — concluye, al alejarse, Honorio;
«¡Dichoso aquél que amó y ha sido amado;
Pués, áun sufriendo así, Germán de Osorio,
Nunca el que ama es del todo desdichado!»

Heraldo de deshonra, y de ira ciega,
Grita después, corriendo, una bacante:
— «En cierto lecho, esa mujer que llega,
Entró una noche madre, y salió amante.» —

Y detrás unos sátiros, que aullando,
Con el rostro procáz, de barro lleno,
Se aparecen de pronto, cuál brotando
De chozas fabricadas bajo de cieno,

A una mujer con manto, ajada y bella,
Fatigan, persiguiéndola lascivos,
Y ofenden su pudor en torno de ella
Con besos figurados y expresivos.

Tocan al manto á veces, y ella, altiva,
Cuando alguno sus orlas profanaba,
De la fuerza del asco, convulsiva,
El manto de sus manos arrancaba.

Y al ver que su dolor mira piadosa,
Se acerca á Paz, diciendo: — «Oye mi nombre.» —
Y viendo á Honorio, añade pudorosa,
— «Mas vén; no me oiga, por piedad, ese hombre.» —

LEANDRA DE ZUÑIGA.

— «Fuí madre, y digna de ventura tanta,
Viuda guardé con religioso celo
Mi castidad, virginidad más santa
Que la primera castidad del cielo.

«Lisena, mi doncella, al hijo mío
Amó sin fé con la adhesión que afrenta;
Yo, mirando en Lisena amor tan frío,
Sentía una inquietud calenturienta.

«Por dinero, su amor y hasta su lecho,
Dió de Lisena el corazón liviano
A la mujer que acumuló en su pecho
La llama toda del amor humano.

«¡Ay! una noche, de razón ajena,
Al hijo de mi amor, que yo adoraba,
Otra mujer más torpe que Lisena,
De acuerdo con Lisena, le aguardaba.» —

Y aquí Leandra balbuceó, y nombrando
La noche... el lecho... su demencia... el hijo...
Poco á poco su voz debilitando,
Fué á decir no sé qué, mas no lo dijo.

Y al ver Paz que, aturdida y casi loca,
Ni ideas para hablar, ni frases halla,
Con la mano tapándole la boca,
Mirando á Honorio, la decía: — «¡Calla!» —

— «¡Sumida en el dolor, muerta de espanto»,—
Leandra murmurando proseguía,
«Envuelta entre los pliegues de este manto,
No he vuelto á ver la lúz desde aquel día!» —

Dijo, y huyó: los sátiros aullando
La siguen en su rápida carrera,
Y en torno de ella impuros circulando,
—«¡Que muera!», —gritan con furor, — «¡que muera!»

Y lapidarla, al fín, quisieron viles;
Más, como Dios es grande y siempre bueno,
Por más que las buscaron cuál reptiles,
Ni una piedra encontraron entre el cieno.

Y al verlos, dijo Paz: — «Contempla, Honorio,
¡Como Dios, en su gracia inagotable,
No trajo ni una piedra al purgatorio
Para arrojar á la mujer culpable!»

ESCENA TRIGÉSIMATERCERA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.

(TERCERA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — PAULA MEJÍA.

ARGUMENTO.

Hallan á las Faüstinas, á Julia, á Lucrecia Borgia y á Juana de Nápoles. Pregunta Honorio su nombre á Paula Mejía, y ésta le cuenta que, sorprendida un día, el marido obligó al amante á que pagase sus favores con un escudo, el cuál, después de horadado, le colgó su marido al cuello.

Andando con pavor y sentimiento
Por sitios sin color, de lúz escasos,
De una tierra arcillosa el pavimento
El ruido amortiguaba de sus pasos.

No cruza sér alguno, sin que enferme,
De sus marismas la región desierta;
Y el triste que en sus páramos se duerme,
Con la fiebre en las venas se despierta.

Y al llegar á la pútrida hondonada
De una rambla arenisca y pantanosa,
Donde crecen la palma enamorada
Y la adelfa risueña y alevosa,

Hallan mujeres de ojos centellantes,
Bocas grandes, y espesas cabelleras,
Con lábios rojos, gruesos, palpitantes,
Altas de pechos y anchas de caderas;

Y vén que allí, donde purgar se siente,
Del satisfecho amor la horrible plaga,
Corre impregnado el bochornoso ambiente
De un cierto olor de almizcle, que empalaga.

La boca sin carmín, cárdeno el cuello,
Marchando las impuras Faüstinas,
Los rostros enlodados, y el cabello
Cuál mónstruos de cavernas submarinas,

Mueven aún, con presunción de hermosas,
Los ojos ya apagados y sombríos,
Y al verlas todavía deseosas,
En vez de ardor, se sienten calofríos.

De Julia, hija de Augusto, se presenta,
De fango llena, la imperial figura;
Si hoy triste, descarnada y macilenta,
Radiante en otro tiempo de hermosura.

Pensando en el pasado, áun bebe ansiosa
El dejo de sus lúbricos amores,
Porqué es sólo una planta venenosa,
Cuando ha dado el placer todas sus flores:

Tras de ese amor, que en el placer empieza,
Y acaba en el desprécio y el hastío,
No faltó á su vejez ni una bajeza,
Ni hambre, ni sed, ni desnudez, ni frío.

Aunqué á muchos después, por el semblante,
Paz y Honorio, pasando, conocían,
De ofrecerles el bálsamo irritante
De consuelos vulgares se abstenían.

Vil como ella, á la Borgia sanguinaria
La muerte le infiltraba en el aliento,
Invisible Locusta, una malaria,
Que el veneno esparcía por el viento.

Del grupo de unos sátiros furiosos
Huye Juana de Nápoles, hastiada...
No ví jamás en ojos más hermosos,
Más audáz ni más firme una mirada.

Desconsolada Paz, y triste Honorio,
Llorando á solas vén una belleza
En el sitio peor de un territorio
Donde reinan la fiebre y la tristeza.

Y — «¿Quién eres?» — preguntan á la dama,
Que en el lugar del astro más oscuro
Brillaba, cuál la flor sobre una rama
Que ha tocado, al pasar, un aire impuro.

Ella al sentír colgada por delante
Una moneda taladrada al cuello,
Procurando ocultarla, en su semblante
Del más negro pesar llevaba el sello.

— «Fuí por mi esposo sorprendida, un día
Que mis deberes olvidé de esposa», —
Respondió á Paz, al fín, Paula Mejía,
Encendida su fáz como una rosa.

— «Págala bien», — de palidéz cubierto,
El marido cruél dijo al amante,
En cuyos brazos ¡ay! debí haber muerto,
Ciega de amor, perdida y palpitante.

— «O al punto», — continuó con rábia fiera,
«Te parto el corazón con esta daga,
O un escudo la das, de iguál manera
Que á una mozuela de cuartel se paga.»

«¡Ay! el amante obedeció al marido;
Aquél, infame, y éste, rencoroso.
Así, no muerta, deshonrada he sido
Entre un amante víl y un fiero esposo.

«Y después el marido deshonrado,
Con un frío rencor, que áun me horripila,
De una cinta, el escudo taladrado,
A mi cuello colgó como una esquila.» —

Y Paz echó de ver que, esto diciendo,
El escudo fatal Paula ocultaba,
Y á la pobre mujer compadeciendo,
Lloró tambien, al verla que lloraba.

— «¿Por qué no me mató piadosamente,
De aquél amante víl entre los brazos?», —
Gritaba en ese estado en que la frente
Hacerse quiere, al parecer, pedazos.

Calla; su rostro con las manos tapa,
Y así de nuevo á sollozar comienza,
Y un llanto por entre ellas se le escapa,
De rábia, de terror y de vergüenza.

Después de andar de un lado al otro lado,
Se paró, miró al cielo, abrió la boca,
Aspiró el aire, y luégo de aspirado,
Gritó y se echó á reír: ¡estaba loca!

Y en la rábia y la pena que sentía,
Unas veces riendo, otras llorando,
A solas se quedó Paula Mejía
Una voz sin palabras murmurando.

ESCENA TRIGÉSIMACUARTA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.

(CUARTA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — TERESINA DE LA PEÑA.

ARGUMENTO.

Siguiendo su viaje por el astro putrefacto, encuentran á las coquetas y después á Cleopatra guiando á várias mujeres. — Vé Honorio á Teresina de la Peña, la amante de un amigo suyo, y ésta le cuenta cómo el deseo de venganza la precipitó en el crímen.

Los devotos de Vénus y Cupido,
Después de una existencia divertida,
Respirando aquél aire corrompido,
Beben la muerte en lo que da la vida.

De pólen impregnados, los ambientes
Van cargados de lúbricos vapores;
A sus piés se deslizan las serpientes,
Y la fiebre se oculta entre las flores.

Las aguas estancadas agitando
De los pútridos charcos, se desatan
Unos vientos que, tíbios revolando,
Enferman tanto allí, que casi matan.

Imitando en su cuerpo, que cimbréa,
Con gesto blando y corazón de acero,
La cintura de Vénus Citeréa,
Que hizo perder el juicio al mundo entero,

Y juntando á la gracia de su talle
La eterna risa que á su lábio asoma,
Las coquetas hallaron en un valle
De flores sin color y sin aroma.

Inútiles deseos excitando,
Cuerpos nobles con almas corrompidas,
Fingen amor por vanidad, ansiando
Más bien ser admiradas que queridas.

¿Por qué, injustos los cielos, no han querido
O darles sentimiento ó continencia
A esos pérfidos séres, que han sabido
Guardar la castidad sin la inocencia?

¡Bien haya el fuego eterno, si os alcanza
A las que á tantos, con glacial falsía,
Llevásteis, de esperanza en esperanza,
Engañados un día y otro día!

¡Cuántos por ellas, con verdad se mueren,
Y las comedias de virtud adoran
De esas falsas que lloran cuando quieren,
Y mienten además siempre que lloran!

Lo mismo allí que aquí, marchando arteras
Por caminos sin lúz, cuál los reptiles,
Las ven hasta con asco las rameras,
Nobles almas tal vez en cuerpos viles.

Bella y gentíl, tras de mujeres tales,
La reina Cleopatra resplandece,
Ostentando en su rostro las señales
Del placer no escaseado, que embrutece.

Un áspid la mató; más se asegura
Que, hiriendo el áspid, la mató el despecho,
Pués cuentan que su sangre era tan pura,
Que el áspid reventó sobre su pecho.

Perdida el alma, ajada la materia,
Ménos que ella tal vez, siguen, livianas,
Las hijas de la infámia y la miseria,
Madres del vicio, y de la peste hermanas.

Confunden con bostezos sus gemidos,
Sintiendo la embriaguéz de la fatiga,
Porque Dios, del amor de los sentidos,
Hastiándonos de goces, nos castiga.

Hallando á una mujer viva y pequeña,
De vida no muy buena, y mala fama,
— «¡La pobre Teresina de la Peña!...», —
Con ternura y dolor Honorio exclama.

TERESINA DE LA PEÑA.

— «¿Sois?...», — fué á decirla; y rápida y concisa,
— «La misma soy», — le interrumpió la sombra;
Y él hablando despácio, ella de prisa,
Ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

— «Hasta el crímen por él precipitada...», —
La triste jóven á decir comienza:
Y al decir *él*, por la emoción turbada,
Se puso colorada de vergüenza.

— «La virtud aprendiendo de corrida», —
Siguió, de rabia y sentimiento roja,
«Después de abierto el libro de la vida,
Lo he leido hasta el fín hoja por hoja.

«Como el camino abandoné derecho,
Porqué á otra se entregó, de celos llena
Yo, después, por vengarme, en mi despecho,
— «La vida corta», — dije, — «pero buena.» —

«Ciega en mi rábia, y en mis goces fría,
Marchita ya de mi virtud la palma,
Sin hallar el amor que á él le tenía,
Al placer me entregué con toda el alma.

«Aunqué doté de artificial ventura,
Tejiendo el hilo del placer, á tantos,
El tierno amor sobre mi vida impura
Ni una vez ha arrojado sus encantos.

«Y es que, á pesar de mi cruél despecho,
Mi ardiente corazón sólo á él queria,
Y siendo para él, áun en mi pecho
La fuente del candor renaceria.

«¡Perdida ya una vez, aunqué demente
Me lancé á una feroz incontinencia,
No hallé dicha ni paz, pues solamente
Nos consuela de todo la inocencia!» —

Y mordiendo algo, en sueños, con la boca,
Batiendo con los puños las rodillas,
Una especie sintió de rábia loca,
Que hizo llegar la sangre á sus mejillas.

Después hácia el tropel de innoble fama
Corriendo la mujer viva y pequeña,
Con ternura y dolor Honorio exclama:
— «¡La pobre Teresina de la Peña!...» —

Y — «¡adios!» — la dice; y rápida y concisa,
— «¡Adios, adios!» — le respondió la sombra;
Y él hablando despácio, ella de prisa,
Ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

Y añade Honorio con viríl coraje:
— «¡A cuántas, como á tí, traen los celos
A este astro de fatal libertinaje,
Pudridero maldito de los cielos!» —

ESCENA TRIGÉSIMAQUINTA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.

(QUINTA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — LOS MARQUESES DE VALVERDE.

ARGUMENTO.

Acabando de recorrer el astro putrefacto, se encuentran otros viciosos; y después de ver pasar á las Celestinas, cierto hombrecillo les cuenta que un Marqués de Valverde, para castigar la desenvoltura de su mujer, hizo colocar el retrato de ella, con el vestido remangado, en el frontispicio de su casa. — Exclamaciones de Paz y Honorio, al abandonar el astro donde purgan los impuros sus pecados.

Cruzando aquella tierra corrompida,
Siguen hallando los perdidos seres,
Que créen que Dios les concedió la vida
Para agotar en ella los placeres.

Sobre sus tardos miembros, cuyos bríos
Agotaron los reumas y los años,
Resbaladizos, húmedos y fríos,
Ven con pena correr bichos extraños,

Los audaces, que llevan en la frente
La expresión de los goces vïolentos,
Y que impuros revuelven en la mente
Toda suerte de inmundos pensamientos.

Y ven á los que, en falso enamorados,
Convirtiendo el deseo en un suplicio,
De su inútil amor desesperados,
No sintiendo pasión, sueñan el vicio.

Van en pos de ellos, en tropel impuro
En demencias de goces delirando,
Hasta el tierno respeto, el amor puro,
Con sus nécios caprichos deshonrando,

Los Catones, Adrianos y Alcibiades,
Que, apurando el deseo hasta las heces,
En sus gustos, banquetes y amistades,
Hace el desórden del placer las veces.

Mercurios sin honor, raza maldita,
A quién mi lengua por pudor no nombra,
Pués con su aliento la virtud marchita,
Como el árbol que mata con su sombra,

Siguen detrás las que al amor brindaron
Con la copa que encanta y que envenena;
Traficantes de amor, que comerciaron
Por cuenta propia y con delicia ajena.

De pronto, de entre un corro de mujeres
Saliendo un hombre ruín, que causa hastío,
Y un grupo señalando de tres seres,
Que de verlos no más se siente frío,

Cuenta de ellos la historia vergonzosa,
Mirando, miéntras habla, al matrimonio,
Con ojeadas de sátiro á la esposa,
Y al hombre con sonrisas de demonio.

LOS MARQUESES DE VALVERDE.

— «Se alzó en Valladolid un edificio,
De Fabio Nelli en la plazuela un día,
Y desnudo, en el ancho frontispicio,
El cuerpo de la dueña se veía.

«Creyó, haciendo la impúdica escultura,
Este Marqués celoso y delirante,
Víl castigar la víl desenvoltura
De esa adúltera esposa y del amante.

«Ciego, al llenar á su mujer de lodo,
No vé el Marqués que su deshonra sella,
Publicando el imbécil de este modo
La infámia de él y la vergüenza de ella.

«Y ¿qué diréis del escultor impío?
No supo, al retratarla, el miserable,
Que si el mundo perdona un extravío,
Siempre es con la bajeza inexorable.

«Éste fué el escultor que hizo el retrato,
Ése el marido fué, la mujer ésa:
¿Cuál tuvo de los tres, ménos recato,
El artista, el marqués, ó la marquesa?» —
Corriendo uno detrás, y otro delante,
Sigue el marido á la mujer perjura,
Y detrás de los dos marcha jadeante,
Cargado el escultor con la escultura.

Y — «¡malvado!» — al Marqués, ya arrepentido,
Dice el artista, de furor cegado;
— «¡Malvada!», — á la mujer grita el marido,
Y le responde la mujer: — «¡Malvado!» —

Y el esposo á la esposa por la falda
La agarra airado, cuando huír procura,
Miéntras, fiero, al marido por la espalda
Le pega el escultor con la escultura.

Y deshonrando al grupo sin decoro,
Miéntras la infame procesión seguía,
Se deshonra también, silbando á coro,
Un pueblo más infame todavía.

El putrefacto sol por fin dejando,
Arrebatada Paz de un santo celo,
— «¡Dichosos!», — exclamó, la vista alzando,
«Los que aman sólo lo que aprueba el cielo!» —

Y al dejar aquél astro maldecido,
Estas frases sobre él Honorio lanza:
— «¡Cuán infelices son, pués no han sentido
La dicha del amor sin esperanza!

«¡Nunca el sol con sus rayos esplendentes,
Astro de maldición, tu fango dore!
¡Dios quiera, abrevadero de serpientes,
Que un diluvio de rayos te evapore!» —

ESCENA TRIGÉSIMASEXTA.

LAS ALMAS EN PENA.

LUGAR DE LA ESCENA: *De los cielos á la tierra.*

PERSONAJES.

JESÚS EL MAGO. — SOLEDAD. — PAZ. — HONORIO. — PALACIANO. — LAS ALMAS EN PENA.

ARGUMENTO.

Hallan en los espácios las almas en pena del mundo extinguido, que, guiadas por Palaciano, buscan en vano la tierra, adonde deben ir á acabar las vidas comenzadas, así como muchas almas del globo terráqueo van á algunos astros á purgar sus pecados. Palaciano, al pasar, las guía hácia donde está su madre. Encuentro de Paz, de Soledad, de Honorio y Palaciano. — Nueva aparición y exhortación de Jesús el Mago. Viendo Soledad que las almas vacilaban sobre el camino que debian seguir, arroja delante de Palaciano un puñado de lúz, que sirve á las almas de guía. Al separarse, suspiran los cuatro, cuyos suspiros, confundidos, servirán, andando el tiempo, para la creación de otro mundo.

Son tan inmensos los humanos duelos,
Que hasta en el éter, con mortal quebranto,
Más allá de los cielos de los cielos,
Siempre ojos se han de hallar que bañe el llanto.

Ya vimos con dolor de qué manera
Aquél rebaño de almas que ántes iba
Siguiendo á Palaciano, cuál si fuera
Guiado por un hada compasiva,

Para acabar la vida comenzada,
El mundo van buscando, y, anhelantes,
Sin encontrar la tierra deseada,
De un sol al otro sol vagan errantes.

Con Paz y Honorio, Soledad, inquieta,
Vé la miriada de almas, que, perdida,
Muriendo ántes de tiempo en su planeta,
Vá hácia la tierra á concluir la vida.

El intenso dolor de la locura
La grande turba de las almas siente,
Y da vueltas y vueltas, y murmura
Como un mar que susurra eternamente.

Ya imitan, cuando en grupos se adelantan
Por la vaga extensión del firmamento,
El monótono ruido que levantan
Los árboles movidos por el viento;

Ya á nubes de follajes se parecen,
Que un deshecho huracán mueve con ruido;
Ya á tórtolas pajizas, que se mecen,
Piando en la enramada en que han nacido.

Con la inmensa atracción de un pecho que ama,
Hácia Paz las conduce Palaciano,
Como las aves que el Bracmita llama
A comer cariñosas á su mano.

Y á Paz y á Honorio, circulando errantes,
Las tristes almas con amor rodean;
Y cuál pájaros giran que, anhelantes,
En torno de un festín revolotean.

Aquél con altivéz, éste sumiso,
Al hallarse un hermano y otro hermano,
Se ven ante su madre de improviso,
Honorio en pié, de hinojos Palaciano.

Ya juntos, de su madre en la presencia,
Honorio y Palaciano, aunqué sin ira,
Están con la glacial indiferencia
Del que vé más allá de lo que mira.

Como un grupo de lúz, entre ellos cae
Jesús de pronto, y prorumpió: — «¡Victoria!
¡Consagremos al Dios que aquí nos trae,
Amor, respeto, bendición y gloria!» —

Escucha alegre Paz aquél acento,
Que del espacio en el azúl retumba,
Y miéntras oye Palaciano atento,
Tan mudo Honorio está como una tumba.

— «¡Salud!» — siguió Jesús — «á aquél que guía
Por buen camino á la perdida gente,
Aunqué ha olvidado un día, un solo día,
Que es posible obrar mal, siendo inocente.

«¡Esperad y sufrid! y cuando os halle
Tocados por la fé, que á Dios le pido,
Os llamaré de Josafat al valle,
Y en tanto no olvidéis que no os olvido.

«Seguíd sufriendo, y en el nombre santo
De Cristo, nuestro Dios, tended el vuelo;
La caridad os guíe, y entre tanto
Os bendigo en la tierra y en el cielo.» —

Hallándose unos de otros frente á frente,
Estas palabras de Jesús oyendo,
Suspiraron los cuatro tristemente,
Los ojos, con el alma, á Dios volviendo.

Y en mútuo adiós, tendiéndose la mano,
Cada cuál al partir de nuevo gime;
Altivo Honorio, débil Palaciano,
Paz cariñosa, y Soledad sublime.

Las almas, esparcidas ó agrupadas,
Se revuelven cuál pálidas neblinas,
Como andan por la atmósfera, á bandadas,
En Octubre, al partir, las golondrinas.

Al verlas vacilar, siempre amorosa,
Sonrió Soledad, tendió su mano,
Un puñado de lúz cogió, y piadosa,
Delante lo arrojó de Palaciano.

Y por el cielo azúl después cayendo
La lúz como si fuera un aerolito,
Delante de las almas fué midiendo
Con un hilo sutíl el infinito.

Y es que el globo de llama, al desprenderse,
Cuál ovillo de lúz se deshacía,
Y á las almas en pena, al deshacerse,
El hilo iba sirviéndoles de guía.

Enternecida Paz, mirando al hijo
Que á las almas guiaba, en su embeleso,
— «¡Adiós! ¡Adiós!», — á Palaciano dijo,
Dándole, amante, en cada adiós un beso.

Suspendiendo las almas sus congojas,
Volaron hácia el mundo á toda prisa,
Ya sueltas, ya en monton, como las hojas
Que se esparcen llevadas por la brisa.

Por gracia de Jesús, cuando gimieron,
Juntos los ayes, en revuelto giro,
Se acercaron, se unieron, y se hicieron
De los cuatro suspiros un suspiro.

Y en uno todos con amor mezclados,
Los bendijo Jesús á su partida,
Porqué fuesen, un día condensados,
De un mundo que será, gérmen y vida.

Y así corriendo, y entrañando unidos
La fé, la duda, la bondad, los celos,
Cruzaron desde entónces confundidos,
Como una tromba de pasión, los cielos.

Siguiendo Soledad al triste bando,
Por si errante algun alma se perdía,
Un punto con el dedo señalando,
— «¡Por allí!...», — con el gesto les decía.

Del coro de las almas vagabundo,
Con perfecta humildad, con fé cristiana,
Cada cuál baja á ser acá en el mundo
Una mezquina criatura humana.

Ya ven Honorio y Paz despavoridas
A las almas en pena allá á lo léjos,
Que áun cruzan el espácio confundidas
Entre ténues y pálidos reflejos;

Y que, conforme de los cielos huyen,
Por el vapor que los espácios puebla,
Se deslizan sutiles, como fluyen
Los rayos de la lúz entre la niebla.

Para acabar las comenzadas vidas,
Buscan las almas su postrer calvario,
Y van, por Palaciano conducidas,
De la tierra al infierno temporario.

Parte Jesús: el cielo está sombrío;
Siguen las almas su camino incierto;
Se alejan Paz y Honorio, y el vacío
Hasta de sombras se quedó desierto.

JORNADA SÉPTIMA.

ESCENA TRIGÉSIMASÉPTIMA.

EL PECADO DE LA ENVÍDIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro paradisíaco.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — LEONÓR DE NAVARRA.

ARGUMENTO.

Llegan Paz y Honorio á un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos vén todo lo que envídian. Después de dejar á los maldicientes y á los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos á Leonór de Navarra, que les cuenta cómo mató á su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra. — Después Honorio vé la imágen de su hermano, á quien envidió algún día ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquél astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,
Corren, sintiendo duelos sobre duelos,
Los astros de los vicios capitales,
Calvarios de las tierras de los cielos.

Un día que, entre vagas nebulosas,
En su calvario sideral pasaron,
Los grupos de unas islas misteriosas,
De un celeste archipiélago, encontraron,

Y en una de ellas con sorpresa miran
Un claro edén, en derredor sombrío,
Y en medio de un infierno, un cielo admiran,
Perdido en las regiones del vacío.

El delicioso edén hallan cercado
De las áridas gredas de un desierto,
Y fuera del oásis encantado,
Parece al rededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,
No envidiosa jamás, siempre envidiada;
Con su eterna verdura, parecía
De aquél éden la muerte desterrada.

En tan santo pensíl los corazones
Descansaban en paz, sin ánsia alguna,
Pués brillaban en él todos los dones
Del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado
Mirando el astro en derredor, se advierte
Un árido país, tan desolado
Cuál lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;
Dentro, el amor y el religioso anhelo:
Para castigo, el que envidioso admira,
Vé cuanto envídia, en un dichoso cielo.

Del linde del edén, siempre apacible,
Aparta de él las envidiosas gentes
Un cercado de cáctus, que, terrible,
Se llena, andando el tiempo, de serpientes;

Y en torno, cuál si fuesen rencorosos
Vampiros, por sus tumbas vomitados,
Contemplan el edén, los envidiosos,
En que gozan sin fín los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente
Maldice el bién ajeno hasta el delirio:
Se envídia todo allí; tan solamente
De la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,
Con ojos de rencor, que baña el llanto,
Se entregan rencorosos, por afuera,
Del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que vén que su calúmnia mata,
Al herir á traición, sienten con ira
La bárbara alegría del pirata
Cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,
A fuerza de esperar, se desesperan,
Y que pasan la vida contemplando
Cuánto tardan las muertes que se esperan,

Llevando del rencor los atributos,
Los ojos sin candor, verde la cara,
Van, por la envídia pálidos y enjutos,
Sila, César, Caín y Trastamara.

También, furiosa, en recorrer se afana
De aquél edén por la región externa,
La que ha dado, envidiosa de su hermana,
Por un mes de reinar, la vida eterna.

— «¿Qué buscáis?» — dijo Paz; y separando
La vista, con espanto, de los cielos,
Esta historia Leonór le fué contando,
De ambición abrasada, envídia y celos:

LEONÓR DE NAVARRA.

— «Yo soy de Foix la criminal Condesa,
Reina que fuí de la Navarra un día,
Señora del Bearne y gran Duquesa
De Montblanc, de Nemours y de Gandía.

«Muerto por órden de Don Juan, su padre,
Cárlos, mi hermano, Príncipe de Viana,
Para subír al trono de mi madre,
Me estorbaba después Blanca, mi hermana.

«Ciega una vez, con envidioso encono,
Hice que Blanca acompañase á Cárlos;
Estos que impiden que se suba á un trono,
No acaban de morir, y hay que matarlos.

«Guardé esa vez con criminal bajeza,
Disfrazada de Inés, de Blanca el sueño,
Como esconde el esclavo la cabeza
Al ir, astuto, á asesinar al dueño.

«Despertó, tuvo sed, me miró ansiosa,
La dí á beber..., y al verla envenenada,
La ilusión me asaltó, vertiginosa,
De ser muerta con ella y enterrada.

«Luégo, dudando, prorumpió inocente:
— «El aire es de Leonór, de Inés el manto...» —
Yo, al ver que me miraba fijamente,
Volviendo el rostro, encanecí de espanto.

—«Sintiendo el fuego que en su pecho ardía,
Con voz de madre, á un tiempo, y soberana,
Sacudiéndome el brazo, me decía:
—«¿Sois Inés de Aguilar, ó sois mi hermana?

«¿Qué importa, ingrata, que tu rostro vea,
Si te doy el perdón, que á Dios le pido?
Me has muerto, Inés, Leonór, ó la que sea,
Y es fácil mi perdón, más no tu olvido.

«¡Cuánto sopor en mis entrañas vierte
Este licor con que la fiebre amanso!
Por él, gracias á tí, tendré la muerte...
Digo, Inés ó Leonór, tendré el descanso.

«¡Hondo el letargo es de mi vida dueño:
Pídele á Dios, cuando espirar me veas,
La gloria para mí, para tí el sueño,
Y adiós, Inés, Leonór, ó la que seas!!» —

«Yo, como el víl que mata de rodillas,
Del veneno las huellas contemplaba,
Y de Blanca el aliento mis mejillas,
Como erupción volcánica, abrasaba.

«Oí luégo un gemido pavoroso,
Que el término anunciaba de sus males:
No harían un rumor más espantoso,
Al partirse, las losas sepulcrales.

«Con fúria tal mi brazo asió, espirando,
Que la atraje, al huír, cayendo al suelo.
Quise escapar, mas la llevé arrastrando...
¡Es un horrible vengador el cielo!

«¡Roí, con el sudor de la agonía,
Uno á uno sus dedos, inclemente!...
En cámbio, á mí también, desde aquél día,
Me róe el corazón una serpiente!

«¡Oh goces del reinar! ¡Qué ajena estaba
De pensar ni temer tan viles cosas,
Mi alegre jardinera, que miraba
Cuál se abría el capullo de las rosas!

«Así, muriendo resignada y pura,
Blanca su cárcel por el cielo deja;
Yo al fín de aquella noche de tortura,
Miré á un espejo, y me encontré ya vieja.

«Y todo ¿para qué? Mirad», — decía,
«Mirad la causa de mi eterno llanto.» —
Y lanzaba hácia el cielo, que se abría,
Una mirada de rencor y espanto.

Abrasada Leonór de envídia y celos.
Mira de Blanca la inmortal belleza,
Y que brilla cuál reina allá en los cielos,
Coronada de soles la cabeza.

Cuanto es de Blanca el triunfo esplendoroso,
Tanto Leonór con sus rencores lídia;
Pués siempre en aquél cielo el envidioso
Vé lo que teme, y teme lo que envídia.

Al mirar que de Blanca el pié divino
Sobre un trono de estrellas se apoyaba,
Y que su frente un cerco peregrino
De cabezas de arcángeles rodeaba,

Por no verla, Leonór huye, lanzando
No sé qué frases de rencor su boca,
Y mira de reojo al cielo, alzando
El rostro descompuesto de una loca.

Huye, y huyendo, embotan sus sentidos,
Retumbando confusos á su lado,
Todos los écos de terror oidos
Desde el día en que Abel fué asesinado.

— «¿Y mi posteridad?... ¡Dios iracundo», —
Grita, huyendo, Leonor, — «así lo quiere:
La raza de Caín, desde que hay mundo,
Nace, asesina, se deshonra y muere!» —

Miéntras con ojos por la envídia hundidos,
Verde en lo interno y árido en lo externo,
Los envidiosos vén entristecidos
Aquél edén cercado de un infierno,

Miraba Honorio al cielo, y anhelante,
Hallando en él también lo que temía,
Al ver no sé qué cosa, en su semblante
Un no sé qué siniestro se veía.

Era su horror más grande que el mostrado
Por la víl que, entre envídias y entre enconos,
Aprendió, en quince dias de reinado,
Cuánta es la futileza de los tronos.

Cuando los ojos en el cielo abisma
Honorio, por prodigio sobrehumano,
Vé, cuál si fuese en su conciencia misma,
La prisión y el secuestro de su hermano.

Y halla en su pecho, que jamás reposa,
Todas las cosas fúnebres y extrañas
Que hace engendrar la envídia rencorosa
Cuando tuerce fatal nuestras entrañas;

Y corre, y corre más, siempre diciendo:
— «¡Huyamos de este sitio, madre mía!...» —
Y á su madre arrastraba, huyendo... huyendo...
Con el glacial sudor de la agonía.

ESCENA TRIGÉSIMAOCTAVA.

EL PECADO DE LA IRA.

(PRIMERA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — PILAR MONTESA.

ARGUMENTO.

Siguen hallando Paz y Honorio los astros que son los purgatorios de las almas. Llegan á aquél en que se purga el pecado de la ira, y encuentran á los homicidas, entre los que descuella Neron. Hallan después á Pilar Montesa, la cuál les dice, que después de haber sido abandonada por su amante, que se arrepintió y confesó sus pecados, la volvió á solicitar, y fingiendo ella admitír de nuevo sus obsequios, lo asesinó para que no volviese otra vez á dejar su amor por el amor del cielo. El amante asesinado creyendo que van al purgatorio las almas de los que, áun habiendo sido grandes pecadores, han amado y padecido mucho, marcha tras ella rezando para pedír á Dios el perdón de sus pecados.

Por la región del cielo esplendorosa
Dirigen Paz y Honorio sus pisadas,
Guiados por la senda luminosa
Que forman las estrellas agrupadas.

Van de un planeta al otro, contemplando
Cómo sigue un tormento á otro tormento,
Y cuál se va sin término ensanchando,
Como un mar sin orilla, el firmamento.

Con más ó ménos lúz, y siempre bellas,
En un cielo, ya fúlgido, ya umbrío,
La interminable multitud de estrellas,
Como arena arrojadas al vacío,

Del cielo las profundas soledades
Poblaban, ya remotas, ya cercanas,
Y en unas y otras ven humanidades
De nuestra triste humanidad hermanas.

Un día, entre tinieblas sepultado,
A toda vida y movimiento ajeno,
Vén un astro en el cielo, abandonado
Como el fósil de un sol, de espectros lleno.

Un crepúsculo eterno lo alumbraba,
Y en sus antros sin fín, de lúz escasos,
Un silencio tan fúnebre reinaba,
Que ni el ruido se oía de los pasos.

¡Osario universal! ¡Astro sombrío!
Desespera la paz que allí se anida.
Masa inerte, que flota en el vácío,
Privada de la lúz y de la vida.

Cayendo á plomo, entumecido, el viento,
En aquella región de espectros llena,
Los gemidos de rábia y sentimiento
Se pierden en un aire que no suena.

En su fiebre normal, de aquellas gentes
El ánsia de matar es su esperanza;
Rechinando de cólera los dientes,
No piensan en más dios que en la venganza.

Mascando el aire y vomitando injúrias,
Su propia rábia es su mayor martirio,
Y escoltándolos siempre, cuál tres fúrias,
Ván el rencor, la fiebre y el delirio.

Con el pecho más duro que una roca,
Cuál huye de lobeznos la manada,
Va un grupo de asesinos, por la boca
Arrojando una espuma ensangrentada.

Exasperado allí, todo homicida
Vé en el astro sin lúz, dormido ó muerto,
Su pasion vïolenta, enardecida
Por la calma mortal de aquel desierto.

En medio de la fúnebre manada
Despunta de Nerón la gentileza,
Como animal feroz, al cuál por nada
Se le sube la sangre á la cabeza.

Cuando mascar el aire los veía,
Como el que sed y calentura siente,
Mirando á Honorio, Paz le repetía:
— «Odia el crímen; perdona al delincuente...» —

Ven luégo una mujer que á cada instante,
Lanzando en derredor una mirada,
Derramaba, feroz, sobre su amante,
La lúz de una espantosa llamarada.

Y porqué Paz á la mujer provoca
La causa á referir de sus enojos,
Les muestra una expresión de fúria loca,
Que enrojece hasta el blanco de sus ojos.

PILAR MONTESA.

Y así luégo sus iras y sus penas
Les refiere Pilar con arrogancia:
—«Yo empecé á amar á este hombre cuando apénas
Salía de los juegos de la infancia.

«Él, única ilusión de mis sentidos,
Yo, la sola esperanza de su pecho,
En cuerpo y alma para siempre unidos,
Fué un sueño nuestra vida, el mundo un lecho.

«Andando el tiempo, sin pasión alguna,
A este hombre, indigno de las ánsias mías
Ya la ilusión le pareció importuna,
Como odioso el deber en otros días.

«Huyendo poco á poco de mi lado,
Con ninguna pasión y mucho celo,
Cobarde, arrepentido y confesado,
Dejó mi amor por el amor del cielo.

«Ignoraba que hubiese, el alma mía,
Más Dios que su pasión, pués de tal modo
Adoraba á este infame, que creía
Que un puro amor es religión y es todo.

«Pasó el tiempo, y de nuevo arrepentido,
Ya con mucha pasión y poco celo,
A mis piés confesándose rendido,
Por volver á mi amor dejó el del cielo.

«En la cita felíz del primer día,
Al mirarle de nuevo condenado,
Y al ver que, contemplándome, sentía
Ese horrible placer que da el pecado,

«Desenvaino un puñal, beso su frente,
Le parto el corazón, y así le digo:
— Sé mío, y no de Dios, eternamente,
Hoy, que estás mal con Dios y bien conmigo. —

«Y acabando tambien mi inútil vida,
Nos unió para siempre el sueño eterno:
No me llevó él á un cielo arrepentida,
Más vine yo con él á un mismo infierno.

— «¡Súfreme aquí, por mi desprécio honrado,
Amante desleal, cristiano impío!
Ni perdono, ni olvido que has dejado
Por el amor de Dios el amor mío.» —

Dice, y con ojos de furor devora
Al objeto infelíz de sus amores,
Y alejándose altiva y seductora,
Marcha gentíl como quién pisa flores.

Y dice el hombre á Paz: — «La desdichada
No sabe amar sin fiebre; y ten en cuenta
Que al hacer lo que ha dicho, fué arrastrada
Por la fúria de amar, que la atormenta.

«Me asesinó; más en aquél instante
La cegaron su amor y su fiereza:
Estaba triste, y en el alma amante,
¿Quién sabe á lo que arrastra la tristeza?

«Pero como han de ser, cuando han sufrido,
Los que han amado mucho, perdonados,
Voy rezando tras ella, arrepentido,
En justa expiación de sus pecados.» —

Y miéntras, de ella en pos, él la seguía,
Llorando de ella y de él los muchos duelos,
— *¡Padre nuestro*, — mirándola, decía, —
Que estás, — siguió, alejándose, — *en los cielos!!!* —

ESCENA TRIGÉSIMANOVENA.

EL PECADO DE LA IRA.

(SEGUNDA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — LA MARQUESA DE ASTORGA. — DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO.

ARGUMENTO.

Siguiendo su marcha por el purgatorio de la ira, se encuentran entre los celosos á la Marquesa de Astorga, la cuál dió de comer á su marido el corazón de una amante; y después á D. Fernando Ruíz de Castro, Gobernador de Toledo, que hallando una noche en su jardín al Conde D. Vela hablando á solas con Fortuna, dama de su mujer Estefanía, creyendo que era ésta, mató al Conde, subió al cuarto de Estefanía, y aunqué la halló dormida, pensando que fingía el sueño, la asesinó. Aparece Fortuna disfrazada con el traje de Estefanía, y después de confesar á Castro que su mujer es inocente, y que la culpable es ella, se arroja al rio Tajo.

Cuando los dos, sin luces ni senderos,
Por aquél sol fosilizado andaban,
Bajo el pié de los pálidos viajeros
Los huesos de los muertos resbalaban.

Creyendo encontrar hombres, hallan fieras
En el planeta aquél, que parecía
Un cadáver perdido en las esferas,
En medio de una atmósfera sombría.

En vano es que se mire, y el gemido
Se fía en vano de la peña al hueco;
Vagando allí sin claridad ni ruido,
Quieren ver, y no hay lúz; si hablan, no hay eco.

Sobre el planeta, ó muerto ó moribundo,
El sueño ó insomnio los fantasmas velan,
Cuál sobre el mar del Norte tremebundo,
Imperturbables, las gaviotas vuelan.

Persiguiendo á sus viles asesinos,
Gimiendo de ira, y de furor inquietos,
Blanquear se vé por todos los caminos,
Como un rastro confuso de esqueletos.

Marchan también aquellos que furiosos
Quieren morir, pero morir matando;
Los que aman mucho y bién, y que, celosos,
De ganas de llorar van reventando,

Y sus penas, ó ciertas ó soñadas,
Agrandan con su loco pensamiento,
Llenando sus mejillas inflamadas
Con lágrimas de rábia y sentimiento.

LA MARQUESA DE ASTORGA.

Dando un grito de celos espantoso,
Dice una dama á Paz: — «¿Tienes marido?
Arrancado por mí, fué por mi esposo
El corazón de otra mujer comido.

«¡Sí! castigué su proceder villano,» —
Siguió diciendo la ofendida esposa,
«Sirviendo á mi marido por mi mano
El corazón de una rival dichosa.

«Dispuse un gran festín: y, ¡oh! ¡qué contentos
Mis huéspedes cantaban y reían!
Y yo ¡cuánto gozaba al ver que, hambrientos,
De mi rival el corazón comían!

— «¿Es bueno ese manjar? ¿Está sabroso?» —
Con fingida bondad dije al villano;
Y con bondad fingida el falso esposo,
— «Como hecho», — contestó, — «por esa mano.» —

— «¡Toma el postre!», — añadí, y eché, terrible,
Ante él, rodando, la cabeza de ella.
¡No hay un placer, como el placer horrible
De ver tan fea á una rival tan bella!

«¡Oh! ¡qué gesto!», — añadió, — «¡qué extraño gesto
Presentaba aquél rostro ensangrentado!» —
Y la infelíz reía, al decir esto,
Como ríe el dolor desesperado.

— «¡Al ver aquellas caras espantadas», —
La Marquesa siguió, — «libre de penas,
No arrastrando ya puntas aceradas,
Dulce la sangre circuló en mis venas!

«Después, loca de atar, en un convento,
Tras del tumulto aquél, busqué un asilo;
Y, aunqué ya estaba de sospecha exento,
No vivió en él mi corazón tranquilo,

«Pues no logró alcanzar la suerte mía
El ver completa la venganza aquella:
¡Si de ella el corazón ví que él comía,
No pude ver el de él comido de ella!

«No; nada basta á una mujer celosa
Cuando ama y ódia y de vengarse trata.
Para saciar su rábia es poca cosa
Matar y hacer comer lo que se mata.» —

Acongojada Paz cuando esto oía,
Al oido de Honorio hablando quedo,
— «¡Partamos, hijo mío!», — le decía,
«Que esta pobre mujer me causa miedo!» —

Vieron después á un hombre que, llorando,
Partía de dolor los corazones,
Y que llegó hácia ellos murmurando,
Como el loco que reza imprecaciones;

Y — «¿cuál es tu pesar?» — tambien gimiendo
Le pregunta al fín Paz, transida el alma.
Miró el de Castro, y contestó diciendo,
Con el tono aparente de la calma:

DON FERNANDO RUÍZ DE CASTRO.

— «Mi esposa Estefanía que está en gloria,
Fué del Séptimo Alfonso hija querida;
Desde hoy sabréis, al escuchar su historia,
Que hay desgracias sin fín en nuestra vida.

«Yo la maté celoso; y si, remiso,
No me maté también la noche aquella,
Fué por matar después, si era preciso,
A todo el que, cuál yo, dudase de ella.

«Cierto Conde Don Vela á Estefanía
La profesó un amor que ella ignoraba;
Y Fortuna, una dama que tenía,
Al Don Vela, á su vez, idolatraba.

«Por las noches Fortuna, artificiosa,
Miéntras que su ama se entregaba al sueño,
Disfrazada y fingiéndose mi esposa,
Hacía al Conde de sus gracias dueño.

«En mi parque, una noche, hácia una umbría,
Llegar vi á una mujer, y á un hombre á poco;
Luégo, el nombre al oír de Estefanía,
¡Ay! yo pensé que me volvía loco.

«Torno á escuchar de Estefanía el nombre:
Por vengarme mejor, mi rábia aplazo;
Más ví después á la mujer y al hombre
Confundirse los dos en un abrazo,

«Y—¡en guardia!—grito al hombre; él se prepara,
Le acoso airado, y con valor me acosa,
Y miéntras mato al Vela cara á cara,
Huye la infame que creí mi esposa.

«Dejo allí al Conde, atravesado el pecho,
Y persiguiendo á la mujer que huía,
Ví á la lúz de una lámpara, en su lecho,
Dormida dulcemente á Estefanía.

«Aquél sueño de paz juzgo fingido;
La despierto, me vé, me echa sus brazos,
Y con mi daga, entre ellos oprimido,
Hice, feroz, su corazón pedazos.

—«¿Me matas?»—dijo, y contesté:—«¡De celos!»
—«¡Loco!»—gritó; y al ver que me abrazaba,
—«¡Cuál te amaba!»—exclamé; y ella á los cielos
Miró, y dijo al morir:—«¡Cuánto me amaba!»—

«Sentí luégo una puerta que se abría,
Y al resplandor de la naciente luna,
Con el traje salió de Estefanía,
Cuál siniestra sonámbula, Fortuna.

—«¡Bárbaro!»—dijo;—«la mujer que ha huido
No es tu esposa felíz, que muere amada;
¡Yo soy quién, disfrazada, he recogido
El précio víl de una pasión robada!

«Perdona, Castro, la demencia mía;
Te dejo honrado, aunqué de angústia lleno;
Y pués muere entre sangre Estefanía,
Es muy justo que yo muera entre el cieno.»—

«Y así diciendo, del balcón abajo
Se echó Fortuna de cabeza al río,
Y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,
Bañó todo mi cuerpo un sudor frío.»—

Era de Castro la amargura tanta,
Que al furor reemplazando la tristeza,
Ronca la voz y seca la garganta,
Cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó: — «¿No es cierto que debía
Matarme yo también la noche aquella?
Más, si faltase yo, ¿quién mataría
Al que dudase de mi honor y el de ella?» —

Viendo Honorio que Castro sepultaba
Entre sus manos la abatida frente,
Imitando á su madre, murmuraba:
— «Odia el crímen; perdona al delincuente.» —

ESCENA CUADRAGÉSIMA.

EL PECADO DE LA SOBERBIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Una estrella nebulosa.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — ISABEL DE INGLATERRA.

ARGUMENTO.

En el astro donde purgan sus pecados los soberbios, ven que un ángel, al pasar, se cubre el rostro para no ver á Saúl, á Jérjes y al Rey Poro. En el fín de un promontorio, que se adelanta hácia el vacío, hallan á una mujer que les cuenta el fín de los soberbios, despreciados por Dios y por los hombres. Pregunta Paz á la mujer su nombre, y le dice que es Isabel de Inglaterra, y les refiere la historia del anillo que, en prueba de amor, dió al Conde de Essex, el cuál, condenado á muerte, se lo remitió, en prueba de sumisión, por su enemiga la Condesa de Nottingham, quién lo guardó, en vez de entregarlo; y concluye diciendo que, creyéndos despreciada, le dejó morir en un cadalso.

Los astros y los astros explorando,
Que pueblan á millones el vacío,
Desde el sol hasta Urano, van pasando
De un tórrido calor á un grande frío.

Y hasta ver si por último consiguen
El fín hallar de los humanos duelos,
Por el camino de las almas siguen,
En busca de otros astros, á otros cielos.

Y vén que Dios, con paternal constancia,
Fecundados por rayos estelares,
Esparce en el espacio, en abundancia,
Los mundos habitados á millares.

En un día de luto, al fín hallando
Una oscura región, que el sol olvida,
Cuando ya casi casi iban llegando
Al confín del imperio de la vida,

Allí donde, si un astro adorna el cielo,
Cercándolo el vapor, se espesa y llueve,
Y luégo que á la tierra enfría el hielo,
Sobre el hielo después cae la nieve,

La estrella vieron, nebulosa y fría,
En donde Dios á la ambición destierra,
Rodeada de esa atmósfera sombría
De los meses más tristes de la tierra.

Y miran con horror que, sepultados
De aquél planeta entre el brumoso velo,
Sufriendo los soberbios, olvidados,
El desdén y la cólera del cielo,

Se mueven con afán, y sus figuras
Apénas en las sombras se bosquejan,
Entre el claro vapor de las oscuras
Tinieblas, que se ven, y ver no dejan.

Por más que los soberbios se movían,
A una angústia febríl abandonados,
Sus siluetas, vagando, parecían
Contornos de fantasmas anublados.

Solos allí, sin público y sin gloria,
Se olvidan ellos mismos de sus nombres,
Entregadas su fama y su memoria
Al desprécio de Dios y de los hombres.

Con tal desdén el cielo los miraba,
Que ante Saül y Jérjes y el Rey Poro,
Por no verlos, un ángel que pasaba,
Cubrió su rostro con sus alas de oro.

Y Honorio, contemplando la tortura
Que sufren estas almas orgullosas,
— «¿Qué son, — se preguntaba, — á tanta altura,
Los grandes hombres y las grandes cosas?» —

Vieron después que una mujer se hallaba
Sentada en lo más alto y lo más frío
Del pico de una roca, que formaba
El fín de un promontorio en el vacío.

Y audáz, una respuesta previniendo
Al ver llegar á entrambos, altanera,
Sin ponerse de pié, y el rostro irguiendo,
Les dijo á Honorio y Paz de esta manera:

— «Rodeados siempre de perpétuo olvido,
Traer á este lugar, al cielo plugo,
A cuantos reyes fueron y han vivido
Sentados en el trono del verdugo.

«En su fiebre de ruidos y de honores,
Nadie los oye aquí, nadie los nombra,
No siendo, en este limbo de vapores,
Ni siquiera seguidos de su sombra.

«Como hijos del favor, á alzarse prueban,
Cuál Don Rodrigo Calderón, del suelo,
Muchas vanas cabezas, que se elevan,
Como la espiga sin granar, al cielo.

«Vanos como él, y de la propia suerte,
Alzan otros su frente coronada,
Ministros implacables de la muerte,
Asquerosos andamios de la nada.

«Quién no tuvo jamás, ni dió, reposo,
Si grande algunas veces, siempre fiero,
Aquí marcha, Alejandro el poderoso,
De reyes y de pueblos carcelero:

«Venciendo el infelíz, tomó por gloria,
De la tierra las glorias movedizas,
Y el mundo fué llenando con su historia,
Para dejar detrás sangre y cenizas.

«No hallan aquí, cuál fúnebres estelas,
Los que el mundo pasaron á degüello,
Los mármoles, los templos y las telas,
Despreciables espectros de lo bello.

«En vano, en sus inútiles afanes,
Fueron, haciendo ó deshaciendo leyes,
Los pueblos erupciones de volcanes,
Y los palacios cárceles de reyes;

«Que ésta es la gloria y el honor que espera
A esos pobres verdugos coronados,
Que han podido pasar la vida entera
Delante de sí mismos prosternados.

«¡Soberbia inútil! Cuando Dios se enoja,
Pone en el fiél, con lúgubre misterio,
Un gran imperio, á veces, y una hoja,
Y pesa más la hoja que el imperio.

«Haciendo al cielo y á la tierra injúrias,
No han llegado á saber los miserables
Que son tan sólo del amor las fúrias
Las únicas soberbias perdonables.» —

Y Paz notó que, al recordar, celosa,
Las fúrias del amor abandonado,
Mucho más humillada que furiosa,
Pasó su faz del rojo hasta el morado.

—«Pués ¿quién eres?»—la dice; y responde ella,
Clavando las palabras en su frente:
— «Soy la vestal que apellidaron bella,
Sentada sobre el trono de Occidente.

«Yo dí un anillo á un hombre; el alma mía
Ignora si, tal vez enamorada,
A aquél hombre adoró más que debía
En mi rango de vírgen coronada.

—«Toma»,—le dije;—«aunqué tu amor me ofenda,
Y te acose la envidia, vive cierto
Que siempre has de encontrar, con esta prenda,
Mi corazón á la piedad abierto.» —

«Como á veces infiél se rebelaba,
Fué á muerte el hombre condenado un día,
Y por más que yo amante lo aguardaba,
El anillo fatal no aparecía.

«Dudé una vez y dos; por vez tercera
El fallo irreparable fué firmado,
Y á su altivez correspondí tan fiera,
Que el fallo, por mi mal, fué ejecutado.

«Para mí, en su prisión, la prenda amada
Dió á una mujer que se fingió su amiga;
Más se guardó el anillo la malvada.
¡Que Dios, cuál la maldigo, la maldiga!

«Yo, que esperaba con tan mala suerte
Su entera sumisión y su ternura,
Me creí despreciada y le dí muerte;
Más él murió creyéndome perjura.

«De dolor expiré como una loca,
Con la memoria en él, la fé en el cielo,
Puesto inmóvil el índice en la boca
Y clavados los ojos en el suelo.

«Como sueño aquí tanto, y no acostumbro,
A levantar del suelo la cabeza,
Siempre el anillo ante mis piés columbro
Maniática de amor y de tristeza.

«Echo á veces á andar, y me estremece
El ruido que al pisar hace mi planta,
Pués rechina una cosa que parece
La prenda de mi amor que se quebranta.

«Más veces triturar, se me figura,
Que rayos tiene el sol, y el mar arenas,
Este anillo ideal, la flor más pura
Que engalana la tumba de mis penas.

«Por eso, aquí sentada, y evitando
De anillos que se quiebran los chasquidos,
Vivo, inmóvil y noble, profesando
La fé de mis amores extinguidos.» —

Calló Isabel; y pensativa y tierna,
Volvió á abismarse en su mortal reposo,
Pensando así labrar su vida eterna
Con ruinas de un pasado doloroso;

Y presa de su inmenso desvarío,
Sentada se quedó sobre la roca,
Con la vista clavada en el vacío,
Y lívida la faz como una loca.

ESCENA CUADRAGÉSIMAPRIMERA.

LA CREACIÓN DE UN MUNDO.

LUGAR DE LA ESCENA: *En un vacío del cielo.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO.

ARGUMENTO.

Los cuatro suspiros que exhalaron, al despedirse, Paz, Honorio, Soledad y Palaciano, cuando éste último iba guiando las almas en pena hácia el globo terráqueo, cayeron en un vacío que dejó el planeta que se extinguió, y de ellos vieron Paz y Honorio que se empezó á formar un nuevo mundo. Ven al primer hombre y á la primera mujer, cuyo beso oculta aquél mundo, girando sobre sí por la primera vez.

Es, de la vida en el revuelto giro,
Toda cosa que muere trasformada;
No se pierde en los aires ni un suspiro,
Ni el átomo más víl se hunde en la nada.

Desde el suspiro aquél que, en cierto instante,
Exhalaron con alma congojosa,
Humilde Palaciano, Honorio amante,
Sublime Soledad, Paz cariñosa,

Derramando, al pasar, estos gemidos
La fé, la duda, la bondad, los celos,
Cruzaron, desde entónces confundidos,
Como una tromba de pasión, los cielos.

Voló un día esta tromba desalada
Hácia un rincon de un cielo devastado,
Y cayó en la región mal ocupada
Por restos de un planeta destrozado.

De aquellos ayes la revuelta suma,
Que un mundo entero de pasión encierra,
Condensándose está, como una bruma
Que va formando una ilusión de tierra.

En torno de la vaga nebulosa
Ven, del cielo en la parte devastada,
Que nace germinando alguna cosa,
Cuál si brotase un algo de la nada.

De estos cuatro suspiros condensados,
De amor y de dolor gérmen fecundo,
Honorio y Paz, contritos y admirados,
Ven el alma brotar de un nuevo mundo.

Girando en confusión vertiginosa
Del éter las corrientes verdaderas,
Ya anúncia la mezquina nebulosa
Un mundo en formación en las esferas.

La etérea masa, por el mundo entero,
Como sangre impalpable, difundida,
Vaga, sin forma y sin color, primero,
Vibra después, radiante y con medida.

El átomo del globo no formado,
Que vaga misterioso entre vapores,
Poco después, en gota condensado,
Descompondrá la lúz y los colores;

Y círculos inmensos describiendo,
De sér en sér caminará escondido,
De un volcan en la cúspide luciendo,
Ya de un mar en el seno sumergido;

Será fuerza después, y luégo vida,
Y lágrima tal vez más adelante,
Que rodará, en un alma confundida,
Emblema de dolor, por un semblante.

Por su fuerza inicial ya van creciendo
En un lago de lúz, pero áun inerte,
Las olas de la vida, que, corriendo,
Irán por entre flores á la muerte.

Honorio y Paz con claridad perciben
Cuál se van agrandando y agrandando
Los círculos y líneas que describen,
Los átomos en torno circulando;

Y cómo, oscuro, claro ó purpurino,
El color va subiendo del ambiente,
Desde el mate del polo blanquecino,
Al rojo de los trópicos ardiente.

Advierten que, entre pálidos albores,
El éter que inactivo se columbra,
Dispersando la lúz y los colores,
Se mueve y da calor, vibra y alumbra;

Y que del gérmen cósmico saliendo,
Nace una ola, y circulando crece,
Y se espácia, y el círculo, creciendo,
A fuerza de crecer, se desvanece.

Y luégo que la lúz forma colores,
Se adorna el cielo de flotantes gasas,
Después nace el ambiente..... los vapores.....
Niebla..... átomos..... moléculas..... y masas.

Así en sitios del cielo devastados,
Hirviendo en una atmósfera sombría,
De estos cuatro suspiros condensados
Un mundo nuevo á rebrotar volvía;

Y así cada suspiro vagaroso,
Uno en otro embebiéndose, se inflama,
Y se hace, con el roce, luminoso,
Y vibra más y más..... y brota llama.

Con sus rayos de lúz, prestos ó tardos,
Va mostrando, ya rápidos, ya lentos,
El íris sus colores, blancos, pardos,
Rojos, anaranjados, cenicientos.

De rumores y lúz lleno el ambiente,
Vibra el éter con fuerza, y nace el día;
Suena el aire con tiempo, y dulcemente
Encanta nuestras almas la armonía;

Y en torno de la esfera melodiosa,
Honorio el pitagórico escuchaba
Que una cierta plegaria misteriosa,
El mundo, al rehacerse, murmuraba.

Nace, vibra, se espácia y resplandece
La lúz que el foco candescente encierra,
Y por fín, condensándose, aparece
Entre tierras celestes otra tierra.

Ya de los ayes al calor se agita
El mundo estremecido hasta en su base,
Y bulle más, y de placer palpita,
Cual si el soplo de Dios sobre él pasase.

En pródiga expansión multiplicaba
Sus ruidos y su esencia de hora en hora,
El mundo que, naciente, ya empezaba
A blanquear con los rayos de la aurora.

Como al brotar los árboles crecían,
Lo que en toda una edad, cada minuto,
Las gallardas palmeras extendían
Sus altas ramas, su dorado fruto.

Lentamente formándose, engalana
Aquella tierra embrionaria y bella,
Sombra de tarde, brillo de mañana,
Canto de alondra, resplandor de estrella.

De flor en flor, tendiendo alas amigas,
El aire, columpiándose, circula,
Y agitando la miés, de las espigas,
Cuál río de oro, el oleaje ondula.

Y vieron, cuando el mundo ya alumbraban
Los rayos áun informes de la aurora,
Qué, uno de otro prendados, se admiraban
Dos seres de inocencia encantadora.

Y mientras Paz y Honorio están mirando,
Por vez primera, en tan supremo instante,
La tierra entumecida, despertando,
Rodó sobre sus ejes de diamante;

Y el hombre y la mujer, en su embeleso,
Por verse se acercaron de manera...
Pero el mundo ocultó su primer beso,
Girando sobre sí por vez primera.

ESCENA CUADRAGÉSIMASEGUNDA.

EL PRIMER IDILIO DEL MUNDO.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro embrionario.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — EVA EN EL PARAÍSO.

ARGUMENTO.

Hallan á la primera mujer de aquél mundo primitivo, llorando junto á una fuente. La mujer les cuenta que después del primer beso de su primer amor, llora el abandono de su amante. Paz la aconseja la resignación. La jóven escucha distraida, y creyendo que oye la voz de su amante, deja solos á Paz y á Honorio, los cuales abandonan aquél mundo de inocencia.

Del primer día en la primera hora,
Ya de las aves despertando el coro,
En el aire los rayos de la aurora
Jugando van cual mariposas de oro.

Tibios perfumes de deleite y vida
Despierta el sol, y el céfiro levanta
De los bosques la esencia indefinida,
Que no embriaga jamás, y siempre encanta.

¡Salve, oh región del cielo poderosa,
Donde la planta, el pájaro y el viento,
Diciendo siempre están alguna cosa
A la luna y al sol y al firmamento!

¡Cuánta dicha al nacer! ¡Cuánta ternura!
¡Todo á agitarse de placer convida...
Colores, fuentes, árboles, frescura,
Alas, impulso, movimiento y vida!

Las aves, á la lúz de la alborada,
Sus metálicos timbres dan al viento;
Es el aire una fiesta continuada,
Y es la tierra la patria del contento.

Llenos de amor, rodeados de bellezas,
Paz y Honorio caminan admirando
Los cánticos, las gracias, las ternezas,
Que entre el mundo y el sol se están cruzando.

Y ven, andando más, que, tristemente,
A las luces primeras de la aurora,
La primera mujer, junto á una fuente,
En aquél mundo primitivo llora.

¡Oh esperanza humanal, siempre fallida!
¡Son las dichas de amor tan inseguras,
Que en el primer idilio de la vida
Ya el corazón se abreva de amarguras!

Aunqué la causa de su mal no sabe,
Se queja la infelíz de esa manera
Con que se queja, abandonada, el ave
En su nido de amor, sin compañera.

Es la primer mujer de aire sencillo;
Tan rúbia como el sol, de blanca frente;
Huele á rosas su mano, el pié á tomillo,
Y sus cútis al agua de la fuente.

Paz el camino hácia la jóven toma,
Y acude de sus penas al reclamo,
Como lleva en su pico la paloma,
Al mundo que ha nacido, el verde ramo.

— «¿Qué haces aquí?» — la dice, y su respuesta
La niña aplaza, espera, mira, indaga,
Y agrandando los ojos, le contesta:
— «Coger flores y amar; ¿qué quieres que haga?» —

Y la mujer, sin nombre todavía,
Que sólo sabe hablar de sus amores,
Y que ya, sin amor, sólo sabía
Hacer muchas caricias á las flores.

— «Lo que eres», — dice, — «y lo que soy ignoro.» —
Y miéntras Paz sus dudas satisface,
Vivaz prosigue, suspendiendo el lloro,
Ingénua como el día en que se nace:

— «¿Quién me ha dado la vida que yo tengo?
¿Quién te dió á tí la vida que tú tienes?
¿Quién soy yo? ¿Dónde voy? ¿De dónde vengo?
¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿De dónde vienes?

«Yo, al verme aquí traida de improviso,
Me parezco á mí misma, enamorada,
Recuerdo de algún otro paraíso,
De que el alma algún día fué arrojada.» —

Y Paz, de esta manera contestando
A aquél sér tan gentil y candoroso,
Parecía una madre contemplando
Cómo duerme en la cuna un niño hermoso:

— «Aquí nos trajo un viento de la vida:
Y el Dios que hizo esa bóveda estrellada,
Con su mano, que beso agradecida,
Nos sacó del abismo de la nada.» —

Calló Paz, y la jóven, en su empeño
De aclarar la fatal incertidumbre
De ese dolor tan grande, aunqué pequeño,
Que causa la primera pesadumbre,

Torna á hablar de su mal, vuelve á su lloro,
Deja caer las rosas de su falda,
Y para hablar á Paz, sus bucles de oro,
Con un aire de cisne, echó á la espalda.

De este modo contaba el primer día
De sus amores los primeros duelos,
Y como era tan niña todavía,
Áun hablaba el lenguaje de los cielos.

Y al contar los dolores de la ausencia,
¡Qué bondad! ¡cuántas frases seductoras!
¡Cómo siempre el candor de la inocencia
Rebosa sobre todo á todas horas!...

— «Soñando yo en un sér», — tierna decía,
«De mis sentidos y de mi alma dueño,
Hallé el sér á mi lado el mismo día,
Pasando á realidad mi dulce sueño.

«Miré al campo y al sol; más no vi cosa
Que igualase á aquél sér en el encanto:
¡Qué estatura! ¡Qué fuerza prodigiosa!
Yo estaba muda de placer y espanto.

«Afable alguna vez, y otras terrible,
Por el aire imperial de su persona,
A mí me pareció que, aunqué invisible,
Llevaba en su cabeza una corona.

«Miéntras mi pecho subyugado siente
La inefable bondad de sus maneras,
Es tan bravo y gentil, que, humildemente,
Temiendo á su valor, huyen las fieras.» —

Habla así la mujer, y en tal instante,
Con su entusiasmo y su nativa gracia,
Parecía, encantada de su amante,
Un niño que sonríe á una desgracia.

— «Acercándose á mí», — prosiguió hablando,
«En medio de mis puras alegrías,
Sin saber cómo, ni por qué, ni cuándo,
Sus manos se juntaron con las mías.

«Después, por las ocultas enramadas
Buscando nuestras almas el reposo,
Como buscan dos aves asustadas
Un nido solitario y silencioso,

«Una enramada hallamos aquel día,
Tan misteriosa, plácida y oscura,
Que, más que una enramada, parecía
Una choza de flores y verdura;

«Y allí, más encendida que una rosa,
En medio de una dulce confianza,
Avergonzada, trémula, dichosa,
El fruto coseché de mi esperanza.» —

Y cuando esto sus lábios proferían,
De extática embriaguéz el rostro lleno,
Moviéndose, menguaban y crecían
Las líneas circulares de su seno.

Y después, renovando su memoria
El único recuerdo que tenía,
Sigue así de su amor la larga historia,
Sin saber que ha nacido en aquel día:

— «Desde el rapto felíz de aquel momento,
Por causas mil, á mi razon extrañas,
Con supremo placer germinar siento
Otro amor áun más grande en mis entrañas.» —

Y del amor que en sus entrañas siente,
Brotando un pensamiento repentino,
Sin comprenderlo bien, naturalmente,
Se puso su semblante purpurino.

Y Paz, miéntras la jóven meditaba,
Por qué amaba á otro sér más que á su amante,
Le hablaba con los ojos, y brillaba
Una risa de madre en su semblante:

— «Cuando Dios lo bendice santamente», —
Paz le responde, — «nuestro amor gozado,
Amando el porvenír más que el presente,
Después de ser placer, pasa á cuidado.»

— «¿Por qué me deja sola?», — con tristeza
La jóven exclamaba; y proseguía,
Teniendo siempre vuelta la cabeza
Por el lado en que Adan marchado había:

— «¿Qué amor le apartará de mis amores?
Sin duda embargarán su pensamiento
Los árboles, las fuentes y las flores,
Tal vez el sol, acaso el firmamento.» —

Contando así sus penas de aquel día,
Con santas frases, de ternura llenas,
Su rostro el más hermoso parecía
Que entristeció el dolor desde que hay penas.

Y añadió, separando de su frente
De sus cabellos la dorada aureola:
— «¿Por qué me dejará junto á esta fuente,
Condenada á la pena de estar sola?» —

— «Escucha», — dijo Paz; — «verás cual templa
Ese dolor tan tierno y tan profundo
Lo que vas á saber; oye, y contempla
Algún cuento de allá del otro mundo.

«Es un gérmen allí de desventura,
El que casto imagine el pensamiento
Mil edenes de lúz y de frescura
Que construye el amor hasta en el viento.

«Son las dichas, exentas de cuidados,
De nuestra alma ilusiones engañosas;
La fé, la duda y el amor, mezclados,
Son el fondo entrañable de las cosas.

«Cuando algún día, como ahora, quedes
Abandonada del amor querido,
¡Dichosa, al ménos, tú, si entónces puedes
Algunas flores recoger de olvido!» —

— «¿Con que no es el amor toda la vida?», —
La jóven le pregunta, y con presteza
Suspira, frunce el ceño, y distraida
Inclina lentamente la cabeza.

Paz prosigue: — «De bienes y de males
Pagando tu pasión largo tributo,
Cual todos los amores terrenales,
Tendrá dias de sol y horas de luto.

«¡Ay! y si sola para siempre quedas,
Tu corazón entónces, lacerado,
No podrá ni vivir, como no puedas
Enterrar entre flores lo pasado.

«La ilusión del amor es ser eterno.....» —
Y esto oyendo la jóven, afligida,
— «Pues ¡qué!», — exclamó con el candor más tierno,
«¿Hay más que un solo amor en nuestra vida?» —

Paz, sin oír, siguió: — «Si es tu destino
Que vivas con amor sin ser amada,
Paso á paso, hasta el fín de tu camino,
Andando irás con el deber cargada.» —

Y viéndola escuchar todas las brisas,
Sigue Paz: — «Haga el Dios de los amores
Vuelvas á hallar sus lábios con sonrisas,
Tornes á ver sus ojos con fulgores.

«Y si fuese tu amor abandonado,
Quiera aliviar, piadoso, tus pesares
Aquél que en los espacios ha sembrado
Los grupos de planetas á millares.» —

Sin oír estas frases elocuentes,
La niña, atenta á una esperanza vana,
Muestra el blanco azulado de sus dientes,
Su hermosa boca de color de grana;

Y — «¡adios!» — grita de pronto; — «oigo la brisa,
Que repite su voz junto á aquél monte:
Me voy, porqué mi gloria es su sonrisa,
Las huellas de sus piés son mi horizonte.» —

Y alma sencilla entre las más sencillas,
Porque sueña en la voz del sér amado,
Se agolpa, encantador, á sus mejillas,
Del pudor virginal el encarnado.

Y corriendo fantástica y ligera
Detrás de aquél amor, su única gloria,
—«Me voy, me voy», — les dice; —«que me espera.
¡El cielo os haga dulce mi memoria!» —

Y á los lábios de Paz lleva la frente,
La cuál un beso y dos sobre ella imprime;
Después á Honorio la acercó, inocente,
Con jovial expresión casta y sublime;

Más viendo que éste, con glacial tibieza,
De besar se excusó su frente hermosa,
Ella volvió, afrentada, la cabeza,
Por no sé qué malicia candorosa;

Y corriendo hácia el monte desde el valle,
Con agitados piés y ojos febriles,
En el rostro mostraba, y en el talle,
Una explosión de gracias infantiles.

Y la causa buscando de sus penas,
Despareció, cruzando la campiña,
Con aquél pié que llenaría apénas
El hueco de la mano de una niña.

— «¿Por qué» — pregunta Paz — «no la has besado,
Turbando en ella del candor la calma?
¿No conoces que así la has enseñado
A pensar en el mal, hijo del alma!» —

De rojo las mejillas encendidas,
Honorio contestó con triste acento:
— «¡Solamente una vez, en tantas vidas,
A una mujer besé de pensamiento!» —

Quedóse, hablando así, meditabundo,
La madre le miró con indulgencia:
Y uno y otro dejaron aquél mundo
De amor, de admiración y de inocencia.

JORNADA OCTAVA.

ESCENA CUADRAGÉSIMATERCERA.

LA CONVERSIÓN DE LAS HADAS.

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de José de Arimathea.*

PERSONAJES.

JESÚS EL MAGO. — HONORIO. — PILATO. — EL GUARDA DEL SEPULCRO DE CRISTO. — HADAS, NINFAS, DRUIDESAS, SÍLFIDES, HECHICERAS, Y TODOS LOS GENIOS REPRESENTANTES DE LAS ANTÍGUAS RELIGIONES.

ARGUMENTO.

Se hallan Jesús el Mago y Honorio en el sítio del jardín de José de Arimathea; Jesús hace retroceder el tiempo hasta la noche del primer Viérnes Santo.

Vé Honorio dos hombres, uno guardando el sepulcro de Jesucristo, que era el mismo soldado que se quedó con la túnica de Jesús el Mago en el acto de la prisión de Cristo, y el otro era Pilato, que, saliendo de Jerusalen desesperado, distraía su dolor vagando por los campos. Viendo una vez el guarda del sepulcro que el Pretor se revuelca en el suelo, crée que tiene frío, y le echa encima la túnica de Jesús el Mago. Al sentirse cubierto con la túnica, Pilato, por efecto de un prodigio, vé lo invisible, y mira lleno de espíritus alados el huerto de José de Arimathea.

Las hadas y todos los genios de las antíguas religiones acuden al rededor de Jesús el Mago para que los bautice. Se adelanta la ninfa Egeria, y le dice que desde el momento en que murió Cristo, los dioses del Olimpo desaparecieron del espácio, y por más que los fueron buscando de planeta en planeta, no los encontraron.

Jesús el Mago sube al cielo, y al volver á la tierra, viene seguido de un reguero de lúz, con el cual baña y purifica, bautizándolos, á todos aquellos espíritus, que, convertidos ya al Cristianismo, ven sus antíguos dogmas purificados y fundidos en el dogma nuevo, y se arrodillan al rededor del sepulcro de Jesucristo.

Pilato se levanta horrorizado, y recuperando su túnica Jesús el Mago, vuelve el Pretor á dejar de ver lo invisible, y se dirige á Jerusalen, pensando en lo horrible de su culpa.

Ya el sol, para morir, se reclinaba
Al opuesto confín de Galilea;
Y cerca del Calvario, en donde estaba
El jardín de José de Arimathea,

Jesús, en pueba de cariño, toca,
De un valle estrecho en el oscuro flanco,
Un sepulcro tallado en una roca,
Que amenaza caer en un barranco.

— «Tu madre á ver sufrir te ha conducido», —
Dice á Honorio Jesús, — «de una á otra esfera,
Y ya tu corazón, compadecido,
Al alma humana dió la vuelta entera.

«Has visto el mal del vicio; pero ahora,
En rápido y vistoso panorama,
Ya que acabas de ver cuanto se llora,
Vas á saber, Honorio, cuánto se ama.» —

Y — «vuelve» — dice al tiempo; el que, obediente,
Atrás sus álas sobre sí repliega,
Y ante ellos vuelve su inmortal corriente
Como un vapor que turba y que no ciega.

Viendo Honorio un fulgor, que de una gasa
Parecía el fantástico diseño,
Mira en un río de vapor que pasa,
Retroceder la historia como un sueño;

Y por tocarlo bien, tiende su mano;
Más, sin romper de su ilusión el prisma,
Cogiendo nada más que el aire vano,
Su mano se cerró sobre sí misma.

Y volver hácia atrás, rápido, vieron
A ese tiempo que corre hácia adelante,
Y á la voz de Jesús retrocedieron
Quince siglos y más como un instante.

Tornóse el tiempo con premura tanta,
Que fué llegando, en óptica ilusoria,
Hasta esa fecha misteriosa y santa
Que es el punto brillante de la historia.

Parándose, al llegar, aquella urdimbre
Que la lúz en los céfiros tejía,
Jesús con su voz, clara como el timbre
De una lámina de oro, proseguía:

— «Aquí, como verás, bajo esta losa,
Después que muerto fué por los malvados,
El cuerpo sacratísimo reposa
Del que vino á purgar nuestros pecados.

«En mágica ilusión, de Cristo en nombre,
Hice al tiempo volver, para que veas
La pasión y la muerte del Dios hombre
En hechos que serán sombras de ideas.» —

Y á Honorio en el jardín se le aparecen,
Tranquilo el uno, el otro taciturno,
Dos hombres á los lados, que parecen
Fantasmas, hijos del vapor nocturno.

Guarda á Cristo el soldado á quién, temiendo
De la prisión en el momento aciago,
Dejó en sus manos, con presteza huyendo,
Su túnica sutíl, Jesús el Mago.

Era el otro Pilato, el que, transido,
Si no su sién, su corazón, de espinas,
Vagaba por los campos, aburrido
De las cosas humanas y divinas.

En el tronco apoyado de una higuera,
Oye silbar el viento del invierno,
Y sufre, cuál si en vida se sintiera
Condenado á las penas del infierno.

Las ramas de la higuera, que caían
Como espectros, moviéndose flexibles,
En torno de él parece que gemían,
Cuál protestas de seres invisibles.

No halla Pilato á su dolor consuelo;
Son sus ojos, de lágrimas dos fuentes,
Y una vez, revolcándose en el suelo,
Hace con ira rechinar sus dientes.

Buscó el guarda al Pretor, y como viera
Que de frío tal vez se estremecía,
Echó sobre él la túnica ligera
Que del Mago Jesús tomado había.

Cayó, blanca cuál capa de granizo,
Sobre el Pretor, la túnica flexible,
Y haciéndole el efecto de un hechizo,
Pilato, sin soñar, vió lo invisible.

La vista en torno con horror pasea,
Y delante, y detrás, y á todos lados,
Vé el huerto de José de Arimathea
Lleno todo de espíritus alados,

Que uno tras otro hácia Jesús avanza,
Y en torno de él, uno tras otro, hacía
Un círculo de sombras, que una danza
De espíritus de muertos parecía.

Vé Pilato girar luces espesas,
Cuál almas de sus tumbas escapadas:
Son las ninfas, las magas, las druidesas,
Las sílfides, los genios y las hadas,

Que buscan con afán al Dios que ha muerto,
Y en el día más triste de la vida
Giran, llenando, pálidas, el huerto
De una aurora boreal desconocida.

Del círculo de sombras que giraba
Salió gentíl, y atravesó la bruma,
Y así al Mago Jesús después le hablaba
La ninfa Egéria, que inspiraba á Numa:

— «¿Es cierto que, del cielo desterrados», —
A decír comenzó la ninfa Egéria,
«Van á ser nuestros dioses reemplazados
Por un Dios redentor de la miseria?

«Hoy, llevando á los dioses nuestros votos
A las cumbres del cielo inaccesibles,
Sirviendo á nuestras almas de pilotos
Magnéticas corrientes invisibles,

«No encontramos ni un dios; nubes y viento
Sólo en los campos del Elíseo había.
¡Ya es el espácio del Olimpo asiento,
Atmósfera sin sol, oscura y fría!

«¿Así de nuestro olimpo la belleza
Pasará cuál la lúz de un meteoro,
Ante un Dios sin orgullo ni riqueza,
Que no viste la púrpura y el oro?

«Decid quién es, para adorar su nombre,
Ya que el Olimpo, de piedad exhausto,
En santa expiación mataba al hombre,
Y él ofrece su vida en holocausto.

«Cuando desiertos los espácios vimos,
Sílfides, hadas, ninfas y hechiceras,
Buscando nuestros dioses, emprendimos
Una larga excursión por las esferas.

— «¿Dónde están nuestros dioses» — preguntando
Un hada tras de otra hada iba afligida,
De planeta en planeta, continuando
La escala esplendorosa de la vida.

— «¡Pasaron por aquí!», — nos contestaban,
Añadiendo dolores á dolores,
Los hijos de los astros, que variaban
En magnitud, en formas y en colores.

— «¿Dónde están?», — preguntábamos inquietas,
De astro en astro llevando nuestros duelos,
É indiferentes viendo á los planetas
Girar por los abismos de los cielos.

«Y cuál ellos también indiferentes,
— «¡Pasaron por aquí!», — nos contestaban
En cada nueva población las gentes
De los miles de soles que giraban.

«Y al ver que aire, y solo aire, se volvían
Los viejos dogmas, las antiguas leyes,
Las ninfas y las hadas repetían:
— «¡Nuestros dioses se van; se irán los reyes!» —

«Volando por el éter impalpable,
Nuestros ojos y oídos siempre hallaron,
El azúl de los cielos inmutable,
La eterna voz de — «¡Por aquí pasaron!» —

«Sólo en un sol que nuestros ojos vieron,
De gloriosos espíritus morada,
— «¡Les mandó caminar», — nos respondieron,
«La eterna voluntad hácia la nada!» —

«Estas palabras, con dolor oidas
Donde tienen su fín todas las cosas,
Y encontrándonos solas y perdidas
Del cielo en las tinieblas luminosas,

«Del hado inexorable la dureza
Lamentando, de pena traspasadas,
Nos volvimos, lanzando con tristeza
Al Olimpo las últimas miradas.

«Para siempre el Elíseo abandonamos,
Y hácia Roma después tendiendo el vuelo,
En sueños á Tiberio le contamos
Que será Rey del mundo, el Dios del cielo.

«Más, al soñar, Tiberio no ha creido
Que el cetro de los Césares se quiebre
Por un Rey tan humilde, que ha nacido
Entre el asno y el buey en un pesebre.

— «¡Bautízanos, Jesús! ¡Ay! ¿Qué nos queda,
Si hoy nuestra humilde conversión rechazas,
Al sonar este — ¡Sálvese el que pueda!
De Césares, de dioses y de razas?» —

Hasta el último término del cielo
Lanzándose Jesús apresurado,
De nuevo tornó á abrír, bajando el vuelo,
Otra rendija de oro en el nublado;

Y un rastro de una insólita blancura
Dejando por los sitios que cruzaba,
De las nubes, brotó, por la abertura
Una llama tan viva, que cegaba;

Y á aquellas almas buenas, que sirvieron
A los dioses sin Dios del gentilismo,
Y que ángeles no son porqué murieron
Sin recibir las aguas del bautismo,

En rica profusión, Jesús el Mago
Un bautismo de lúz echa sobre ellas,
Lúz que, esparcida por el aire vago,
Parece que la ciernen las estrellas.

Y el buen Jesús, — «¡Os dejo bautizadas
En el nombre de Dios!», — les fué diciendo,
Las manos con amor hácia las hadas,
Como en señal de bendición, tendiendo.

Y al bautizarlas de su Dios en nombre,
Les decía Jesús de esta manera:
— «No adoraréis ni el ídolo, ni el hombre,
Ni el mármol, ni el metal, ni la madera.» —

Purificando así las vivas llamas,
Las ciencias, la moral, las religiones,
Los Talmudes, los Druidas y los Brahmas,
Los Sócrates, los Numas y Platones,

En dogmas de piedad se transformaron
Los viejos dogmas del Elíseo, impíos,
Y en la cristiana religión entraron,
Lo mismo que entran en la mar los ríos.

Tal número, después, de ninfas y hadas
A la tumba de Cristo descendía,
Que, al volver hácia el mundo bautizadas,
Una lluvia de estrellas parecía.

Vé Pilato, después, que á Cristo adoran,
Besan el suelo y con bondad se humillan;
Por los que hacen el mal rezan y lloran,
Y en torno del sepulcro se arrodillan.

Y luégo de su túnica ligera
Tira Jesús con mano imperceptible,
Y ya no vé Pilato aquello que era
Para ellos sólo y para Dios visible.

Cuando Jesús su túnica retira,
Pilato halla el jardín solo y umbrío;
Piensa que es sueño, y cuando en torno mira,
Sólo encuentra el silencio y el vacío.

Y se aleja, y su culpa recordando,
Le oyeron suspirar Jesús y Honorio,
Los fieros ojos con furor clavando
En las grises murallas del pretorio.

¡La culpa, horrible madre de la muerte,
Que con nosotros duerme y nos abraza,
Que el sueño en pesadilla nos convierte,
Y al cuello con furor se nos enlaza;

Que se alza, al vernos, cuál visión maldita,
Y siempre el paso, al escapar, nos cierra;
Que late en nuestra sangre, y que nos grita
De todos los extremos de la tierra!

Esto Pilato con horror pensando,
Tornó á Jerusalen, y alta la frente,
A la inícua ciudad, de cuando en cuando,
Lanzaba unas miradas de serpiente.

ESCENA CUADRAGÉSIMACUARTA.

EL SANTO ADVENIMIENTO.

LUGAR DE LA ESCENA: *El seno de Abrahan.*

PERSONAJES.

El Cristo. — Los Ángeles. — Jesús el Mago. — Honorio. — Los primeros Padres. — Los dioses del Olimpo. — La diosa Roma. — Los Césares.

ARGUMENTO.

Vuelve Jesús el Mago á hablar á Honorio. Cae la piedra de la entrada del sepulcro de Cristo; sale éste; manda á Jesús que le siga, y á una señal suya se abre la tierra, y Jesús y Honorio le acompañan en su bajada á los lugares inferiores. Saca el Cristo del seno de Abrahan á los que esperaban su santo advenimiento.

Cuando llegaron al borde de la nada, que separaba el seno de Abrahan de los infiernos, se detuvieron viendo caer en la nada á todos los dioses del Olimpo y á todos los ídolos de las antíguas religiones. Se hunden en la nada Júpiter, Vénus, Marte, Baco, Diana, Cibéles y la diosa Roma. Después de disueltos en la nada el Olimpo y el antíguo mundo, á una señal de Cristo continúan los justos, en pos de él, su viaje por los infiernos.

Jesús de nuevo, por la noche, *toca*,
Del valle estrecho en el oscuro flanco,
El sepulcro tallado en una roca
Que amenaza caer en un barranco;

Y — «*tu madre*», — siguió, — «*te ha conducido*,
Honorio, á ver sufrír de una á otra esfera,
Y ya tu corazón, compadecido,
Al alma humana dió la vuelta entera.

«*Has visto el mal del vicio; pero ahora*,
En rápido y vistoso panorama,
Ya que acabas de ver cuanto se llora,
Vás á saber, Honorio, cuánto se ama.

«*Aquí, como verás, bajo esta losa*,
Después que muerto fué por los malvados,
El cuerpo sacratísimo reposa
Del que vino á purgar nuestros pecados.» —

Y cayendo la piedra de la entrada,
Salió de ella el que todo lo redime,
Mostrando en su ademan y en su mirada
Alguna cosa mística y sublime.

Y — «¡Vén!», — dice á Jesús. — «¡Vén!» — repetía;
Y siguieron los dos, de espanto yertos,
Al mártir que murió, y al tercer día,
Resucitó por fín de entre los muertos.

Busca á los justos que Abrahan encierra,
Piadoso el Cristo, con su amor innato,
Y la mano tendiendo hácia la tierra,
Vé un abismo entreabierto á su mandato;

Y entra resuelto, con la fé que cabe
En quién lleva el amor hasta el delirio,
Como un Dios de bondad, que sólo sabe
Buscar la expiación por el martirio.

Trasponiendo, por fín, la lúz del cielo,
En la infernal mansión entran con pena;
Y en el campo después cantó el mochuelo,
La víbora silbó, y aulló la hiena.

Seguido de los dos, Cristo la entrada
Traspasó del recinto tenebroso,
Y allí, tras su agonía prolongada,
Un suplicio sufrió más horroroso;

Pués, con nueva bondad, más grandes penas
A padecer se expone, voluntario,
Su corazón, convaleciente apénas
De la muerte afrentosa del Calvario.

Cuando ya al seno de Abrahan llegaba,
Vé el Cristo el centro del primer infierno,
A una sombría lúz, que recordaba
Una puesta de sol en el invierno.

El noble pueblo de los justos deja
El seno oscuro en que aguardó paciente,
Y hace un ruido, al salír, que se asemeja
A la sorda cascada de un torrente.

Miran al Cristo, de indulgencia lleno,
Los padres que, esperando su venida,
De Abrahan aguardaban en el seno,
Ya borrados del libro de la vida.

Por verle Honorio bien, tiene, encantado
En los ojos de Adan los ojos fijos,
Porqué por Eva su alma ha condenado,
Y el alma de los hijos de sus hijos.

Sale Noé, quién á sus nietos guía,
De la prole de Adan raza segunda;
Y el fundador de la nación judía,
Jacob, que ha visto á Dios; Raquel, fecunda.

Luégo, mostrando el brillo soberano
Del óvalo perfecto de su cara,
A dar gracias al Cristo, por la mano
Lleva al dócil Isaac la buena Sara.

Y sale Aaron, pontífice primero,
Tras de Moisés, el dictador de leyes;
Con Samuel, de los jueces el postrero,
Va Saúl, el primero de los reyes.

A su pueblo David sale encantando,
Por santo y fuerte y músico y profeta;
Y en pos de él, á los grandes admirando,
El sabio Salomon, rey y poeta.

Tras Dios, cumpliendo su inmortal destino,
Tiende el grupo de espíritus el vuelo,
Como el humo en columnas, blanquecino,
Sube, ondulando, á la región del cielo.

La nada hallan, por fín, despavoridos,
Pálida encima y negra en lo más hondo,
Que es en lo alto una tromba de gemidos,
Y un pantano de lágrimas el fondo.

De espesas nieblas sin color cercada,
Como á una lúz de moribunda luna,
Vén el hondo circuito de la nada,
De esta tierra mortal sepulcro y cuna.

Parecía aquél sitio de misterio,
De parda lúz, de vientos inactivos,
El hueco del lugar de un cementerio
Dejado por los muertos y los vivos.

Cuando hácia el borde de la nada avanza,
A la prole de Adan un ruido aterra
Tan hondo, que, al sonar en lontananza,
Su helado corazón abrió la tierra.

Y al gran rumor que hasta al infierno asorda,
Contemplan con horror que, moribundo,
Cuál un mar que bramando se desborda,
Se va hundiendo en la nada el viejo mundo.

Cayendo aquellas ru:nas sobrehumanas,
Tal espanto á los ángeles causaron,
Que del viejo Abrahan las pocas canas
En el cráneo amarillo se erizaron.

Y á aquella lúz, que ver les permitía
Alguna forma vaga en las tinieblas,
Miraron que el Olimpo descendía
De la nada á perderse entre las nieblas;

Pués grande en vicios, y en virtud exiguo,
Rotas, al fín, de la piedad las vallas,
Da el Cristo la batalla al mundo antiguo,
Que al reino dará fín de las batallas.

Y así, cuando el Olimpo descendía,
Mirándole caer, meditabundo,
—«*Sic transit gloria mundi!*», — prorumpía;
¡Así pasa la gloria de este mundo!

Del Elíseo, ántes claro y hoy sombrío,
La turba de los dioses desterrada,
Cayendo desde el cielo en el vacío,
Del vacío, después, cae en la nada.

Y al ver Cristo caer tan grandes cosas
Del más alto lugar hasta el más bajo,
Costaba á sus pupilas amorosas,
El contener las lágrimas, trabajo.

Caminando imperioso y decisivo
El Júpiter olímpico, á la nada,
Al abismo cayó, pisando altivo
Al águila de rayos coronada.

Y aumentando con gritos plañideros
Aquél sublime horror de los horrores,
Se sumen en la nada, los primeros,
Los dioses de los cielos superiores.

Y llega Vénus, y la nada enciende,
Cuál la lúz misteriosa de una estrella;
Y al rodar por sus ámbitos, se extiende
Un perfume que dice: — «¡Es ella! ¡es ella!» --

Con cierta fatuidad imperturbable
Hunde Marte, cayendo en el abismo,
El poder de la fuerza miserable,
De la guerra el glorioso vandalismo.

En lo hondo de la fúnebre laguna,
Dioses y diosas con terror oían
Cuál sonaban en ella una por una
Las lágrimas de sangre que vertían.

Y después, arrastrado como todo,
Entre dioses y Césares y cosas,
Desciende Baco, músico y beodo,
Coronado de pámpanos y rosas.

Y hundiéndose también, tras él ondula
Un tropel de bacantes, nauseabundo,
Manchadas con el néctar que circula,
Donde quiera que hay fiestas, en el mundo.

Con Diana, que, muerta entre lebreles,
Enterneció una vez los corazones,
Se hundió la fria imágen de Cibéles
En su carro arrastrado por leones.

Y entre héroes y mujeres y beodos,
Con su inmenso poder, que al mundo doma,
Del viejo Olimpo entre los dioses todos,
Cayó una diosa más, la diosa Roma;

Esa diosa que echó sobre el imperio
La inmensa losa de la paz romana,
Que hoy ignora, al dormir bajo Tiberio,
Bajo qué rey despertará mañana.

¡Que muera, pués, y que con ella espire
La razón sin razón de la victoria!
¡Que se hunda ahí, para que al fín respire,
Cansado el mundo ya de tanta gloria!

De este modo al imperio y á los hados,
Y al viejo Elíseo y al antiguo infierno,
En quietud insufrible sepultados,
A todos los fué uniendo el sueño eterno.

Un dios tras otro hácia el no ser avanza,
Y con ellos después, la nada encierra
La vanidad, la ira, la venganza,
La esclavitud, las castas y la guerra.

Para siempre extinguiéndose, y envueltos
De gotas de astros en la inmensa llúvia,
Céen pueblos y Césares, disueltos
En aquél mar de mundos que dilúvia.

Y con ellos, los ídolos caían
Del galo, el indo, el griego y el romano,
En las pardas tinieblas que se hundían,
Como el fango que se hunde en un pantano.

Se oyó, al fín, de la nada en el vacío
Un gríto general, áspero y fuerte... —
Después ¡silencio, lobreguéz y frío,
Noche, reposo, soledad y muerte!

Vagando, no del todo evaporados,
Circulan, áun dispersos, por la esfera
Los átomos de mundos destrozados...
Más después, ni los átomos siquiera.

Así, desde el reinado de Tiberio,
No dejando más huellas que sus nombres,
Fueron sólo el Olimpo y el imperio
Un eco en la memoria de los hombres.

Y el Cristo, ante los justos, olvidando
Del mundo antíguo el funeral destino,
La mano en el vacío adelantando,
— «¡Vamos!», — dice, y prosiguen su camino.

ESCENA CUADRAGÉSIMAQUINTA.

DESCENDIÓ Á LOS INFIERNOS.

LUGAR DE LA ESCENA: *In inferis.*

PERSONAJES.

El Cristo. — Los ángeles. — Jesús el Mago. — Los santos padres. — Honorio. — Los niños del Limbo. — Los condenados.

ARGUMENTO.

Siguen su camino el Redentór y los que le esperaban en el Seno de Abrahan, y salen de la nada.

Llegan al Limbo, y los niños cercan al Cristo pidiéndole que los salve. El Hijo envía un ángel al Padre á implorar de su misericórdia que le permita redimirlos, como al hombre, con otra nueva crucificación; pero el ángel vuelve, y de órden del Padre le manda continuar su camino. Crucifixión moral del Cristo por no poder redimír á los niños que murieron sin bautismo.

Pasan cerca del verdadero infierno, donde el Rico Avariento, en nombre de los condenados, pide al Cristo que los redima en el infierno, como al hombre en la tierra. Nueva crucifixión moral de Jesucristo. Saliendo del infierno, se abraza á la cruz en que fué crucificado, como si fuese un lugar de descanso, hallando más intolerable el dolor moral que el mal físico.

Ruego del inmenso amor del Hijo á la infinita justicia del Padre. La vida del hombre es una verdadera expiación de sus culpas y pecados.

Cuando detrás del Redentór seguían,
Formando líneas de ondulantes eses,
Las sombras de los justos parecían
Una larga alameda de cipreses.

De la nada cruzando el hondo abismo,
Gime el Cristo al andar, de trecho en trecho,
Y hablando va como consigo mismo,
Con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hallando al fín de una penosa vía,
Entre un vapor como la sombra leve,
El limbo de los niños, que tenía
El color blanquecino de la nieve,

Miran cercar al Redentór divino
A los niños, cuál pálidas y huecas,
Llevadas por la brisa en torbellino,
Amarillentas van las hojas secas.

Sigue Cristo á los niños contemplando
Con alma tierna, de dolor partida;
Y los niños le ven, como mirando
La primera esperanza de la vida.

Con inmensa bondad, piensa el Ungido
En juntar un tormento á otro tormento,
De las hondas heridas que ha sufrido,
Ensangrentado aún su pensamiento.

Y tanto la orfandad, el Cristo siente,
De los niños, que imploran de rodillas,
Que el sudor que corría por su frente
Inundó sus escuálidas mejillas.

— «¡Bendíganos!», — dice uno, — «el que bendice.»
— «¡Redímenos!», — grita otro; y el Dios santo,
— «Vé al cielo y ruega al Padre», — á un ángel dice,
«Que los pueda salvar ó me dé llanto.» —

Lleva el mensaje á la mansión divina
De aquél que es siempre del amor espejo,
El Angel, que tras sí, cuando camina,
Va dejando una lúz como un reflejo.

De este modo aquél mártir voluntario,
Que ayer su sangre por el hombre vierte,
Comienza de su espíritu el calvario,
Dolor moral, crucifixión sin muerte.

Aguarda al ángel con profundo anhelo;
Alza sus brazos cárdenos y enjutos,
Y al Padre suplicando, mira al cielo,
Devorando unos siglos de minutos.

Más pronto por los aires, rutilante,
Volviendo triste el ángel mensajero,
Le dice de rodillas: — «¡Adelante!
La justicia de Dios es lo primero.

«¡No quieras redimir lo irredimible,
Ni olvide tu alma, á perdonar propicia,
Que es el Dios del perdon el Dios terrible,
Grande en bondad é inmenso en su justicia!

«Quiere sólo, Señor, lo que ha querido
Tu eterno Padre y nuestro Dios augusto,
Porqué siempre ha de ser, como ya ha sido,
Miéntras Dios sea Dios, lo justo justo.» —

Los ojos levantando á las estrellas
Con profundo dolor Cristo, obediente,
Cruzó las manos, saludó con ellas,
Y prosiguió marchando tristemente.

Al mirar que los justos se alejaban,
A sus madres llamando sin consuelo,
Los niños de rodillas exclamaban:
— «¡No hay piedad en la tierra ni en el cielo!» —

— «¡Señor, Señor!», — el ángel le decía,
«¡No dejes que te abata la tristeza!» —
Pero el Cristo, al andar, no se atrevía
A volver, por no verlos, la cabeza.

Después, como la boca de un gran horno,
El infierno mayor ven entreabierto,
Y sienten, al pasar, un gran bochorno,
Cuál un viento de fuego del desierto.

Viendo el Cristo aquél antro tan horrible,
La fuente de sus lágrimas se agota,
Y al ver tanto dolor irredimible,
Paledeaba el martirio gota á gota.

Y allí los condenados acudieron,
Y en torno de ellos, con inmenso ruido,
Tantos fantasmas con dolor rugieron,
Que hasta de Job se estremeció el oido.

Cuando al Cristo la turba á ver alcanza,
Ciega, á pedír su redención se alienta,
Allí donde ni un rayo de esperanza
Ilumina una cara amarillenta.

Y al ver todos que el célebre Avariento
Imploraba del Cristo la ternura,
Casi casi gustaron un momento
Una calma en su inmensa desventura.

— «¡Redímenos, Señor!», — gritan en masa,
En bronco acento, las malditas gentes,
«Ya que abre tu poder, por donde pasa,
De amor y de bondad plácidas fuentes.» —

Y los ángeles dicen, — «¡Adelante!» —
Mitigando piadosos sus quebrantos,
Miéntras Cristo mostraba en su semblante
La sublime tristeza de los santos.

De su moral crucifixión rendido,
El Cristo respondió con lábio inerte:
— «Yo no os traigo el perdón; el vuestro os pido»; —
Y pálido siguió como la muerte.

Para escapar de la legión maldita,
Mirando al Cristo, de valor escaso,
Jesús el Mago ante el maestro grita:
— «¡Abrid de Dios á la justicia paso!» —

Del día en que nacieron blasfemaban,
Y el seno maldecían de su madre;
Y rumiando su cólera, gritaban:
— «¡Ni Jesucristo es Dios, ni Dios es Padre!» —

Y Jesucristo Dios, cuando esto oía,
Hácia un lado volvía la cabeza,
Pués más que ver sufrír, sufrír querría,
Prefiriendo el dolor á la tristeza.

Después el Cristo, de sufrír cansado,
Sustraido al desprécio y al insulto,
Fué andando, por los ángeles cercado,
Entre su inmensa irradiación oculto.

Su sed de sacrificios no saciada,
Cristo, entre tanto, con dolor se abisma
En la paciencia, esa virtud amada,
Que saca la ventura de sí misma.

Marchando hácia la lúz de las estrellas,
Las almas tras su Dios, con paso lento,
Andando fueron, sin dejar más huellas
Que las aves que cruzan por el viento.

Cuando, al salir el Cristo, en su agonía,
Miró del cielo hácia el azúl sombrío,
Vuelto á su Padre celestial, decía:
— «¿Dónde estarán las lágrimas, Dios mío?» —

Saliendo el Redentór tres veces santo
De la negra mansión, al sol cerrada,
Por el ajeno mal sufría tanto,
Que ya no padecía casi nada.

Y no pudiendo hallar ni dar consuelo,
Dijo al pié de la cruz el que, afligido,
Sintió después, hasta en el mismo cielo,
El peso de un dolor desconocido:

— «No castigues, mi Dios, deten tu mano.
La culpa lleva en sí su propio azote.
Es de sí mismo el corazón humano
La víctima, el altar y el sacerdote.

«Vuelve á mis hombros, celestial madero.
¿Dónde hay carga mayor que la existencia?
El peso de la cruz es bien ligero
Ante el peso moral de la conciencia.

«Ayer, por redimír almas perdidas,
Dejé la vida en tí crucificado;
Más hoy, sin redimír, gastó mil vidas
Mi corazón, de angústia gangrenado.» —

Rogando al Padre así, baja la frente;
Y el que muerte en la cruz sufrió con calma,
Hoy á su pié cayendo, llora y siente,
Tras la pasión del cuerpo, la del alma.

En torno de él, con aire funerario,
Tanto número de ángeles veía,
Que con sus blancas álas, el calvario
Cubierto por la nieve parecía.

Y á un fulgor de la luna mortecino,
Después hácia el sepulcro caminaba,
Y un arcángel, mostrándole el camino,
Como se guía á un niño, le guiaba.

Y al fín, con el dolor de otra agonía,
A su tumba volvió desfalleciente,
El que ocupó, saliendo al tercer día,
La diestra de Dios Padre eternamente.

ESCENA CUADRAGÉSIMASEXTA.

MARÍA DE BETHÁNIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *La tumba de Lázaro.*

PERSONAJES.

MARÍA DE BETHÁNIA. — JESÚS EL MAGO. — HONORIO.

ARGUMENTO.

Muestra Jesús el Mago á Honorio los sitios por donde llevaron preso á Cristo. Luégo le conduce al sepulcro de Lázaro, donde dejó dormida á María de Bethánia. La despierta Jesús el Mago, y vuelve á hacer andar al tiempo que había hecho retroceder hasta la noche del primer Viérnes Santo. Viendo pasar el tiempo, va leyendo María la historia, y vé la muerte de Cristo, después á los Evangelistas, luégo á los apóstoles, los mártires, los santos, los doctores y los héroes cristianos. Vé tambien los hechos de Jesús el Mago. Suena la trompeta del juicio, á que son llamados los personajes del poema, y Honorio sigue á Jesús el Mago y á María de Bethánia hácia el valle de Josafat.

Dice á Honorio Jesús, enternecido:
— «*Allí dejé la túnica escapando,*
Y porqué Dios piadoso lo ha querido,
Me sobrevivo á mí, ya sé hasta cuándo.

«Premiando allí mi religioso celo,
Me dijo el Redentór: — «*Presente ó ausente,*
Sígueme por la tierra y por el cielo,
Invisible ó visible, eternamente.» —

«Encontrando, al volver, á mi adorada
Allá rendida al sueño, por mi mano
La traje aquí, dormida y encantada,
A la tumba de Lázaro, su hermano.

«Yo adoraba á María, cariñoso,
Y ella á mi fé correspondía, tierna,
Con ese amor del corazón piadoso,
Que es en la vida una costumbre eterna.» —

Y apartando la roca de la entrada,
Jesús y Honorio hallaron, aquél día,
Dormida, al mismo tiempo y encantada,
En la tumba de Lázaro, á María.

Sordo, en el hueco de la peña rota,
Ni lleva un són el viento ni lo trae,
Miéntras rezuma en él la eterna gota,
Que amenaza caer, pero no cae.

Como dentro de una ánfora de arcilla,
Sentada en el sepulcro de su hermano,
Con el codo apoyado en la rodilla,
Y la barba en la palma de la mano,

A María, soñando, recostada,
Con el rostro encontraron descubierto,
Tan fresca como el agua presentada
Por un ángel á Agar en el desierto.

Cubría, como espléndido tocado,
Una gasa rayada su cabeza,
Cuyo extremo, cayendo por un lado,
Aumentaba, si cabe, su belleza.

— «¡Despiértate! ¡Despiértate, María!», —
Jesús le dijo, y á su voz amada,
Se despertó la jóven, que dormía,
Por más de quince siglos encantada.

Ella siempre apacible, y él risueño,
Lo mismo que una hermana y un hermano,
Como si fuese al despertar de un sueño,
Se cogieron entrambos de la mano.

De su boca, después, medio entreabierta,
Roja como la flor de la granada,
Viendo á Honorio en penumbra hácia la puerta,
Lanzó un suspiro de paloma ahogada.

Miéntras Jesús la mira, satisfecho,
Al fuego de sus púdicos amores,
De ella, ondulante, el agitado pecho,
Mueve el collar de piedras de colores.

Como el tiempo obediente, y semejante
A una niebla que sombras proyectaba,
Fantástico, hácia atrás y hácia adelante,
Cuál un río de lúz, se deslizaba;

A la voz de Jesús, dulce é imperiosa,
Volvió á marchar el tiempo detenido,
Y jamás, al volar, la mariposa
Los céfiros cruzó con ménos ruido.

— «¡Andad!», — siguió Jesús, y vió María,
Concentrándose el tiempo y la distancia,
Una faja de niebla, que corría
Tan vaga como un sueño de la infancia.

Renovando después, sin dejar huella,
De todo lo pasado la memoria,
Corriendo el tiempo por ante ellos y ella,
Como un lienzo sutíl pasó la historia.

Honorio con encanto la escuchaba;
Sonreía Jesús, miéntras María,
Mirando aquella gasa que pasaba,
Cuál si fuese sonámbula, decía:

— «El que da al cojo piés, al sordo oidos,
Al malo bendición, lúz al que espera,
Que aboga por los seres afligidos,
Y á todos los culpables regenera,

«Muere en la cruz, siendo del pobre hermano,
Del enfermo salud, del ciego día,
Tutor del niño, apoyo del anciano,
Guardián del loco, y del imbécil guía.» —

Viendo á Dios redimir, con pena tanta,
A todo humano sér que débil peca,
La voz se le anudaba en la garganta,
Y tenía la boca ardiente y seca.

Nombra después las cosas y los hombres
En un éxtasis plácido ó terrible,
Y de ellos parecía que los nombres
Le dictaba un espíritu invisible:

— «¡Mateo! ¡Márcos! ¡Lúcas! ya ilumina
A los pueblos gentiles vuestra ciencia,
Y siembra Juan la fraternal doctrina
Que inspira la equidad y la clemencia.» —

Continuando su espíritu, embebido
En el encanto aquél, de su alma dueño,
Esto añade, entre frases sin sentido,
Cuál respondiendo al diálogo de un sueño:

— «¡Venciendo siempre con la paz la guerra,
Con diligente pié, con fuerte mano,
Pedro y Pablo ya borran de la tierra
La pisada indeleble del romano!...» —

Y murmuraba así distintamente,
Expresando su amor ó sus enojos,
Palabras que veía con la mente,
Coloquios que escuchaba con los ojos:

— «¡El gran mártir Estéban! ¡Y Lucía,
Cuya alma admira y cuya voz encanta!
¡É Inés, y Eulalia, y Úrsula!», — seguía,
«¡Un ángel! ¡una mártir! ¡una santa!...» —

Y al ver que cruzan por el aire vano,
De mártires y vírgenes los coros,
Del corazón detiene, con la mano,
Los latidos profundos y sonoros.

— «¡Ved á Tomás, tan sábio como honesto,
Angélico doctor!», — siguió, encantada;
Y miraba con ánsia, al decir esto,
Un objeto invisible su mirada.

Conforme el lienzo aquél, una por una,
Las glorias todas al pasar bosqueja,
La rueda vé girar de la fortuna,
Que levanta, derriba, toma y deja.

La sangre inútil que vertió la gloria,
Con ojos por la pena entristecidos,
Vé en el lienzo pintado de la historia,
Donde están vencedores y vencidos;

Y al mirar tan atroz carnicería,
Sintiendo una evangélica tristeza,
— «¡Hé aquí la gloria!», — prorumpió María,
É inclinó pensativa la cabeza.

Y continuó después: — «Allí mostrando,
En cuerpo juvenil, ánimo fuerte,
Va la de Arco á los héroes enseñando
Que honra la vida el despreciar la muerte.» —

Y al vago curso de la gasa aquella,
Viendo, admirada, de Jesús el celo,
Sus hechos fué leyendo á través de ella,
Cuál detrás de una lúz se mira un velo.

Y — «¡Bień, Jesús!», — decía, entusiasmada,
María de Bethánia; — «no lo dudes:
Excepto el obrar bien, no importa nada;
Pasa la gloria y quedan las virtudes.

«Y, pués, sembraste la virtud sin gloria,
Diste el favor, y se ocultó tu mano,
Mereces bien de mi alma, de la historia,
De tí, de Dios y el corazón humano.

«Que vertieses semillas de consuelo
Sobre el trono del sol, Cristo dispuso,
Desde el gran día en que entre tierra y cielo
La sangre de Jesús Dios interpuso.» —

Fué encantada y felíz, viendo aquél día
Doctores, santos, héroes y ermitaños,
Y en óptica ilusión vivió María,
En un día, la vida de mil años.

Llegando aquí, las rocas se cuartean
A un gran rumor tan lúgubre y tan fuerte,
Que en la cueva en que están, revolotean
Los siniestros terrores de la muerte.

Al escuchar Jesús tan claro indicio
De algún caso inaudito, sobrehumano,
— «¡María!», — prorumpió, — «vamos á juicio,
Nosotros, Paz, Honorio y Palaciano.

«¡Felíz pués muero! ¡Sígueme, María!» —
Y detrás de Jesús María avanza.
— «¡Ánimo, Honorio, y vamos!», — proseguía;
«¡Con la ayuda de Dios todo se alcanza!» —

Dando á Honorio la fé que en ellos arde,
Se acercan al Cedron con pié seguro,
Ya envueltos por la bruma de la tarde,
Bruma de perla de color oscuro.

En pos de ellos Honorio caminando,
De la tarde á los últimos fulgores,
Paso á paso los sigue recordando
Las culpas de sus vidas anteriores;

Pués piensa ver la eléctrica hermosura,
Ceñida en torno de la verde palma,
De aquella que ama con feroz ternura,
Con la fé de la carne y la del alma.

Cuando su cuerpo columbrar creía,
Se ahogaba de placer, sintiendo estrecho
Aquél hueco espacioso que tenía,
Latiendo el corazón, dentro del pecho.

Nunca Honorio temió; más cuando enfrente
Del Dios del cielo y de sus culpas se halla,
Le inquieta ese cuidado que se siente
La víspera de un día de batalla.

Cuando en pos de Jesús iba María,
Del valle angosto hácia el recinto santo,
Una niebla de lúz los envolvía,
Que, pareciendo un sueño, era un encanto.

ESCENA CUADRAGÉSIMASÉPTIMA.

LA ÚLTIMA CUENTA.

LUGAR DE LA ESCENA: *El valle de Josafat.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — SOLEDAD. — JESÚS EL MAGO. — MARÍA DE BETHÁNIA.

ARGUMENTO.

Llamados á juicio Soledad, Paz, Honorio y Palaciano, los que murieron aquél día acuden tambien al valle de Josafat al oír la trompeta del ángel. Éste los invita á presentarse al Juez Supremo para ser juzgados; pero todos se niegan á presentarse á Dios voluntariamente y huyen espantados. Al entrar Honorio en el valle vé á Soledad, que llega en espíritu y sin el cuerpo que un día aniquiló ella misma transformada en rayo. Se lamenta Honorio de verla convertida en espíritu puro; y entónces Satanás se le aparece y arroja sobre él el rayo impregnado en las cenizas de Soledad, y recogido por él en el infierno, á donde bajan todos los rayos que caen del cielo, para estrellarse sobre la frente de Satanás. — Exaltación y fuga de Honorio, hasta que cae rendido cerca del huerto de Gethsemaní.

Miéntras reinaba una quietud completa,
Llamando á Paz, á Honorio y Palaciano,
El ruido se escuchó de una trompeta,
Espantoso, inaudito, sobrehumano.

Jesús el Mago y la ideal María
Con ellos van tambien, cuando los llama
De Josafat al valle, en aquél día,
El Dios que sufre, que perdona y que ama.

Creyendo el juicio universal llegado,
Grupos de muertos al Cedrón sombrío
Acuden por un lado y otro lado,
Como van los arroyos hácia un río.

Vuelta hácia el suelo la fulgente espada,
De una sublime palidez cubierto,
Un ángel, colocándose á la entrada,
Dejó de par en par el valle abierto.

Van los muertos llegando uno por uno,
Su larga cuenta á liquidar postrera;
Más no entra allí con voluntad ninguno,
Por más que el ángel dice: — «Éntre el que quiera.» —

Nadie al Cedrón con voluntad desciende
Para saber, en tu terrible imperio,
La postrera verdad, que el hombre aprende
En la hora del último misterio.

Los muertos con terror ven de soslayo
Aquél Dios que penetra el pensamiento,
Que parte el universo con un rayo,
Y su polvo infelíz siembra en el viento.

Espanta á su razon, siempre turbada,
La justicia tan justa como tierna,
Que da, en cambio del dón de una nonada,
El dón felíz de una ventura eterna.

De aquél valle, á que tantos acudían,
Campo final de las humanas glorias,
Las faldas de los montes parecían
Barrancos de cenizas y de escorias.

Cayendo de un impío y de otro impío,
Se vé, de su terror presagio cierto,
Bajar por el Cedrón de llanto un río,
Que á perderse después corre al mar Muerto.

Para emprender sin miedo aquella entrada,
No hay limpio corazón ni pecho fuerte;
Pués, al aspecto del Cedrón, son nada
Estos hondos terrores de la muerte:

¡El rayo que destroza, cuando brilla,
El techo paternal siempre adorable!
¡La corriente que arrastra la barquilla
A un escollo del mar inevitable!...

¡La gota con más hiel de nuestro llanto!
¡El incendio voraz que en torno estalla!
¡El insómnio que sigue á un gran espanto!
¡La hora que precede á una batalla!...

¡Lo que inventa un cerebro delirante!
¡La decepción de una esperanza cierta!
¡El bandido que acosa al caminante,
Que con la punta del puñal despierta!...

¡Punto negro que anuncia la borrasca!
¡Pavoroso reptíl que silba fiero!
¡El hielo frágil que, al romperse, chasca
Bajo el peso del pié de algún viajero!...

¡El espectro del pálido asesino!
¡El lobo que olfateándonos aúlla!
¡Fiero el leon que ruge en un camino!
¡El tigre víl que en el juncal maúlla!...

¡Pena imprevista que de horror nos hiela!
¡Sierpe que oculta se desliza y mata!
¡La nave que es llevada á toda vela
Al borde de una inmensa catarata!...

¡El cercano volcán que ondea inquieto!
¡El último ¡ay! de la postrer tortura!
¡La vista de un fantasma en esqueleto
En medio de una ardiente calentura!...

¡Los muertos que, al pasar, dejan los ríos!
¡La inundación que arrastra las cabañas!
¡Cuanto causa en la sangre escalofríos,
Cuanto tuerce y destroza las entrañas!...

¡Más que todo esto, el corazón asusta,
Al llegar á su trono de esplendores,
La justicia tan tierna como justa
Del que vino á salvar los pecadores!

El ángel de la entrada inútilmente,
Cuál Moisés á la zarza, les decía:
— «¡Dios está ahí!»; — pués hasta el más valiente
De miedo de dar cuenta, se volvía.

— «¡Dios está ahí!», — con fáz de moribundo,
Temiendo del Señor á la presencia,
Va diciendo éste á aquél..., y es que en el mundo
Es un juéz implacable la conciencia.

Cuando su voz los écos repetían,
Era tal su temor, que á voz en grito,
Bajando las cabezas prorumpían:
— «¡Desplomaos, montañas de granito!» —

Temiendo oír una fatal sentencia,
Ninguno para entrar la planta mueve;
Que la cuenta final de la existencia
Nadie con Dios á liquidar se atreve.

Y es que tal vez más hondo que ese valle
Es de nuestra alma el insondable abismo,
Pués no hay un solo sér que en calma se halle
Frente á frente de Dios y de sí mismo.

De horror sobrecogidos, y sintiendo
El torcedor que parte las entrañas,
Van huyendo del valle y repitiendo:
— «Caed sobre nosotros, ¡oh montañas!» —

Y con ellos tambien, despavoridas,
Al ver tanto terror, huyen algunas
De esas almas que, estando arrepentidas,
Son buenas como niños en las cunas.

¿Qué falta eterna, original, se encierra
Del corazón en el profundo abismo?
¡Dios de amor! ¡Dios de amor! ¿no hay en la tierra
Un hombre que esté en paz consigo mismo?

Vió Honorio á Palaciano que llegaba
Y hácia el valle con fé marchó derecho;
Y al ver que Paz, guiándole, pasaba,
Quiso saltar su corazón del pecho.

Pasó María, y á Jesús el Mago
Viendo Honorio tambien, gritó afligido:
— «Tenía en este mar en que naufrago
Una tabla á que asirme, y la he perdido.» —

Después, como una estrella, por Oriente
Vé á Soledad hermosa apareciendo;
Y miéntras él la mira indiferente,
Ella le vé llorando y sonriendo;

Y al presentir Honorio que venía
De su martirio á recibir la palma,
Prorumpió con más tedio que agonía:
— «¡No me queda ya de ella más que el alma!» —

Viendo acercase con mortal desmayo
Su espíritu sutíl como el vacío,
— «¡Destruido aquél día por el rayo,
¡Viene sin cuerpo!», — dice, y ¡siente frío!

— «¡Oh sol sin lúz!», — entre angustiado y fiero,
Viendo el alma sin cuerpo, se decía.
— «¡No quiero en mí su espíritu; yo quiero
Esconder en su cuerpo el alma mía!

«¡Hoy, sin carne es su frente inmaculada
De aquél cielo de amor, astro remoto!
¡Ya es la sola adorable y adorada,
Bella flor sin aroma, espejo roto!» —

De Satanás surgiendo la figura
Del fondo del abismo de repente,
De Honorio al lado con horror fulgura,
Cual brilla del volcán la lava ardiente:

— «¡Gloria», — dice, — «al que en honda simpatía
Oye entre goces de placer febriles
La pasión tempestuosa que oyó un día
Rugir en sus ensueños juveniles!

«Desde que yo, con el infierno en guerra,
Perdí, rebelde al cielo, la batalla,
Todo rayo de Dios cae en la tierra,
Baja, y al fín, sobre mi frente estalla.

«De tu carnal pasión prendado un día,
Te recogí este rayo en el infierno,
Que aniquiló aquél sér que es todavía
Tu incurable dolor, tu amor eterno.

«En cámbio de este dón, vén á ser mío:
Toma, y bendice de tu amor la estrella,
Sabiendo que es el rayo que te envío,
Fuego impregnado en las cenizas de ella.» —

Del rayo á los siniestros resplandores,
Arde el alma de Honorio, conmovida,
Renovándose en ella los ardores
Del grande amor de su primera vida;

Y cuando de él en torno el rayo luce,
En su semblante, con feroz ternura,
Una dicha espantosa se trasluce,
Elevada hasta el grado de locura.

— «¡Esto es sentír! ¡Esto es sentír!», — decía,
Tal vez lleno de horror, pero contento,
Pues era de aquella alma, un tanto impía,
La tempestad de amor, propio elemento.

Y por su amor febríl arrebatado,
Corría ciego, inquieto, vagabundo,
Preguntando por ella, enamorado,
A todos los rumores de este mundo.

Miró á Jerusalen al occidente;
Más de ella huyó sin dirección alguna,
Y del Cedrón atravesó el torrente
A los pálidos rayos de la luna.

— «¡Esto es sentír!», — arrebatado y ciego,
Grita con voz por la emoción turbada.
— «¡Este insómnio, este vértigo, este fuego,
Son de la vida la embriaguez sagrada!» —

Y de todas sus vidas anteriores
Sintiendo el rapto, el fuego y la osadía,
Hasta el *huerto*, corrió, *de los Dolores*,
Y á la *cueva*, llegó, *de la Agonía.*

Y aturdido entre dichas y pesares,
Cada vez más febríl, más tumultuario,
De la santa Pasión por los lugares,
De su inmenso dolor siguió el Calvario;

Y hácia el sítio en que allá, del horizonte
La esfera azúl el Olivete cierra,
Al Este del Cedrón y al pié del monte,
Honorio paró al fín, cayendo en tierra.

Y al gozar en su insómnio vïolento
Todo el placer de su pasión mundana,
Quemándole el oído con su aliento,
Le dijo Satanás: — «¡Hasta mañana!» —

ESCENA CUADRAGÉSIMAOCTAVA.

EL PODER DE UNA LÁGRIMA.

LUGAR DE LA ESCENA: *El monte Olivete.*

PERSONAJES.

JESÚS EL MAGO. — MARÍA DE BETHÁNIA. — PAZ. — HONORIO. — SOLEDAD. — PALACIANO Y COROS DE ÁNGELES.

ARGUMENTO.

Honorio vuelve en sí y se dirige hácia el monte Olivete. Vé subir al cielo, entre coros de ángeles, á María de Bethánia, á Jesús el Mago, á Paz y á Palaciano. Al ver á Soledad convertida en espíritu puro, echa de ménos su forma carnal; y recordando que la tierra es la depositaria de su cuerpo, la besa enternecido, prefiriéndola al cielo. Se abre la boca del infierno para recibirle. Jesús el Mago le invita á mirar hácia el cielo para que vea el dolor de su madre. Ésta derrama una lágrima de dolor; Soledad la recoge, vuela hácia Honorio, y la deja caer sobre su frente. Honorio se siente arrepentido al contacto del llanto de su madre. Derrama él otra lágrima, á cuyo contacto se cierra la boca del infierno, y Honorio, descargando en la lágrima el peso de sus pecados, sube al cielo en compañía de su madre.

Cuando al soplar restaurador del viento
Honorio vuelve en sí, brilla la aurora,
Y todavía, aunqué de fiebre exento,
La nostálgia del mundo le devora.

Después que al Sur, sin guía ni reposo,
Dejando el valle del Cedrón, camina,
Subiendo el sol del Ásia esplendoroso,
Ya dora el cielo azúl de Palestina.

Llevando hácia el desierto sus cuidados,
Dejó á Jerusalen, y vió delante
Los misteriosos montes azulados
Que se iban aplanando hácia Levante.

Vé del monte Olivete hácia la altura,
De viñas festoneadas sus laderas;
Verdadera maceta de verdura,
De olivos, de granados y de higueras.

Aunqué es inmenso su dolor, camina
Con la altivéz del corazón culpable,
Al cuál áun deja la bondad divina
Presentir su sentencia favorable.

Desde la falda del sagrado monte
Vé á Jesús, de María acompañado,
De Palaciano y Paz, y el horizonte
De guirnaldas de arcángeles cuajado.

Cruzan en grupo las etéreas salas,
Como hiende las olas la barquilla,
Que apénas deja ver sus blancas alas
A aquellos que se quedan en la orilla.

El íris muestra en alternado brillo
La hermosa escala del color completa,
El rojo, el naranjado, el amarillo,
El verde, azúl, añíl y violeta.

Brilla del íris el divino eflúvio,
Cuál símbolo de union y de esperanza,
Que es siempre, desde el día del dilúvio,
Entre la tierra y Dios lazo de alianza.

Rodeados ya de esta inmortal diadema,
Ven todos que, por Dios glorificados,
Del íris en la cúspide suprema,
— «Estáis», — dice un letrero, — «perdonados.» —

Cuando al cielo apacibles ascendían,
Honorio los veía tristemente,
Que uno de otro seguidos, parecían
Blanco surco de lúz al sol de Oriente.

Mira al grupo, y de pronto enternecido,
Entre ellos ver á Soledad alcanza,
Que áun lo contempla, el corazón henchido
De fé, de caridad y de esperanza.

Y al ver á Soledad, cuya belleza
Fué la causa dichosa de sus males,
La ebullición sintiendo en su cabeza
De todos los pecados capitales,

— «¿Por qué», — dice, — «á ese trono de esplendores
Quiere arrastrarme su inmortal anhelo,
Si, cuál son invencibles, mis amores
Lo vencen todo, hasta el amor al cielo?

«¡Vedla adornada con la eterna palma,
Hoy sin encanto, aunqué cual ántes bella;
Espíritu sin voz, alma sin alma.....
Su sér no es ese sér, ella no es ella!

«¡Daría, en mi profundo desconsuelo,
Por su cuerpo mortal su alma divina!
¿Qué culpa tengo yo, si áun frente al cielo
La nostálgia del mundo me domina?

«¡No quiero ser sin el amor salvado!
Prefiero á aquella vida esta existencia,
Pués respiro en la tierra que ha pisado
Un no sé qué de su divina esencia.

«¡Del mundo por los márgenes floridos
Su cuerpo quiero ver, ó vivo ó muerto,
Pués, sin verla y tocarla, mis sentidos
El paraíso encontrarán desierto!

«¡Oyendo de los ángeles el coro,
Que ornan el cerco de su eterna palma,
Yo la adoro sin fín; pero la adoro
Con la fé de la carne y la del alma!

«¡Dejad que al seno de la tierra unido
Por mi febríl pasión, renuncie al cielo,
Y por mi goce terrenal vencido,
Pués su polvo está en él, que bese el suelo!.....» —

Y lo besó, y en el instante mismo,
En la falda del monte calcinado,
De Honorio ante los piés se abrió un abismo,
Cuál la boca de un cráter apagado.

Ciego y carnal, para aspirar furioso
El fuego impuro de su amor eterno,
Se asoma al subterráneo tenebroso
Que sirve de vestíbulo al infierno.

Y aspirando el amor que da la muerte,
Hasta á mirar al cielo se resiste.....
Pero Honorio, dichoso con su suerte,
En medio de su dicha estaba triste.

Como á su génio natural se junta
El ardor infernal de sus sentidos,
No mirando á su madre, en él despunta
La altivéz de los ángeles caidos.

Entristeciendo el general contento,
Cuál negro nubarrón en claro día,
Solo de Honorio el inmortal tormento
Este cuadro de gloria oscurecía.

¡Silencio general! Después cruzando,
Cuál fantasma invisible, por la esfera,
Jesús el Mago murmuró, pasando:
— «Prepara tu alma, Honorio; el cielo espera.» —

Al ver que pertináz no se arrepiente,
Cuál perfume del cielo, hácia el impío
Las miradas de todos santamente
Cayeron á manera de rocío.

Y Jesús, — «arrepiéntete», — seguía,
— «¡Vuelve el alma hácia Dios, álzate y vamos;
No olvides en la tierra», — proseguía,
«A quellos que en el cielo te esperamos!» —

Y continuó Jesús: — «¡Ántes que amases
Con el ardor de tan furioso anhelo,
Tu madre te enseñó que levantases
Las manos y los ojos hácia el cielo!» —

Y elevando los ojos, obediente,
Sin esperanza ni humildad alguna,
De su madre brillar miró la frente,
Como una estrella encima de su cuna.

Lo vé la madre, y en sus ojos bellos,
El sol afortunado de aquél día
Vé cuajarse una lágrima, que en ellos
Un hermoso diamante parecía.

Recogiendo en la copa de sus palmas
La rica perla que la madre llora,
Soledad, con encanto de las almas,
Robándole sus alas á la aurora,

Se alejó, y sobre Honorio impenitente,
Cariñosa y gentíl detuvo el vuelo,
La lágrima soltó, cayo en su frente,
Brotando en ella de fulgor un cielo.

Y un — ¡ay!, — sintiendo indefinible encanto,
De pecado arrepentido lanza,
Y diviniza su dolor el llanto,
Mezclándolo á aquél ¡ay! que á Dios alcanza.

Y otra lágrima, amarga cuál la muerte,
Resíduo del amor que le oprimía,
Vierte Honorio tambien, y en ella vierte
La nostálgia del mundo que sentía

Y Satanás, al pecador buscando,
Sube, se espantabaja, el cráter cierra,
Y la lágrima ahoga, rebramando
En su encendido corazón la tierra.

Cruzando el antro del profundo averno,
La lágrima de Honorio ardiente avanza,
Y raya de la puerta del infierno
El — «Dejad al entrar toda esperanza!» —

Vé luégo Honorio que sus miembros flotan,
Sin el peso fatal de sus pecados,
Por el azúl donde los mundos brotan,
Como brotan las flores en los prados.

Con su piadosa fé, miéntras subía,
Amante á Honorio Soledad guiaba,
Cuál si fuese la estrella que algún día
En un establo de Belen brillaba.

De entrambos hijos, con amor, sus manos
Las tiernas manos de la madre enlazan,
Y con mútuo cariño los hermanos,
Dándose el beso de verdad, se abrazan.

Cuando en medio de angélicas bellezas
Una niebla de lúz los envolvía,
De Honorio y Palaciano en las cabezas
Paz gozosa las manos imponía.

Ya aliviado del peso del pecado,
Honorio sube al celestial asiento,
Por su hermano y su madre idolatrado,
Agradecido á Dios, de sí contento.

Desde la tierra hasta la eterna lumbre,
Ascendiendo tambien, miéntras subían,
A las plantas de Paz allá en la cumbre,
Como dos ríos de ángeles, se unían.

La triste Soledad, ahora risueña,
Ángel de paz, divino mensajero,
Conforme van andando, les enseña
De las luces el mundo verdadero.

¡Salud, ciudad celeste, edificada
Sobre esferas de vivos resplandores,
Deshecha á cada instante, y renovada
Entre un cáos informe de colores!

¡Jerusalen de lúz, donde parecen
Las gasas de vapor, muros brillantes,
En la cuál entre soles nacen, crecen,
Cúpulas de oro y puertas de diamantes!

¡Cuyos arcos y bóvedas agotan
Los brillos todos de la lúz del día,
Que lucen, mueren, y de nuevo brotan
Bajo formas más ricas todavía!

¡Allí mora el gran Dios, de que están llenos
Los mundos y los cielos superiores;
El que enseñó á los malos á ser buenos,
Y á los buenos enseña á ser mejores!

¡El que ama al triste, y el que al débil guía;
El que cuida á las almas perdonadas,
El que cambia la injúria en simpatía,
Devolviendo á la vaina las espadas!

¡El fuerte, á quién no hay llanto que no ablande!
¡El Dios que pone con bondad su mano
Entre el probe y la cólera del grande,
Entre el pueblo y la espada del tirano!

Y cuando el grupo de ángeles se abisma
Allá por las regiones inflamadas,
Y cuál manchas de lúz en la lúz misma,
Ya iban en Dios las almas engolfadas,

Dice el Mago Jesús, que va delante,
Con la mano hácia Dios siempre tendida,
Para enseñarle á Honorio la brillante
Ciudad, en los espacios encendida:

—«¡Mira el *por qué y el cómo embelesado,*
Hácia tí y Soledad, tendí mi vuelo;
Poema que, en la tierra comenzado,
Acaba, al fín, cantándose en el cielo!»—

IMPRENTA DE F. A. BROCKHAUS, LEIPZIG.

OBRAS DE

RAMON DE CAMPOAMOR

A 1-2-3

L. M. M.